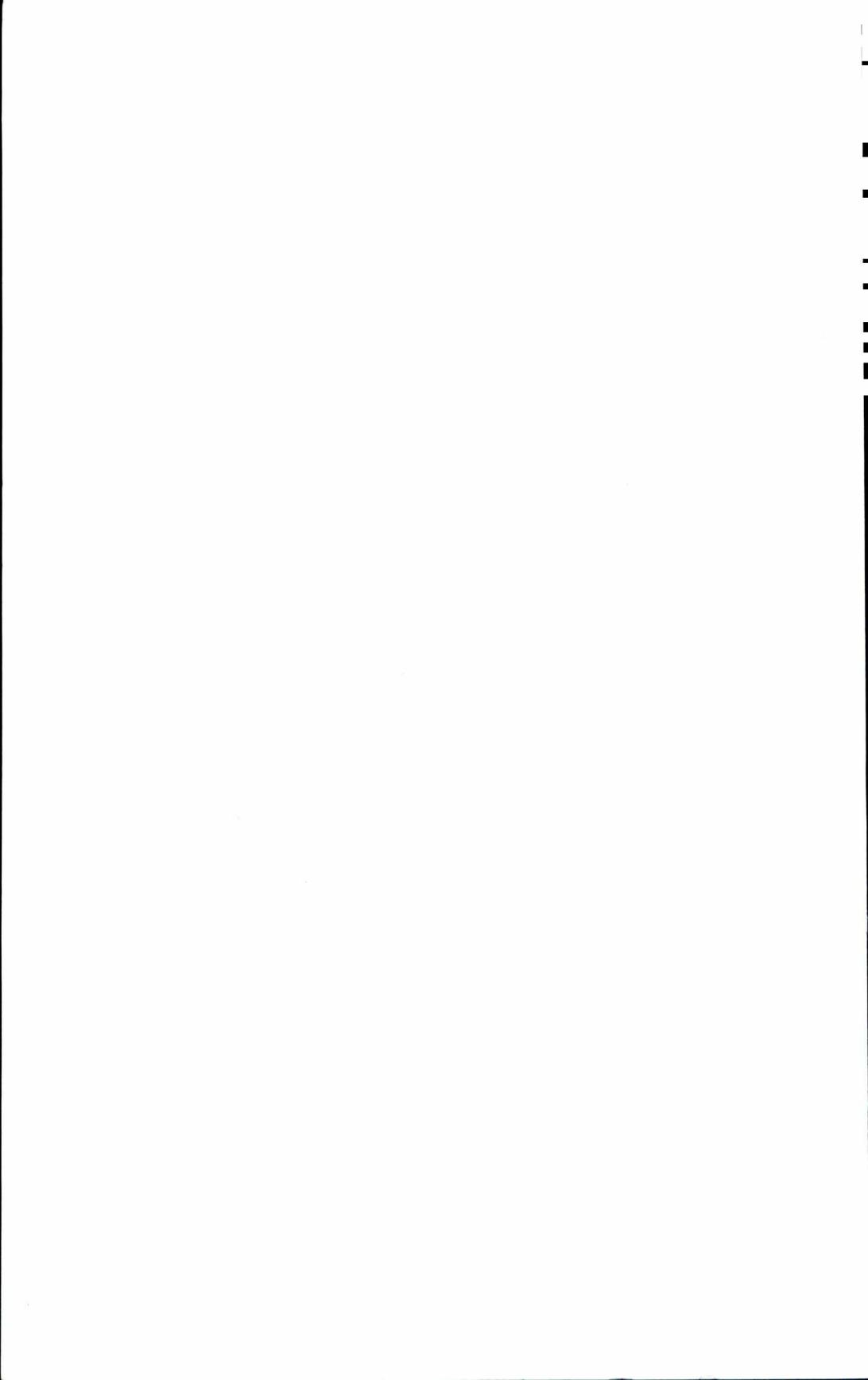


TESTIMONIOS

El Cardenal Silva Henríquez
Luchador por la paz

1907 - 2007

Celebrando los Cien Años del Cardenal



TESTIMONIOS

El Cardenal Raúl Silva Henríquez *Luchador por la paz*

Óscar Pinochet de la Barra

 edebé



065226

TESTIMONIOS

El Cardenal Silva Henríquez

Luchador por la paz

Óscar Pinochet de la Barra

Dirección general: Marisel Muñoz Pradenas

Dirección comercial: Christian Middleton Oliva

Dirección editorial: Patricio Varetto Cabré

Edición: Ángel Villalobos Faúndez

Dirección de producción y diseño: Verónica Rosero González

Diseño y diagramación: Cristián Vera Casellas

Fotografías interiores: Archivo Edebé - Archivo de la Congregación Salesiana

©Óscar Pinochet de la Barra

©2006, EDEBÉ - Editorial Don Bosco S. A.

Alameda del Libertador Bernardo O'Higgins 2373

Santiago de Chile

www.edebe.cl

comercial@edebe.cl

Derechos reservados

Registro de Propiedad Intelectual N° 157.258

ISBN: 956-18-0733-5

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de portada, puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos químicos, electrónicos o mecánicos, incluida la fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Primera edición en la Colección Testimonios.

Septiembre de 2006

Impreso en C&C Impresores Ltda.

ÍNDICE

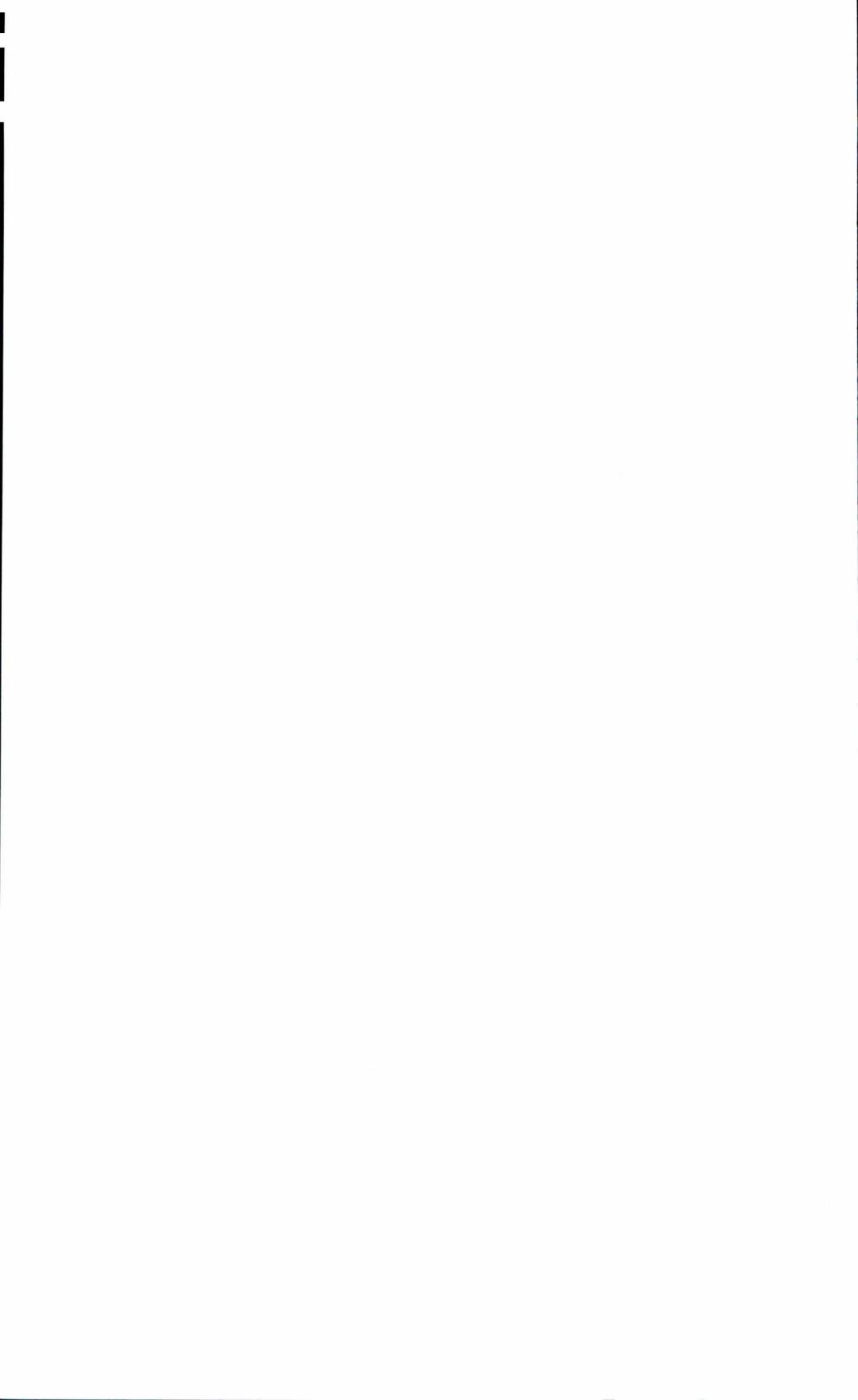
PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN	9
PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN	11
CAPÍTULO PRIMERO	
<i>Años de formación (1914-1938)</i>	13
CAPÍTULO SEGUNDO	
<i>El Padre Silva, educador y organizador</i> <i>(1939-1959)</i>	33
CAPÍTULO TERCERO	
<i>Veintiocho meses inolvidables (1959-1962)</i>	49
CAPÍTULO CUARTO	
<i>El Cardenal en el Concilio Vaticano II</i> <i>(1962-1965)</i>	77
CAPÍTULO QUINTO	
<i>Hora de cambios e incertidumbre (1964-1970)</i>	93
CAPÍTULO SEXTO	
<i>Difíciles días en un gobierno premarxista</i> <i>(1970-1973)</i>	125
CAPÍTULO SÉPTIMO	
<i>El Cardenal en medio de la violencia</i> <i>desatada (1973-1975)</i>	157
CAPÍTULO OCTAVO	
<i>La voz de los que no tienen voz (1976-1978)</i>	191

CAPÍTULO NOVENO	
<i>En el espíritu de Puebla (1979-1981)</i>	227
CAPÍTULO DÉCIMO	
<i>Construyamos la paz en la justicia</i> <i>(1981-1983)</i>	253
EPÍLOGO	273
ANEXOS	275
DISCURSO DE DON RAÚL SILVA HENRÍQUEZ EL AÑO 1991 ...	277
FECHAS IMPORTANTES EN LA VIDA DEL CARDENAL	279

AGRADECIMIENTOS

A la Congregación Salesiana, por entregarme la redacción de esta biografía.

A los Padres Gustavo Ferraris, Alfredo Videla y Octavio Vío Henríquez, por sus acertados consejos en la preparación de la obra.



PRÓLOGO DE LA SEGUNDA EDICIÓN

Era de esperarlo; la primera edición de esta biografía de la llamada “figura moral de Chile” no tardó en agotarse; hubo incluso una edición especial para Italia. De ahí esta segunda edición que vendrá a conmemorar el centenario de su nacimiento, ocurrido en 1907.

Este modelo de juventudes llega con su voz en época propicia; cuando el país ha recobrado su normalidad política y recordamos ciertas palabras por él pronunciadas (Te Deum, 12 de septiembre de 1981): *“Hay algo en nuestra alma que es como un componente esencial: el amor a la libertad... todo el odio pasará y toda mentira será develada. Sólo quedará la Patria...”*

Siempre será útil recordar quién fue este gran chileno. Dijo “El Mercurio” al comenzar sus labores cardenalcias en Santiago de 1962: *“...personalidad recia y dinámica de un gran carácter moral, ejemplo de un pastor moderno, imbuido en hondas inquietudes sociales y vinculado a obras de gran beneficio y de positiva ayuda para los seres más desvalidos...”*

A sus inquietudes sociales, el Cardenal Silva Henríquez unía otras de gran importancia nacional, que Chile no podrá olvidar. Baste recordar su labor de Obispo, luego de Cardenal y Padre conciliar en Roma donde, en el concilio Vaticano II, encabeza el grupo de América Latina y hace aportes tan importantes en temas fundamentales como el del eskena de la Virgen María, el de la libertad religiosa y otros.

Quien lea esta biografía tendrá también la oportunidad de emocionarse con el amor del pastor por su grey, como me ha pasado

a mí al recordar sus palabras de octubre de 1982: *“Yo no los dejaré nunca... mi corazón estará con Uds.... Voy a pedir esta gracia cuando me muera: que junto al Padre, mi corazón tenga un solo latido y que sea para amar a todos los hijos de esta tierra....”*

Oscar Pinochet de la Barra
Agosto de 2006

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

*“¡Cosas grandes!
Tenemos que hacer cosas grandes.”*

Le escuché esta expresión al presbítero Raúl Silva Henríquez, hace muchos años, a la salida de un simposio eclesial en Santiago.

Se había tratado en él de la incisividad social del celibato por el Reino, en diálogo con la importancia del matrimonio cristiano. Don Raúl concebía su vida consagrada como algo fuertemente dinámico y fecundo: una energía de la historia.

Si el matrimonio de sus padres había dado a la sociedad numerosas fuerzas de crecimiento, también con flores de celibato, su personal profesión religiosa debía llegar a operar “cosas grandes”. Tenía conciencia de las dotes recibidas del Señor: corazón magnánimo, inteligencia aguda, audacia operativa. No se satisfacía con lo mediocre; apuntaba alto.

Buscó un modelo original en quien valiera la pena inspirarse: moderno, dinámico, popular y genuinamente de Dios. Lo encontró en San Juan Bosco, el Amigo de la juventud y del pueblo.

Su espiritualidad original, abierta también a los valores de la organización y de la técnica, puestos al servicio de los pobres, su santidad activa, su continua unión con un Dios que ama al hombre, su equilibrio en las complejidades de la praxis, su fuerte personalidad eclesial en las difíciles vicisitudes de esa atribulada hora histórica, lo conquistaron.

Estudió a Don Basco: su lectura del Evangelio, su genialidad pedagógica y su criterio pastoral tejerán en él una mentalidad

sacerdotal que lo guió en cada una de las variadas etapas de su existencia. Etapas no de tiempos ordinarios, sino de vuelcos históricos en la pastoral de la Iglesia y en la política de la patria.

Hoy, desde los ochenta años de edad, su vida aparece de verdad como un conjunto de “cosas grandes” realizadas en favor de todo el país.

Surge espontánea la aplicación de cuanto leemos en el cántico de María: “*Obras grandes ha hecho en mí el Señor*”. Creo que don Raúl mismo repite, a esta altura de su camino, con humildad y gratitud, cuanto exclamaba el salmista:

“Es bueno tañer para tu nombre, oh Altísimo. ¡Qué magníficas son tus obras, qué profundos tus designios!

El justo se alzará como un cedro del Líbano; en la vejez seguirá dando fruto, para proclamar que el Señor es bondadoso.”

(Salmo 91)

Merece una felicitación y un agradecimiento el autor de esta biografía, don Óscar Pinochet de la Barra, porque nos proporciona, en una síntesis atrayente, la posibilidad de contemplar el testimonio de una vida entregada a Chile, a sus jóvenes y a sus pobres, partiendo de la radicalidad del misterio de Cristo leído con los ojos de un Santo del pueblo: Don Bosco.

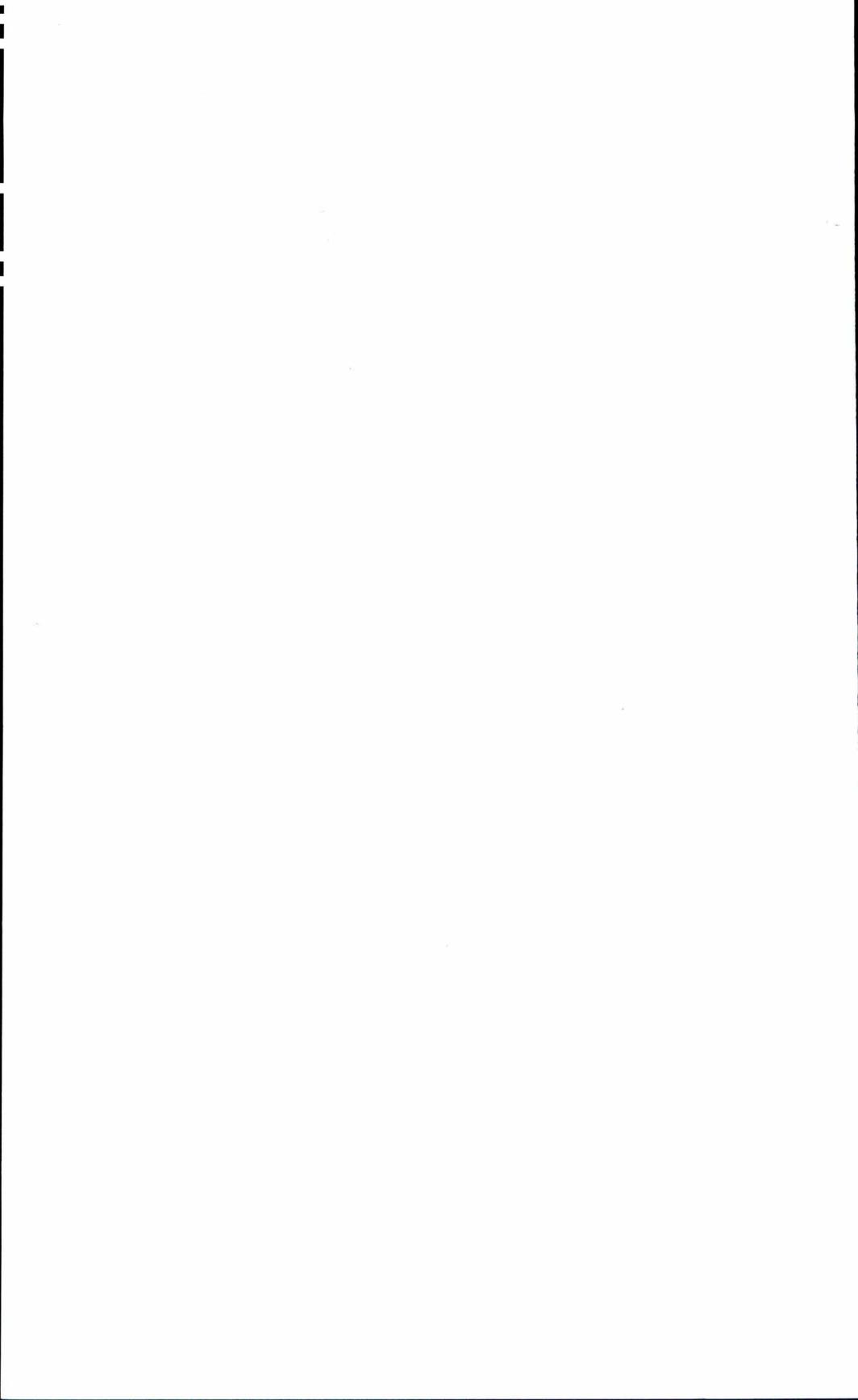
16 de mayo de 1987.

Don Egidio Viganó

CAPÍTULO PRIMERO

Años de formación

(1914-1938)



Su infancia a orillas del Maule

“**A**hí va la Mercedes Henríquez con su chiquillo”, decían en Talca a comienzos de este siglo, y pasaba con andar decidido la aún joven madre de 19 hijos por las calles disparejas de la dormida ciudad provincial. La acompañaba, tantas veces, el penúltimo de la larga prole, Raulito, de la mano de la mamita, para ayudarla en sus compras, deteniéndose y saludando, ella, a los numerosos conocidos, bajando la vista, él, cada vez que las amistades le decían una frase amable o hacían preguntas.

Una fotografía de la época lo presenta como un muchachito sonriente, de cuatro o cinco años, botín de media caña, correctamente vestido —como lo exigía el momento especial ante el fotógrafo— y un hermoso pañuelo anudado al cuello en forma de cruz. ¿Premonitorio?

Raulito, el regalón, adoraba a su madre, era el “concho” de la familia formada por don Ricardo Silva Silva y doña Mercedes Henríquez Encina. Antiguos apellidos españoles llegados a la Capitanía General, de prolífica descendencia.

Don Ricardo había pasado sus primeros años entre el fundo de Chimbarongo y la casa de San Fernando, región donde el abuelo José María Silva Barazarte era persona de situación. De manera que fue natural que el joven Ricardo iniciara su educación en Santiago, primero en el Instituto Nacional y luego en el San Ignacio, para terminar en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, donde obtuvo el título de abogado.

Este don Ricardo era, indudablemente, un típico chileno de la clase dirigente: inquieto y culto, de arraigadas convicciones reli-

gias, con un alto sentido del honor, generoso, cordial, amistoso, interesado en la marcha del país.

Escribirá Raúl, su hijo, años después:

“Recuerdo que siendo yo muy niño y encontrándome con él en el Molino Loncomilla (de Villa Alegre), haciéndole compañía, una noche, al acostarnos, pues dormíamos en la misma pieza, me preguntó si había rezado. ‘Siempre —agregó— se debe rezar antes de acostarse. Yo no olvido nunca esta recomendación de mi madre, y todas las noches rezo por ella una Salve...’. La impresión —continúa el futuro Cardenal— que estas palabras de mi padre, ya entrado en años, produjeron en mi corazón de niño fue imborrable, y creo que esa lección, acompañada de su ejemplo, no la olvidaré jamás”.

Raúl Silva Henríquez nace en Talca, ciudad regada por los esteros Piduco y Baeza, el 27 de septiembre de 1907. Es la población más importante entre Santiago y Concepción y en los años de la guerra de la Independencia de España, segunda década del siglo XIX, juega un papel decisivo.

Los talquinos tienen por esos años fama de orgullosos. Las familias tradicionales se reparten los cargos de responsabilidad. Ahí están los Cruz y los Silva, los Donoso y los Vergara, por citar algunas. De los Silva se recita esta cuarteta: *“Hay Silvas que silban bien, hay Silvas que silban mal; hay unos que dan la oreja y hay otros que no la dan”*. ¿De cuál de estos saldría Raulito?

Don Ricardo vive ahora en Talca, en una casa muy grande, en la calle 2 Sur, que llenan con su vida tumultuosa los vástagos que le ha dado doña Mercedes.

La ciudad pasa por un momento especial de su historia en materia cultural, y parecen haber madurado unas semillas plantadas medio siglo antes por la herencia del sabio jesuita Juan Ignacio Molina, por la importante influencia que ejerciera el Obispo José

Ignacio Cienfuegos, por el salón literario de Carmen Arriagada y, sin duda, por las frecuentes visitas del pintor alemán Juan Mauricio Rugendas y la fundación de “El Alfa”, en 1844, uno de los diarios más antiguos de Chile. El centro de inquietud intelectual lo forma el Liceo y ya alrededor de 1910 sus frutos de cultura dan la nota alta en el Chile de esos días.

Don Ricardo contempla con ojo preocupado las enseñanzas que imparten Enrique Molina y otros profesores preparados desde fines del siglo XIX, por el primer grupo de pedagogos alemanes llegados a Santiago para constituir el “Instituto Pedagógico” de la Universidad de Chile, formador de tantos maestros. Asimismo, observa la crítica social, virulenta para la época, de Alejandro Venegas, también profesor de ese Liceo.

Raulito inicia sus estudios en un colegio recién fundado en Talca por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de San Juan Bautista de la Salle. Es el año 1914 y en ese establecimiento permanecerá hasta 1920. Es la época de la Primera Guerra Mundial. A esos estudios iniciales, que entonces se llaman Preparatorias, agregará el 1º y el 2º curso de Humanidades. Tiene de esos años fugaces, transcurridos entre las novedades de sus estudios y los juegos del “recreo”, grandes recuerdos. Hay un grupo de profesores franceses cuyos nombres no olvida: Juventino, Domingo, Tomás, Clodoveo. Prefiere los ramos humanísticos, sin mostrar dificultad por las matemáticas.

Su padre ha vendido la casa en la ciudad para comprar el Molino Loncomilla, que ya se mencionó, y trabaja dos fundos: Liucura, en la misma zona, arrendado, y otro en San Clemente, heredado por doña Mercedes del Obispo Cienfuegos. Así es que Raulito está interno. Los fines de semana podría salir donde sus tías, pero son gente de edad, aburridas, y él prefiere quedarse en el “Blanco”, como llaman al colegio, jugando “pichangas” de fútbol o ir de excursión con sus compañeros al otro lado del río Claro, al cerro de la Virgen. Una inquietud comienza a hincar su raíz en esa alma bien dispuesta para el servicio de Dios: la inquietud religiosa. Según sus palabras:

“Desde niño yo había sido piadoso; en el colegio, sin que nadie me obligara ni me lo dijera, comulgaba todos los días. Es de advertir que no era costumbre: en el colegio en Santiago, donde estuve interno, sólo dos niños, de un centenar, sólo dos comulgábamos todos los días, y lo hacíamos con gran devoción, convencidos por amor al Señor”.

En realidad, por esos años, en los colegios católicos, la costumbre para los alumnos es la comunión semanal.

Sigamos con esos recuerdos, llenos de una tierna sinceridad:

“Entre los propósitos y las gracias que yo le pedía al Señor, estaba el hacer su voluntad, lo que Él quería de mí; tenía miedo de no hacerlo, de serle infiel, de no conocer cuál era su voluntad”.

No era vagamente hacer “su voluntad” en el futuro lleno de proyectos fantasiosos de un niño, sino algo mucho más importante, algo destinado a cambiar totalmente una vida: Raúl, el hijo de Ricardo y de Mercedes, entre los diez y los once años de edad, empezó a sentir la turbadora inquietud de la vocación religiosa. Sus profesores habían reparado en la piedad y la rectitud del muchacho y seguramente hubo conversaciones exploratorias.

“En el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas había querido ser religioso de esa congregación —escribirá al final de sus días—. Mi padre me dijo: ‘Mire, usted va a terminar sus estudios de Humanidades, se recibe de bachiller y después escoja lo que usted quiera...’”.

Parece que don Ricardo no desdeñaba, en su alma piadosa, esa felicidad profunda de un hijo dedicado a Dios, y que sus dudas iban más bien por otro lado: ¿cuál podría ser la orden religiosa más

apropiada? Para él, los jesuitas, en cuyo colegio había estudiado. Admiraba la fuerte inclinación por el desarrollo de la cultura de los miembros de la Compañía de Jesús.

Aquí conviene destacar un rasgo en el carácter del futuro Cardenal Silva Henríquez: la profunda admiración por su padre, sabiamente equilibrada por el intenso amor a la madre. En unos “Recuerdos” escritos en la década del 30, y jamás terminados, mientras estudiaba teología con los salesianos en Turín, a poco de fallecer don Ricardo, y que hoy, manuscritos, bajo unas toscas tapas de cuaderno escolar esperan su publicación, dejó él, entonces seminarista, certeros conceptos, con la facilidad para las bellas letras que ya le era propia. Vale la pena leerlos:

“Mi padre tenía una sólida formación cristiana. Su cristianismo no se basaba en sentimientos, que son siempre pasajeros y mudables, sino en el conocimiento, hijo del estudio, razonado y atento, de las verdades de la fe. Sus creencias se apoyaban en la solidísima base de la razón y contra ellas fueron a estrellarse inútilmente los embates de las pasiones, las pullas de los incrédulos y las dificultades y calamidades sin cuento porque atravesó durante su vida.”

A esto agregaba don Ricardo, en grado sumo, valentía y decisión. Se recordaba en las veladas familiares que de pequeño, en el San Ignacio, sabía defenderse, con golpes de puño si era necesario, de las bromas pesadas o de los ataques de los compañeros, de tal manera que se le conocía como “el zurdo Silva”. También le agradaba recordar, en las sobremesas, rodeado de sus hijos, cierta ocasión en que, teniendo no más de diez años, se había plantado en el medio de la calle para tratar de atajar un vacuno enfurecido que lo embestía todo.

Valentía, decisión, profunda religiosidad, criterio práctico, amor familiar, afán de cultura, fuerzas todas que dejaron una huella evidente en la cabeza, en los sentimientos, en el corazón del

muchachito Silva Henríquez, el talquino que un día debió decir adiós a la ciudad de sus estudios, al molino Loncomilla, allá por el sur del río Maule, a la tranquilidad de la existencia provinciana, para viajar a la capital.

Entonces no sabía —¿cómo podría haberlo adivinado?— que estaba diciendo adiós, para siempre, a una clase de vida que ya no retornaría. Los designios de Dios, y su libertad para aprovecharlos, lo llevarían por un mundo agitado, de aguas más rápidas que las del Piduco, con olas más altas y amenazadoras que las de sus queridas playas maulinas de Constitución.

El llamado de Dios

Raulito parte, pues, a Santiago, a terminar sus Humanidades. Son cuatro años, entre 1920 y 1923, en el Liceo Alemán de los Padres del Verbo Divino, que en esos años estaba ubicado en la calle Moneda 1661. El cambio es muy grande y se siente abandonado y triste. El cariño maternal y su cercana manifestación le hacen falta. Un niño de su edad se maneja cómodo en el pequeño mundo de los hermanos, los padres, los amigos, los tíos, la abuelita que lo regalonea, la ñaña (la “Puluma”) que lo espera con un pedazo de dulce de membrillo o la cucharita de manjar... Está otra vez interno y algunas tardes siente deseos de llorar, pero se repone y la vida sigue tejiendo incansable la tela de su existencia. Además, las materias que estudia se han diversificado y su inquietud por saber se ve satisfecha.

Tiene pocos recuerdos del colegio alemán, cuya disciplina acentúa su soledad. No hay canchas de fútbol ni otras diversiones como en Talca. Sale corriendo del internado los domingos después de misa y debe estar de regreso a las ocho de la noche.

A fines de 1923 obtiene su título de Bachiller en Humanidades y, predispuesto aún sin saberlo, por la herencia y el ambiente, decide estudiar Leyes. Elige la Universidad Católica.

¿Cómo es el joven Raúl Silva Henríquez al entrar a la Universidad? Él lo conserva en la memoria y lo cuenta así: *“Uno es muy niño a los 16 ó 17 años. Yo tenía timidez para hablar en público. Tendría que recibirme de Abogado y llegar a la Corte de Apelaciones para acostumbrarme...”*

Es de mediana estatura, nariz larga como el padre, cejas muy pobladas, ojos francos que miran directamente y traducen bondad y vida interior y, sobre todo, unos labios finos, apretados, que revelan carácter y anticipan reserva, distancia, decisiones aceradas. Ha salido buen mozo, como la mamá.

La vida universitaria le da libertad de movimiento y espera las vacaciones con ansias para pasarlas en Talca, en el fundo y en las playas de arena negra de Constitución. Su amigo y compañero de la Universidad, otro talquino, Luis Felipe Letelier Icaza, recuerda con festiva ironía y un inconfundible acento provinciano: *“Me acuerdo de esos veraneos en Constitución... ¡Si este Raúl era muy simpático! Si las niñas lo rodeaban..., pero él se hacía el leso. Tenía buena facha, también...”*. A la periodista Rosario Guzmán Errázuriz recuerda algo más (Ercilla, abril 4, 1979): *“Sí, sí... (estuve enamorado), claro que las cosas eran, entonces, mucho más delicadas que ahora, porque ahora..., en fin...”*.

Es que la inquietud de su vocación religiosa ha renacido y ya, en Tercer Año de Leyes, el llamado de esa voz interior se hace permanente. Lo que sigue es digno de ser conocido en detalle, porque muestra tan claramente la mano de Dios, la suave y firme insistencia de Dios cuando desea decir algo y el hombre, pequeño, pero orgulloso, le opone su porfía por ensayar otros caminos...

Lo que sigue es textual de una Homilía del Cardenal Silva Henríquez pronunciada en la Catedral de Punta Arenas el 2 de febrero de 1981, al cumplirse medio siglo de su profesión religiosa:

“Yo había querido entrar a la Compañía de Jesús. Cuando me di cuenta, estudiando Leyes, de que el Señor quería que yo fuera sacerdote, había querido entrar a la Compañía de Jesús, porque mis hermanos, mi padre y algunos de sus hermanos se habían educado en los colegios de la Compañía y tenía por ella una gran estimación; porque mis confesores estaban en los Padres de San Ignacio, y entonces para consultar con mi confesor sobre la vocación, le pedí: ‘Padre, yo quiero conversar con usted sobre esto’. Me dijo: ‘Ven esta tarde’.

“Fui al Colegio de San Ignacio, en Santiago, a hablar con este Padre y encontré que estaba afeitándose. Me dijo: ‘Mira, Raúl, no puedo, porque..., me llama el señor Nuncio, pero..., ven mañana en la noche, después de comer, te espero...’.

“¡Bueno! Fui y encontré el colegio cerrado... Una puerta inmensa, no había timbre ni campana donde llamar..., golpeé..., la portería estaba a cincuenta metros por lo menos de la primera pieza de un Padre. No..., no me oyó nadie. Yo dije: ‘No, no está de Dios que me oigan...’.

“Estaba con estas dudas cuando un compañero de Leyes (L. F. Letelier) me dijo: ‘¿Por qué no vas a hablar con los Salesianos? Con el Padre Valentín Panzarasa’. Entonces le dije: ‘Pero ¿quién es este Padre?’ ‘Ah —me contestó—, es un Padre muy bueno, muy inteligente, profesor de la Universidad..., es mi confesor...’ ‘¡Bueno..., llévame...!’ Y fuimos al colegio El Patrocinio de San José en la calle Santa Rosa, en el mes de diciembre de 1926.

“Y nos encontramos con un Padre que estaba en el jardín leyendo una revista de filosofía, y entonces mi

compañero le dijo: 'Padre, le presento a mi compañero Raúl Silva. Él quisiera, si Ud. lo tiene a bien, presentarle sus dificultades y sus dudas... No sé si Ud. puede recibirlo...'

“ ¡Cómo no...! —dijo el Padre— ¡Ahora mismo!’ Y entramos en plática con este Padre..., un hombre extraordinario, de gran bondad, de gran espiritualidad, de profunda espiritualidad; un hombre de cáscara un poco dura, de apariencia dura, pero de gran corazón. Nos hicimos grandes amigos. Yo lo entendí perfectamente; él me entendió a mí y yo le dije: ‘Mire..., yo quería hacerme jesuita...’. Ah —me dijo—, con todo gusto..., acabo de mandar al noviciado jesuita a dos de mis ex alumnos de este colegio’. Entonces le dije: ‘Mire, Padre, esperemos un poco. Quiero hacer lo que el Señor quiera y me he encontrado con una dificultad tan grande para llegar a los jesuitas..., y con ustedes me he encontrado en cambio con una facilidad enorme... Déjeme conocer un poco quién es Don Bosco, quiénes son los Salesianos; déme unos libros...’ Me fui a las vacaciones después de pasar al 4° Año de Leyes y empecé a leer sobre la Congregación Salesiana.

“De vuelta de vacaciones le dije al Padre Panzarasa: ‘Mire, Padre, yo creo que el Señor me llama a ser salesiano... Don Bosco me ha conquistado: un hombre moderno, un hombre amante de Dios, amante de su patria, amante de los pobres..., un hombre que no trepidaba ante ninguna dificultad; un hombre lleno de fe, con una caridad infinita; un hombre de Dios, al parecer sin que nadie se diera cuenta... ¡Me gusta Don Bosco...! ¿Qué hay que hacer?’ ”

Hasta aquí el Cardenal Silva Henríquez.

El resto de esta parte de su historia se conoce. Raúl se va a vivir con los salesianos como aspirante en el internado que mantienen en el Patrocinio de San José, a los pies del cerro San Cristóbal, en la calle Bellavista 0550, mientras termina su carrera universitaria: el 4° y el 5° año de Derecho. A fines de diciembre de 1929 recibe su título de Abogado. Ha cumplido con la petición paterna. ¿Qué piensa don Ricardo? Ha comprobado la seriedad de la vocación del muchacho, más allá de entusiasmos pasajeros, y le escribe: *“Haga lo que usted crea. Nosotros no tenemos ningún reparo en que usted entre a los salesianos; por el contrario, lo único que le pedimos es que piense bien lo que va a hacer y que sea definitiva su elección, para que no mate de pena a sus pobres padres”*.

Tras el tono algo seco de la nota, es perceptible el temblor de la emoción contenida de este padre profundamente religioso.

Raúl no pierde un día y el 28 de enero de 1930 entra como novicio —luego de haber sido aspirante por dos años— con el corazón rebotante de una felicidad largo tiempo deseada. Es el día de San Juan Crisóstomo, un gran arzobispo santo; el 29 será el de San Francisco de Sales, el Patrono de la Congregación Salesiana. Al lado afuera quedan su título de Abogado y ese montón de aspiraciones terrenales que el hombre atesora como finalidad suprema de la vida, y que él, futuro hombre de Dios, ni se ha dado vuelta a contemplar siquiera, mientras se disuelven, como lo hace la niebla en las alturas de la Cordillera de los Andes.

Le atrae la personalidad de Don Bosco y desea ser educador como él. Muchas veces, durante las clases en el colegio, él pensó que podía hacerlo tan bien o mejor que algunos de sus maestros. Y hay más: Don Bosco se ocupó con preferencia por los niños pobres y el muchacho talquino siente claramente una inquietud social. ¿Y por qué una orden religiosa y no sacerdote secular? Ah, ahí hay otra razón que él ha reflexionado bien en los retiros espirituales que alguna vez le dictó, en la playa de Las Cruces, el Rector de la Universidad Católica, don Carlos Casanueva. Porque él ya se conoce bien, sabe de su carácter, de su temperamento, y cree que la vida religiosa le conviene más.

El Padre Salesiano Alfredo Videla recuerda unas palabras del Padre Panzarasa, que resultaron proféticas: *“Si este joven no va al Noviciado, ¿quién puede ir? Raúl Silva se ha demostrado en el aspirantado de muy buen espíritu y dispuesto a ser un salesiano de trabajo”*. Extraordinario juicio respecto de ese muchacho de cortos años. Este “salesiano de trabajo” trabajaría en el más puro espíritu de San Juan Bosco y haría trabajar...

Años de preparación salesiana

El Noviciado de la Congregación Salesiana está en Macul, sector alejado del centro de Santiago, apropiado para los estudios del futuro sacerdote. Ahí llega con su compañero de estudio de Leyes, Alberto Muñoz Darrigrandi, y compañero definitivo de estudios teológicos y de Congregación. Por esos años de la década del 30, es pleno campo y los salesianos han plantado viñas para producir un exquisito vino asoleado de Misa, el “Sagrada Familia”, que a Raúl le recuerdan las viñas más modestas, ribereñas del río Maule. Lo recibe un grupo numeroso de novicios. Son 21: 10 chilenos y 11 extranjeros, algunos llegados de Italia y de otros países europeos. Casi todos menores que él. Se le conoce, festivamente, como “el señor abogado”. Son cuatro años alegres (uno de noviciado y tres de formación seminarista y vida religiosa) con una nueva alegría, que él ha relatado en una sesión de testimonio sacerdotal en Panamá, en 1983.

Eso sí que apenas ingresa el maestro de novicios, Padre Valentín Grasso, le llama la atención, pues se ha presentado con un hermoso reloj en la muñeca; el padre maestro le pide desprenderse de él, *“porque un reloj de pulsera era señal de lujo y no se podía aceptar en un religioso de la época”*.

El servicio de Dios debe ser alegre, y los novicios alternan las horas de estudio con las de trabajo y pasatiempos. Se cultiva la pe-

queña viña y la vendimia, en marzo de cada año, es una oportunidad para divertirse y competir en quién llena más canastos de uva. A veces el trabajo no está exento de dificultades... Él nos cuenta una anécdota: *“Vivíamos en pleno campo. Allí no había alcantari-llado sino un pozo negro como letrina, que había dejado de funcionar. Nos reunieron y salí entre los designados para destaparla. Lo hicimos y lo primero que se extrajo fue una pelota de tenis... ¿Quién habrá podido comérsela?, comenté yo, entre la risa de todos...”*

En otras oportunidades lava los doscientos o trescientos platos que se ocupan en cada comida o se encarga de revisar y entregar a la lavandería la ropa de trabajo de los obreros que laboran en la parcela... Duras misiones todas, tan alejadas de sus costumbres de joven de familia acomodada, que le ayudarán en las luchas futuras. Pero su entusiasmo no repara en esto. Hay una causa más grande, más importante, que ahora inspira su vida.

A comienzos de septiembre de 1934 hay que decir adiós al Seminario de Macul, llega el momento de partir a Turín, Italia, a estudiar Teología y Derecho Canónico en el Instituto Teológico Salesiano de “La Crocetta”. Van con él otros dos seminaristas chilenos que han hecho sus votos en el mismo mes de febrero de 1931: Alberto Muñoz y Carlos Weiss. Los tres redactan desde ese momento un Diario de Vida que llaman “Inter Nos”, indispensable para seguir paso a paso los acontecimientos previos a su ordenación sacerdotal, y que comprende de septiembre de 1934 a mayo de 1935. Ilustrado por Weiss, escrito con la clara letra de Muñoz, muestra desde ya la inquietud literaria de Raúl Silva Henríquez, su sentido del humor y su tono festivo. Indudablemente preanuncia que un día el futuro Cardenal será elegido Miembro Honorario de la Academia Chilena de la Lengua... Este Diario se enviará a los estudiantes salesianos de Macul que, como puede imaginarse, envidian a los afortunados viajeros.

Así nos imponemos de que se embarcan en la motonave “Virgilio”, en Valparaíso, y al llegar frente a la costa italiana exclaman jubilosos: *“El corazón nos late con ansia: estamos a la vista de la Italia maravillosa, la patria de Don Bosco, la tierra del Papa, del*

arte y de la poesía; de esa tierra que hasta ahora sólo hemos conocido a través de los libros y de las fotografías. Ahora nos es dado contemplarla; más aún, vivir en ella. ¿Qué sorpresas nos reservará?”

Esos años de octubre de 1934, hasta mediados de 1938 cuando es ordenado sacerdote, son años intensos de formación en el mencionado Instituto, y para el seminarista Silva Henríquez es época de recuerdos imborrables y de profunda compenetración con el ideal salesiano.

Cuando llega a Italia hace pocos meses que Don Bosco ha sido canonizado. Ahora es San Juan Bosco. El entusiasmo aumenta entre la juventud por ingresar a la orden de este santo moderno, de ideas tan avanzadas, que educa y forja educadores con el método de la bondad y de la alegría contagiosa, más que con métodos pedagógicos tradicionales.

Que los seminaristas chilenos estén alojados en mejores condiciones ambientales que en Santiago no significa, ni mucho menos, una vida fácil. Por el contrario, aquí la disciplina es muy rígida. Los dormitorios son comunes y el estudio se hace también en salones comunes, lo que en verano significa un calor excesivo y, para qué negarlo, con bastante “olor de santidad”, como recuerda con chispa el Cardenal, riendo. Durante las vacaciones van a los Alpes, a una pequeña casa de verano, a pasar unos días. Él quisiera aprovechar ese tiempo en Londres para estudiar inglés. Ha ahorrado unos dineros que le han enviado sus hermanos. Se le dice que no, por ser contra la pobreza comunitaria.

Don Raúl echará de menos toda su vida, en los frecuentes viajes, el idioma inglés.

El estudio es exigente. Logra una eficaz ayuda en el Padre Pedro Berruti, viejo amigo del noviciado de Macul. Recuerda con cariño algunos profesores. En Escritura Sagrada, don Jorge Castellino; en Dogma, don Alessio Barberis; en Derecho Canónico, don Agustín Pagliese; en Historia Eclesiástica, don Beccuti; en

Moral, don Eugenio Valentini; en Sagrada Liturgia, don Eusebio Vismara, por quien profesa particular admiración.

Hay principios que Raúl Silva Henríquez atesora y que le iluminarán toda su vida. Él, que se reconocía ya en su juventud como una persona con entusiasmos, con apasionamientos, con vigencia propia y a veces dominante —“tenía miedo de mi temperamento”— aprende aquí, con Don Bosco, que la razón es el medio a través del cual Dios nos habla, y no los sentimientos; que la piedad no es cuestión de sentimentalismos, sino de voluntad y de amor, de entrega generosa y humilde.

Don Bosco le enseña que el corazón debe seguir a la razón, y no al revés. Don Raúl lo cuenta así:

“Eso lo aprendí de Don Bosco y del santo sacerdote que me guiaba..., me pareció muy difícil..., eso fue como cambiarme totalmente..., y por eso cuando uno ve lo que debe hacer, con serena tranquilidad, debe hacerlo, pase lo que pase, siempre que sea viable...”.

Don Bosco, un hombre de fe intensa, daba a la razón lo que a la razón correspondía. Era pragmático como buen campesino y, al mismo tiempo, era un hombre de carisma, de una extraordinaria relación sobrenatural con Dios.

El joven talquino entendía tan bien al Santo italiano, hijo de parceleros, criado con la gente humilde, con la gente del campo, muy religiosa, especialmente sus padres. De ellos, Don Bosco había sacado esa manera práctica de ver las cosas y enfrentar la vida hasta con un poco de terquedad, que luego desaparecería con el tiempo, transformándose en tenacidad admirable.

Don Abdón Cifuentes, el político conservador chileno que lo conoció, decía: *“Don Juan Bosco es un buen cura de campo...”*. Silva Henríquez, ya Cardenal, agregaría: *“Un buen cura de campo, sí, puede ser, en su apariencia, pero ¿qué cura de campo! Con cosas*

extraordinarias que no tiene cualquier cura de campo". Y agregaba: *"Era un extraordinario hombre de Dios, sin parecerlo"*.

El fundador de la Congregación Salesiana veía la vida en forma realista, sin los afeites y agregados de la ciudad opulenta; la veía como un todo orgánico. No sólo era un hombre de rezos: era un hombre de acción. Decía que sus seguidores debían ser "buenos cristianos y honestos ciudadanos". Tenía facilidad para tomar contacto con todo el mundo. Al novicio Silva Henríquez le agradaba recordar la actuación de Don Bosco como intermediario entre el Papado y los políticos exacerbados de la época de la Unificación Italiana, y le celebraba, admirado, los éxitos obtenidos, con su carácter práctico y franco, en ese delicado proceso de acercamiento y de pacificación después de las heridas de las duras batallas políticas entre los Estados Pontificios y el Gobierno italiano.

El Cardenal chileno resume así —en la ya mencionada reunión de la catedral de Punta Arenas— lo que Don Bosco le enseñó desde los contactos iniciales con sus ideas: primero, a confiar siempre en Dios; segundo, a amar a los pobres y a los niños; tercero, a amar a la patria, al terruño. Cuando uno mira hacia atrás la vida del Cardenal Silva Henríquez, la ve impregnada y transformada por todas estas enseñanzas: el educador de los niños humildes, siguiendo su famosa máxima: *"La educación es cuestión de corazón"*; el hombre práctico que construirá y organizará en todo el mundo sin desmayos; el intermediario entre hombres de diversas doctrinas y clases sociales; el hombre de Iglesia perseverante en sus puntos de vista y hábil para ir por ellos; el pastor de la fe absoluta en Dios y del amor desinteresado por sus ovejas.

Llega 1937 y el seminarista debe convertirse en subdiácono. Pero hay un pero: desde hace un tiempo sufre afección a las rodillas y hay dudas respecto de este futuro presbítero que no podrá hincarse con facilidad en la misa. Don Berruti, uno de los superiores mayores de la Congregación, interviene con autoridad y salva la situación. El 4 de julio de 1938 es ordenado sacerdote por el arzobispo de Turín, Cardenal Mauricio Fossati, en la basílica de María

Auxiliadora, barrio de Valdocco, iglesia mayor construida por el propio San Juan Bosco.

Alguien podría pensar que es sólo una hermosa ceremonia religiosa en ese día de verano. En la fotografía están los “nuevos padres” Silva, Muñoz y Weiss. Sonríen en esa alegre ocasión. Si se supiera cómo el corazón de ese muchacho talquino ha latido con violencia al cumplirse los plazos, al llegar a término todos los sueños de niñez y de juventud. “Mucha es la mies y pocos son los segadores...”. Su recuerdo ha volado a Talca y a Santiago. Si se supiera lo que este sueño le ha costado en sacrificios, en renunciamientos, en noches de vigilia, en vacilaciones y dudas. Debe volver pronto a Chile. Nadie lo entenderá mejor que su madre, doña Mercedes. Qué pena que don Ricardo ya no esté..., pero él sabe que se alegra y le celebra desde el cielo. Hay que volver pronto a comenzar el trabajo.

Recorre rápido, en grupo, algunas ciudades italianas: Milán, Venecia, Padua; en Roma visitan al Papa Pío XI, ya anciano (moriría al año siguiente), el que los hace esperar largo tiempo. Es el famoso firmante de los acuerdos de Letrán, amigo y admirador de Don Bosco, a quien, curiosamente, había conocido en Turín, beatificado en 1929 y canonizado en 1934.

Cuando Raúl Silva llega a Chile, a fines de ese año 1938, su país ha cambiado, y mucho. Ahora es Presidente Pedro Aguirre Cerda y comienza la etapa del Frente Popular. Tampoco está ya en Chile su gran amigo, el Padre Valentín Panzarasa, a quien debe el haber encauzado su vocación religiosa. Este salesiano, luego de dirigir el Patrocinio de San José, ser profesor de Filosofía en la Universidad Católica y divulgador de la doctrina social de la Iglesia en un libro titulado “Justicia Social”, debe abandonar Chile por presiones políticas a “petición” del Arzobispado, lo que afecta dolorosamente al joven Silva.

¿Qué recuerdos trae de Italia? Esos cuatro años han sido de estudio y de formación salesiana y su pequeño mundo se ha extendido un poco más allá de los límites de Turín. Al Instituto

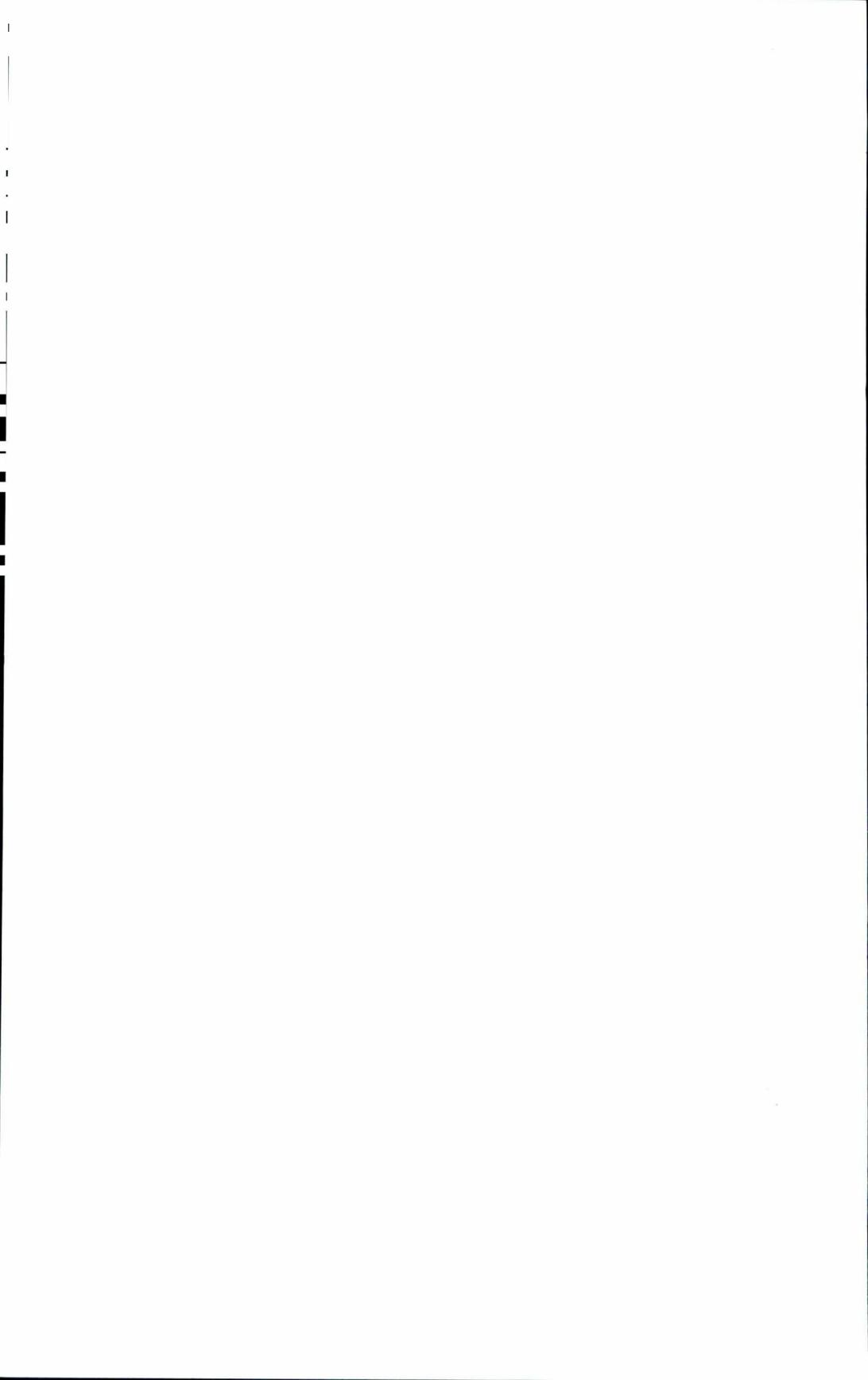
Teológico no llega otro diario que el "Osservatore Romano". Si quieren saber qué noticias trae "La Stampa" en su primera página, deben ver en las vitrinas de los kioscos que la venden..., teniendo cuidado de que no los sorprendan "algunos superiores intransigentes". Pero de tanto en tanto les han permitido proyectar los filmes de actualidades, y así han podido seguir la carrera del "Duce" y de su movimiento fascista.

En Turín, y en toda Italia, el clero acoge en general con buenos ojos esa reacción en favor del orden, de la disciplina y del trabajo. El fascismo impacta, además, porque es espectacular, efectista, patriotero; pero el joven Silva Henríquez advierte que bajo todo esto hay una lucha sorda, visible ya, entre Iglesia y fascismo, por la educación de la juventud. Además tiene conceptos diferentes, luego se revelarán opuestos, sobre el hombre y sus derechos esenciales, especialmente sobre el concepto de libertad.

El chileno rechaza los entusiasmos fáciles y en las discusiones con compañeros y profesores se manifiesta contrario a esas nuevas y seductoras doctrinas. Está en el buen camino. El mismo Papa Pío XI se opondrá pronto a los totalitarismos y el sucesor, Pío XII, será un paladín de una auténtica democracia en sus discursos radiofónicos al mundo.

Junto a esta reafirmación de la dignidad y derechos de la persona humana, el Padre Silva trae admiración por su cultura, la actividad de su gente. Su entusiasmo es grande y cree que en Chile, con un espíritu renovador, se puede hacer mucho más.

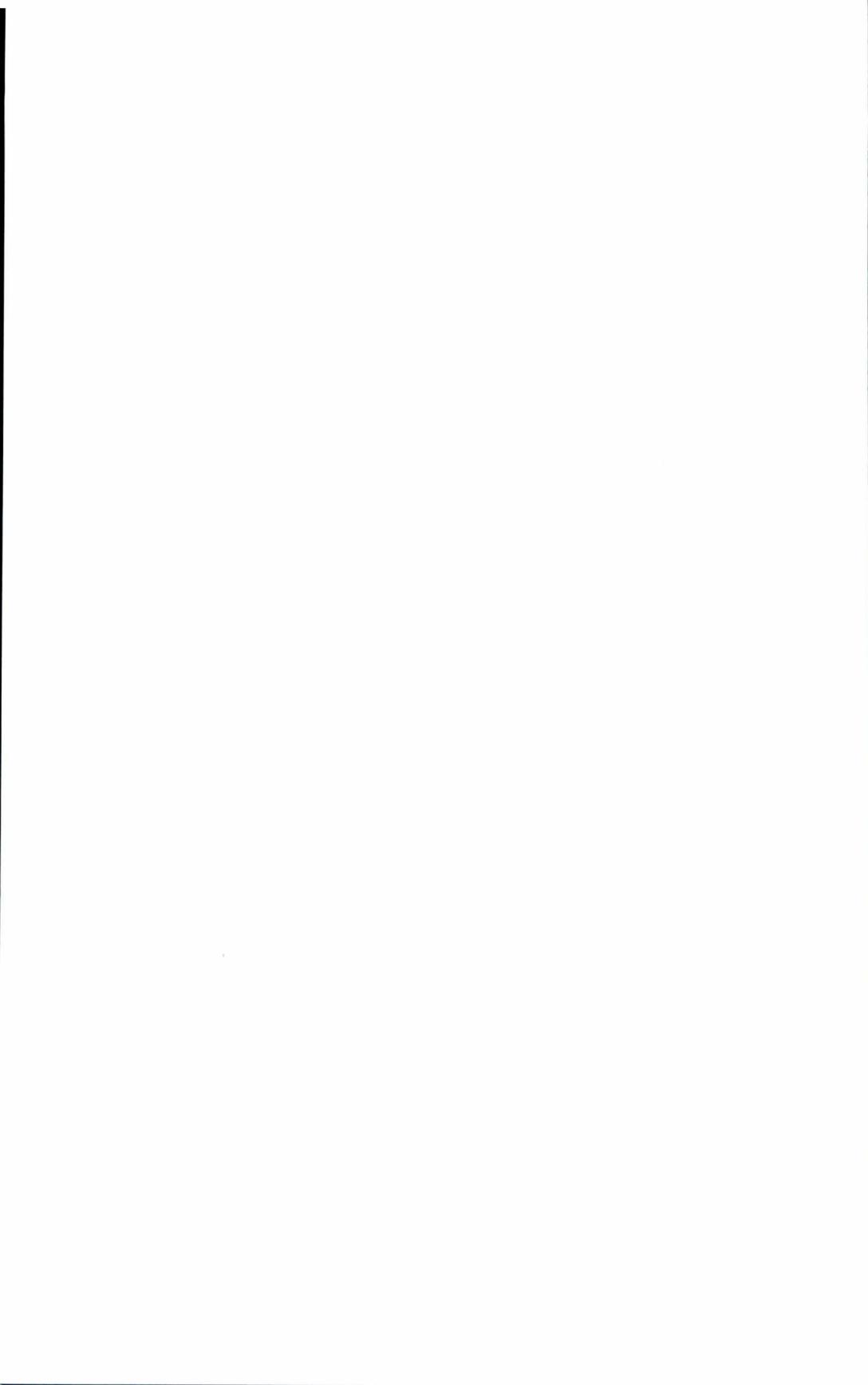
Y trae el lema que ha adoptado al ordenarse: "Caritas Christi urget nos", la caridad de Cristo nos urge, que se revelará como el motor de su vida y una de sus principales metas.



CAPÍTULO SEGUNDO

El Padre Silva, educador y organizador

(1939-1959)



El espíritu renovador del Padre Silva

En cuatro años han sucedido muchas cosas importantes. Para Raúl Silva Henríquez, desde luego. Ahora se le conocerá como el Padre Silva. ¿Y quién es este Padre Silva? Hay una cierta disparidad de opiniones al respecto. Se fue como un novicio más bien tímido y callado, estudioso. Vuelve un sacerdote de 31 años, lleno de energías, deseoso de asumir responsabilidades. Él no desea ser sólo un buen administrador y “continuar” misiones ya iniciadas. Cuando comienza algún trabajo pone inmediatamente su sello de agilidad, nueva visión y cambios. Italia, en cierto modo, le ha abierto los ojos. Es un cura moderno con un increíble sentido práctico.

Pero por sus obras lo conoceréis.

Chile también ha cambiado. Ya no es más el país sólo deseoso de estabilización, luego de la crisis económica de 1930/31, de las revoluciones militares y de la fugaz República Socialista... Desde el 24 de diciembre de ese año 1938 está en el Palacio de La Moneda el radical Pedro Aguirre Cerda, y gobierna la clase media, con apoyo obrero. En un primer momento se temen conflictos con la Iglesia, luego todo se calma. Pero, para qué engañarse, por Chile circula un espíritu nuevo, un ánimo de que todo es posible. Gobierna la izquierda. Se viven los años del Frente Popular.

El Padre Silva, recién llegado, saluda a sus amigos, da una mirada a la vieja casa de Macul y, ¿cómo dudarlo?, parte a Talca. El encuentro con la familia es emocionante y se resume en la misa, en la primera misa que dice en su ciudad natal.

Una fotografía lo muestra rodeado de hermanos y cuñadas, de sobrinos y, a su derecha, doña Mercedes Henríquez. Su pelo

blanco, su mirada algo perdida en los recuerdos, su actitud tranquila: "Ahí va la Mercedes Henríquez con su chiquillo"... Ahora puede morir en paz. Pero vivirá y verá y gozará y sufrirá con su hijo, con su "Raulito"; pues para las madres los hijos no crecen jamás...

Unos días de vacaciones en el agradable verano de la zona central. Hay tanto que contar. Pero viene marzo y la Congregación Salesiana aprovecha al recién llegado licenciado en Teología, justamente en su oficio de dar clases en el Teologado Salesiano, en el Seminario situado en el populoso y popular barrio de La Cisterna, sector sur de Santiago.

Que los tiempos han cambiado, no cabe duda. Una mañana un obrero le grita, de una vereda a la otra, que a los curas les ha llegado la hora y con la mano en la garganta le hace un gesto significativo... Él está preocupado de sus clases y entra a la diaria labor que un día será Derecho Canónico y otros Teología Moral e Historia Eclesiástica. Así transcurre un par de años sin grandes novedades. Por lo menos en apariencia. Es que algo le preocupa: la casa donde están los muchachos es inapropiada, pequeña y, aún, está inconclusa. En cambio el terreno, inmenso: alrededor de seis cuadras de fondo, con una cuadra frente a la importante arteria llamada Gran Avenida, unas 9,4 hectáreas.

La parcela es donación de la Srta. María Santelices, gran admiradora de la vida y obra de Don Bosco, y los planos de un arquitecto salesiano, adecuados por un arquitecto chileno, contemplan, además del edificio para el teologado, una iglesia, un teatro y un noviciado.

A fines de 1940, la hermana del señor Manuel Arriarán Barros, conocido benefactor, hace una donación de \$ 80.000 para construir un noviciado y el Padre Silva, que así inicia su carrera de constructor, prefiere levantar un colegio, que pasa a llamarse Liceo Manuel Arriarán. Las obras comienzan el 21 de enero de 1941, día de Santa Inés, en plena Segunda Guerra Mundial.

En un país donde todo se espera del Estado, no deja de ser sorprendente que alguien inicie una obra de largo aliento y continúe hasta darle fin. El Padre Silva recurre a la ayuda eficaz y práctica de dos buenos “maestros” carpinteros y de albañiles y se improvisa un maestro de obras.

En 1943 el colegio está terminado y el Padre Silva es nombrado justicieramente su director y continúa siéndolo hasta 1948.

Alguien podría creer que son cinco años de un merecido relativo descanso. Nada de eso. Si los planos consultan una iglesia, al lado del colegio, y si el terreno está ahí disponible, pues hay que construir una iglesia. Servirá para recordar el primer centenario de la ordenación sacerdotal de Don Bosco, en 1841, que acaba de pasar.

El Cardenal chileno recordará: *“Para levantar el templo inicié mi aventura de pedigüeño..., corría el año 1944. ¡Qué no hice! Primero, una lista de personas que pudieran dar dinero; luego una hojita que repartía periódicamente a 20.000 personas (eran tiempos de escasísimas importaciones por la guerra) y que me costaba \$ 2.000; enseguida rifas de automóviles: con el resultado de cada una tenía para financiar tres meses de trabajos; ah, y no olvidemos las donaciones, que llegaban milagrosamente, cuando ya desesperaba de pagar mis deudas. Toda la comunidad salesiana del país respondió admirablemente. Sería un templo de todos los chilenos y se llamaría Templo Nacional de San Juan Bosco”.*

El Padre Silva ve en mil detalles la mano de un Dios que provee lo necesario en el momento preciso..., un Dios con el cual, claro, él coopera incansablemente. Ahí está la venta de una valiosa joya que le han regalado; el 10% de un boleto de lotería que ha obtenido el premio mayor; la contribución de un grupo de jugadores de ruleta del Casino de Viña del Mar..

Los trabajos duran hasta 1950 y el templo es inaugurado en 1952. Así La Cisterna se enriquece con una hermosa iglesia y el Padre Silva emerge de entre los cientos de sacerdotes chilenos

como un hombre práctico, gran realizador y organizador. Tendrá una pena en su corazón: la Municipalidad se opondrá a su proyecto de despejar una plaza frente al templo para transformar el sector en un centro cívico. Hasta hoy los vecinos de la comuna echan de menos esa iniciativa perdida.

Si cada hombre tiene en su vida un momento muy importante que fija el resto de ella, para el salesiano talquino éste podría situarse en los años en que construyó el templo a Don Bosco. El también lo cree así: *“Mirando hacia atrás y buscando señalar algún momento en que mi carrera sacerdotal tuvo un giro de importancia, creo que fue éste”*. Su amigo y coterráneo, Luis Felipe Letelier, que no le ha perdido pisada, exclamará después: *“Si Silva no hubiera sido Cardenal, debiera haber sido Ministro de Hacienda...”*.

Entretanto, el Liceo Manuel Arriarán llega a tener 1.200 alumnos y su financiamiento no tiene problemas, ya que recibe subvención del Estado, por impartir educación gratuita.

De 1948 a 1950 es nombrado Rector del Colegio Patrocinio de San José, en Providencia, y debe dejar a los muchachos del barrio más popular de La Cisterna, pero no abandona los últimos trabajos para terminar totalmente el templo, donde los problemas no han sido únicamente de dinero. No; hay comentarios en contra, y un conocido sacerdote de Santiago se queja (aludiendo al interminable templo de Maipú): *“¿Otro Templo Nacional? Los chilenos están cansados...”*. Él le contesta: *“Eso lo dirán los fieles”*, y sucede que continúan contribuyendo... También hay un comentario que llega a sus superiores salesianos: el Padre Silva va a arruinar a la Congregación Salesiana... Don Bosco sonrío, sin duda, porque fue acusado de locuras semejantes...

Su permanencia en la rectoría del Colegio Patrocinio de San José, aunque relativamente corta, deja su sello innovador. El Padre Silva tiene ya 41 años y su personalidad aparece bien marcada. Su timidez ha desaparecido, dejando una cierta reserva, una distancia que hay que saber atravesar para llegar a la zona de la cordialidad. Los profesores del nuevo colegio, por lo menos los que no lo

conocen, se preguntan si será acaso un conservador, o quizás un reaccionario; al fin y al cabo es un Silva de Talca...

Y el Padre Silva no deja la menor duda, en muy corto tiempo, de que más allá de ciertas apariencias de su temperamento, unas heredadas, otras adquiridas, predomina en él un ferviente amor al prójimo, una bondad siempre dispuesta a manifestarse, una inquietud intransable por la justicia y por la verdad.

Y así comienzan las reformas.

La principal tiende a solucionar la delicada e insostenible situación de los internos que, por antigua tradición salesiana, sólo salen a sus casas dos veces al año. Es que en tiempo de Don Bosco, la totalidad de los muchachos venía de provincia y no siempre tenía familia. Hoy ocurre que casi todos son de Santiago y tienen familia, pero ha quedado un reglamento anticuado que ya no se justifica y sólo causa tensiones y problemas. Esto ha dado al colegio la fama de excesivamente estricto, severo, propio para niños con problemas, lo que lleva a las aulas un elemento que no es el mejor. Se crea entonces el medio pupilaje, se exhiben películas los domingos para los residentes internos, ya minoría, se cambia un ambiente que el Padre Silva califica ante Don Berruti, de paso por Chile, de "sistema casi carcelario".

¿Por qué administrar lo "corriente", si puede cambiarse por algo mejor? Ese podría haber sido el lema del educador salesiano talquino, siempre alerta, siempre activo, que ya ha advertido la existencia de un nuevo campo de acción. Resulta que los colegios católicos están sin coordinación y el Ministro de Educación, el radical Alejandro Ríos Valdivia, tiene problemas con la diversidad de peticiones que recibe de ellos. Les pide se pongan de acuerdo y así la ayuda gubernamental fluirá más efectiva.

¿Qué le han dicho al Padre Silva! Se reúne con su amigo el sacerdote Jorge Gómez Ugarte, uno de los educadores de más carisma que ha existido en Chile; con Manuel Mella, rector del Instituto de Humanidades Luis Campino; tiene la cooperación de

los Sagrados Corazones; en fin, todo es entusiasmo y se redactan los estatutos, los aprueba el Obispo Auxiliar de Santiago, Augusto Salinas Fuenzalida, y parte la circular a todos los colegios particulares de la arquidiócesis. Al poco tiempo se extenderá esta Federación de Institutos de Educación al país entero, junto con el nombre de su primer Presidente, el Padre Raúl Silva Henríquez. Surge así la “FIDE” en 1948.

Después del éxito obtenido, otro se habría dormido en sus laureles. ¿El Padre Silva...? ¡Qué va...! Ya que existe la FIDE aprovechémosla no sólo para coordinar, sino para efectuar trabajos comunes, para programar la educación católica, y con este y otros propósitos funda dos revistas: “Rumbos”, para los padres de familia; “La Revista de Educación”, para los educadores. A los clérigos Gómez y Mella se han unido los escritores Hugo Montes y Guillermo Blanco. El primer número de “Rumbos” sale a la venta en marzo de 1949.

Llega el año 1950 y al Padre Silva le ocurren dos sucesos: uno triste, muere el Padre Pedro Berruti —ex Provincial de Chile (1927-32) y ex Prefecto General de la Congregación—, su amigo y amigo de los salesianos chilenos; enseguida el Padre Inspector de los Salesianos interrumpe su directorado en el Patrocinio de San José y lo designa nuevamente en el Teologado Salesiano, en La Cisterna, pero ahora como rector, a fin de dar mejor impulso a la educación y formación de los jóvenes seminaristas salesianos, tanto de Chile como de Uruguay, Perú y Bolivia.

El Padre Silva se siente muy dolido: ni siquiera ha cumplido los tres años en el Patrocinio, está realizando ahí un trabajo que le agrada y comienza a cosechar todo lo sembrado. El Provincial insiste y don Raúl envía a Turín, con su conocimiento, una carta al Superior Mayor en la que le enumera todas las razones que justifican su permanencia en el colegio y termina, eso sí, en un último párrafo, aceptando de antemano la decisión que él adopte. La respuesta es lacónica: *“Usted tiene razón, acepto todas sus razones..., incluso las del último párrafo...”*, y Raúl Silva obedece.

El gran organizador

Aunque el Padre Silva confiaba plenamente en los designios de Dios —aún en los más “molestos” o imprevistos— jamás adivinó que su nueva etapa tomaría tanta velocidad hacia metas de mayor progreso para su vida sacerdotal. El precio era el paulatino abandono de su misión de educador entre jóvenes, lo que lamentaba, puesto que ella había constituido una de sus máximas aspiraciones. Si bien es cierto que en el Teologado Salesiano y luego, años después, en la Gratitude Nacional, continuaría su presencia entre la juventud, sus clases y conferencias serían las últimas, sería su despedida de la cátedra, por lo menos de la cátedra con pocos alumnos al frente... Vendría un día en que el país entero estaría atento a su palabra.

Pero no conviene adelantar materia, ya que la década del 50 está repleta de acontecimientos de gran importancia en su vida, una vida que se irá complicando al extremo, siendo “suya” cada vez menos, y entregada a los otros, cada vez más.

Es que ha aparecido el ojo avizor y experimentado del Nuncio Sebastiano Baggio. Diez años después aparecerá otro ojo no menos certero en su apreciación del talento: el del Papa Juan XXIII. Y es el Nuncio Baggio quien pide a los obispos chilenos crear un organismo para recibir a inmigrantes europeos, especialmente yugoslavos. El abogado-sacerdote Silva redacta un estatuto y nace el INCAMI o Instituto Católico de Migraciones, para el cual obtiene personalidad jurídica. El Hogar del Inmigrante, en la Quinta Normal, conoce días de gran actividad al cuidado del presbítero Wolfgang Wallisfurth.

Entonces el Nuncio Baggio da el paso siguiente. Ha conocido al Padre Silva en la FIDE y lo ha visto maniobrar con destreza en aguas a veces turbulentas. Es, indudablemente, la persona que necesita para crear y dirigir en Chile una filial de Caritas Internationalis. El Padre Silva se defiende con la ayuda del Derecho Canónico: como rector de un Seminario no puede recibir otra ocupación de

la Santa Sede. Baggio sonríe: para la Santa Sede nada es imposible y unas semanas después obtiene el decreto con la autorización para que pueda asumir canónicamente las dos obligaciones.

¿Cuál es exactamente el origen de Caritas Chile?

Vale la pena precisarlo, porque a través de ese organismo se inicia una de las actividades más importantes que manejará el futuro Cardenal, origen y centro de muchas otras.

Todo parte con la llegada a Chile de Monseñor Carlos Bayer, en julio de 1955, Secretario General de Caritas International, creada en 1950. En las reuniones con el Nuncio Baggio un grupo, donde sobresale el Obispo Manuel Larraín Errázuriz propone al Padre Silva en calidad de Presidente de Caritas Chile, desde noviembre de 1956. Su brazo derecho será el presbítero Wolfgang Wallisfurth, de INCAMI; luego todo irá girando alrededor del Padre Baldo Santi, Vicepresidente Ejecutivo.

Una vez más el Padre Silva da el empujón de partida a organismos que, capaces de pararse en sus propios pies, siguen su camino, mientras él da vida a otras iniciativas.

Entre las labores olvidadas de Caritas Chile debe recordarse el primer hospital en la Isla de Pascua, desde el cual se da dura lucha contra la lepra.

Caritas International ha nacido luego de la Segunda Guerra Mundial, para ayudar a los necesitados de todo el mundo y el Vaticano desea cooperar con esta excelente idea que en Estados Unidos nace como Catholic Relief Services de los obispos norteamericanos. En Chile funciona en un principio en la sede del recién creado INCAMI. Luego se irá a la calle Almirante Barroso N° 60.

¿Puede querer el Padre Silva algo más que ver realizado, llevado a la práctica, su lema de “La Caridad de Cristo nos urge”? Se pone, pues, al trabajo. Como caridad es amor, es la promoción del hombre en la complejidad y variedad de sus estados, la ayuda que

se propone es muy completa. Alimentos, desde luego, pero también habitación, formación, desarrollo.

Respecto de alimentos, se le dice al Padre Silva: usted recibirá todo lo que sea capaz de repartir, y sucede que a veces su dinamismo y la organización que ha creado entregan de 20.000 a 30.000 toneladas de víveres al año. Además de ser la primera filial de Caritas International en América Latina, se la tiene por la más eficiente.

El éxito atrae las críticas y se comenta: esto nos crea una dependencia de Estados Unidos. El salesiano talquino responde: *“¿Dependencia? ¿En qué? La ayuda es norteamericana, pero hemos logrado actuar en Chile con absoluta independencia para entregarla”*. Incluso consigue autorización para vender los envases y financiar así la distribución.

Este Padre Silva no tiene arreglo..., como dicen en su tierra maulina. Ya ha inventado otra cosa: ahora hace nacer de Caritas una constructora de viviendas: se llamará INVICA: Instituto de la Vivienda de Caritas, cuyo primer origen está en las organizaciones Casas Chile y UNICOOP. En esta materia, Caritas comienza trabajando con el Hogar de Cristo y luego juzga mejor hacerlo a través de una creación propia, bajo las órdenes del Padre Wallisfurth. Luego se especializa en viviendas baratas, al alcance de los sueldos bajos, según modelos apropiados, especialmente de Suecia.

El éxito de INVICA queda de manifiesto si se consideran algunas cifras. En 25 años de trabajo entrega 20.000 viviendas. La confianza extranjera puede medirse por el dinero obtenido para su labor: luego del terremoto de 1960 llega a INVICA un millón de dólares de parte norteamericana, otro millón es enviado por los obispos alemanes.

Un buen Ministro de Vivienda habría sido este Silvita... Las ramificaciones nacidas de Caritas aumentan con la eficaz colaboración del Padre Baldo Santi. Basta mencionar una: la Cruzada de Servicio Voluntario, encargada de la preparación de alrededor de

3.000 personas en veinte especialidades, como enfermería, arsenalería y otras.

El Padre Silva no sólo es conocido en Chile, sino que los contactos necesarios para su trabajo de Caritas, de INCAMI y de INVICA, adquiridos en sus constantes viajes a Estados Unidos y a países europeos, lo han dado a conocer más allá de las fronteras, con autoridades gubernamentales, con obispos y cardenales, con banqueros. En Estados Unidos se le ve en casa de los Kennedy para almorzar o cenar y alguna vez es invitado en el Capitolio por el Presidente del Senado, Adlai Stevenson, y es recibido en audiencias por los Presidentes Carter y Nixon. En Europa le invitarán los Reyes de Bélgica y de España; Pertini, los Presidentes Luebke, Mitterrand, los jefes de Gobierno Adenauer, Andreotti, Craxi, Felipe González, Alfonsín, Sanguinetti... Así el Padre Silva se convertirá, en 1962, luego de diez años de trabajo en Caritas, en Presidente de Caritas International, elegido por los representantes de todos sus miembros. Entonces será Cardenal.

Me he apartado del propósito inicial de tratar aquí sólo de la década del 50... , llevado por el entusiasmo ante los éxitos de este chileno. Porque si bien es cierto que, en materias literarias, Chile obtuvo dos Premios Nobel y que varias veces compatriotas eminentes presidieron organismos mundiales de carácter político, el genio nacional no había sobresalido antes como organizador. . . y menos a nivel mundial.

Entretanto, el incansable Padre Silva no olvida su Teologado de La Cisterna —como comúnmente se llama al “Instituto Teológico Internacional Don Bosco”—, al que asisten seminaristas salesianos de otros países latinoamericanos. Aún se recuerda su intensa labor. Enriquece su biblioteca y con el ejemplo infunde espíritu salesiano, hábilmente secundado por el Padre Egidio Viganó, hoy Rector Mayor de la Congregación y su gran amigo de siempre. Un nuevo Seminario en Lo Cañas, La Florida, se inaugurará en 1962.

El Padre Silva vuela cada vez más alto

Viene por esos años, precisamente en 1953, el Congreso de Religiosos, proyecto de la Santa Sede destinado a ser cumplido en los diferentes países del continente americano. Como los salesianos son la congregación más numerosa en América Latina, la Nunciatura les pide se hagan cargo de su organización.

Aquí sucede ese algo pequeñísimo en el que habitualmente los observadores no reparan: el Provincial de la Congregación está fuera de Chile, el Viceprovincial está anciano y —bueno, estaba escrito, dirán algunos— asume la organización el activo Padre Silva, quien luego es nombrado Presidente de la reunión. El Nuncio Baggio sonríe, una vez más. El Cardenal recordará después: *“Me demostró siempre un especial cariño y un gran apoyo en mis iniciativas”*.

En vista del éxito, tres años después, en 1956, tiene lugar un Congreso Internacional de Religiosos en Buenos Aires. El Padre Silva preside la delegación chilena, la más destacada del evento. Luego de la experiencia adquirida en su propio congreso, llevan ya redactadas las conclusiones sobre cada tema, que otras delegaciones comienzan a estudiar. Un testigo de la época cuenta: *“Nosotros estábamos revolucionando el ambiente y cuando nos tocaba el turno de hablar, un hermano marista español pedía silencio porque haría uso de la palabra ‘la pelotera chilena’...”*.

El Cardenal Silva Henríquez recordará algo importantísimo: *“Comprobaba una cosa que me acompañaría siempre: las bondades de una buena organización. Nuestro ambiente tiende a dar poca importancia a este hecho y es por eso que en la mayoría de las ocasiones no logramos los resultados esperados. Varios años después pude tener una nueva ocasión de comprobar lo importante de una adecuada preparación de las cosas. Fue con ocasión del Concilio Vaticano II, donde nuestro episcopado pudo hacer importantes aportes debido, justamente, a un año de estudios y discusiones sobre los diversos documentos”*.

En 1957 muere su madre. Doña Mercedes, la madre de esos 19 hijos, se ha ido apagando como una velita, luego de dedicar su vida entera, abnegadamente, a la misión de ser madre. Su mundo ha girado alrededor de la diversa suerte, vocación, carácter, problemas, felicidad y desgracia de esos 19 hijos... Su modo de ser contrastaba con el de su marido. Mientras don Ricardo contagiaba con su amistosa presencia, doña Mercedes, tímida, quedaba en un segundo plano. Además, había entre ellos una diferencia de once años. Doña Mercedes ha estado viuda por 23 años y es Raulito quien le ha dado la mayor satisfacción..., pero no alcanzará la felicidad de verlo obispo.

Dios me la dio, Dios me la quitó, alabado sea el Señor... y el Padre Silva sigue batallando contra el tiempo ese año 1957, como si el tiempo le fuera a faltar en su larga vida... Claro, no adivinaba su fructífera longevidad.

Hay otra noticia ese año para él. ¿Le molesta? Quizás no. Está acostumbrado a obedecer a su querida Congregación Salesiana: va a la Graceland Nacional como director de las Escuelas Profesionales y del Liceo San Juan Bosco. Lo increíble es que encuentra ahí, pasados ya varios años, los mismos problemas de disciplina exagerada que solucionó en el Patrocinio de San José. Disminuye, pues, el internado y hace más frecuentes las salidas de los 400 alumnos. Por donde pasa deja algo, y en las Escuelas Profesionales el curso técnico superior de Mecánica de Máquinas y Herramientas (1957).

Y ahora sí que los acontecimientos se precipitan. El Padre Silva es uno de los salesianos más destacados de Chile y se avecina un Capítulo Interno de la Congregación. Su nombre comienza a circular como representante chileno al Capítulo General que tendrá lugar enseguida, en Turín, en 1958. Lo importante es lo siguiente: quien vaya a Turín como delegado volverá con seguridad como Provincial a Chile, donde, tradicionalmente, todos los provinciales han sido italianos. El Padre Silva, luego de una votación, es elegido delegado de Chile. Él ha calificado ese Capítulo chileno y su elección como *"momento decisivo en mi vida"*.

Aquí hay algo que explicar.

El Padre Silva ha estado asumiendo, más y más, responsabilidades fuera de la Congregación Salesiana, que él trata de compatibilizar con su dedicación a labores internas salesianas. Es un trabajo pesado. Ha cumplido cincuenta años. ¿Hasta cuándo podrá continuar una actividad tan exigente?

Ser Provincial le significará en cambio dedicación preferente a la obra de Don Bosco, su meta de siempre. Él lo ha reafirmado en la reunión capitular, apenas elegido. Para tomar esta decisión ha debido rehusar el ofrecimiento de la Santa Sede, a través del Nuncio, del Obispado de Antofagasta. Es la segunda vez que se ha pensado en él para tan alta investidura. En efecto, poco antes ha habido una consulta a la Congregación Salesiana a fin de nombrarlo obispo de Punta Arenas: los Superiores dan el nombre de Monseñor Vladimiro Bori, salesiano puntarenense.

El Padre Silva está volando cada vez más alto.

Destaca su vigorosa personalidad junto a características ya conocidas: la vehemencia y el coraje para hacer frente a situaciones difíciles.

Como ahora en Turín.

El Capítulo se ha desarrollado tranquilo. El Padre Silva se siente a sus anchas en un lugar del que tiene recuerdos imborrables de su época de estudiante. Entonces aparece un tema más. Por lo menos así se cree en un principio. Es el seguir la tradición del rezo del Rosario durante la Misa diaria por los alumnos internos de los colegios de Don Bosco. Se trata de una antigua tradición popular que el amor de Don Bosco por María Santísima introdujo en sus reglamentos. En verdad, cuando la Misa se rezaba en latín, el Rosario era una forma de hacer participar activamente en la oración a los inquietos muchachos durante la celebración eucarística.

En tiempos de Don Bosco estaban prohibidos los misales en lengua vulgar, para impedir que los fieles rezaran las oraciones

sacerdotales, en vista de la disputa con los protestantes sobre el sacerdocio de los fieles, dificultad que solucionó definitivamente recién el Concilio Vaticano II.

Volvamos al capítulo en Turín.

Se levanta el Padre Silva de Chile —según lo ha contado él mismo años después— y da las razones que aconsejan poner término a la familiar tradición salesiana y su reemplazo por algo que ya los tiempos hacen parecer más lógico: orar en la Misa con la ayuda del misal. Los argumentos del representante chileno tienen fundamento: es importante que el pueblo conozca la liturgia, la viva, ¡que el pueblo conozca lo que realmente sucede en la misa!

Se hace el silencio. Los superiores mayores salesianos no necesitan consultarse para insistir: debe mantenerse la tradición. El Padre Silva explica que se le pone en una disyuntiva, puesto que los Obispos chilenos han dispuesto que la Misa debe seguirse con el misal y no desea aparecer desobedeciéndolos.

El debate se ha animado y el representante de Holanda apoya al de Chile.

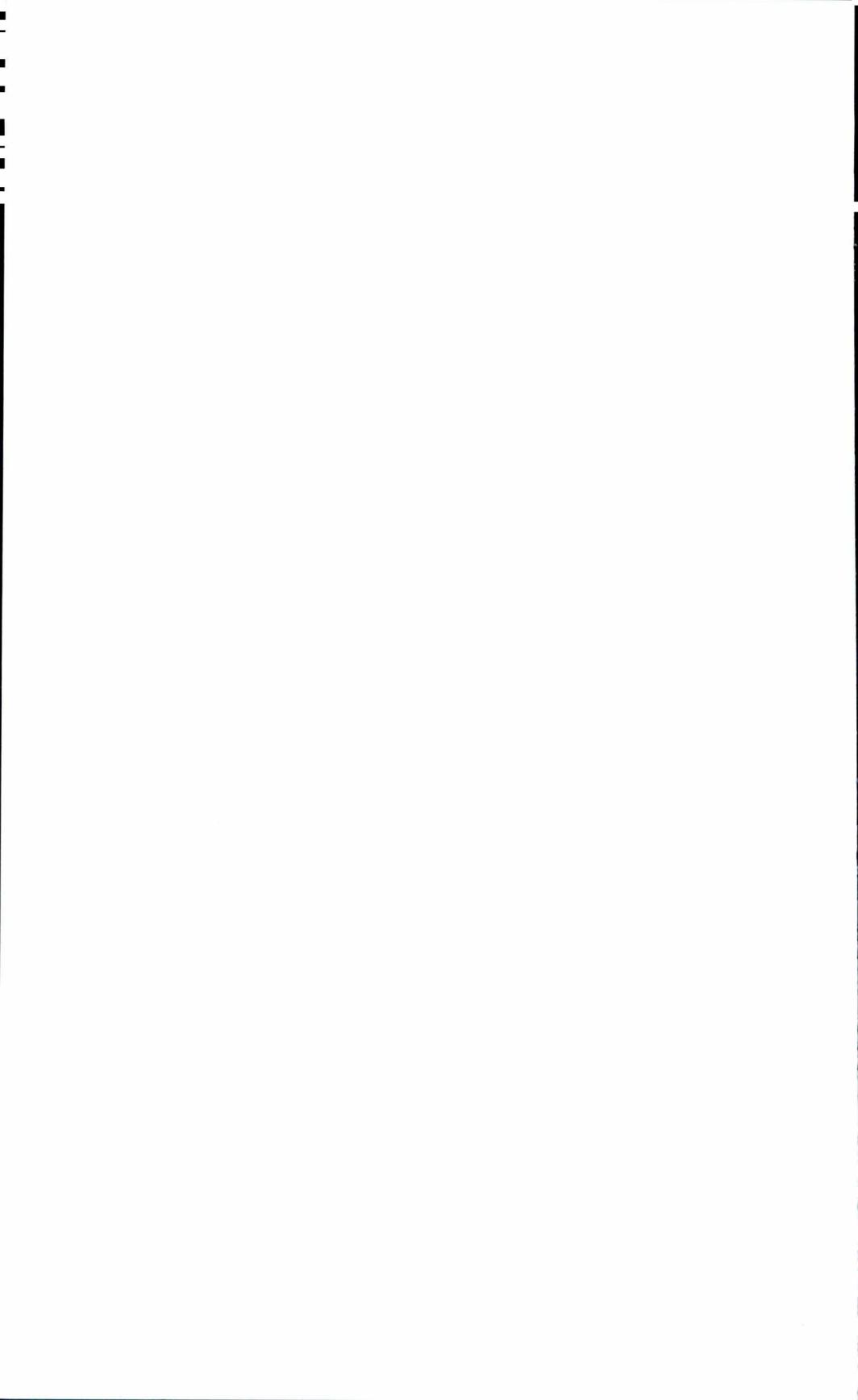
El Padre Silva propone, para cortar una discusión que puede tornarse enojosa, que la Congregación Salesiana pida al Vaticano el privilegio de rezar el Rosario durante la Misa. Quien dirige los debates le responde —con un dejo de mal disimulada molestia— que muy pronto recibirá en Chile el mencionado privilegio. Luego se pasa a otro tema.

Por supuesto que ese privilegio no llegará jamás a Santiago... ni tampoco el nombramiento del Padre Silva como Provincial de la Congregación... ¡Así escribe Dios, derecho con renglones torcidos!

CAPÍTULO TERCERO

**Veintiocho meses
inolvidables**

(1959-1962)



La muerte del Cardenal Caro inicia el proceso en Valparaíso

En diciembre de 1958 fallece el anciano Cardenal chileno José María Caro, el primero de los designados para el Colegio Cardenalicio entre los preladados de nuestro país. De origen humilde, es amado por el pueblo que, dolorido, llena las calles de Santiago el día de su postrer despedida. Tiene 92 años y ha sido 19 años Arzobispo de Santiago y 13 años Cardenal.

En los funerales de Monseñor Caro, durante las cercanías en la cripta de la Catedral, se le acerca al Padre Silva el párroco de Santiago Apóstol, de apellido Manzor, y le dice con vehemencia: *“Mire bien..., porque ahí lo van a sepultar a usted”*. Fue posiblemente la única persona en Chile que así lo creía.

El Obispo Auxiliar de Santiago, Monseñor Emilio Tagle Covarrubias, es nombrado administrador apostólico de la Arquidiócesis; mientras, por otra parte, fallece el Obispo de Valparaíso, Monseñor Lira Infante, y al Padre Silva, el activo promotor de cuanta idea práctica ha fortalecido la Iglesia chilena durante dos décadas, se le ofrece este último obispado. Es el 24 de octubre de 1959.

¿Qué ha sucedido? Pues que la Santa Sede ha aprovechado un momento oportuno en la vida del Padre Silva para reiterarle el ofrecimiento de un obispado que antes fuera rehusado por el interesado. Ahora, de vuelta de Turín sin el cargo de Provincial, trastornados sus deseos de dedicarse preferentemente a la Congregación Salesiana, el sacerdote talquino ve un camino diferente para ejercer su apostolado.

Ya no está en Santiago su amigo Baggio. Se ha ido de Chile en 1959, al comenzar el gobierno de Jorge Alessandri, sin despedida oficial. El nuevo Nuncio es Monseñor Opilio Rossi. Baggio ha sido transferido a Canadá y es la primera persona en recibir una carta del nuevo Obispo; en ella le comunica su designación y le pide consejos para el mejor desempeño de sus nuevas funciones.

El Nuncio Baggio lo aprecia realmente y, además, lo conoce al revés y al derecho. Sus palabras de respuesta son cariñosas y firmes. Veamos algunas frases de su carta del 11 de noviembre de ese año 1959:

“Sea inagotable en la paternidad (padre de almas), mi querido don Raúl, sin que le sirva de pretexto el prestigio de la autoridad, el respeto de las tradiciones, el estado de su salud. Descienda toda vez que pueda del trono, de la cátedra, del tribunal, salga del palacio y comparta la vida de sus sacerdotes y de sus fieles, sin temor a las críticas. Abra de par en par las puertas de su casa y de su Curia; converse, platique más que predicar (aun cuando lo hace hartamente bien). Acuérdesse que alguien piensa que Vuestra Excelencia es más bien duro y severo. Desmíentalos cuanto antes.”

Y el Obispo de la inquietud social saldrá del palacio episcopal y compartirá la vida con todos y muchas veces se le criticará por eso. Y si alguien piensa que es “duro y severo”, más de una vez estará en lo cierto, pues usará hasta “la dureza y la severidad”, si es necesario, en defensa de los más pobres, de los más perseguidos, de los más ultrajados y el pueblo de Dios le dará la razón y recordará la actitud “dura y severa” de Cristo con los mercaderes del templo.

El 29 de noviembre de ese año es consagrado Obispo en la Catedral de Valparaíso. Son co-consagrantes el Nuncio Opilio Rossi —luego Cardenal— y los Obispos Vladimiro Bori, Salesiano, y Emilio Tagle Covarrubias, Administrador Apostólico de Santiago, en espera del nuevo Arzobispo.

Él escribirá, recordando ese día: *“comenzó para mí una vida totalmente diversa”*. La verdad es que no lo es. Él no le ha quitado tiempo a la oración, durante veinte años, para convertirse en un gran realizador lleno de iniciativas; pero se ha hecho tiempo a fin de cumplir cabalmente con su obligación de dar al César lo que es del César sin quitarle a Dios lo que es de Dios (¡que es siempre todo!).

Él tiene habilidad para moverse entre los hijos del siglo, es un sacerdote de Congregación que conoce muy bien el mundo y, cuando advierte entre algunos obispos el deseo de ponerse demasiado exigentes respecto del uniforme escolar femenino, exigencias que llegan a “la misma confección, la misma forma, la misma tela”, pide libertad y prudencia para que cada colegio decida.

A los pocos meses, hasta el menos observador puede percatarse que en el territorio jurisdiccional del Obispo Silva se ejerce autoridad episcopal con un cambio de ritmo, un cambio de estilo. El ritmo, ya lo conocemos; ahora bien, en cuanto al estilo, hay una manera moderna y dinámica, personal y directa de apreciar los problemas y de proponer soluciones.

Viaja por todos los rincones de su diócesis —hasta en helicóptero— y los elementos más activos de ella reciben la ayuda, la comprensión y el aliento para ponerse en marcha a una nueva velocidad.

No sabemos cuántos planes tiene en la cabeza el Obispo Silva y de seguro que los habría llevado adelante, por lo menos la mayoría de ellos. Pero el hombre propone y Dios dispone, y transcurrido casi un año y medio de su llegada a Valparaíso, el Nuncio le consulta acerca de su disposición para ocupar la Arquidiócesis de Santiago. Él lo cuenta así:

“Un buen día la Virgen Auxiliadora se atraviesa en mi camino, de nuevo. Se nota que ella tiene cierto dominio, cierto derecho, sobre esta pobre persona... El Nuncio me señala que está vacante la Arquidiócesis de

la capital del país y me pregunta: —¿Si el Santo Padre lo nombrara Arzobispo de Santiago, usted aceptaría? Yo le contesto que él conoce bien mi carácter y que él mismo me ha señalado la necesidad de moderarlo, y que si ahora, pese a esto, piensan hacerme Arzobispo, me sorprende. Pero agrego: —Si el Santo Padre requiere, me lo manda, yo iré. Si él quisiese mandarme a Vietnam o a Nigeria, también iría...”

Continúa su relato el Obispo Silva:

“El 23 de mayo de 1961 me llama el Nuncio por teléfono de Santiago a Valparaíso y me dice: Auguri... (felicitaciones), auguri Eccellenza... mañana, día de María Auxiliadora, sale su nombramiento de Arzobispo de Santiago en el ‘Osservatore Romano’.”

Es indudable que, en este momento de la conversación, el Obispo Silva guarda unos segundos de silencio. Luego le sale del fondo del alma: *“¡Que Dios lo perdone, Señor Nuncio...!”*

Termina estos recuerdos el Obispo Silva: *“Y en ese momento cayó sobre mis hombros la Cruz ciertamente más pesada que he recibido. Han pasado tantas vicisitudes... Sería largo contarlas...”*

Claro que el Cardenal Silva Henríquez tendrá que seguir contándonos muchas de esas vicisitudes. Entonces agrega en un tono propio de los tiempos del gran Salomón, mientras su auto se dirige a Santiago, y Valparaíso queda en el recuerdo como otra de las importantes etapas de su vida pastoral: *“Esta diócesis fue mi primera esposa y yo me enamoré de ella. Luego la abandoné y que Dios me perdone”.*

Familiares y amigos se emocionan. Su compañero de estudios, el Padre Alberto Muñoz, le escribe desde Concepción:

“¿Cómo habríamos podido imaginarnos nosotros, cuando éramos muchachos universitarios, o más tarde,

cuando conversábamos en la alegre algazara en La Crocetta, con los compañeros mejicanos y españoles, que un día uno de nosotros debería ser saludado como la más alta jerarquía de su país?”.

Un salesiano talquino es Arzobispo de Santiago

“Desde los tiempos de la Colonia que un religioso no había sido nombrado Arzobispo de Santiago...”, porque aunque Monseñor Crescente Errázuriz fue originariamente dominico, después pasó al clero secular y como tal fue nombrado para el cargo. Son comentarios que la gente oye. Posiblemente hay otros que él no alcanza a oír. Es que, reconozcamos, el nombramiento ha sido sorprendente. Su nombre no ha figurado entre los candidatos con más opción. Hay obispos que tienen una gran trayectoria, otros son sumamente doctos en cosas de la Iglesia, el Comité Permanente del Episcopado tiene en su seno figuras de relieve... Todo eso es cierto, pero Juan XXIII tiene otra opinión y es la suya, naturalmente, la que se impone.

Pero, ¿qué saben la lejana Roma y su Papa del que hasta hace apenas dieciséis meses era el diligente Padre Silva? La diplomacia vaticana es excelente... y los Nuncios Baggio y Rossi tienen el cuadro completo de los pastores que apacientan las ovejas chilenas.

Además Juan XXIII y el Obispo de Valparaíso ya han estado juntos. Vale la pena volver un poco atrás en este relato. Veamos.

El 21 de mayo de 1960 Chile ha sufrido un violento terremoto, uno más en su largo historial. Aunque los edificios de su diócesis no han sufrido grandes daños, ya que el epicentro ha sido la zona sur, el Obispo Silva es enviado Europa a buscar ayuda a las diócesis más ricas. El prelado comienza por Roma y solicita audiencia con el Papa. Lo que desea, además de conocer

personalmente al Pontífice, es una carta de presentación para los obispos alemanes y norteamericanos.

La amistad surge a primera vista.

Aunque uno es introvertido y el otro extravertido, los hombres son pragmáticos, directos y humanos. La simpatía es recíproca y se enfrasca en una amena conversación, al final de la cual el chileno da cuenta de su misión. Juan XXIII le dice: *“Así que usted es Obispo ‘del Paraíso’ y yo sólo de Roma”*. Monseñor Silva cree que algo sacará con los obispos alemanes. El Papa le pregunta: *“¿Y los obispos italianos? Pídale también..., si tienen plata...”* y ríe de buenas ganas.

El prelado chileno sale con las cartas y deja una imagen en el recuerdo de Su Santidad.

Ahora está en la Catedral de Santiago, frente a la histórica Plaza de Armas. Es pleno invierno.

El clero de Santiago había participado calladamente en la gran discusión sobre la sucesión del Cardenal Caro: el tradicionalista esperaba confiado en la designación de Monseñor Alfredo Silva Santiago, Rector de la Pontificia Universidad Católica de Chile, apoyado por todo el grupo político conservador, con Fernando Aldunate Errázuriz, Embajador en Roma, para conseguirlo; y el grupo más progresista esperaba también confiado el nombramiento de Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, Obispo de Talca, gran líder de la renovación social en la Iglesia, que gozaba de toda la simpatía de los freístas, ya en preparación de la campaña política que llevaría a Eduardo Frei a la presidencia.

Fueron explicables la desilusión y la frialdad del clero santiaguino hacia el nuevo Arzobispo, que además tenía fama de supergerente y organizador, pero desconocido absolutamente como pastor de almas.

Secretamente, en confianza con un confidente de su Congregación, Raúl Silva confesaba dolorido que hasta algunos

obispos le encararon el sorpresivo nombramiento con esta dura queja: “¿Cómo se atrevió usted a aceptar un cargo así desplazando a obispos más beneméritos y más preparados para una misión tan difícil?”, y el Cardenal Silva relataba el episodio con lágrimas en los ojos.

¿Y quién es el nuevo Arzobispo?

La gente no lo ubica bien, y todos quedan perplejos, desde La Moneda hasta la Curia de Santiago. ¡Habrà que darle tiempo!

El nuevo pastor dirige a los fieles su primer mensaje el 24 de junio de 1961, durante la solemne ceremonia de la toma de posesión.

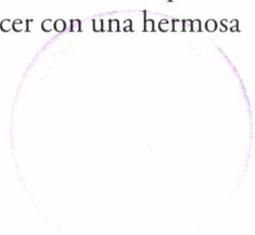
Las homilias de este pastor serán siempre breves y precisas. De éstas deben destacarse algunas ideas que anticipan las características que tendrá la etapa presidida por esta gran figura de la Iglesia chilena.

Al inicio hay una evocación del Cardenal Caro y de su “amor al pueblo”, e inspirado en ella promete “estar al lado de ustedes en toda circunstancia”, movido por una “voluntad de servir”, porque, y esto lo recalca sin que todos adviertan su trascendencia: “es la hora de la acción”.

Luego vienen unas palabras que, unidas a aquéllas tan caras para él como “acción” y “caridad”, complementan sus más grandes y permanentes inquietudes: “unión”. Dice a los fieles: *“No es con la desunión ni con el odio con lo que podremos remediar los grandes males que afligen a nuestra patria... sino con la caridad, la unión, el trabajo apostólico y el sacrificio”*.

Hay algo que entusiasma y convence en sus palabras.

Los acontecimientos han tomado gran velocidad, lo que no ha impedido al recién electo Arzobispo agradecer con una hermosa carta a Juan XXIII:



“En el breve espacio de un año y medio debo, por segunda vez, agradecer a V.S. la extremada bondad que ha tenido para conmigo al promoverme a la sede arzobispal de Santiago.

“A pesar de mi inmensa incapacidad quisiera ser para con V.S. el más humilde y obediente de sus hijos.

“Quiero ofrecerle, Santísimo Padre, toda mi buena voluntad, toda mi inteligencia y mis fuerzas físicas para cooperar con V.S. en la inmensa tarea de llevar el mensaje de Cristo N.S. a las almas.”

Pasada la emoción, pasados los abrazos y buenos deseos, ya tenemos al monseñor de 53 años a la cabeza de la importante diócesis de Chile, que entonces tiene tres millones de fieles, mil doscientos sacerdotes y doscientas parroquias.

Y en su territorio no faltan los problemas. El Arzobispo Tagle Covarrubias, que ha sido un buen administrador apostólico, de funciones naturalmente transitorias, tiene una larga reunión con el nuevo Arzobispo en Concón. Claro que Monseñor Silva Henríquez deberá buscar su propia línea en la Arquidiócesis y la encontrará.

Unos días después de asumir sus funciones se reúnen los obispos de Chile. Hay preocupación por la animosidad existente entre los políticos católicos; concretamente entre conservadores y demócratacristianos. El nuevo Arzobispo lleva adelante una misión mediadora y encuentra buena disposición a fin de proceder con caridad y prudencia. Cabe recordar que por esos días gobierna el país el presidente Jorge Alessandri, con el apoyo del Partido Conservador, mientras la democracia cristiana está situada en la oposición.

En realidad, en 1961 se viven los últimos años de política de derecha y se toma una serie de medidas sociales que demócrata-

cristianos, socialistas y comunistas estiman anticuadas, demorasas e ineficaces, en vista del deterioro más que evidente de la situación económica de amplias capas de la población.

Lo que más preocupa a la Santa Sede es el ejemplo de la reciente Revolución Cubana, cuyos efectos ya se ven en el continente.

El Vaticano está inquieto: no quisiera ver a los políticos católicos en alianzas con el marxismo. La opinión del nuevo Arzobispo es la siguiente:

“Creo que la situación política de Chile es un tanto confusa y sumamente difícil..., es deber nuestro, de los Pastores, influir en los políticos cristianos, entre los más católicos del Partido Demócrata Cristiano, para que eviten los extremismos. Creo que es necesario estar al lado de ellos, convencerlos buenamente, porque la mayor parte de ellos son católicos y tienen excelente buena voluntad; sólo se sienten angustiados ante las condiciones de miseria general de nuestro pueblo y ante el temor de una violenta sacudida social...”

Esta genuina y sincera preocupación de Monseñor Silva por la política y los políticos, desde un punto de vista exclusivamente pastoral, será una constante durante toda su vida, aunque no siempre será comprendida y le traerá tantas veces molestias innumerables. Pero jamás eludirá su obligación.

Al lado de una preocupación tan grande como ésta, el nuevo jefe de la Arquidiócesis se encuentra con un panorama religioso que no es alentador y que el Arzobispo Tagle ha resumido muy bien unos meses antes.

Los tres millones de católicos que la habitan —como el resto de los católicos chilenos— han llegado a la década del sesenta a un estado de crisis que preocupa hondamente al episcopado nacional.

La juventud se interesa muy poco por el sacerdocio y hay años en que se ordena a no más de media docena de muchachos. Esto también ocurre respecto de las vocaciones de los religiosos y religiosas.

No se ve participación activa de los fieles en las misas: el sacerdote es un solitario en el altar, mientras lo rodea un pueblo ausente.

Existe ignorancia religiosa entre los católicos: se necesita revitalizar la catequesis.

En las escuelas primarias fiscales no se enseña, prácticamente, la religión católica.

La contribución a la Iglesia (CALI) se paga por una ínfima minoría.

El pueblo se ha ido alejando de la religión católica, ilusionado por las sectas, sin que se aproveche convenientemente la riqueza enorme que significa la Doctrina Social de la Iglesia. Como muy bien se expresa: "El obrero vivirá al margen de la Iglesia si nosotros estamos al margen de su vida".

Monseñor Silva Henríquez reflexiona, se preocupa.

Siete meses después, en febrero de 1962, sorpresivamente, el Papa Juan XXIII lo nombra Cardenal. El mismo lo comunica a los fieles el 17 de ese mes, enfatizando que renovará su lucha por la fe y por la paz: *"Por la fe, que es el gran don del cielo..., por la paz, que es el fruto bendito de la virtud que da a cada uno lo suyo: la justicia"*.

Príncipe de la Iglesia

Chile entero reacciona con legítimo orgullo cuando llega la noticia de Roma: Monseñor Silva Henríquez ha sido designado miembro del Colegio Cardenalicio, elector del Romano Pontífice. La noticia es esperada desde el mismo momento en que el Papa lo escogió como Arzobispo de Santiago, pero el hecho de su nombramiento como segundo Cardenal en nuestra historia, luego del querido Cardenal Caro, se convierte en la primera y mejor noticia de ese año 1962.

La ceremonia de recepción del capelo está fijada para el 18 de marzo, y el 6 de ese mes emprende viaje al Viejo Continente, acompañado del Vicario del Arzobispado, Monseñor Enrique Alvear, del Prosecretario, Presbítero Sergio Valech, del Inspector de los Salesianos, Padre Óscar Valenzuela Díaz, y de algunos parientes.

El salesiano talquino es un hombre tranquilo, reflexivo y, más allá de la expectación y de las sinceras manifestaciones de adhesión que recibe, se da perfecta cuenta de lo que le espera. Ya se lo ha anticipado su amigo el Padre Muñoz en la carta citada:

“Bien, comprendo que te debes sentir anonadado ante esta nueva y enorme responsabilidad y que, en medio de las felicitaciones con que todos te expresan su alegría y sus esperanzas, debes sentir temblar tu corazón...”

“El Mercurio” publica su caricatura. Pero pocos lo han visto y el mismo dibujante, Antonio Romera, sólo acierta en la nariz y las gruesas cejas que le pone... Sin embargo hay confianza, y nada mejor la representa que unas líneas editoriales del mismo diario, del 14 de abril siguiente, día en que el nuevo Cardenal hace su entrada en Santiago. Dice el periódico, con propiedad:

“En la primera autoridad jerárquica se concitan cualidades sobresalientes de sacerdote y de director de

almas..., personalidad recia y dinámica de un gran carácter moral, cuya elevada misión despierta en todas partes respeto y simpatía.”

Termina “El Mercurio” trazando este certero retrato:

“El Cardenal Arzobispo que retorna a Chile encarna, por el temple de su espiritualidad y el dinamismo de su acción, el ejemplo de un pastor moderno, imbuido de hondas inquietudes sociales y vinculado a obras de gran beneficio y de positiva ayuda para los seres más desvalidos. Al mismo tiempo ha demostrado en todas ellas un superior espíritu de conciliación entre los católicos...”

“El Diario Ilustrado”, conservador, está de acuerdo, por su parte, en que dos de las características más destacadas de Su Emi-nencia Reverendísima son: *“sus extraordinarias dotes apostólicas y sus grandiosas campañas de caridad, que han beneficiado a las clases más desposeídas materialmente, sin ninguna clase de distinciones”*.

La ceremonia en San Pedro, en Roma, se realiza con la pompa propia de esas ocasiones. Los nuevos cardenales son diez, entre ellos el Arzobispo de Lima, Juan Landázuri, y el que será su gran amigo, el Cardenal Suenens, de Bélgica. Junto al Cardenal chileno están sus hermanas Marina Silva de Icaza y Lucía Silva de Silva. Luego viene la ceremonia privada en los enormes salones del Palacio del Vaticano, ante los otros miembros del Colegio Cardenalicio, en que se entregan los anillos de oro, y al Cardenal Silva Henríquez, como en el caso de los prelados metropolitanos, el llamado Palio, y se asignan iglesias romanas, correspondiendo al prelado chileno la de San Bernardo Alle Terme, que ya tuvo a su cargo otro de los cardenales salesianos.

Las palabras de Juan XXIII, en el acto solemne, hacen especial referencia al Concilio Ecuménico Vaticano II, convocado para

el 11 de octubre de ese año, en cuya Comisión Central Preparatoria incluye prestamente al Cardenal chileno.

Hay una fotografía de esos días que habla por sí misma, más que una larga explicación. Aparece Juan XXIII sentado en su trono, los ojos vivos, la sonrisa bondadosa de padre hacia el cuarto más joven de sus Cardenales, sus bien llevados ochenta años, algo grueso de porte, mientras coloca la birreta en la cabeza de un Cardenal Silva Henríquez, también sonriente, arrodillado ante Su Santidad.

Un testigo de la ceremonia, Raúl Aldunate Phillips, describe así el momento decisivo: *“Los ojos se hacen pocos para descubrir al sucesor de Monseñor Caro y tan esperado Cardenal chileno. Allí va, lento y desenvuelto en su pausado avanzar hacia el trono. Su cabeza descubierta, sus cabellos más negros que grises, es uno de los pocos que no lleva anteojos. Aparece junto a sus colegas de principado, apuesto, blanco, joven, bien plantado, chileno y talquino”*.

En las diversas ceremonias, que duran varios días, todo ha sido protocolo y solemnidad en un marco severo donde está visible la alegría. En lo relativo a nuestro Cardenal, ésta se manifiesta especialmente por los más importantes representantes de la Orden Salesiana. El Superior Mayor, Padre Renato Ziggotti, ha participado en ellas y ha ofrecido un banquete en la Casa Salesiana del Sagrado Corazón y en su discurso, donde se transparenta el orgullo salesiano, ha comparado al Cardenal con Don Bosco, jugando con los términos “bosque”-“selva”: “Bosco-Silva”, y afirmando que no es de extrañar que con el tiempo se le llame “Don Silva”, por su infatigable trabajo entre la juventud y los más necesitados.

El Cardenal Silva hace luego una peregrinación a Turín, visita la Casa Matriz y el Instituto Teológico donde estudiara. El momento de emoción lo da su encuentro con el anciano Cardenal Maurilio Fossati, de 85 años, quien, como se recordará, le ordenara sacerdote en 1938.

Emoción a su regreso a Santiago

El 14 de abril llega a los Cerrillos, a las 16.18 horas, el avión especial que PANAGRA ha colocado a disposición del Cardenal para que lo traslade desde Lima. Lo esperan en la losa del aeropuerto las principales autoridades del país, encabezadas por el propio Presidente de la República, Jorge Alessandri Rodríguez —que lo abraza con afecto—, y sus ministros, el Nuncio Gaetano Alibrandi, arzobispos y obispos, senadores y diputados, representantes del poder judicial, miembros del cuerpo diplomático, miembros de las Fuerzas Armadas, clero regular y secular, y una impresionante cantidad de público que llena completamente el campo de aterrizaje y luego le abre paso por varios kilómetros hasta repletar la Alameda y otras calles de Santiago.

El programa preparado consulta la detención del auto descubierto que le conduce hasta la Plaza Ercilla, en las cercanías del Parque Cousiño, hoy O'Higgins, donde el Alcalde de Santiago, Ramón Álvarez Goldsack, le entrega las llaves de la ciudad. De ahí sigue a la Alameda por Ejército y luego por Ahumada hasta la Plaza de Armas.

Está realmente emocionado.

Su discurso a la muchedumbre que se agolpa en la Plaza Ercilla así lo ha demostrado:

“Después del largo camino recorrido, siento un alborozo inmenso de encontrarme nuevamente en esta tierra nuestra, tan querida y tan bella... Bendigo al Señor que me ha hecho nacer en este suelo y me ha dado como hermano a este pueblo tan generoso y tan noble. Mi Cardenalato es vuestro...”

Ahora lo tenemos en los balcones del segundo piso del Arzobispado y su palabra vuelve, como tantas veces ese día, a agradecer, a conmover, a enfervorizar a sus fieles, a quienes le han esperado por horas ese sábado de fiesta, esa tarde inolvidable de

comienzos de otoño. Tal como lo dijo al partir a Roma, le sigue preocupando la paz a través de la justicia:

“Si no tenemos justicia entre nosotros, no podrá haber unión y por eso mi primera palabra es ésta: tenemos que luchar todos para que en Chile cada uno tenga lo que le corresponde...”

Es su inquietud social que aflora incontenible.

Y, finalmente, el Te Deum en la vecina Catedral:

“Perteneceís ya al Senado Augusto de un Maestro infalible —le acoge el Vicario General de Santiago, Monseñor Andrés Yurjevic— y vuestra palabra tiene desde ahora un concepto más conmovedor de justicia y amor y un resplandor más vivo de eternidad”.

¡Qué largo día! La gente se va retirando lentamente, consciente de haber vivido una jornada de ésas que tienen lugar dos o tres veces cada siglo. El Pastor también reposa en su residencia. Su última oración la ha hecho un poco antes en la cripta de la Catedral, frente a la tumba del Cardenal Caro, de ese hombre surgido del pueblo que supo llevar a los más altos sitios de la ciudad de Pedro la dignidad, los anhelos y los valores del cristiano común.

No hay descanso; debe reanudar el camino, y a los problemas que dejó antes de partir a Roma se añade otro, de carácter internacional: el mismo día de su llegada, unas horas antes de recibirlo en Los Cerrillos, el Presidente Alessandri ha dado la orden de abrir las compuertas del río Lauca, causa de la ruptura de las relaciones con Bolivia. Vendrán así años largos y difíciles de enemistad con uno de nuestros vecinos.

No hay descanso y él inicia sus labores al día siguiente en el Palacio Arzobispal con una conferencia de prensa. A pesar de ser domingo, está lleno de periodistas chilenos y extranjeros. Los acontecimientos de las últimas semanas le han hecho, definitivamente,

encontrarse consigo mismo, y ahí tenemos, frente a la gente de prensa y radio, al fácil comunicador, que recuerda de muy lejos al callado Padre Silva y, aun, al preocupado Obispo de Valparaíso y al sobrecargado de nuevas responsabilidades Arzobispo de Santiago. Ríe, está cordial, simpático, cuenta sus experiencias en las ceremonias de Roma. Y una anécdota:

“Les voy a contar por qué aparecemos el Papa y yo, tan sonrientes, cuando me está poniendo la birreta y luego la museta, una especie de caperuza corta que debe abrocharse. Me dijo: ‘Esto ocurre una sola vez en la vida, Cardenal. Ayúdeme a abrochar, que si no, no termino nunca...’. Y por eso reímos...”

A los periodistas les da una primicia: la Iglesia se empeñará en la Reforma Agraria de las tierras que le pertenecen. Dice:

“Creo que la Iglesia debe comprender el papel y la importancia que tiene llevar a cabo las reformas fundamentales en la economía. Chile es un país de ciudadanos de esfuerzo y por eso se puede llegar a soluciones cuerdas... Me parecen especialmente de cuidado los problemas espirituales, pero, como también inciden en ellos los sociales, la Iglesia no puede ni debe desentenderse. Hay ingenieros agrónomos, constructores y técnicos que estudian actualmente una reforma agraria de las tierras de la Iglesia, que llegue a resultados prácticos, los cuales tengo el mayor interés en dar a conocer oportunamente”

En realidad, el Cardenal ya ha consultado al Papa de sus proyectos de Reforma Agraria y ha recibido su beneplácito, recomendando Su Santidad que se recurra al Cooperativismo. En esta materia el Cardenal marchará al unísono con el Obispo de Talca, Manuel Larraín Errázuriz, quien por esos días ya está empeñado en la entrega de ciertas propiedades rurales, pertenecientes a su obispado, a los campesinos que las trabajan.

Una fotografía recorre el mundo: en ella se ve al Cardenal chileno arando con un caballo y un arado de palo, mientras le hacen marco huasos de manta. La leyenda en inglés dice: "Cardinal holds the reins", o sea, "El Cardenal lleva las riendas", que podría haber sido otro de los lemas de su período.

La Reforma Agraria es signo de los tiempos y la Iglesia, como en tantas otras ocasiones en la historia, indica el camino.

Será, asimismo, el origen de malentendidos y el nacimiento o afianzamiento de posiciones críticas frente a las realizaciones sociales del Cardenal, quien no ha perdido un minuto para comenzar a trabajar. Bajo su ropaje brillante de Príncipe de la Iglesia ha aparecido, para el que sepa ver, el dinamismo del Padre Silva.

Durante sus 22 años de Arzobispo, Su Eminencia el Cardenal Silva llevará una vida agitada, de permanente movimiento. Su horario de actividades se desarrollará, habitualmente, mientras permanece en Santiago entre sus constantes viajes al extranjero, de la siguiente manera: Misa a las 8.30 y, luego de tranquila meditación, desayuno con su secretario privado, quien le impone de las labores del día o con alguna visita de trabajo. Todo esto en su residencia arzobispal de la calle Simón Bolívar, en el barrio de Ñuñoa, de modestas casas de clase media.

Luego, y hasta las 13.30 o 14.00 horas, atención de audiencias y firma de documentos en las oficinas del Arzobispado, frente a la Plaza de Armas, en el centro de Santiago, hoy Vicaría de la Solidaridad.

Después del almuerzo en su residencia, trabaja hasta las 19.30 horas en la oficina que ahí mantiene, con vista a un jardín alegre, nunca solitario, ya que permanentemente se verá pasar a sacerdotes, religiosos y religiosas, personal de las vicarías que se irán creando, personeros políticos, visitas especiales del país y del extranjero. A la hora mencionada, algunos días de la semana, parte en su auto a cumplir compromisos sociales, como visitar enfer-

mos. Cuando no sale, se prepara a recibir los invitados para comer, mientras conversa, lee un libro o escucha música clásica.

En la comida de la noche, eso sí, no estará nunca solo: no le agrada, y son conocidas las atenciones que hace a sus visitas, para lo cual frecuenta directamente a los comerciantes del Mercado Central y elige él mismo lo necesario para atenderlos bien. Luego, en la mesa, se demuestra experto conocedor de las calidades de los vinos, frutas, verduras, pescados y carnes. Si un día se ve solo para almorzar o cenar, toma el teléfono e invita rápidamente a alguno de sus amigos de más confianza.

Un hombre retraído que, paradójicamente, gusta mucho de la amistad y de la compañía.

De la Pastoral sobre deberes sociales y políticos a la gran misión

Desde su regreso a Santiago, en abril de 1962, hasta 1965, el Cardenal estará viajando a Roma por temporadas, a veces de varios meses, a las reuniones del Concilio Vaticano II, lo que no le impide —no está en su carácter— la puesta en marcha de una serie de iniciativas, pastorales y sociales, en su Arquidiócesis.

El primer semestre de 1962 escribe personalmente una pastoral sobre los deberes sociales y políticos de los católicos: “*La escribí yo mismo, casi toda, e incluso la pasé a máquina*”, recordará.

Y no es por ahorrar el sueldo de una secretaria... Prefiere, esa vez, presentar todas sus ideas reunidas en un solo documento y vencer la reticencia de algunos obispos tradicionalistas, quienes deberán reconocer, por otra parte, que las enseñanzas de Pío XI sobre el marxismo están claramente planteadas.

De este documento se hace una versión popular ilustrada, de varias decenas de miles de ejemplares, que circulan como folleto. Su deseo es que, en adelante, los documentos del Pastor, la voz del Pastor, tengan amplia difusión y no se queden en los círculos letrados.

Este Cardenal moderno tendrá diarios, revistas y hasta una radioemisora, Radio Chilena, para difundir el pensamiento de la Iglesia. De todos estos medios será Radio Chilena la que le significará más rompecabezas y más satisfacciones y la asociará a la Congregación Salesiana, mostrándose siempre hábil en todo lo referente a la misión de los Medios de Comunicación Social.

Esta Pastoral del Cardenal llega en el momento más oportuno.

Santiago está sufriendo una gran transformación que, en cierto modo, representa la transformación de todo Chile y de la América Latina entera.

Para hablar con propiedad, más que de transformación podría hablarse de explosión social. Las industrias han multiplicado la población obrera y su hacinamiento urbano; cientos de miles de campesinos han llegado del campo a los suburbios y se han establecido en poblaciones “callampas” sin el mínimo de higiene y comodidades, en verdaderas colmenas humanas; Castro ha triunfado en Cuba y pretende demostrar que el marxismo al estilo sudamericano es posible y ventajoso; la Unión Soviética está a la vista de todos con sus éxitos en el espacio; veinte años de gobiernos de izquierda y centroizquierda —desde Aguirre Cerda— han reforzado el movimiento sindicalista.

La efervescencia social ha alcanzado a la misma Iglesia y a su clero; hay toda clase de experimentos, proliferan los pequeños grupos, las comunidades, el enrolamiento político de algunos, las deserciones de sacerdotes por su matrimonio, la menor cantidad de vocaciones.

El Cardenal recorre incansable la Arquidiócesis, visita parroquias, conversa con los obreros. Los párrocos le explican que están prácticamente desbordados por las inquietudes de su grey; algunos están decepcionados por la lentitud de la Iglesia para adecuarse en la evangelización a los nuevos tiempos.

Toma entonces una de sus iniciativas más celebradas, la creación de Zonas Pastorales: de norte, sur, este, oeste, rural-costa, centro-Matta, Providencia, Las Condes. La otra posibilidad podría haber sido la división de la Arquidiócesis en varias diócesis más pequeñas. Al fin y al cabo su territorio alberga casi la tercera parte de todos los católicos chilenos.

La idea de aumentar las diócesis le gusta a la Curia romana, desconfiada de estos arzobispos que gobiernan territorios tan extensos, de estos Metropolitans..., y un Nuncio interviene con entusiasmo para crear la diócesis de Melipilla..., otros pensarán en San Bernardo o en Puente Alto. Él da la batalla y la gana. No es que desee verse rodeado de muchos obispos auxiliares como comentan algunos, ser “el miembro más poderoso en votación de la Conferencia Episcopal”. No. Él explica a uno de los nuncios, refiriéndose a la proyectada diócesis de Melipilla:

“La división de los bienes de la Arquidiócesis de Santiago, para formar la nueva Diócesis..., no le permitirían organizar su Curia, su Seminario y mantener sus Parroquias...”.

En cambio designa Vicarios Episcopales en cada zona, que no participan en la Conferencia Episcopal; Vicarios Especializados para sectores que irán aumentando en sus años de Arzobispo: para la Educación, para la Pastoral Obrera, de la Solidaridad; Pro Vicarios: para la Pastoral Universitaria, para la Pastoral Juvenil y para la Pastoral Hospitalaria; los dos Vicarios Generales y un Vicario para la Administración de Bienes. Alguien podría comentar que es un pequeño Estado Mayor. Lo que sucede es que él es un gran jefe y los necesita a todos para realizar las obras que ha proyectado.

Para Monseñor Precht:

“Don Raúl es un hombre organizado y de mucho impulso, que dio eficacia temporal a las cosas que se estaban haciendo, sin hacer caso a las críticas de que se institucionalizaba temporalmente... Cuando él llegó a Santiago la Arquidiócesis estaba deprimida”.

Para el jesuita Renato Poblete:

“El oía y si se convencía hacía como decíamos nosotros; gran capacidad para oír y aceptar las críticas, para absorberlas. Eso le permitió organizar la diócesis y tener colaboradores. Trabajar con el ritmo de la historia... Trabajar con la gente joven que hace la nueva historia”.

Con este fardo de preocupaciones el Cardenal Silva Henríquez parte a Roma, a la primera sesión del Concilio Vaticano II que abre sus sesiones el 11 de octubre de 1962.

Ya se verá su papel destacado en ese magno acontecimiento. Mientras tanto, vale la pena de que sigamos sus pasos en la Arquidiócesis y en Chile entero para tratar de sacar al país del marasmo espiritual que amenaza con paralizarlo.

Entonces idea la Gran Misión.

Es un terremoto, un violento remezón de espiritualidad.

Luego de unos meses en Roma ha regresado decidido a tomar el toro por las astas y se reúne con sus vicarios. ¿Qué podemos hacer para llegar a la gente? Incorporar a los laicos, con ayuda de los sacerdotes. Que cada católico se mueva en su barrio, en el campo, en sus lugares de trabajo. Las estadísticas del libro del P. Alberto Hurtado “¿Es Chile un país católico?” habían demostrado que, del 85% de los chilenos que se declaran católicos, sólo un 15% va regularmente a Misa.

Hay que incentivar a toda la sociedad; pero, eso sí, sin meterse en política. ¿Hasta dónde es posible?

La Gran Misión se programa en tres etapas. Primero, en el sector rural; segundo, en las ciudades de la costa de la Arquidiócesis; tercero, por radio, en la ciudad de Santiago, con grupos organizados en las casas que escuchan y reflexionan. El Cardenal pasa los meses de febrero y marzo de 1963 visitando aldeas y pueblos donde la Misión se desarrolla. Por todas partes brota un espíritu nuevo. El Cardenal comentará: *“Constituyó el esfuerzo misionero más serio y mayor de que se tuviera memoria en la Arquidiócesis”*.

No todos la reciben bien.

Desde luego algunos dueños de fundos, más tradicionalistas, acostumbrados a ser ellos el centro de las misiones a la antigua, a escoger e invitar ellos a los “Padres” que deben predicarlas, se sienten sorprendidos, se sienten escandalizados y lo hacen saber a Roma. De allá viene la pregunta y responde Silva Henríquez: La Misión está bajo la responsabilidad del Obispo, la predicación está centrada en Cristo, sin dejar de lado la predicación mariana en ninguno de los 300 centros hasta ahora visitados.

Porque parece que se acusa a las autoridades de la Arquidiócesis de dejar de lado la devoción a María. Es una acusación que se renovará más de una vez durante el período del Cardenal.

Concluye la respuesta chilena:

“La misión no ha producido escándalo, sino en los enemigos de la Iglesia, y en todo el pueblo cristiano ha dejado un religioso y edificante recuerdo, junto con el vivísimo deseo de renovación cristiana y de apostolado”.

Incorporar al laico a la tarea de evangelización... ¿Y qué hacer para aumentar las vocaciones religiosas?

Otro reto para el salesiano talquino, siempre inquieto mientras haya problemas por resolver. Y éste del Seminario Menor es uno que le quita el sueño desde hace tiempo. Al fin y al cabo algo tiene que ver con la educación, una de sus debilidades. Él reforma esa casa de estudios y la echa a andar de nuevo.

En cuanto al Seminario Mayor, en esos primeros años de la década del sesenta se le acusa de estar políticamente influenciado, de fomentar la formación de sacerdotes obreros, de falta de disciplina, etc. Bueno, es tan fácil acusar... Pero cuando el río suena, piedras lleva, y el Seminario no está totalmente al margen de la confusión reinante.

El viejo edificio se ve, por otra parte, semivacío. Los muchachos de las clases acomodadas prefieren el Café Copellia para arreglar allí sus problemas y sus dudas; a otros los atrae el marxismo. Existe la tendencia, por otra parte, a organizar pequeños grupos de formación antes que grandes centros como los tradicionales.

El Cardenal corta por lo sano y designa Rector al Presbítero Carlos González y, algo novedoso, toma personalmente las relaciones entre el Seminario y el Arzobispado, que así no se harán más por intermedio de un Vicario delegado. Además, se le cambia de sede, abandonándose la calle Dieciocho, rumbo a Los Alerces, donde existe una residencia con capilla.

Más adelante, a comienzos de la década del setenta, vendrá el nuevo Seminario en Las Condes. Para oír a los sacerdotes de la Arquidiócesis sobre la materia, se reúne el Consejo del Presbiterio y tiene lugar una tumultuosa sesión. El Cardenal está haciendo sus primeras armas como abogado de causas que está decidido a llevar adelante desde el inicio de su período. Esta es una y será intransigente. Por eso deja que se manifiesten todas las opiniones en favor y en contra de un gran Seminario como centro de formación, de espiritualidad, con la indispensable disciplina, palabra que por esos días suena mal... Al final, cuentan los testigos, se levanta el prelado y, con voz fuerte y decidida, exclama: *"Ya los he escuchado a todos y ahora yo voy a hacer lo que hay que hacer..."*

Si alguno aún dudaba de su calidad de líder, ésta queda muy en claro..., y comienzan a comprender que es un Silva que no da la oreja...

Parece increíble la velocidad con que se ha adaptado a sus nuevas responsabilidades. Se creía que al cabo de seis meses estaría al tanto de todas ellas; no han finalizado los dos primeros y ya está “a caballo” de los principales problemas, se ha convertido en abogado de las causas, viejas o nuevas, de su inmenso territorio, se ha “sensibilizado” y marcha en primera línea, mientras atrás, envueltos en la polvareda, van quedando los cómodos, los miedosos, los resentidos...

Las iniciativas se multiplican: “*El nuevo Cardenal nos iba metiendo en una cosa tras otra*”, recuerda el salesiano Gustavo Ferraris, y así, apoya firmemente al periódico “La Voz” y reúne a un grupo de escritores y periodistas que remueven el ambiente en los últimos años del gobierno de Jorge Alessandri. Ahí están Guillermo Blanco, Alejandro Magnet, Sergio Prenafeta, Mariano Silva, Óscar Domínguez, Abraham Santibáñez, Edgardo Cáceres, Gastón Cruzat, su director. Hay una entrevista al precandidato radical Julio Durán que causa revuelo. Se acercan las elecciones presidenciales de 1964 con la presencia de un nuevo elemento político, sorpresivo para algunos: la Democracia Cristiana ha ganado la calidad de fuerza nacional en las elecciones municipales de abril de 1963. El Cardenal escribe a Roma: “*Es la primera vez, desde hace muchos años, que un partido de católicos obtiene la primera mayoría del electorado*”. Y agrega frases que vienen a contradecir a los que entonces y después le acusan de intervención:

“Yo creo que la posición de la Iglesia debe ser de dejar a los políticos que obren confiando en su capacidad y en el buen Dios que no nos desampara. Ponernos nosotros a dirigir la política activa, señalando alianzas o unión de partidos, creo que sería altamente peligroso y, a mi modo de ver, haría perder a la Iglesia la situación que actualmente tiene”.

Fecha de la carta: 8 de abril de 1963.

En ese mismo mes, en sus últimos días, se le elige Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile. Sus 21 votos contra los 3 del Arzobispo Alfredo Silva Santiago muestran claramente que su autoridad es uniformemente aceptada y que soplan aires de renovación imposibles de atajar, por mucha habilidad que se use por elementos contrarios ya en franca retirada.

La comunicación directa del Cardenal Silva Henríquez con las más altas autoridades de la Santa Sede es fluida y en ella emplea la misma franqueza acostumbrada en sus contactos con sus colaboradores y con los fieles. Sin perjuicio de las informaciones que envían los sucesivos Nuncios en Santiago —entonces Monseñor Egano Righi Lambertini—, el pastor chileno mantendrá siempre abierto este canal que se revelará irremplazable.

A mediados de ese año 1963 el Cardenal chileno parte nuevamente al Vaticano, a incorporarse a la segunda reunión del Concilio. De paso por los Estados Unidos, recibe el mes de junio el título de Doctor en Leyes Honoris Causa de la Universidad de Notre Dame, otra distinción más de las que ha ido reuniendo como reconocimiento a su labor, dentro y fuera de las fronteras patrias.

En Roma es recibido por Juan XXIII. La audiencia es sumamente grata. El joven Cardenal tiene mucho que contarle al anciano Pontífice de sus primeras experiencias, resultado de tantos esfuerzos ya desplegados, del futuro a que aspira. El Papa está bien informado y sabe que todo eso se lleva a cabo con el entusiasmo del clero y fieles, y las envidias, silencios desaprobatorios, o, más aún, gestiones en contra, de algunos.

El Cardenal Silva Henríquez puede estar tranquilo.

El Cardenal Alfredo Cicognani, Secretario de Estado Vaticano, le escribirá el 15 de noviembre de ese año 1963 a nombre de Juan XXIII. Uno de los párrafos de la misiva es decidir:

“Tengo el placer de expresarle, junto con los sentimientos de gratitud, la paternal complacencia del Sumo Pontífice. Sepa Vuestra Eminencia que él sigue con vivo interés y muy de cerca toda su obra pastoral. Por lo demás, el feliz éxito de la Gran Misión que se realiza en su Arquidiócesis, como además los buenos frutos obtenidos por usted en el campo de las vocaciones eclesíásticas y en la reforma agraria, demuestran elocuentemente que Vuestra Eminencia no ha sembrado en vano en un terreno tan lleno de dificultades, sino que, al contrario, se han abierto nuevos caminos al apostolado que ya se revelan fecundos en el bien.”

El Cardenal puede continuar su camino.

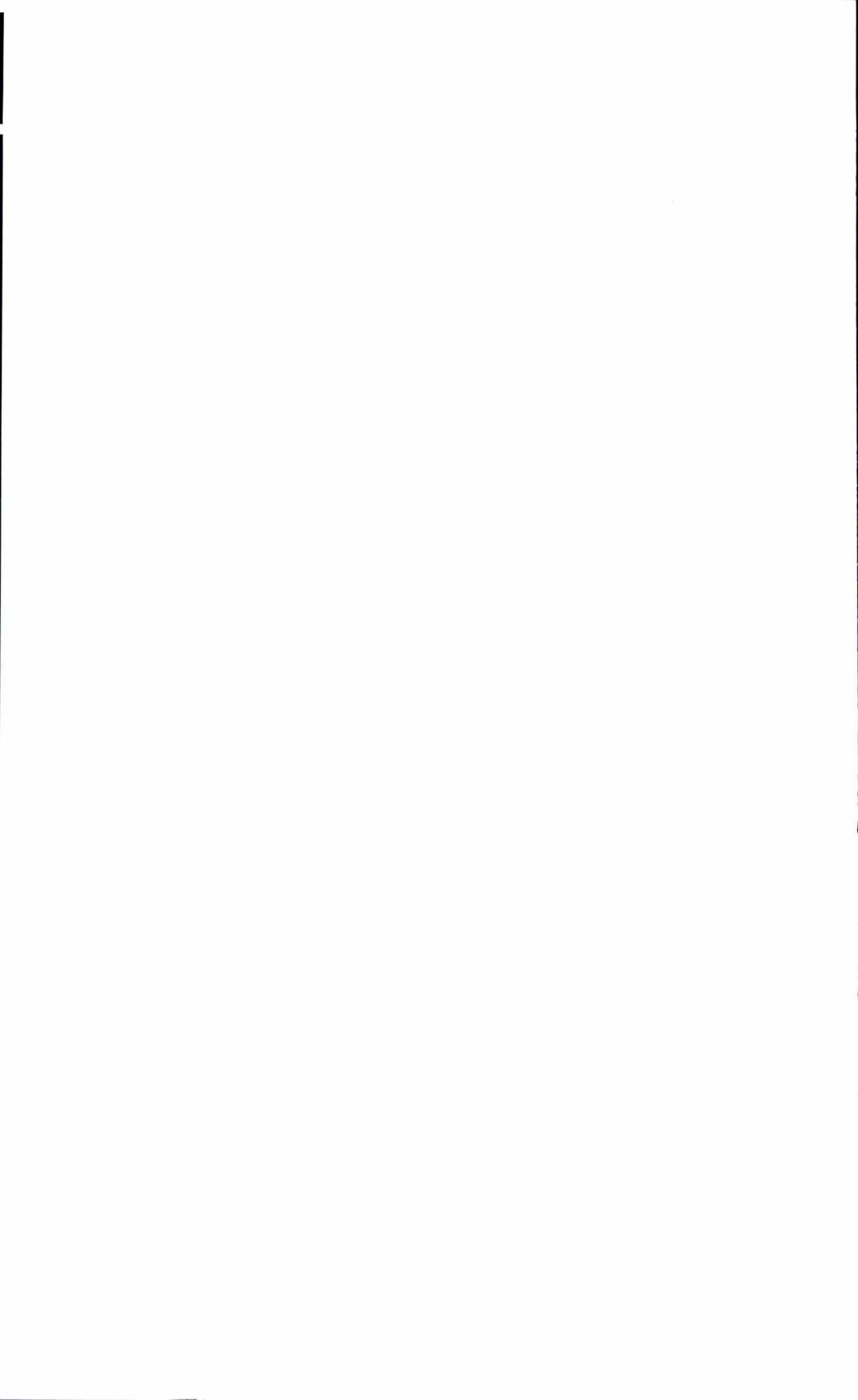
Un camino lleno de problemas provocados por la elección presidencial convocada para el 4 de septiembre de 1964.

Antes de abordar la actitud del Cardenal y de la Iglesia en esa oportunidad, es conveniente volver un poco atrás y estudiar su intervención en el Concilio Vaticano II.

CAPÍTULO CUARTO

El Cardenal en el Concilio Vaticano II

(1962-1965)



Las ventajas de llegar preparado

Ese año 1962 el Cardenal Silva Henríquez vuelve a Roma, ciudad donde sólo siete meses antes ha recibido el capelo cardenalicio. La ocasión no puede ser más importante: el 11 de octubre inicia sus sesiones el Concilio Vaticano II, convocado por Juan XXIII en 1959 y esperado por las jerarquías eclesiásticas de todos los países.

Antes de este Concilio se han celebrado veinte otras reuniones ecuménicas, a partir del Concilio de Nicea, del año 325. Pero ¿cómo han cambiado el planeta y sus habitantes desde entonces! Estamos a fines del segundo milenio de la era cristiana. El 12 de abril de 1961 Yuri Gagarin ha ido al espacio y regresado, inaugurando una nueva era en que la ciencia y la tecnología son los modernos dioses.

La Iglesia, inmutable en sus principios, debe presentarlos adaptados a las nuevas circunstancias, costumbres e inquietudes: debe modernizarse. Esa es una de las metas del Concilio: ponerla al día. Los italianos dicen “aggiornamento”; hacerla más atractiva, sobre todo para las grandes masas del mundo subdesarrollado, inclinadas a las expectativas del marxismo, relegadas a una vida infrahumana por la miseria.

Cuando el Cardenal chileno entra a la vasta “arena” de la basílica de San Pedro, es uno más de los 2.200 Padres Conciliares y sería imposible distinguirlo entre la multitud de sotanas rojas y moradas que se agitan nerviosamente en la nave central o se reúnen en uno de los dos vastos salones inmediatos que expenden bebidas y refrescos (bar), bautizados luego como “Bar Abbas y Bar Jonás”.

Y, sin embargo, pronto, muy pronto, el Cardenal chileno va a ser distinguido con el silencio atento o los aplausos al tomar la palabra en los debates.

El mismo nos ha dicho en páginas anteriores que su sentido de la organización hace que, al partir a Roma, la delegación de Chile ya haya estudiado los documentos, hecho observaciones o preparado otros que en el momento oportuno serán de gran utilidad. Un grupo pequeño se ha estado reuniendo en el Seminario, una o dos veces por semana, compuesto por Monseñor Jorge Medina, el Padre salesiano Egidio Viganó, el Padre jesuita Juan Ochagavía, designados después como “expertos” en el Concilio; Monseñor Ismael Errázuriz y el Padre Raúl Hasbún, y otros más convocados según los temas.

Cuenta el Padre Viganó, Rector Mayor de la Congregación Salesiana, que los seminaristas comentaban al verlos llegar con sus cartapacios: “Llegó el equipo de las Madres...” como una referencia a los Padres Conciliares que se reunirían pronto en la Ciudad Eterna.

Otros episcopados latinoamericanos no han logrado tener siempre la misma preparación. Como resultado muchos de sus obispos comienzan a juntarse con los representantes chilenos, a pedir informaciones, a escuchar debates, a discutir documentos y, como una consecuencia lógica de la concordancia en puntos de vista, a votar como lo hacen los obispos de Chile, bajo el indiscutible liderazgo del joven Cardenal, quien, por su cargo, tenía siempre precedencia en el uso de la palabra en el aula.

Su calidad de líder del sector, llamado por algunos “progresista”, se hace notar desde las primeras votaciones, relativas a la elección de comisiones.

La Curia romana, de acuerdo a tradiciones que fueron por muchos años indiscutidas, tiene una lista preparada de las autoridades elegibles más importantes del evento. El Concilio se habría desarrollado, en esas condiciones, con un tinte marcadamente ofi-

cialista, y de lo que se trata es, justamente, de renovarse, y hacerlo sin dudas ni dilaciones.

Para evitar la política del hecho consumado, la delegación chilena, de acuerdo con otras delegaciones, imprime una lista de posibles autoridades de comisiones y la entrega oportunamente a las representaciones de los demás países que quieran acogerla. La Curia romana había presentado sus candidatos en una lista oficial y enseguida se alzaron voces tan importantes como las de los Cardenales Frings, de Colonia, y Lienart, de Lille, para decir que los candidatos eran muchos, que nadie los conocía y que, por último, no era aceptable una lista única, impuesta, y que necesitarían un tiempo para reflexionar. Su punto de vista recibe el aplauso de la mayoría de los presentes. Una novedosa y desconcertante manera de comenzar...

Todo esto alarga las primeras discusiones y pasan las semanas de ese final del año 1962. Pensar que se creía terminar el Concilio Vaticano II para la Navidad..., época en que finalmente tiene lugar la votación en las comisiones de trabajo.

La nota dramática la da el fallecimiento del Papa Juan XXIII, a comienzos de 1963. Tiene más de 80 años y un ánimo que no ha flaqueado jamás ante las dificultades. Su gran obra: la convocatoria del Concilio, un barco que comienza a navegar por mares más bravos de lo que se pensaba y que ahora necesita de un buen piloto para llegar sano y salvo a puerto. De tal manera que los cardenales, en el cónclave respectivo, buscan un continuador del Concilio y lo encuentran en el Cardenal de Milán, Montini, en tanto que ciertos elementos favorables a la terminación rápida del evento hacen su candidato del anciano Cardenal Siri. Triunfa Montini y comienza su papado como Pablo VI.

El Cardenal Silva Henríquez, de más parece decirlo, está por la continuación del Concilio y recuerda cómo la actuación del nuevo Pontífice, su carácter reflexivo, su hábil gestión, hacen posible el éxito.

El Espíritu Santo ha intervenido, claramente, para que un Papa ya anciano, pero de mentalidad avanzada, de decisión y arrojo más allá de apariencias sencillas y bonachonas, se atreva a convocar una reunión ecuménica importante, que puede tornarse difícil de manejar. Y que otro Papa, absolutamente diferente, introvertido, estudioso, un intelectual acucioso, con la nota de sutileza necesaria para dar seguridades a unos y otros, lo lleve a buen fin.

El escritor católico francés Jean Guilton comentó con propiedad lo siguiente: Juan XXIII, Papa Profeta, que tuvo el coraje de lanzar la Iglesia a volar al aire, necesitaba de un Papa muy competente para lograr un buen aterrizaje...

El Concilio reanuda sus sesiones, ya en segundo período, en octubre de 1963. Las comisiones están elegidas y, salvo contadas excepciones, se trata de candidatos llevados adelante por la mayoría que pedía elecciones y no designaciones de la curia.

El 13 de noviembre siguiente, el Cardenal chileno envía a los fieles de su Arquidiócesis una carta explicativa de las novedades que se están produciendo. *“Debemos presentar una imagen atractiva de la Iglesia”*, les dice, y luego les explica que se han aprobado, después de 70 votaciones, puntos tan importantes como los siguientes: uso de la lengua vulgar en la liturgia; concelebración en la misa de varios sacerdotes; nuevo esquema sobre la constitución de la Iglesia y que se ha restablecido el diaconado como un orden permanente.

Esto del diaconado es una manera práctica y muy tradicional de obtener la colaboración activa, junto a los sacerdotes, de los laicos casados o célibes. El Cardenal lo explica así:

“La Iglesia se encuentra hoy en día ante el gravísimo problema de hacer llegar un acento humano y cristiano a la civilización moderna, acento que la misma civilización pide y casi implora para su desarrollo positivo y para su misma existencia. Esta tarea importantísima e imprescindible constituye un derecho y un deber del

laicado. Es a través de sus hijos laicos que la Iglesia consagrará el mundo.”

El último punto que trata el prelado chileno en su carta es el tema de la Virgen María. Pero esto merece capítulo aparte...

El Cardenal Silva Henríquez, ¿enemigo de la Virgen?

Hay dos temas, dos grandes temas del Concilio Vaticano II, cuya discusión despierta enorme interés aún más allá de los límites puramente eclesiásticos: el esquema de la Virgen María y el de la libertad de conciencia: y en el de la Virgen es nuestro Cardenal uno de los protagonistas.

El problema es determinar en qué parte del documento sobre la Iglesia debería tratarse el tema de la Virgen María, o si se necesita redactar un esquema aparte. Aquí interviene un elemento emocional que altera la tranquilidad de los Padres Conciliares, porque la Virgen María está muy cerca del corazón del cristiano y no hay ninguno que acepte verla desmerecer, disminuida en sus méritos o en el que tradicionalmente se le ha rendido.

Para el grupo más conservador del Concilio, la Santísima Virgen está en situación única, especial, y debe corresponderle un trato aparte, para darle un lugar preeminente. Sus partidarios despliegan imágenes, iconos y lienzos en la Plaza de San Pedro, tratando así de conquistar votos. Los Padres Conciliares del Oriente reparten folletos en las escalinatas.

Para una enorme cantidad de representantes a la reunión ecuménica, la Virgen María es la primera redimida y santificada por los méritos de su hijo Jesucristo, pero no un ente aparte y menos un semidiós. Separada de la doctrina de la Iglesia “disminuye

la grandeza de María y la grandeza de la Iglesia”, como explica acertadamente el Cardenal en la carta anteriormente mencionada, y prosigue así:

“Se presta a exageraciones que hacen aparecer a María fuera de su estrecha unión con la Trinidad Santa y con su Hijo Divino, exageraciones que tienden a hacer de ella un ídolo y no la Esclava del Señor como ella quiso llamarse, poniendo precisamente en esta amorosa servidumbre toda su grandeza”.

El Cardenal Silva, unido a la mayoría, sostiene que tiene más sentido y se le da toda la importancia auténtica tratar el tema a fondo de María, la Madre de Dios, en el mismo esquema de la Iglesia, el cuerpo de Cristo, a quien le dio vida. Para unos era dar mayor importancia a María separando los tratados; para otros, unirlos.

Llega el día de la votación.

“Fue el día de la mayor aprensión y de la mayor inquietud” —recuerda el Cardenal Silva Henríquez—. “En la misa de esa mañana le pedí a la Virgen que por favor dijera dónde quería quedar: dentro o fuera del esquema de la Iglesia”. Contados los votos, los partidarios de que la Virgen María quede dentro del esquema de la Iglesia ganan por 34 votos, de un total de 2.200... Ironizan: “Por 34 votos la Virgen entró a la Iglesia”.

A los sectores conservadores de la Curia Romana les cuesta comprender: el resultado ha sido una sorpresa. Fue la votación más reñida del concilio.

La noticia se filtra rápido y cuando sale el Cardenal chileno, que ha sido uno de los impulsores del esquema vencedor, se le acerca un Arzobispo español en la puerta de Santa Ana y le dice alterado: *“Señor Cardenal, la Virgen se lo cobrará en el momento de*

la muerte...”, y el Cardenal Silva responde: “*Oh, Ella sabe que fue por amor a Ella y no me produce cuidado*”. Y así se creó la fama de haber sido “enemigo de la Virgen”.

Sin embargo, aquietados los ánimos, en el cuarto período del Concilio, y aprobado definitivamente el esquema eclesial, el mismo Arzobispo le dice a nuestro Cardenal: “*Lo felicito, ha quedado muy bueno*”.

La Santa Sede —¿para disipar malos entendidos?— le designa en 1965 legado papal al Congreso Mariano de Santo Domingo.

No cabe duda que los comentarios malévolos que se hacen a propósito de la actuación del Cardenal en el asunto mencionado le han causado dolor y preocupación. ¿Enemigo de la Virgen, él, un salesiano amante de María Auxiliadora?

Al comenzar la tercera sesión, en septiembre de 1964, declara al periodista Abraham Santibáñez, para “El Mercurio” de Santiago:

“Pido a todos mis hijos que no crean con demasiada ligereza las aseveraciones sensacionalistas que a veces dan las agencias noticiosas. Les pido que amen tiernamente a la Santísima Virgen, Madre de Cristo y Madre nuestra, y que unan siempre ese amor al amor de Jesucristo”.

Todo ha partido de la interpretación superficial de su discurso del 16 de septiembre, al comentar el esquema de la Iglesia sobre la Virgen. Leamos algunas líneas del Cardenal:

“Nos agrada particularmente la afirmación expresa de la única mediación de Cristo, a la cual no puede añadirse ninguna otra en su orden propio...; no pocos predicadores, extendiéndose en la mediación de María, no ponen suficientemente de relieve la mediación de Cristo. Se origina así una deformación en los fieles, además de escándalo para algunos hermanos separados

de nosotros...; nos parece, en fin, muy oportuno lo que dice el texto sobre la unión directa de los fieles con el Señor, evitando así la idea de que Cristo... pudiese estar como más lejos de nosotros que María”.

Palabras claras que luego integrarán el texto final, al que la delegación episcopal de Chile contribuye así en forma efectiva.

Este importante discurso, pronunciado además en representación del Cardenal Quinteros, de Caracas, y de 43 obispos latinoamericanos, fue tendenciosamente titulado en un diario de Santiago, el 17 de septiembre de ese año 1964, de la siguiente manera: “*Cardenal Raúl Silva Henríquez afirmó en el Concilio que es excesiva la devoción mariana*”.

Un Cardenal sin pelos en la lengua

Comenta el prelado chileno: “*Lo curioso es que me atribuían una actuación mucho más importante de la que yo tenía...*”; lo que hace decir al Padre Viganó: “*Eso me recuerda el dicho ‘Cria buena fama y échate a la cama...’, pero, por supuesto que lo difícil es hacerse buena fama..., y ese era el mérito del Señor Cardenal*”.

En realidad, ya en el segundo período del Concilio Vaticano II es visible y comentado que el grupo latinoamericano junta 75 miembros, número decisivo en las votaciones. “*Cuando se desea saber cómo han ido las cosas en la mañana basta con mirar qué cara trae el Cardenal chileno a la hora de almuerzo*”, recuerda un testigo en Roma, el Padre Gustavo Ferraris: y casi siempre venía sonriente.

Hay otras caras menos sonrientes.

Corre el rumor de que el Rector Mayor Salesiano ha decidido enviar una carta al Cardenal de su Congregación para pedir-

le más “moderación” en sus iniciativas conciliares. Esto, según se supo, por insinuación de la Curia Romana, ya que en sus preparativos y pronósticos de las votaciones van saliendo casi siempre perdedores. Se concierta una entrevista y la comentada carta no es enviada. Se remite en cambio a todos los obispos latinoamericanos una insólita y perentoria carta del Cardenal Ottaviani, Prefecto de la Congregación del Santo Oficio, sobre las actuaciones en el Concilio del Cardenal Silva, la que recibe una pronta y decidora respuesta, que será conocida cuando se abran los archivos secretos... Todo lo cual motiva una nueva visita al Papa de parte del Cardenal chileno.

Redoblan los triunfos del grupo progresista y se esparce otro rumor: el Cardenal chileno ha sido llamado por una alta autoridad de la Curia. No hay tal, pero se realiza una reunión entre el Nuncio en Viena y ex Nuncio en Chile, Opilio Rossi, y el Cardenal Silva Henríquez. De ella, un trascendido apunta:

El Nuncio Rossi le habría planteado sin rodeos que en la Curia hay elementos alarmados por su actuación, digamos, demasiado avanzada..., y esas votaciones...

El Cardenal salesiano le habría contestado que los resultados de un Concilio Ecuménico están bajo la asistencia especial del Espíritu Santo. “¿Cree su Eminencia en eso?”.

Respuesta del Nuncio Rossi: “*Por cierto, por cierto*”.

Entonces el Cardenal le habría manifestado: “*Estoy muy feliz de estar siempre en las votaciones con el Espíritu Santo...*”.

Termina la corta entrevista.

Parece tener razón el periodista Raúl Aldunate Phillips al haber recordado al Cardenal como abogado y talquino...

En este segundo período conciliar el Cardenal Silva Henríquez visita a Paulo VI y le habla de rumores acerca del térmi-

no del Concilio. Paulo VI le contesta de inmediato: “¡II Concilio non lo ferma nessuno!”, o sea, ¡El Concilio no lo detiene nadie!

El Cardenal chileno se entiende bien con Pablo VI, tan diferente, sin embargo, a Juan XXIII. Cree que, en el fondo, es la timidez lo que más influye en su personalidad retraída. Pero hay algo más: es un hombre temeroso que siente como una carga difícil de llevar los acontecimientos mundiales y vive mortificado con su enorme peso. Más de una vez así se lo confidencia.

El asunto de los métodos de la regulación de la natalidad y la resolución que debe tomar al respecto le causan grave preocupación.

Primero designa, ya al final del Concilio, una comisión cuyo informe no se siente en situación de aceptar, porque, si bien es cierto que ahí se rechaza el aborto, se aceptan, para casos muy especiales, ciertos métodos artificiales que van más allá de la abstinencia del método natural. Luego de profunda reflexión, el Papa prefiere confirmar la posición tradicional de la Iglesia.

El episcopado chileno, otros de América Latina y los europeos, poco antes de la próxima decisión papal, creen que debe darse un paso más. La miseria del Tercer Mundo corre a parejas con un aumento extraordinario de la población. Muchos obispos y hombres de Iglesia piensan que ésa no es una paternidad responsable y que ciertos métodos anticonceptivos que no provocan el aborto, si bien artificiales, no son siempre inmorales, cuando hay razones fundadamente graves para usarlos y no dañan a las personas. En vista de lo que precede, nuestro episcopado le envía comunicación para pedirle que acepte el informe de la mayoría de la comisión especial. Está perfectamente claro que en el pueblo los hijos no deseados terminan muchas veces en el crimen del aborto.

Pero Pablo VI ya ha tomado su decisión y no la cambia. Queda promulgada así la “*Humanae Vitae*”.

Todo lo anterior no significa en absoluto que el Cardenal Silva Henríquez sea primera figura del Concilio. No es así. Vuelan

y muy alto cardenales como Suenens, de Bélgica; Alfrings, de Holanda; Frings y Hefner, de Alemania; Lienar, de Francia; Leger, de Canadá; Ottaviani y Ettore Felice, de Italia; Koenig, de Australia, y varios otros. Lo que sucede es que a la jerarquía latinoamericana se la estimaba conservadora y sorprende verla ahora a la cabeza de casi todas las iniciativas.

Claro que hay muchos obispos de este continente —y varios chilenos— que votan con los tradicionalistas.

El Concilio Vaticano II continúa sus labores. Se han escrito muchos y magníficos libros destinados a estudiarlo. En esta biografía del Cardenal Silva Henríquez no hay espacio para tratar otros temas importantísimos. Sin embargo uno de ellos concita, como en el caso de la Virgen, la emoción de los asistentes: el de la libertad religiosa.

Estamos siempre en la segunda sesión, en 1963. El debate sobre libertad religiosa es animado y luego apasionado. Hay expresiones fuertes y los progresistas parecen ganar en influencia. La Curia resuelve cortar por lo sano y propone que se cree una comisión especial encargada de estudiar el asunto de la libertad religiosa. Esto mueve a 7 u 8 cardenales, entre ellos Silva Henríquez, a escribir al Papa protestando por una maniobra que se considera dilatoria. Todo dentro del mayor secreto.

Sucede que, sorpresivamente, el portavoz del grupo latinoamericano, el chileno Gastón Cruzat, da a conocer en su comunicado diario la gestión que se realiza, y el diario francés "Le Monde" publica una carta que el Cardenal Ettore Felici, de la Curia, desmiente. El tumulto crece y Felici, al día siguiente, ante la sorpresa de toda la asamblea, en un golpe de autoridad, comunica a los Padres Conciliares que por "resolución superior" se ha suspendido el debate sobre libertad religiosa. Luego de unos segundos de estupor, no menos de mil representantes en la magna asamblea se levantan de sus asientos y abandonan la sesión para organizar luego una larga cola y firmar una comunicación de protesta a Pablo VI; al día siguiente el Papa comunica que el tema queda postergado, pero

estará en el primer lugar de la tabla para la sesión de septiembre de 1965. Recuerda el Cardenal chileno: *“Se me acercó Monseñor Albareda, bibliotecario del Vaticano y me dijo: ‘¿Qué error tan grande, Cardenal, postergar la discusión por un año, cuando se habrán ido los más viejos y aumentado seguramente los más jóvenes!’”*.

No todos advierten que han cambiado los tiempos.

Poca duda cabe de que la democratización gana más y más fuerza dentro de la Iglesia Católica.

Vueltos a la cuarta sesión, el Cardenal Silva Henríquez pronuncia un discurso sobre este tema de la libertad religiosa a nombre de 58 Padres de América Latina. Sus conceptos son claros y firmes:

“En América Latina la Declaración tendrá una especial significación para la evangelización misma. Las evoluciones modernas en el concepto de persona y bien común, y las peculiares dificultades surgidas en los pueblos latinoamericanos respecto de su fe tradicional, hacen necesaria una especie de recristianización..., un método avanzado de evangelización que considere mejor la evolución de la persona en una sociedad democrática”.

Se dejará de lado, por supuesto, todo lo que pueda parecer proselitismo, propiciando únicamente una verdadera acción pastoral evangelizadora: el error no tiene derecho de ciudadanía, por cierto, según la tesis tradicional, pero el errante sí, o la proclamación indirecta de la dignidad de la persona humana, basada en la buena fe de su conciencia.

El 8 de diciembre de 1965 se clausura el Concilio Vaticano II.

Como lo ha resumido acertadamente el actual Rector Mayor de la Congregación Salesiana, Padre Egidio Viganó, luego del Concilio queda en claro que la Iglesia es servidora de la humanidad y que nuestra historia aquí en la Tierra, que es historia de salvación,

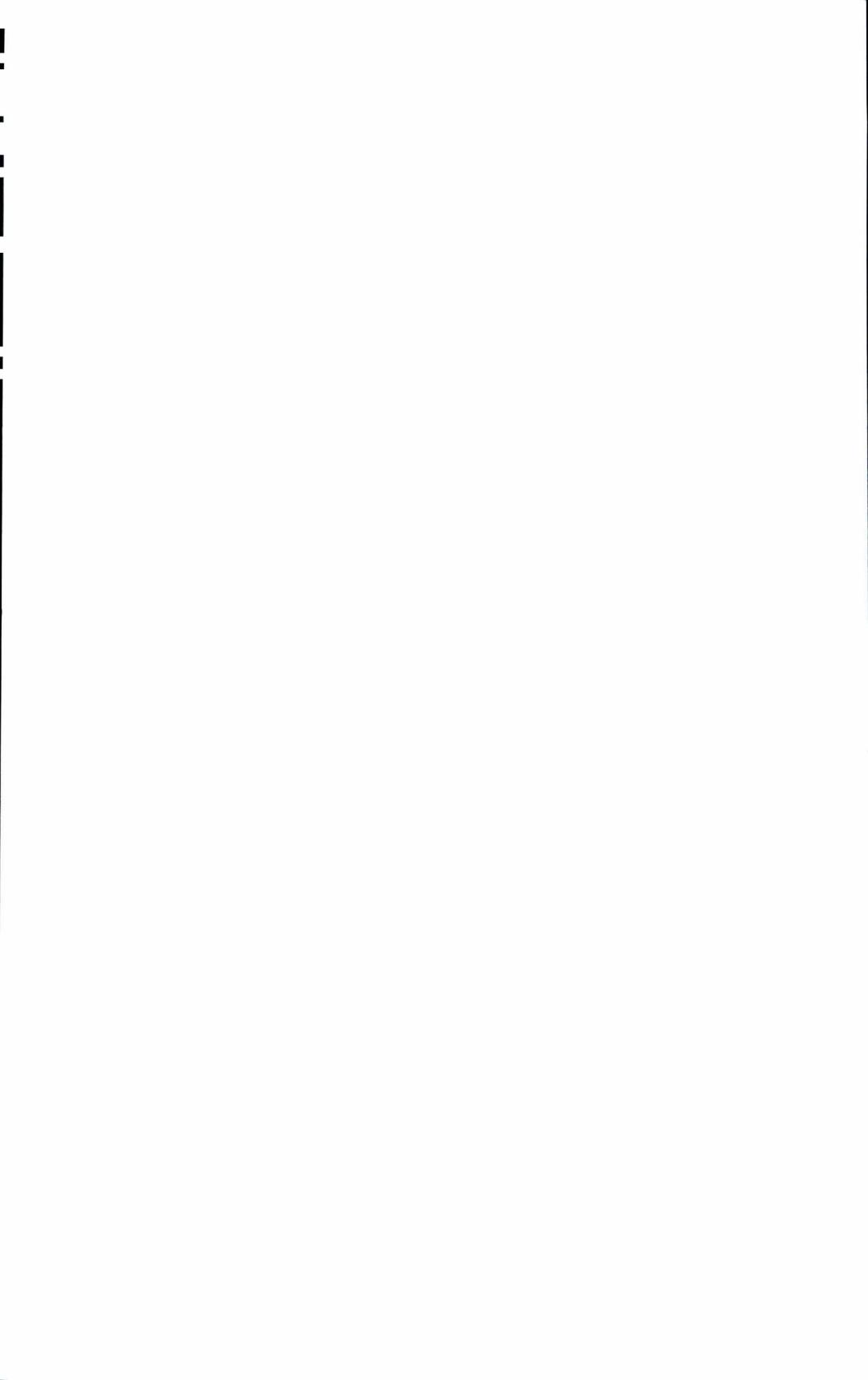
representa el inicio del Reino de Dios. Todo lo cual constituye una verdadera revolución.

Según el Rector Viganó, el Cardenal Silva Henríquez hace un trabajo de valor histórico en el Concilio. Ningún episcopado latinoamericano se ocupó de preparar un equipo para la reunión: él lo hizo; y, luego en Roma, este equipo permitió la orientación de América Latina en materias difíciles y complejas y la acción mancomunada en los debates.

Pero el Cardenal es también Arzobispo de Santiago y su grey lo reclama insistentemente. Su estatura internacional ha llegado a alturas desconocidas para cardenales de este continente. En casa tendrá que descender, nuevamente, a los conflictos locales, a las críticas a veces destructoras, a la pequeña visión provinciana del porvenir.

El Concilio Vaticano II nos devuelve un hombre de valor públicamente demostrado a nivel internacional. Ahora deberá usarlo en la diaria lucha para levantar a las fuerzas espirituales de su país, confundidas y vacilantes, momentáneamente eufóricas por el triunfo del demócratacristiano Eduardo Frei a la Presidencia de la República, católico practicante.

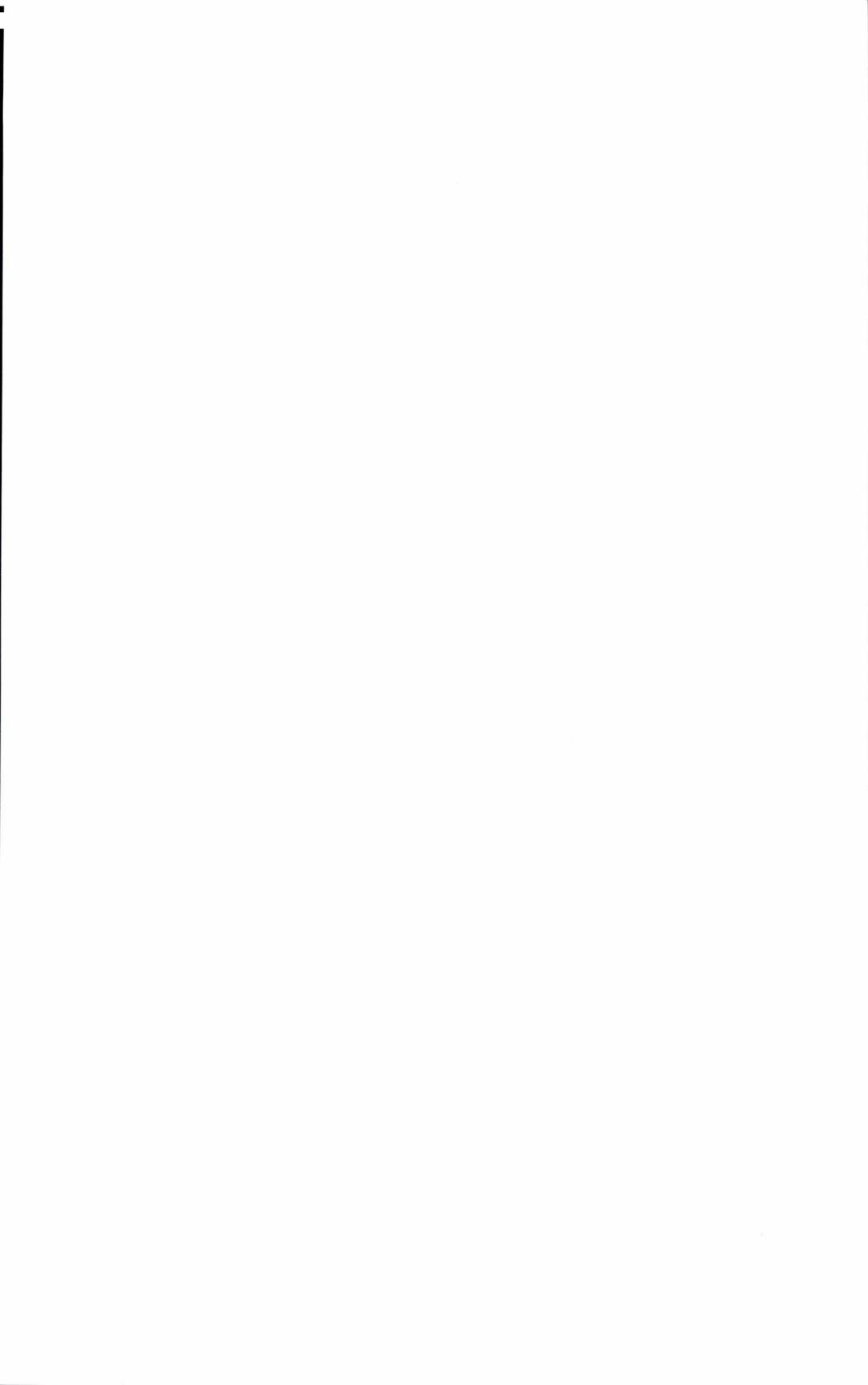
El que fue líder de peso en el Concilio Universal, ¿se convertirá ahora en una fuerza moral capaz de orientar a los suyos en Chile?



CAPÍTULO QUINTO

Hora de cambios e incertidumbre

(1964-1970)



Candidatura de Frei a la Presidencia de Chile

Mientras el Cardenal Silva Henríquez participa en la tercera sesión del Concilio Vaticano II, en los últimos meses de 1964, en Chile, aumenta la tensión con motivo de la elección a la Presidencia de la República, convocada para el 4 de septiembre de ese año.

Los candidatos son tres políticos de larga trayectoria: el radical Julio Durán, el demócratacristiano Eduardo Frei, ambos con votos propios y en busca del apoyo de liberales conservadores, y el socialista Salvador Allende.

Una elección previa de diputados en Curicó produce el inesperado triunfo del candidato socialista, lo que induce a conservadores y liberales a votar en favor de Frei, en contra de sus más íntimos deseos.

Eduardo Frei Montalva es uno de los más destacados representantes de su generación. Hijo de un inmigrante suizo, viene de la clase media. Ha sido dirigente de Acción Católica y luego periodista y escritor de libros que descubren valientemente los problemas del pueblo y exponen, con escándalo de muchos, los vacíos de una democracia formal. Las encíclicas sociales inspiran sus inquietudes y las de sus amigos, y todos creen que ha llegado la hora de ponerlas en práctica.

La situación del episcopado chileno es de cuidado. No podría negar que ve con buenos ojos la candidatura presidencial de Frei. Ahora bien, el demostrarlo le haría un daño a esa misma candidatura, que se la rotularía de confesional, y un daño a la Iglesia, que por norma no puede intervenir en política contingente. Y no

deben olvidarse las susceptibilidades del electorado protestante, el que en los últimos años ha subido notablemente, ya que en 1964 sus seguidores han pasado del 1% al 8% del total de la población.

Una Pastoral de los Obispos, en vísperas de la elección, sería natural, para recordar a los católicos sus obligaciones ciudadanas. Sin embargo, se deja de lado en vista del peligro que representa como eventual fuente de interpretaciones y comentarios. Es decir, una Pastoral en esos momentos puede ser contraproducente.

En vista de lo anterior, el Cardenal resuelve divulgar nuevamente la Pastoral sobre los “Deberes Sociales y Políticos de los Cristianos”, del 18 de septiembre de 1962, de la que se hacen tiradas populares de cientos de miles de ejemplares, con un resumen del aludido documento. Uno de sus párrafos previene claramente a los católicos de toda alianza con el marxismo, en los siguientes términos:

“No es posible la colaboración con el comunismo. ¿Qué colaboración, qué posibilidades de unión caben, pues, con un sistema o partido político que tiene como presupuesto básico la destrucción de todas las ideas e instituciones que se le oponen?”

Los católicos tienen un Pastor con ideas muy claras en materia de marxismo, y una intervención ofensiva en el Senado del parlamentario comunista doctor Jaime Barros Pérez Cotapos da la oportunidad a una declaración especial del Arzobispado divulgada por todo el país.

El cuidado que la Iglesia chilena manifiesta en las aludidas elecciones no se basa en un exceso de susceptibilidad, sino en la posición pública del Senador radical Julio Durán, creadora de suspicacias. Bastaría leer sus declaraciones a la prensa mexicana en agosto de 1963, en las que acusa al Partido Demócrata Cristiano chileno de “levantar banderas religiosas para ayudar a su lucha política”, y continúa así: “*Un movimiento democratacristiano que pre-*

tende tener el monopolio del pensamiento católico le crea a la propia Iglesia graves dificultades.”

El Cardenal es claro frente a los fieles; lo es también frente al clero chileno, que recibe las siguientes instrucciones esos días previos a la elección:

“La Iglesia debe ser y aparecer independiente de cualquier partido, ahora y después del 4 de septiembre; desea celosamente guardar esa independencia para poder señalar con altura de miras cuáles son las exigencias del bien común, según su doctrina.”

Y pensar que este Pastor, tan cuidadoso de la independencia de la Iglesia en materia política, será mal interpretado y acusado, en su larga gestión, de favorecer tendencias partidistas, más de una vez, por quienes evidentemente no gustarán de su modo franco y directo de hacer frente a los problemas y decir las verdades.

Las instrucciones terminan con un toque de atención sobre un aspecto muy importante que puede resumirse así: nuestra independencia no debe interpretarse como desinterés por las cosas de Chile. Pero leamos el texto mismo:

“Nuestra actitud no debe dar la impresión de querer defender el actual estado de cosas, que la Pastoral critica fuertemente. Debemos, por el contrario, hacer ver la necesidad de las grandes reformas que la Iglesia propicia para el bien común, en el marco de una acción respetuosa de los derechos de todos.”

El Cardenal de Santiago cree que la Iglesia no puede defender “el actual estado de cosas” y que el país necesita, por el contrario, “grandes reformas”.

Quiénes lo conocen saben que el activo Padre Silva ha resucitado a escala nacional y que jamás estará definitivamente conten-

to con lo que se hace, pues él entiende que siempre puede hacerse más y mejor.

Su gestión estará marcada por ese signo.

Eduardo Frei, Presidente de la República

La izquierda unida alrededor de Allende —que casi se había impuesto en la elección anterior de 1958—, la derecha y el centro divididos en dos candidatos: Durán y Frei; hay grave preocupación entre los católicos sobre el resultado de la elección. El Cardenal escribe algunos meses antes a un amigo: *“Aunque la situación no es desesperada, es muy difícil”*.

Triunfa Frei por mayoría absoluta, y el país se encuentra con una de esas personalidades que, como la de Silva Henríquez, aparecen de tarde en tarde.

Este Frei es un político singular que no vacila en declararse un soñador. Lo ha dicho en su campaña a la Presidencia, con acentos llenos de sinceridad:

“Se me ha acusado de soñador. ¿Acaso no es por sueños que se mueven los pueblos y los hombres? Juan XXIII nos dejó el sueño de que todos los hombres son hermanos; John Kennedy nos dejó el sueño de que las dos Américas pueden marchar de la mano. Los que tenemos el sueño de la libertad y de la justicia, los que tenemos el sueño de un país en marcha, somos los que conducimos la historia, los que movemos al pueblo y los que sabemos que el porvenir de Chile está en las manos del pueblo y de Dios.”

Es útil oír lo que dicen las fotografías, mientras las contemplamos en silencio para no perder palabra. En dos de ellas,

Presidente y Cardenal salen de la Catedral luego del Te Deum oficiado con ocasión de la transmisión del mando presidencial. En una se les ve tomados del brazo; el Cardenal le comenta que los sueños muy deseados terminan por cumplirse; el Presidente escucha y recuerda. En la otra, frente a frente, ambos sonríen francamente, sin necesidad de otra conversación.

El Cardenal conoce desde hace años al nuevo Presidente, aunque no han sido íntimos amigos, separados por la distancia: uno en Turín, el otro en Iquique; uno preparándose para guiar a los chilenos por el camino de Dios, el otro preparándose para llevarlos por la senda de la libertad y de la responsabilidad a la meta de la democracia.

El Cardenal recordará que conoció al joven Frei en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica, aunque estaban separados por varios cursos, pues mientras Silva Henríquez cursaba el 5° año, Frei entraba al 1°.

Y en esos veinte años activos del Padre Silva, de 1938 a 1958, Eduardo Frei se ha situado en una posición tan destacada en la vida nacional que su partido ya lo tiene de candidato a la Presidencia de la República. Cuenta el Cardenal:

“Yo conocí a Eduardo —aunque en la Universidad iba antes que él— y sabía de su actividad en la Acción Católica. Luego, años después, muy amigo de los salesianos, almorzaba de vez en cuando con nosotros. Lo conocí aún más cuando era Ministro de Obras Públicas del Presidente Ríos, en 1945; claro que yo era un frailecito salesiano y nada más...”, añade con picardía.

El Cardenal ha regresado del Concilio a fin de participar en los actos de la transmisión del mando presidencial. Antes de tomar el avión ha conversado largamente con la Curia y con Paulo VI para informarles del significado de la elección de este Presidente de la República.

En la Santa Sede no siempre se tiene una visión totalmente clara de lo que sucede en estos países lejanos, ni de las causas que producen los fenómenos religiosos, sociales y políticos de la década del 60. Los nuncios cambian luego de cortos períodos; los obispos desearían informar más a menudo de lo que sucede en sus diócesis; a Roma llegan, de vez en cuando, informes o peticiones con listas de firmas de fieles que defienden o atacan. En esas condiciones es difícil para el Vaticano llevar una línea política completamente definida y estable para nuestro continente.

Insisto. En la Santa Sede no se conoce detalladamente lo que sucede en Chile. Se explica al Papa que el avance democrático ha sido considerable y que, a medida que, clases dirigentes tradicionales han ido perdiendo su influencia, ha aumentado la influencia del pueblo, formado por una gran masa de pequeños empleados, obreros y campesinos; gente pobre que constituye la mayoría de la población y que en las votaciones se divide, sobre todo, entre izquierda y la Democracia Cristiana.

El futuro político de Chile está en manos de ese pueblo, convencido de la necesidad de reformas substanciales, y ya no confía sino en sus propias fuerzas para conseguir las.

Frei es el hombre de las reformas a que el pueblo aspira. Su Revolución en Libertad es novedosa y en el Vaticano se preguntan en qué consiste. ¿No son éstos los políticos católicos que hace muy pocos años, cuando recién se separaban del Partido Conservador, estuvieron a punto de ser condenados por la jerarquía de la Iglesia chilena? ¿No son acaso los jóvenes revoltosos acusados de aproximación al marxismo, que defendió a brazo partido el obispo de Talca, Manuel Larraín Errázuriz?

En realidad este partido de inspiración católica ha sido muy incomprendido y maltratado por círculos eclesiásticos, sin descontar algunos obispos y nuncios y el propio Cardenal Caro en su famosa declaración del 10 de diciembre de 1947. Por eso es que las informaciones que el Cardenal chileno da a Paulo VI llegan oportunamente.

A nuestro prelado le toca, pues, realizar sus labores con un segundo Gobierno. El primero ha sido el de inspiración centro derechista presidido por Jorge Alessandri y todo se ha deslizado normalmente, sin dificultades. Podría pensarse que, ahora, con el Gobierno de un partido declaradamente inspirado en la doctrina social de la Iglesia, las cosas marcharán aún mejor.

No ocurre exactamente así.

Ni desavenencia ni problemas. Hay amistad, hay comprensión y confianza, pero..., pero a veces existe una especie de preocupación demócratacristiana por mantenerse algo distante, con una distancia que deje ver la independencia de unos y otros.

Son hijos de la Madre Iglesia, ya crecidos, que por delicadeza administran sus obligaciones bajo su propia responsabilidad. Y la Madre comprende y acepta.

No habrá, y en la práctica no hubo en seis años, acusaciones de confesionalidad.

Jamás un obispo se vale de su calidad de tal para pedir una excepción o algo extraordinario; por el contrario, recuerdan algunos ministros de la época, son más bien representantes de otras confesiones religiosas quienes los visitan con más asiduidad.

Pero en alguna forma, aún no bien estudiada, la Iglesia chilena se verá afectada por este gobierno cristiano. Los obispos lo han resumido así en 1974: *“Los católicos abandonan el apostolado para llenar todas las vacantes de la acción social. El temporalismo invade la Iglesia. Los movimientos apostólicos sufren la sangría de sus dirigentes... dirigentes cristianos pierden mucho de su mística al convertirse en funcionarios de gobierno...”*

Crisis y confusión entre los católicos

Sin embargo se viven momentos de crisis, de acentuación de una crisis ya iniciada entre los católicos, fieles y clero, que abarca por esos días gran parte del mundo occidental.

Dejemos de lado la proposición para correr en el calendario civil, al día domingo siguiente, algunas fiestas religiosas, como San Pedro y San Pablo, lo que causa molestias en el Vaticano; olvidemos el desagrado del Presidente Frei ante ciertos editoriales de la revista jesuita "Mensaje", donde alguna vez, a partir de 1967, se le acusará de "virar" a la derecha o de transar los principios de la Revolución en Libertad.

Recordemos, en cambio, dos problemas graves: el relativo a la Universidad Católica y la toma de la Catedral por algunos católicos, entre ellos, sacerdotes.

La Pontificia Universidad es orgullo de Chile y su prestigio va más allá de las fronteras. Hasta hace pocos años dependía de la Conferencia Episcopal; la Santa Sede, en un momento determinado, para evitar mayores conflictos, prefirió tomarla directamente bajo su tuición y designó a Monseñor Silva Santiago Rector y Gran Canciller. Quedó así concluida la tuición del Cardenal Silva sobre la Universidad Católica y ésta convertida en una verdadera diócesis dentro de la diócesis de Santiago.

Durante el gobierno de Frei, en agosto de 1967, estudiantes y profesores se apoderan de parte de la Universidad y la paralizan con exigencias de reformas en sus estatutos, al no ser escuchados por la autoridad competente. El Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Gabriel Valdés, comunica al Secretario de la Nunciatura, Monseñor Angelo Sodano —el Nuncio Righi Lambertini está fuera del país— que debe hacerse cargo de la solución del conflicto y evitar así la intervención del Gobierno, en este caso, un Gobierno demócratacristiano.

Monseñor Sodano recibe instrucciones de Roma para pedir los buenos oficios del Cardenal Silva Henríquez, quien propone, en acuerdo con el Comité Permanente, se designe un Prorector que asuma con acuerdo del Arzobispo Alfredo Silva Santiago —Gran Canciller y Rector— la dirección de la Reforma de la Universidad. Pasan los días y los roces entre el Gran Canciller y el Prorector Fernando Castillo Velasco saltan a la vista.

El Rector Silva Santiago sigue actuando como si el nuevo Prorector no existiera. Fernando Castillo Velasco presenta la renuncia al Cardenal Silva. Este informa al Secretario de la Nunciatura, Sodano, que la situación es insostenible. El encargado de la Santa Sede suplica a Monseñor Silva Santiago que acepte la participación de Fernando Castillo Velasco.

El Rector no cede. Mientras tanto, la casa central está ocupada por los estudiantes y los grupos gremialistas se preparan con tractores y otros medios a penetrar en la Universidad para desalojar a los insurrectos, y éstos a su vez tienen la adhesión de la CUT con amenaza de huelga general de apoyo. Las decisiones deben tomarse en Roma y la Cancillería chilena urge una decisión rápida, presionada por el Ministerio del Interior, que prevé una conmoción nacional.

El Cardenal Silva es solicitado para intervenir directamente ante el Rector Silva Santiago, por expreso mandato del Comité Permanente. Pide entonces plenos poderes de Roma para actuar. Son otorgados.

En un diálogo corto y muy doloroso, ante la negativa definitiva del Rector de aceptar las condiciones del Comité Permanente de dejar actuar al nuevo Prorector para orientar la indispensable pero muy discutida reforma, el Rector Silva Santiago entrega su renuncia al Cardenal Silva Henríquez y éste nombra y hace pública la designación de don Fernando Castillo Velasco como Rector. La Santa Sede confirma el procedimiento, nombrando al Arzobispo de Santiago y Cardenal Gran Canciller de la Universidad Católica de Chile.

La Pontificia Universidad vuelve a depender, pues, de la jerarquía arzobispal de Santiago y la calma entra en ella por algunos años. Pero los problemas, aunque disminuyen, no cesan.

Ciertos sectores conservadores —pasado ya el episodio de la Virgen María— tienen un nuevo argumento para hacer valer contra el Cardenal; se le acusa de ambición de poder y algunos profesores dejan sus cátedras. El Vaticano, sin embargo, no le hace cargo alguno, aunque lamenta el alejamiento del Arzobispo Silva Santiago.

Un año después, en 1968, viene la ocupación de la Catedral de Santiago durante 14 horas, algo que parecía imposible. Bastaba considerar que Chile contaba con un Cardenal tenido por comprensivo y progresista, y con un Gobierno preocupado preferentemente de la paz y de la justicia, de la suerte de los pobres; abierto, con un completo programa de reformas.

Los ocupantes del recinto sagrado: nueve sacerdotes, tres religiosas y doscientos laicos, representan la expresión de una inquietud que recorre el mundo y que el Concilio Vaticano II ha venido, en el momento propicio, a reconocer como una inquietud real, un hecho que no puede ocultarse o negarse. La reacción vaticana es prudente y sabia, y es tan oportuna que las olas de la revolución popular llegan entonces casi sin fuerzas, como estertores de algo que, de otra manera, pudo haber sido violentísimo. En realidad, ¿qué habría sido sin la inspirada convocatoria de Juan XXIII a la reunión ecuménica?

Los ocupantes del lugar santo distribuyen un manifiesto, llamado de la Iglesia Joven, y el Cardenal les contesta con palabras de Padre herido y de Pastor severo. Es el 11 de agosto de 1968:

“La acción de unos pocos sacerdotes descontrolados, olvidados de su misión de Paz y Amor, ha llevado a un grupo de laicos y de jóvenes a efectuar uno de los actos más tristes de la historia eclesiástica de Chile. Se ha profanado nuestra Iglesia Catedral; se han profanado

hermosas tradiciones de nuestra patria en materia religiosa. La Iglesia de Santiago no merecía este trato...”

Es un cáliz amargo; él sabe que debe beberlo. Continúa:

“Queremos que nuestros fieles sepan que condenamos con toda energía estos hechos y que los sacerdotes que han intervenido en ellos se han separado de la comunión con su obispo.”

Pero el Cardenal talquino no es hombre que se arredre ante el peligro y cambie sus planes a la primera dificultad. Advierte:

“Ningún extremismo nos hará variar nuestra conducta de comprensión, de apertura y de respeto por todas las personas y por todas las ideas.”

Viene, finalmente, una posición suya que se repetirá siempre: asumir el dolor, la cuota de dolor que a cada uno corresponde. *“No debíamos ser ajenos a lo que tantos otros sufren..., agradecemos al Señor el dolor que nos ha hecho sufrir...”*

El Cardenal suspende a los sacerdotes ocupantes y éstos, cuarenta y ocho horas después, le piden disculpas y la derogación de la suspensión. Él lo hace. Luego declarará al diario italiano “La Stampa”: *“Cometieron un error de buena fe y con su gesto impulsivo volvieron a dar energías al clero conservador”*. Uno de los sacerdotes perdonados dirá después, en nuestros días:

“Siempre pensé que la característica del Cardenal es su humanidad; un hombre con sus reacciones y pasiones, con sus entusiasmos. De repente pegaba muy fuerte y luego se recataba. Pegaba y luego sobaba..., un hombre complejo, a veces difícil de interpretar...”

El cambio del Nuncio Martini a una residencia moderna en calle Montolin provoca, asimismo, la firma de una protesta por 200 sacerdotes. Signo de los tiempos...

Se dice que el Concilio Vaticano II ha llegado en momento oportuno. Pocos conocen sus resultados concretos y las reformas aprobadas. Contados católicos las han leído o estudiado. ¿Cómo divulgarlas?

“Nos reunimos en Roma para decidir cómo íbamos a dar a conocer el Concilio —recuerda el Cardenal—. Propuse un Sínodo y al principio encontré mucha oposición; luego comenzaron a aparecer Sínodos por todas partes...”

Una serie de asambleas tienen lugar en Santiago durante 1967 y 1968, con abundante participación de laicos. En el fondo se pasa completa revista al estado actual de la Iglesia en la diócesis más importante del país, a sus problemas, a la labor futura y cada uno da su opinión con entera franqueza.

Recuerda el Padre jesuita Renato Poblete:

“La primera reunión se realizó en el gran salón del Arzobispo, al lado de la Plaza de Armas. Frente a los invitados, en una pequeña mesa, estaba el Cardenal, tranquilo, escuchando las diversas intervenciones, muchas de las cuales eran abiertas críticas a aspectos de su gestión. Él no decía nada, oía todo y no se defendía.”

Continúa el Padre Poblete:

“Se criticaba con una libertad increíble: que al Cardenal le encantan las instituciones, que da más interés y tiempo a los proyectos que significan inversión de dinero que a la cuestión puramente pastoral, que se interesa más en el trabajo de Caritas y de las diversas fundaciones que ha creado, que no visita a sus fieles, que oye poco a los laicos, etc.”

Es una válvula de escape en tiempos revueltos. El Cardenal toma nota de todo y, de acuerdo a su naturaleza eminentemente activa, comienza inmediatamente a trabajar en lo que debe constituir el tema central del Sínodo: evangelizar y hacerlo en la forma más efectiva posible, comenzando por las parroquias y siguiendo por los decanatos y las zonas de la Arquidiócesis con sus vicarios, poniendo énfasis en el nuevo e importante rol del laicado. Hay que formarlo de acuerdo a las nuevas necesidades e institucionalizar su labor; debe aprovecharse mejor el papel del diaconado.

Esta efervescencia de clero y fieles es una muestra de la vitalidad de la Iglesia en los tiempos que corren. Él se angustia, sobre todo, por la inquietud de sus sacerdotes y les dice (1967):

“¿Cuál es la función del sacerdote? En la hora de la técnica, del desarrollo de las ciencias y de la conquista del espacio ¿vale aún la pena ser sacerdote? En una patria abocada al cambio de estructuras, donde los mejores ciudadanos se comprometen en la solución de los problemas, ¿qué hace el sacerdote? Nadie ya se resigna a ser el hechicero de tribus marginadas del impulso de la historia. Ni magia ni religión de enajenación de la vida. La vida actual del hombre nos impone una reflexión en profundidad sobre nuestra vocación. El Concilio Vaticano II ha aportado ricos elementos de doctrina”.

Es imposible que después del Concilio Vaticano II y de la Conferencia de Medellín, que han sido verdaderos terremotos, no se produzcan necesarios asentamientos de terreno. Es algo que los chilenos, desde luego, expertos en movimientos telúricos, comprenden sin grandes dificultades.

El escritor y miembro de la Academia Chilena de la Lengua, Guillermo Blanco, ha expresado con propiedad:

“Paulatinamente, el Concilio iba a llegar a Chile no sólo como noticia: como una transformación de

raíz, que seduciría a muchos cristianos, desconcertaría a otros, provocaría no pocas crisis de fe o de fidelidad, incluso en sacerdotes. El aire nuevo agitaba con vigor el interior de la Iglesia y quizás su manifestación más palpable era un rejuvenecimiento de las actitudes, las instituciones y hasta el lenguaje.”

Del Sínodo de Santiago saldrán una serie de documentos, en 1969, que expresan “el sentir del Pueblo de Dios”, en dos volúmenes titulados “Iglesia de Santiago ¿qué piensas de ti misma?”. También el Cardenal promulgará un “Directorio Pastoral” como conclusión del Sínodo, donde se expresarán las grandes pautas de acción de ese “Pueblo de Dios”.

Se vive la época posconciliar, de reajustes; el Cardenal Silva Henríquez ha sido calificado de progresista en Roma, porque esa característica obedece a una convicción profundamente enraizada en él, y no a una postura o a un afán de figurar entre los Príncipes de la Iglesia. Ahora, de regreso a su diócesis, consecuente con su pensamiento, ha llegado la hora de poner en práctica los principios tan duramente ganados en una lucha de cuatro años de reunión ecuménica.

Un ejemplo precursor de la Reforma Agraria chilena

En el campo chileno hay problemas que se arrastran desde antiguo; la propiedad rural está en poder de unos pocos y es muy difícil para el pobre llegar a ser propietario si no se le favorece con una ley especial. Los sueldos son bajos, hay miseria. Hay también ignorancia de parte de algunos prelados chilenos. Se cuenta que cuando recién sube Pedro Aguirre Cerda a la Presidencia de la República, en diciembre de 1938, se le advierte al anciano y conservador Arzobispo de Santiago, José Horacio Campillo, que en los fundos de la Iglesia no se paga siquiera el salario vital. Él pregunta:

“¿Los inquilinos están vivos o muertos?” Le contestan que vivos. Entonces él agrega: “El salario es, pues, vital...”.

Por otra parte el obrero agrícola no está aún sindicalizado. ¿No podría la Iglesia dar el ejemplo repartiendo o vendiendo a precios módicos sus propiedades entre quienes las trabajan?

Ya se mencionó esta inquietud de Monseñor Silva Henríquez a poco de llegar a su Arquidiócesis de Santiago. También se dijo que el Obispo de Talca, Monseñor Manuel Larraín Errázuriz, se le había adelantado en las mismas inquietudes. Así nace INPROA, en junio de 1963, una fundación sin fines de lucro denominada Instituto de Promoción Agraria, cuyo objetivo es “propender al desarrollo económico y social del país mediante actividades económico-sociales relacionadas o derivadas de la reestructuración de propiedades agrícolas y de la producción agropecuaria...”.

Entre las actividades más importantes está, por supuesto, la parcelación de fundos, pero también la orientación de actividades agrícolas, los servicios técnicos, empresariales, crediticios.

Todo esto comienza en la parte final del gobierno de Jorge Alessandri, pero es en el gobierno de Eduardo Frei cuando la actividad reformista agraria de la Iglesia toma velocidad, de tal manera que en pocos años se han distribuido cerca de ciento cincuenta hectáreas de la diócesis de Talca y más de tres mil pertenecientes a la Arquidiócesis de Santiago. De Talca: Los Silos de Pirque; del Arzobispado de Santiago: El Alto de Melipilla, Las Pataguas de Pichidegua, Hacienda San Dionisio; y en Linares, El Alto de las Cruces.

Las dudas parten del mismo clero.

Fundos del Obispado de Linares, en lugar de pasar a INPROA o a la Corporación de la Reforma Agraria del Presidente Frei, son vendidos a otros en mejores condiciones económicas. Aún más: luego de la elección del Presidente demócratacristiano, el Cabildo Metropolitano de Santiago, en septiembre de 1964, por mayoría

de votos, se opone a la parcelación de los fundos del Arzobispado. Escribe el Cardenal:

“En este delicado asunto tenemos que conservar mucha calma y mucha habilidad..., es lamentable que el Cabildo... obstaculice la labor del Arzobispado y produzca una situación de escándalo en la Iglesia, en el clero y en los fieles. Trataremos de llevar esta pequeña cruz con santa calma. Creo que todo se arreglará satisfactoriamente...”

Y todo se arregla satisfactoriamente.

Porque el Cardenal no está procediendo en forma arbitraria: hay una Pastoral de los Obispos de Chile sobre Reforma Agraria, hay un acuerdo de la Conferencia Episcopal de 1961 y, él mismo, según se vio, ha obtenido el visto bueno del Papa Juan XXIII.

Hay algo más: es el propio Papa Paulo VI quien alienta estas reformas agrarias y así lo dice en una alocución a los Obispos de América Latina en noviembre de 1965, al recordar con agrado que algunos episcopados, alentados y autorizados por la Sede Apostólica, hayan puesto a disposición de sus fieles más necesitados las propiedades de la Iglesia para una Reforma Agraria.

El Concilio Vaticano II, por su parte, en el documento “La Iglesia en el mundo de hoy”, recuerda por esos días que las reformas son necesarias, y mediando una compensación equitativa puede llegarse hasta la expropiación. Sus conceptos no dejan dudas:

“Son necesarias las reformas para que aumenten las ganancias, se cambien las condiciones de trabajo, se aumente la seguridad del contrato de trabajo, se creen estímulos para trabajar espontáneamente; más aún, para que se distribuyan las propiedades rurales no suficientemente cultivadas entre aquellos que puedan convertirlas en tierras feraces”.

La Reforma Agraria de la Iglesia sirve de aliciente a la Reforma Agraria del Presidente Frei, que luego vendrá en 1967, provocando también las mismas reacciones contrarias, en forma más extendida.

Toda esta materia es delicada y la experiencia internacional indica que se presta a abusos. El Cardenal está preocupado y, en una entrevista a la revista "Ercilla" el 3 de enero de 1966, precisa:

"No puede haber revanchismo. Esto está fuera de lo que es el espíritu social de la Iglesia. El bien común puede exigir sacrificios e incluso dictaminar medidas con efecto retroactivo, pero no con carácter punitivo desproporcionado..."

Al Cardenal le preocupa la justicia y sólo a través de ella cree que se solucionará el problema social. En julio de 1961, un mes después de haber asumido el Arzobispado de Santiago, ha dicho a la revista "Ercilla": *"O evolucionamos rápidamente o nos enfrentamos a una catástrofe social"*.

Él cree que la Reforma Agraria, como la hace INPROA, puede detener esa catástrofe, y ya al terminar el gobierno de Eduardo Frei, en 1970, al entregar los títulos de dominio a los campesinos que ahora serán dueños del fundo San Dionisio, de más de mil hectáreas, hace un resumen de una de las más importantes decisiones sociales de su período:

"En este momento deseamos agradecer a Dios que nos inspiró para iniciar la Reforma Agraria, para distribuir las tierras de la Iglesia —dice a los nuevos propietarios—. ¿Por qué lo hicimos? Porque la Iglesia debía ser leal y sincera consigo misma y con todos los chilenos... Los bienes de la Iglesia son los bienes de todos los hombres, especialmente de los que menos tienen, los bienes de los pobres."

Las reformas agrarias no traen la paz por sí solas, ni rápidamente, aunque persigan fines de justicia social, y en ese mes de mayo de 1970, por el contrario, el país ha visto acentuadas las expresiones de protesta, sobre todo en los campos, donde la reforma no hace sino comenzar. El Cardenal continúa su alocución de la hacienda San Dionisio, mientras el viento helado del otoño anuncia próximos temporales...:

“La paz sólo es posible si existe la justicia social. Y una forma principal de justicia es la distribución equitativa de los bienes y las tierras. La desigualdad injusta y opresora engendra la violencia, el odio, el rencor que ya presenciamos en nuestra patria. La libertad sólo es auténtica y duradera cuando es para todos, y no cuando es el patrimonio de los que poseen dinero y cultura...”

Se está a cuatro meses de la próxima elección presidencial y el candidato es, por tercera vez, Salvador Allende.

Un período de luces y sombras

La agitación de la ciudadanía, al final de la década del sesenta, ha ido en aumento. El Gobierno de Eduardo Frei, cuya primera parte, de 1965 a 1967, se desarrolla en la euforia de las modernizaciones, de los esperanzados comentarios internacionales y del trabajo de una nueva generación llena de ímpetu, por primera vez en el poder, se debate ahora entre crecientes problemas y divisiones internas.

El país está inquieto, con la inquietud del que camina al borde del abismo, en la oscuridad, sin saber exactamente dónde lo llevará cada uno de sus pasos. Existe el presentimiento de que se viven momentos decisivos. El Cardenal Silva Henríquez redac-

ta, con fina sensibilidad, unas líneas que resumen admirablemente esos días. Es un párrafo de excepción en sus escritos:

¿Cómo se presenta el rostro de Chile?

“El rostro de nuestra patria nos parece un rostro humano lleno de luces y sombras; nos parece el rostro de un pueblo que tiene grandes virtudes, que abriga grandes esperanzas y que, a la vez, se ve martirizado por grandes temores, por dolorosas discordias, envidias; los contrastes y desilusiones, las luchas que la desangran, las pasiones desatadas que la acosan ponen en el rostro de nuestra patria la corona de espinas, los golpes, los salvazos que también desfiguraron el rostro de Cristo.”

Es un momento de luz, en julio de 1965, la visita del prelado a la Sinagoga B'né Israel de Santiago, la primera de un Cardenal a un centro judío de oración, veinte años antes que lo hiciera el Papa Juan Pablo II a una Sinagoga en Roma. Está en la personalidad del destacado salesiano adelantarse a los tiempos, sin temores, abriendo camino a los demás.

Trata el tema de los derechos humanos en el Antiguo Testamento, que él alababa con palabra apropiada y sentida:

“No hay ningún libro humano que nos dé una idea más alta, una noción más pura de Dios, de su grandeza, de sus atributos, que la Santa Biblia. Para conocer esos atributos no necesitamos estudiar a los filósofos: nos basta rezar los Salmos de David”.

Termina su intervención —en una atmósfera de gran recogimiento— con conceptos que son comprendidos y valorados:

“En los inescrutables designios de Dios sobre Israel, vosotros continuáis dándole un testimonio de sacrificio, de martirio, de amor a la libertad, de defensa de

los derechos de la persona humana y de la dignidad del hombre. Los tiempos son y han sido difíciles y trágicos. Pero Yahvé no se ha olvidado de su pueblo y una aurora de esperanza, de paz y libertad, de fraternidad y amor, ha de brillar también con todo su esplendor para Israel. Lo deseamos de todo corazón”.

La reacción favorable la recoge “El Mercurio” con conceptos que aún resuenan (agosto 1º, 1965): “*Las palabras de Su Eminencia el Cardenal trazan una ruta de alta convivencia espiritual*”.

Este espíritu de convivencia también lo ha manifestado en febrero de ese año a los pies del Cristo Redentor, en la cima de los Andes, al cumplir ese monumento sesenta años de su construcción. Los rumores de la venida del Papa para presidir la importante ceremonia no se concretan y los Ministros de Relaciones Exteriores de Chile y Argentina, señores Gabriel Valdés y Miguel Ángel Zavala Ortiz, junto a los Cardenales de Chile y de Argentina, contemplan un panorama maravilloso. El prelado chileno se pregunta:

“¿No hay en nuestra América muchísimos de nuestros hermanos, demasiados quizás, que aún no son libres y que no gozan de aquel mínimo bienestar que es indispensable para el desarrollo de la personalidad humana? La hora de la cultura ¿ha sonado para todos? El progreso y la justicia ¿son el patrimonio común de nuestros pueblos?” “La mezquindad de los individuos y la mezquindad de los Estados son las causas de nuestro subdesarrollo y de nuestras grandes miserias”.

La Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano —conocida como de Medellín— es una hermosa nota de luz. Se inicia en esa ciudad colombiana en septiembre de 1968 y va tras la ampliación de las conclusiones de la Primera Conferencia, la de Río de Janeiro, de 1955.

Su preparación ha tomado muchos meses y los documentos de base hablan de tres temas principales: promoción huma-

na, evangelización y organización de la Iglesia. Todo esto en una América Latina de gran efervescencia, la que, por supuesto, no ha dejado marginado al clero.

Es una América Latina que inicia dos décadas de dictaduras militares perfectamente sincronizadas.

Los resultados de Medellín muestran una línea de clara apertura. Preside el Papa Pablo VI y se destacan figuras inconfundibles como Helder Cámara, el Padre Arrupe, General de los Jesuitas, el Cardenal Antonio Samoré.

Los obispos acuñan un término que hará larga carrera: “violencia institucionalizada”, la violencia del gobierno, del sistema, que impide al pueblo el ejercicio de sus derechos.

Rara vez los obispos han hablado en forma más clara:

“Si el desarrollo es el nuevo nombre de la paz, el subdesarrollo latinoamericano es una injusta situación promotora de tensiones que conspiran contra la paz.”

Y sobre la violencia, ese cáncer que roe al enorme y ya no más somnoliento cuerpo americano, repentinamente despierto:

“No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soportó durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mejor conciencia de los derechos humanos.”

El Cardenal Silva Henríquez vuelve vigorizado a Santiago, y lo necesita.

Notas sombrías hay varias. Ya vimos los sucesos de la Universidad Católica, de 1967, y, sobre todo, la ocupación de la Catedral, en 1968. El Cardenal ha seguido analizando los hechos, en muchos de los cuales, es cierto, hay mezquindad de los individuos, pero ¿cómo negar —por otra parte— que hay causas profundas de intranquilidad en América Latina y en el mundo subde-

sarrollado, en general, demasiado tiempo sumergidas, demasiado tiempo guardadas bajo llave por el egoísmo y la insensibilidad?

De una carta de esos días extracto las siguientes líneas escritas por el Cardenal a un grupo de sacerdotes:

“No hay duda de que la hora actual es una hora de cambios en la Iglesia, una hora de incertidumbres, una hora de confusión para muchas personas. Y que por lo mismo es una hora de transformaciones. Estamos viviendo un tiempo en que la Iglesia ha tenido el valor de mirarse a sí misma, de revisar sus estructuras y sus prácticas y de querer valerosamente ponerlas al día, a tono y de acuerdo con la voluntad del Señor, en una línea más evangélica y más en consonancia con las necesidades del hombre de hoy”.

Sigue el Cardenal con su valiente autocrítica (noviembre 20, 1968):

“¿Qué les ha pasado a nuestros jóvenes, entre los cuales cuento a algunos de nuestros sacerdotes? Se les ha debilitado la fe en la Iglesia. La han considerado como una estructura puramente humana. En su manera de proceder, desgraciadamente, muchos no han empleado sino los medios humanos y se han encontrado con la dificultad inmensa que significa convertir al hombre hablándole sólo de sus ventajas y de sus valores terrenos. Se han encontrado con la imposibilidad de ser pescadores de hombres, si en esta misión sólo ellos han creído comprometerse; han dejado a un lado al Señor; confían poco en Él; la oración en ellos no es muy profunda; la confianza en Cristo y en su Iglesia ha disminuido y entonces nosotros contemplamos los desaciertos que todos lamentamos”.

Un momento de luz es el otorgamiento del doctorado Scientiae et Honoris Causa al poeta Pablo Neruda, en junio de

1969; otro, el mismo doctorado para Eduardo Frei, en marzo de 1970. La Universidad es capaz de hacer alto en medio de sus problemas, en medio de la natural desazón que provoca el choque con las nuevas ideas, con las nuevas perspectivas en ese cerebro de la sociedad que es una Universidad, y reconocer la excelencia.

Cuando se discute por el Consejo Superior Universitario el reconocimiento para Neruda, destacado marxista, el Gran Canciller Silva Henríquez opina así:

“Mi opinión personal es que, sin lugar a dudas, el poeta lo merece. Creo que la Universidad, al concederle este título, realiza un gesto que tal vez no sea comprendido por los necios, pero sí por otras personas de valer... Reconozcamos la actitud y el valor de quienes se han dedicado, por propia convicción, a defender los derechos de los humildes”.

Sus razones son importantes y todos pueden entenderlas. Por lo menos los hombres de buena voluntad:

“La Iglesia aprecia la Verdad, el Bien y la Belleza, aunque estén representados en quienes no participan de su convicción religiosa. En otras palabras, la Iglesia Católica, por su naturaleza, el Cristianismo, por su naturaleza, no pueden ser sectarios, pues el sectarismo está reñido con nuestra esencia profunda. Allí se arraiga la existencia del sano pluralismo.”

Otra nota luminosa de esos días es la creación, en 1967, de la Fundación para el Desarrollo, asesoría del Arzobispado en materias económico-sociales, coordinadora de instituciones de la Iglesia como INVICA, CARITAS, IMPROA, USEC, la Cultura Popular, etc., hitos significativos del esfuerzo cardenalicio. El prelado se preocupa de todas estas instituciones con un no disimulado orgullo.

Una desatada espiral de violencia

El respeto del Cardenal Silva Henríquez por las ideas ajenas no es siempre compartido; impera, en cambio, el sectarismo y recorre las juventudes del mundo un aire de cambios revolucionarios, de aspiraciones nuevas, que ha quedado muy claro en París ese memorable mes de mayo 1968, y puede resumirse en la frase “seamos realistas, pidamos lo imposible”.

Chile no es extraño a una situación que se llama el triunfo y sucesivo endiosamiento de la ciencia y de la tecnología, con un dominio del mundo desarrollado que así ha profundizado el foso existente entre los que tienen más y los que no tienen nada. Comienza para los primeros la era posindustrial y robótica.

El Tercer Mundo ha caído en un estado de confusión y desesperanza. Por una parte, los medios de comunicación transmiten inmediatamente las ventajas de esa vida fuera del alcance de los países pobres; ventajas que el subdesarrollo hace ahora más y más lejanas e inalcanzables, y los medios de comunicación, irresistiblemente deseables.

Hay una sensación de injusticia que no lleva a la paz, ni a la prudente evolución, sino a la acción inmediata y violenta. En la década del sesenta se está viendo el desasosiego que precede a esa acción. Luego vendrán las fuerzas armadas a sofocar la revolución de las apetencias incontroladas, en movimientos concertados por ellas y ocasionados por causas que son comunes a toda una región, la América del Sur, donde casi simultáneamente ocho de sus diez países son sometidos por dictaduras militares. En todos esos países sus nuevos amos, haciendo gala de una política económica simplista, pretenderán afirmar sus posiciones y dar entrada a los afligidos pueblos a la era posindustrial. En todos los casos un consumo indiscriminado y sin base económica sana traerá un endeudamiento sideral y no se habrá ganado nada más que nuevos problemas y un acelerado desencanto.

No se entra a la era posindustrial por mandatos de cuartel o por hipótesis de economistas.

Insisto, en la década del sesenta la enfermedad está a punto de hacer crisis en Chile y la elección presidencial del 4 de septiembre de 1970, si provoca más violencia que la de costumbre en casos semejantes, es porque se la intuye como una última oportunidad.

El Cardenal Silva Henríquez usa permanentemente de la prensa escrita y hablada, y sus intervenciones traducen la preocupación que lo embarga.

En abril de 1969, por ejemplo, en una de las reuniones con los periodistas en la televisión, toca crudamente materias que antes fueron tabú, o poco menos, como la crisis en el sacerdocio chileno que él atribuye más bien al desconocimiento de la autoridad de la Iglesia y a problemas generados por el celibato eclesiástico, que a problemas de fe.

Él los considera problemas propios de la vitalidad de la Iglesia, relacionados en cierta forma por el Concilio mismo.

“Los creyentes excesivamente inmaduros —dirá al diario “La Tercera” en enero de 1970— y aquellos otros que en lugar de servir prefieren servirse de los hombres y hasta de la Iglesia para sus propios intereses, tendrán extrema dificultad en asimilar el Concilio”.

El Cardenal insiste en que se trata de casos aislados.

“La inmensa mayoría de nuestros sacerdotes trabaja silenciosamente con alegría y en paz... no hacen ruido, son el rostro más genuino de nuestra Iglesia”.

El prelado vive, indudablemente, uno de los momentos más difíciles: *“Siento por un lado quien me agujonea para que ande más rápido, y por otro quien me tira la rienda para que ande más despacio...”*. Su lenguaje —como se advierte— ha vuelto a ser maulino, campechano y confiado en sus fuerzas; continúa: —“y

el papel mío es precisamente de coordinar estas fuerzas diversas". Podría haber agregado: ¿Y qué fue? Porque bien sabemos que es hombre de lucha y que en la lucha por resolver problemas es donde se agranda.

La Iglesia latinoamericana está en crisis. La Iglesia chilena está en crisis. Pero en él, su optimismo y su confianza no sufren alteración. Es un hombre de Dios. Su tranquilidad viene de quien siempre da fuerzas para vencer:

“¿Quién podría negar, hermanos, que la Iglesia atraviesa hoy un momento crítico? Reconocerlo no significa abandonar la esperanza: tenemos fe en Jesucristo y en el poder del Espíritu y esa fe nos permite mirar la situación actual con serenidad, al mismo tiempo que con preocupación. No es la primera vez que la Iglesia afronta una tormenta...”

Estamos en la Semana Santa de 1970.

Esta situación violenta el espíritu cristiano de Chile. Hay otra violencia más brutal que se manifiesta a diario mientras se acerca el día de la elección. Irá en aumento durante los dos gobiernos siguientes: el de Salvador Allende y el gobierno militar y desembocará en duras situaciones hasta aquí desconocidas en Chile.

Él define acertadamente la violencia al diario “La Segunda” en abril de 1970:

“Todo hombre que se precie de tal, que sienta la nobleza de ser persona y acepte que los demás también lo son, debe detestar, como una bajeza, cuanto signifique usar y sacrificar un solo ser humano para servirse a sí mismo; y eso es la violencia”.

Expresiones oportunas. Pensar que en los diez años siguientes se sacrificará no sólo un ser humano, sino muchos más en lucha fratricida. El país está excesivamente politizado y todos los medios

son buenos a fin de hacer triunfar el candidato propio. La prensa, cierta prensa, juega con el honor de las personas. El ambiente se vuelve irrespirable. Hasta se acusa de intervención a los sacerdotes, lo que es precisado por el Cardenal: si bien el clero tiene derecho a manifestar sus legítimas preferencias, no puede actuar en política partidista.

Su palabra vuelve a ser incisiva para demostrar los vicios de una campaña en que, pareciera, la moral de las personas cuenta poco. Afirma en la misma entrevista del diario "La Segunda":

"En un proceso electoral se ponen en juego muchos valores: respeto, veracidad, serenidad, madurez. A ningún hombre le puede dar lo mismo que, por algunos votos más, se mienta, se insulte, se dividan comunidades y familias, se derrochen tiempo, dinero y energía en tenderse acechanzas y suponerse intenciones, dando un cariz de amargura y un tinte de infantilismo casi irracional a un acontecimiento que debería ser el barómetro de nuestra madurez ciudadana".

Los candidatos a la Presidencia de la República son tres: Radomiro Tomic, de la Democracia Cristiana, que trata de continuar una gestión iniciada por Eduardo Frei; Jorge Alessandri, otra vez candidato de los partidos de derecha; Salvador Allende, quien opta nuevamente a la primera magistratura apoyado por todos los partidos de izquierda.

La noche anterior al acto eleccionario, el Cardenal Silva Henríquez, desde las pantallas de la televisión, hace un último llamado a la cordura. La verdad es que, en el apasionamiento de la lucha, sus llamados no han sido escuchados:

"Nuestro pueblo desea la paz y sabe que la paz es fruto de la justicia... Ese es el camino normal, el camino deseado por la casi totalidad de los chilenos. De esa abrumadora mayoría depende que el proceso electoral se oriente en esa sola dirección. A ellos les

corresponde hacer moralmente imposible el insulto torpe, la provocación inútil, la acusación irresponsable, la alarma ficticia e interesada, el rumor manipulado, la burla hiriente de los que no saben ganar, el rencor violento de los que no saben perder: armas bajas que nada tienen que hacer en un limpio pronunciamiento ciudadano. Chile no necesita, ningún candidato quiere, votos arrebatados con ellas; nadie quiere ser Presidente de un Chile desgarrado por el odio, cabeza de un cuerpo al que le han robado el alma. El alma nacional es demasiado preciosa. Alma entretrejida en mil sacrificios; alma de convivir respetuoso, realista, sensato; alma que en todo momento sabe, también, sonreír, esperar y perdonar...”.

Al día siguiente, 4 de septiembre de 1970, los cómputos dan la victoria del candidato socialista marxista, doctor Salvador Allende Gossens.

Chile da un salto en el vacío.

El Cardenal Silva Henríquez va a vivir en una etapa de grandes aspiraciones populares que pronto se marchitarán. El sistema democrático, ya debilitado, sufrirá su prueba de fuego.

El gobierno que recién termina no ha sido el gobierno de la Iglesia ni un gobierno católico, sino el de un Presidente católico, basado en un programa que se inspira en las enseñanzas sociales de la Iglesia. Es un gobierno que, aunque no quita adeptos a los partidos de izquierda, conquista a los más desamparados, a los que habitan los barrios periféricos, las poblaciones callampas, los campesinos, parte del mundo obrero.

El Presidente Frei está agradecido de la comprensión del Cardenal, de su apoyo moral, y al dejar el Palacio de la Moneda le dirige una carta el 2 de noviembre de 1970, que es una hermosa muestra de mutua amistad:

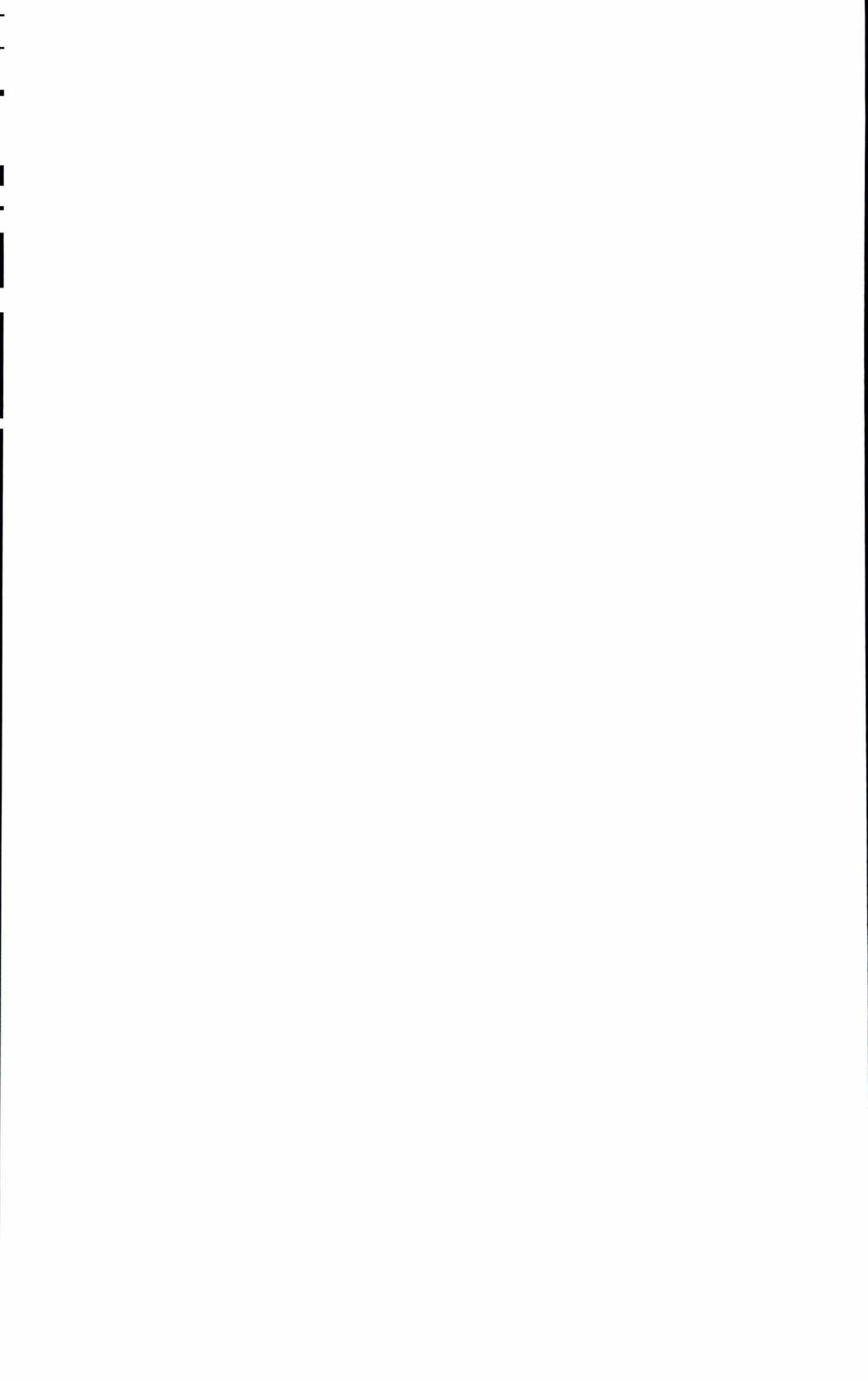
“Hoy es el último día que estaré en La Moneda y tal vez sea ésta la última carta que escriba en ella.

“El objeto es muy simple. Darle las gracias por su amistad inalterable, por el afecto de que me ha rodeado, por la confianza que ha tenido en mí, por la discreción maravillosa que ha demostrado y, sobre todo, por su permanente lección de hombría, de tranquilidad y de valor.”

Termina el Presidente Frei, gran conocedor de hombres, con una apreciación justiciera:

“Usted ha sido un gran Pastor. Con el tiempo se reconocerá su labor. Su prudencia en un momento tan difícil para Chile nunca será suficientemente apreciada.”

Los dos son muy emotivos. Es seguro que estas palabras han llegado al corazón del Cardenal.



CAPÍTULO SEXTO

**Difíciles días en un
gobierno premarxista**

(1970-1973)

Bajo el signo de la violencia

El lector podría pensar que el Cardenal Silva Henríquez exagera, en sus escritos de esa época, la nota de violencia en nuestro país. No hay tal. Es sólo la sensibilidad del Pastor, su amor a Chile, la lectura adecuada de los signos del tiempo precursorres de aún más violencia.

Unos días antes de los comicios presidenciales el prelado, conmovido por la muerte de dos estudiantes con motivo de sucesos policiales en Puente Alto, localidad vecina a Santiago, ha dicho palabras que estarán siempre vigentes:

“Grupos minoritarios pretenden imponerle a la inmensa mayoría de los chilenos un clima ficticio de hostilidad y atropello a las personas, de desconfianza mutua y hasta de terror. Aceptarlo significa destruir las bases mismas de nuestra convivencia ciudadana. Y que nadie piense en beneficiarse con esa destrucción, porque la violencia termina siempre volviéndose contra los que la usaron para destruir a otros”.

¡Palabras proféticas!

Del 4 de septiembre al 3 de noviembre de 1970 hay 60 días de incertidumbre y preocupación, porque si bien es cierto que Salvador Allende ha triunfado, sólo lo ha hecho con el 36,5% del electorado y según la Constitución la elección final corresponde al Congreso Pleno de Senadores y Diputados, de entre las dos primeras candidaturas, en este caso Allende y Alessandri. La tradición

indica que, en casos semejantes, el Congreso Pleno se incline por la primera mayoría relativa.

En estas condiciones, la Democracia Cristiana tiene en sus manos el voto decisivo, pero sus miembros sopesan la responsabilidad de elevar a la primera magistratura chilena a un marxista, a pesar de que asegura su amor por la democracia y sus deseos de servirla.

Sin embargo, es de la naturaleza de las cosas —ya bien probada desde la Revolución Rusa de 1917— que democracia y marxismo no pueden coexistir y que una vez el marxismo en el poder sobreviene un estado policial que hace muy difícil cualquier cambio.

Un estatuto de garantías, con las consiguientes modificaciones a la Constitución, aceptadas por Allende y la izquierda triunfante, permite disipar momentáneamente las aprensiones y todo está listo para la iniciación de la Presidencia del primer marxista elegido democráticamente.

Entonces sobreviene el asesinato del general Schneider.

Las fuerzas armadas están también divididas, como lo está la civilidad, respecto de la elección en el Congreso Pleno. El Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, es partidario de elegir a la primera mayoría relativa, es decir, al Dr. Allende. Esto le significa un intento de secuestro, con la intención de sublevar al ejército, que termina con su muerte.

La voz del Cardenal se levanta emocionada: *“La patria está de duelo: un gran soldado del Ejército de Chile ha muerto...”*. Es el día de sus funerales, el 26 de octubre de 1970, y el orador espera que esta sangre recién vertida haga reaccionar a sus compatriotas: *“Una nueva vida palpita en el corazón de la patria; una conciencia se ha hecho común y definitiva: el camino de la justicia no pasa por la violencia”*.

Son sus anhelos.

El Cardenal también confía en el estatuto especial de garantías aprobado por unanimidad en el Parlamento, es decir, con el voto del propio candidato triunfante, entonces Senador. Ahí se ha comprometido solemnemente, entre otras cosas, a reafirmar los derechos políticos de los ciudadanos y las libertades públicas, a prohibir la formación de grupos militarizados al margen de las fuerzas armadas, a asegurar la libertad de expresión. Es un respeto a la juridicidad democrática tradicional en Chile. ¿Qué más se puede exigir?

El propio Allende tiene un gesto que tranquiliza. A pesar de su calidad de ateo mantiene entre las ceremonias de la transmisión del mando presidencial una que ya es tradicional: el solemne Te Deum en la Catedral de Santiago. Esta vez será un acto ecuménico.

El Cardenal destaca esta decisión:

“Recién recibida la insignia del mando supremo de la nación ha querido el señor Presidente venir hasta este templo y participar en esta Acción de Gracias..., es un gesto que lo enaltece...”.

Pone enseguida el énfasis en todo lo que tiene de positivo este giro de la política chilena para el obrero y la solución de sus problemas más apremiantes. El Concilio Vaticano II ya ha destacado la preocupación que debe tener el cristiano de iniciar en la Tierra una meta de perfección y felicidad que luego se extenderá a la otra vida.

Estas son sus palabras:

“El Reino que esperamos comienza a construirse aquí, y uno de sus pilares es la justicia. Por eso es que en un acto netamente religioso, como el presente, no dudamos en hablar de una misión urgente que nos compromete a todos. A todos, sí: a los que han recibido un legítimo mandato del pueblo y a los que hemos recibido un auténtico mandato de Dios.”

Luego tiene inspiradas expresiones destinadas a recordar al líder revolucionario que las tradiciones también cuentan y que la patria no nace con él.

“Nosotros —todos— somos constructores de la obra más bella: la patria. La patria terrena que prefigura y prepara la patria sin frontera. Esa patria no comienza hoy, con nosotros; pero no puede crecer y fructificar sin nosotros. Por eso es que la recibimos con respeto, con gratitud, como una tarea hace muchos años comenzada, como un legado que nos enorgullece y compromete a la vez. Nuestra mirada hacia el pasado, próximo o remoto, quisiera ser más inquisitiva que condenatoria; más detectora de experiencias que enjuiciadora de omisiones; más de discípulo que aprende que de maestro que enseña. Recibimos la patria como un depósito sagrado y una tarea inacabada. Y la alegría que nos invade hoy es la propia de quienes se consagran a la obra más bella: seguir creando la patria.”

Los primeros años del Gobierno de Allende

Son años de esperanza popular. Son años de observación inquieta de los ciudadanos demócratas. Son de oportuno accionar por parte de la Iglesia chilena y de su Pastor.

Las relaciones personales del Cardenal comienzan bien. Se hacen las respectivas visitas protocolares. El Cardenal le obsequia una Biblia cuando tiene al Presidente en su casa. Hay sonrisas y el libro de los libros va a parar a la biblioteca del destacado socialista.

¿Hay problemas entre la Iglesia y el Gobierno en esa época? Es así, lo reconoce: *“Hubo problemas”* y agrega algo importante:

“Pero se solucionaron” y continúa contando a Raquel Correa de “El Mercurio” en abril de 1983: “El señor Allende lo dijo aquí en el comedor de esta casa: ‘Yo no he querido tocar a la Iglesia ni con el pétalo de una rosa’”. Son declaraciones al final del corto gobierno de medio período, de sólo tres años, luego de ocurrir muchas cosas y entrevistarse ambos en repetidas ocasiones. Continúa el prelado su relato a la señora Correa:

“(El Presidente) siempre se mostró dispuesto a dialogar y a encontrar una solución. El período más crítico fue el de la ENU (Escuela Nacional Unificada proyectada por el Gobierno), pero él aceptó la petición y la oposición de la Iglesia a ese proyecto y lo retiró. Gané la batalla —concluye— porque había comprensión de parte del Gobierno”.

Esa Navidad muchos, casi la mitad del país, tiene un corazón esperanzado. ¿Resultará esta revolución con “empanadas y vino tinto” que ha prometido el Presidente Allende?

El Cardenal dirige el acostumbrado mensaje cristiano, que esta vez pone énfasis en el pueblo y en la paz:

“Si hoy luchamos por los derechos de los pobres es porque Él, siendo rico, se hizo pobre. Si el clamor de justicia se hizo incallable, es porque Él se ha encarnado en todos los desposeídos de este mundo”.

Termina así:

“Convirtamos nuestras espadas de guerra en azadones, que preparen una tierra nueva. Aceptemos esta noche la invitación de Dios por boca del Profeta: ‘Pueblo mío en marcha; caminemos a la luz del Señor’”.

Y declara unos días después, en vísperas del Año Nuevo, por Radio Magallanes:

“Nuestra patria necesita una gran corriente de amistad. El mundo pide que los hombres volvamos a ser amigos”.

“Volver a ser amigos...” es un propósito cristiano que no puede dejarse en el papel y menos por un hombre activo como este democrático Príncipe de la Iglesia. La oportunidad se presenta el 1º de Mayo siguiente: el Día del Trabajo que conmemora a los mártires de Chicago. El prelado es invitado por la directiva de todos los sindicatos a la tribuna obrera que presidirá Allende. Él acepta y pide que se dé a conocer en la reunión una comunicación que dice:

“La Iglesia que represento es la Iglesia de Jesús, el hijo del carpintero. Así nació, y así la queremos siempre. Su mayor dolor es que la crean olvidada de su cuna, que estuvo y está entre los humildes.

“Con profundo respeto saludo en este día a los trabajadores. Sus manos continúan el trabajo sagrado de Dios Creador. Su fatiga se suma a la Cruz de Cristo. Su unidad solidaria cumple admirablemente la Ley del Señor, que es llevar unos la carga de los otros.”

Termina haciendo votos por que venga una sociedad en que nunca más el trabajo esté en contra del trabajador y hace un anuncio: se ha pedido al Papa Paulo VI la canonización del Padre jesuita Alberto Hurtado, apóstol de la justicia social y de la liberación de los oprimidos. Al acto asiste también una delegación de la Juventud Obrera Católica (JOC).

Por supuesto que su presencia entre los dirigentes de la Central Única de Trabajadores (CUT), con obreros de distinto signo, incluidos los marxistas, es muy criticada. A Cristo también se le acusó de visitar a los pecadores y de comer con ellos...

Unas semanas antes, a principios de abril, las elecciones municipales dan a la Unidad Popular una mayoría más grande que queda levemente bajo la mayoría absoluta: 49,23% de los votantes. De ahí para adelante el Gobierno se lanza en una campaña decidida a implantar todo su programa. El Presidente Allende había declarado la noche de su triunfo: *“No tenemos ningún propósito de venganza. Desde aquí declaro solemnemente que respetaré los derechos de todos los chilenos”*. Sin embargo, más adelante dirá que no se siente Presidente de todos los chilenos...

Con la seguridad que le ha dado el nuevo triunfo electoral se acelera la Reforma Agraria, con un manejo diferente al gobierno anterior, aplicándose en forma parcial, con olvido de uno de sus principales propósitos que es hacer propietarios. Aumentan las tomas ilegales de fundos y predios y no se respeta la pequeña propiedad. En los sindicatos aparece el sectarismo, comienzan las expropiaciones y nacionalizaciones y se ve poco a poco llegar el fantasma de la crisis económica.

Termina la euforia por la novedad, en un país siempre deseoso de experimentos políticos. Hay desconcierto en unos y confusión en otros, en especial en la juventud.

La Universidad Católica no escapa a los cambios rápidos que se están produciendo en la vida nacional, no repuestos todavía los estudiantes de los sucesos auspiciados por la Iglesia Joven, de la toma de la Catedral, de la ocupación de la Universidad misma. Ha comenzado el período de reformas y el gran canciller y Cardenal da sus orientaciones en el Claustro Pleno, especialmente convocado al efecto. Es el mes de mayo de 1971.

“No podemos aceptar —declara con voz entera— la afirmación de que ciertas Unidades Académicas de nuestra Universidad son de orientación marxista. No se trata de negar ninguna de las contribuciones importantes del marxismo al pensamiento contemporáneo, pero sí de precisar que humanismo cristiano y humanismo marxista no son idénticos.”

Posiblemente algunas mentes simplistas creyeron que el Cardenal, al sentarse unos días antes con dirigentes marxistas en la celebración del 1° de Mayo, había cedido en materia de principios...

Continúa el Pastor:

“En nombre de la libertad de la cultura y de la libertad de una fe que en nada menoscaba a aquélla, no debemos aceptar entre nosotros ideologías absolutistas que pretendan imponer una manera única de pensar o esquemas monolíticos que significarían la esterilización de la búsqueda universitaria... Aportes, sí, aceptamos; imposiciones que coarten la libertad, no; vengan de izquierda o de derecha o de donde quieran.”

La disertación del Cardenal Silva Henríquez, bajo el título de “El cristianismo ante la tarea universitaria de hoy”, termina con frases que dejan pensando a los alumnos y a aquellos chilenos sorprendidos por la velocidad con que se están sucediendo hechos imprevisibles hasta hace muy poco: el marxismo en la propia Universidad Católica, antesala de todos los fenómenos nacionales, delicado termómetro de cambios apenas perceptibles. Estas son sus palabras:

“Así como no podemos imponer por decreto un humanismo cristiano, tampoco podemos prohibir por decreto la marxización (en la medida en que ella signifique oposición al cristianismo) de nuestra Universidad. Aquí se trata de procesos vitales incontrolables desde arriba. Si fuera cierto que este peligro de marxización existe y crece —porque la mentalidad de ciertos grupos de nuestra Universidad es cada vez más marxista y menos cristiana—, no queda otro camino para contrarrestar esa corriente que robustecer la vitalidad de nuestro humanismo cristiano, fortaleciendo la vitalidad de la fe, de la esperanza y de la caridad que la animan.”

Vendrá un momento en que una mayoría de chilenos creará que esa lucha es desigual y apoyará la ya próxima revolución anti-marxista, tan violenta como el marxismo mismo.

Tenemos que matar el odio antes de que el odio mate el alma de Chile

Entonces asesinan a Pérez Zujovic.

El crimen del general Schneider tiene su continuación en el cometido contra Edmundo Pérez Zujovic, ex Ministro del Presidente Frei y ex Vicepresidente de la República. El 8 de junio de 1971, una ráfaga de ametralladora pone su rúbrica en la que será la era de la violación de los derechos humanos, y del principal de ellos, del derecho a la vida.

El Cardenal Silva Henríquez está emocionado y sus palabras despiertan las conciencias con su tono vehemente:

“Pocas veces hemos gustado tanta amargura —dice en las exequias celebradas en la Catedral—. La muerte es siempre amarga; también lo ha sido para el Hijo de Dios. El asesinato es más amargo, porque es la muerte del que muere y del que mata. Pero el crimen político desborda el cáliz de la amargura, porque es el triunfo del odio. Y el odio envenena y puede matar el alma de una sociedad.”

El Cardenal, ya lo hemos ido conociendo, no está nunca más cerca de la verdad que cuando algo lo remece fuertemente en sus sentimientos. Quizás no sea ésta, exactamente, una norma salesiana... Él lo sabe y más de una vez a lo largo de su vida se disculpa por el desborde de sentimientos hasta las lágrimas, con una humildad que le es muy sincera.

¿Entendió Chile, entendimos los chilenos, cuando él nos advirtió con el alma adolorida que “el crimen político puede matar el alma de una sociedad”?

Prosigue el Cardenal, recordando el crimen de Schneider:

“Dos veces, dos hombres: ¡Ya es demasiado! ¡Tenemos que matar el odio, antes de que envenene y mate el alma de nuestro Chile!”

“Vemos levantarse ante nosotros, terrible y trágico, el fantasma de las luchas fratricidas.”

“Hermanos: todo se puede ganar con la paz. Todo lo que más amamos se destruirá ciertamente con el odio.”

Pocas veces ejerce el Pastor con más clarividencia el don de la profecía. Pocas veces resuena tan fuerte en el alto murallón de los Andes el grito desconsolado del padre que ve tan claramente la estéril muerte de sus hijos en una larga secuela de crímenes políticos que se inicia.

El Presidente Allende ha sido sobrepasado con este crimen y la policía no cesa en la búsqueda de los culpables hasta dar con ellos: pertenecen a grupos de extrema izquierda y la violencia de sus procedimientos no ayudará a los elementos más tranquilos del nuevo régimen.

Dos semanas antes, en su discurso al Congreso Nacional del 21 de Mayo, Allende ha pronunciado palabras prudentes que nada tienen que ver con los procedimientos violentistas de los grupos armados del MIR y de la VOP. Ha asegurado que su revolución será *“con el menor costo social que sea posible..., sin compulsiones físicas innecesarias, sin desorden institucional, sin desorganizar la producción”*.

El año 1971 termina con la visita de Fidel Castro a Chile, quien tiene larga reunión en la Embajada de Cuba con sacerdotes del grupo “Cristianos para el Socialismo” o “Los Ochenta”. Luego visita al Cardenal Silva Henríquez en los salones del Arzobispado. Es indudable que la presencia de Castro alienta los entusiasmos políticos de izquierda de cierto clero. La visita ha sido solicitada expresamente por el líder cubano. El Cardenal acepta por principio, pero también con la intención de favorecer a la Iglesia cubana con la petición de introducir en la isla 10.000 biblias católicas.

La Santa Sede sugirió la idea y el Papa Paulo VI cooperó con una alta suma para la adquisición de los textos.

La entrevista del prelado con Castro se desarrolla en un ambiente de franqueza y, al terminar, el Cardenal le pregunta si aceptaría como regalo una Biblia. El Primer Ministro contesta con énfasis que sí y le asegura que la leerá. Castro sale con ella bajo el brazo, diciéndole: *“Me servirá para recordar muchas cosas”*.

Esta audiencia con Fidel Castro le trae al Cardenal las críticas previstas. Pero él está y seguirá estando abierto al diálogo. ¿Acaso el Papa no recibió en el Vaticano al yerno de Nikita Khrushchev?

Llega el verano de 1972 y una nueva prueba espera al Cardenal chileno: un grupo de sacerdotes, monjas y laicos, del mencionado sector socialista que se hace llamar “Cristianos para el Socialismo”, organizan un encuentro de carácter latinoamericano y lo invitan a participar en las deliberaciones.

Uno se pregunta: si la Iglesia chilena no hubiera estado guiada en esos días por una persona de gran firmeza de convicciones, de flexibilidad en el trato, de habilidad para negociar con los impacientes, con quienes, según el prelado, no gustan de andar con un acelerador y un freno, sino con dos aceleradores..., ¿no se habría producido un cisma?

El Cardenal contesta al jesuita Gonzalo Arroyo, que hace de líder del grupo, y declina tomar parte en la reunión. Es una larga carta que lleva fecha 3 de marzo de 1972, en la que hace una serie

de observaciones del más alto interés acerca de las inquietudes sociales y políticas que vive Chile:

“Yo creo que ustedes hacen una caricatura del Cristianismo, lo jibarizan, es decir, lo reducen a un sistema socioeconómico y político. Y le hacen perder sus grandes valores religiosos. Yo no puedo prestarme a esto, no puedo patrocinar una reunión de sacerdotes que, con inmensa buena voluntad, pretenden esto.”

Opinión rotunda que prosigue con otro razonamiento fundamental:

“No comparto en absoluto la idea de escoger el marxismo como única solución para los problemas de nuestra América. Si bien es cierto que en la acción por liberar a nuestros pueblos puede haber muchos puntos de contacto con los marxistas, creo que es indispensable que los cristianos no renuncien a su cristianismo y aporten los valores espirituales que éste tiene, a esta lucha de liberación para conseguir que el resultado sea realmente el que se espera”.

En el fragor de la contienda, ¿cuántos críticos del Cardenal Silva, que lo acusan de promarxista, habrán leído esa declaración?

“He llegado a la convicción de que ustedes harán una reunión política, con el deseo de lanzar a la Iglesia y a los cristianos en la lucha en pro del marxismo y de la revolución marxista en América Latina.”

Y al Padre Arroyo y a su Orden Jesuita, un reproche especial:

“No puedo negarle que me siento un tanto escandalizado. Quiero decírselo con toda franqueza. Me parece que su acción es destructora de la Iglesia. Lo que más me llama la atención no es tanto que usted tenga

estas ideas, porque todos nosotros podemos equivocarnos, pero un instituto como el suyo, que tiene una cantidad de hombres de gran formación y de conocimiento profundo del pensamiento cristiano, me parece que no debería permitir una acción pública de trascendencia innegable para la Iglesia Católica, sin que mediara un estudio profundo y una aprobación de esta acción y de las doctrinas en que se funda. Si su Instituto no es capaz de guiar la acción de sus miembros en pro de la Iglesia, creo que ha traicionado los fundamentos más profundos de su propia institución.”

El Cardenal demuestra, en esta ocasión, una cólera apenas disimulada por las obligaciones de su alto cargo, que trata de atenuar pidiendo a Arroyo le perdone su sinceridad. Luego parte a Roma. A su regreso, a principios de abril, ya más tranquilo, contesta otra carta del Padre Arroyo y amigos, cuyos términos le parecen más positivos. Rechaza, eso sí, cargos que se le hacen de “no querer la liberación de los pueblos de América Latina” y termina con unas palabras de esperanza: *“Creo en la buena fe de muchos de ustedes. Pido a Dios que los temores que fundamentalmente me asaltan sobre el resultado del Encuentro no se verifiquen”*. Los Cristianos para el Socialismo hacen la reunión de todas maneras, del 23 al 30 de abril de 1972, con delegaciones de 26 países y una concurrencia de más de 300 delegados, entre ellos un obispo, Monseñor Méndez Arceo, de México, y sacerdotes de América Latina, Europa y Estados Unidos. Declaran que *“el socialismo es la única alternativa aceptable para la superación de la sociedad clasista”* y que se requiere *“una práctica revolucionaria del proletariado”*. Ante una solicitud de audiencia, el Cardenal recibe a una delegación de participantes y, al comenzar la reunión, aclara que ésta se desarrolla al margen de la autoridad eclesiástica; se excusa de asistir a ella y repite: *“Nosotros no queremos ir a un Encuentro que pudiera comprometer a la Iglesia”*.

Todas estas preocupaciones le producen una molestia al corazón —un preinfarto— que afortunadamente no tiene graves consecuencias.

Mientras el prelado lucha por evitar que las ovejas de su aprisco tomen senderos equivocados, su prestigio internacional hace que los cristianos de Holanda le soliciten un mensaje, que él envía bajo el nombre de “Carta abierta”. Se lee en la Iglesia Kloosterkerk de La Haya, en abril de ese año. El ministro protestante le escribe luego a Santiago y le cuenta:

“Le agradecemos por su carta y debemos decirle que el contenido de la misma avergonzó a muchos entre nosotros. Su Eminencia nos ha confrontado con la realidad del contraste doloroso entre los países ricos y pobres, mucho más de lo que sabíamos”.

El Pastor Sr. M.L.W. Schoch pasa inmediatamente a la acción y le ofrece el 2% del presupuesto disponible que poseen para un fondo especial. Le agrega, eso sí, que saben de la desigual distribución de la riqueza en América Latina, incluido Chile. Le pregunta, también, si no cree que la Iglesia Católica debería regular los nacimientos en casos de pobreza.

En su respuesta, el Cardenal Silva Henríquez indica la preocupación de Roma, concretamente desde el Concilio Vaticano II, en materia de “paternidad responsable”, y le da enseguida una definición respecto de los problemas que afligen a la Humanidad: *“Creo que el desarrollo es el nuevo nombre de la paz y creo que el egoísmo es el nuevo nombre de la guerra y de la destrucción de la Humanidad”.*

La carta abierta que ha hecho “avergonzar” a los cristianos holandeses ha sido escrita mientras Santiago se prepara para recibir a los delegados a la reunión UNCTAD III y constituye uno de los documentos cardenalicios más sentidos y más vibrantes de su copiosa obra.

La escribe en Cuaresma, en tiempos de mortificación y ayuno.

“Hay algunos —la inicia— que deben y pueden ayunar, porque tienen mucho o poco... Hay otros, son los más, en que el llamado al ayuno suena a cruel ironía: ¿cómo podrían privarse, algunas veces, de alimento superfluo, cuando todas las veces falta el pan necesario para sobrellevar el día? Estos pueblos no pueden ayunar, libremente, en Cuaresma; ayunan forzosamente el año entero”.

Él se pregunta qué hacen los cristianos de los países ricos para ayudar en su hambre, en sus necesidades, a los más pobres, y concluye que en el fondo no los conocen. Su párrafo es patético:

“No nos conocen, no saben el drama de nuestros hacinamientos humanos, con su cortejo de insalubridad, promiscuidad, atenuación y pérdida del sentido moral. No sospechan el proceso de acumulada frustración, que deviene resentimiento y rencor, y desemboca en el odio y la violencia, cuando se ve que tantos tienen tan poco y que los individuos y los países ricos se hacen siempre más ricos, mientras los pobres siguen siendo, cada día, más pobres. No reparan en el desconcierto, primero, y la indignación, después, que suscita en los países subdesarrollados el constatar cómo sus productos básicos se exportan a precios muy bajos, sujetos a las variaciones de un mercado donde ellos no pueden influir, mientras deben importar productos manufacturados de precio siempre en alza, y sufrir aranceles discriminatorios, y pagar tasas de interés, amortizaciones, fletes y seguros que los condenan al endeudamiento progresivo y a la más irritante subdependencia económico-política.”

Allende le escribe para felicitarlo por esas “palabras tan llenas de verdad y profundas en contenido”. Millones de cristianos

del Viejo Mundo reflexionan: “La civilización amenaza condenar a unos al subdesarrollo material y a todos al subdesarrollo moral”.

El 16 de abril de 1972, al inaugurarse en el hoy Edificio Portales la magna asamblea UNCTAD III, el Cardenal da a la publicidad un mensaje especial.

¿Cuántas veces hemos propuesto la paz?

Allende ha querido —para comenzar— una revolución en relativa libertad. Como su movimiento sigue siendo minoría, avanza lento; aunque los partidarios actúan como si ya tuvieran el control del país, cuya mayoría está cada vez más dispuesta a oponerse, porque tiene conciencia de que no todo está perdido.

En septiembre y octubre de 1972, huelgas de camioneros y manifestaciones femeninas son signos de rebelión. Hay anarquía, sectarismo, irresponsabilidad, mercado negro, violencia, sobre todo violencia. El Cardenal Silva Henríquez, más y más preocupado, multiplica sus advertencias, sus llamados a la sensatez, sus ruegos... La gente oye cada vez menos:

“El apocalíptico fantasma de la guerra entre hermanos aparece, inquietante, a nuestro atribulado espíritu, llenando de dolor y congoja nuestra alma de Pastor. ¿Será esto sólo una miedosa aprensión?”.

A las preocupaciones de la mayoría democrática se agrega ahora un asunto demasiado importante para dejarlo pasar: el de la reestructuración de la educación en Chile, el de su paulatina estatización.

Su figura se multiplica en las pantallas de todo Chile. Está cansado; muchos piensan que este varón, en el filo de los 65 años, ha envejecido.

Insiste e insistirá en su tema:

“La violencia no es el único ni el mejor camino. Ni siquiera es un camino. La violencia liquida las libertades, suscita odios y rencor de venganza, impide las participaciones del pueblo o las desnaturaliza. Nuestro pueblo chileno no ama la violencia y no cree en ella.”

Luego parte otra vez, con el corazón apretado, a Roma; acongojado, como él dice. No dura mucho su ausencia y adelanta el regreso a la patria. En una entrevista que le hace el diario “La Tercera”, a fines de octubre, pide a los chilenos que respeten a la autoridad legítima, “a los tres poderes del Estado”, precisa. Como complemento debe respetarse la verdad, la libre opinión y el derecho a informarse. Y, por supuesto, debe respetarse a la persona humana. Si la guerra acaba de terminar en Vietnam, ¿cómo no puede lograrse la paz entre hermanos de religión, de raza y con un destino común?, se pregunta.

Al día siguiente de pronunciadas estas palabras, el 30 de octubre, el gobierno decreta la democratización del sistema educacional chileno. Es un rudo golpe a las esperanzas de paz de la Iglesia y la situación de descontento llega a niveles no conocidos antes. En el peor momento, sin embargo, surge una solución: las fuerzas armadas aceptan ingresar al gobierno con varios ministros y la tensión baja. Es el mes de noviembre de 1972; el país podrá pasar unos meses tranquilo y los chilenos tratan de olvidar sus males haciendo uso de sus vacaciones de verano, aunque la falta de dinero los obliga a restringir al máximo sus gastos.

No puede negarse que Chile es un barco que navega aguas tempestuosas y que los momentos de bonanza son cada vez más cortos. Estas alternativas guardan relación con la propia situación del Presidente Allende quien, a los dos años de gobierno, sigue sufriendo toda clase de presiones de sus partidarios más exaltados.

Los ánimos tampoco se han calmado entre los cristianos de avanzada, pero su actividad produce menos sobresalto entre los fieles. Es por eso que el interés disminuye ante la asamblea nacional anual de los "Cristianos para el socialismo", celebrada a fines de noviembre de ese año. Como también, en febrero siguiente, al organizarse en el Teatro Municipal un homenaje a Camilo Torres, el sacerdote guerrillero colombiano; y ya nadie se sorprende de ver al senador comunista Volodia Teitelboim escribir desde el burgués diario "La Tercera".

Es que vienen las elecciones parlamentarias de marzo de 1973 y todos saben que, si el gobierno de la Unidad Popular obtiene mayoría absoluta, su ímpetu romperá el dique que, a duras penas, contiene las aguas.

El 49,23% de los sufragios obtenidos en abril de 1971, en las elecciones municipales, no sube, sino que baja al 43,98% ese mes de marzo. Esto da nuevas fuerzas a la oposición, que toma como bandera de combate la lucha contra la Escuela Nacional Unificada (ENU).

Este punto de la libertad de educación es —y se comprende— de real importancia para la Iglesia y en ese mismo mes de abril el Episcopado da a conocer un documento bajo el título de "El momento actual de la educación en Chile", por el que se manifiesta contrario a la intromisión de ciertas concepciones ideológicas en la enseñanza, ya que se pretende interferir en los derechos de la familia sobre la educación de los hijos. Es natural la preocupación contra todo estatismo exagerado y el recuerdo de esos días de lucha llevará, en el gobierno siguiente, a ensayar la total privatización de la educación, su entrega a organismos que nada tienen que ver con ella, o, de manera indiscriminada, a las municipalidades, cayendo así en el defecto contrario. Y produciendo malestares graves, como los que se trataba de evitar.

Esta batalla contra la ENU se realiza en condiciones económicas lamentables. Las Fuerzas Armadas exigen cambios en materia económica y, como Allende no lo acepta, se retiran de los ministerios.

La guerra civil es una confesión de fracaso

Los acontecimientos se precipitan y algunos anuncian como única salida de la situación una guerra civil.

El Cardenal Silva Henríquez se ha anticipado a decir en febrero, a la revista "Ercilla":

"La guerra civil es una confesión de fracaso y un signo de descomposición. Para llegar al horror de una guerra entre hermanos es preciso que la irracionalidad domine a los dirigentes, que las mayorías populares sean inertes, o inconscientes, que la substancia moral de un pueblo esté quebrada. Una nación que se deja arrastrar al suicidio —porque matar al hermano es matarse a sí mismo— muestra con eso que ha fracasado en su vocación, traicionando su destino, da su alma."

El Cardenal insiste en que ésa no es la solución:

"Me resulta imposible imaginar siquiera que ésa sea la situación de Chile. Creo demasiado en la robustez espiritual de nuestro pueblo y en la conciencia de sus dirigentes, como para presagiar el espectro de una guerra en la que nadie vencería y se desangraría el alma de una nación."

El Cardenal no se amarga tan fácilmente; esos días de 1973 parecen, sin embargo, sin una salida racional. Lo dice en las ceremonias del Viernes Santo, en abril, mientras el otoño avanza:

"Miles y miles de chilenos recorren las calles de la patria..., y también ellos caminan amargados, una inseguridad radical oprime no sólo sus cuerpos, sino también sus almas... Viven descorazonados, desilusionados y pesimistas. Ante la avalancha de odio y de violencia que parece invadir nuestra patria, el porvenir se ve oscuro y doloroso..."

Toda esta etapa del Cardenal Silva Henríquez es de enorme preocupación y no será la única en su vida. Pareciera que Dios lo escogió, por sus condiciones de carácter, para presidir la Iglesia chilena en los tiempos más difíciles y sobresaltados de su historia.

Podría también parecer que, en esos días aciagos, él abandona tantos otros problemas urgentes de la Arquidiócesis por la mediación que está ejerciendo en la vida pública chilena. Y no es así. Ahí está su actividad conciliadora y comprensiva de Padre de los sacerdotes que se ilusionan con la política y abandonan o distorsionan su fundamental trabajo pastoral; su puesta en movimiento de la división moderna y funcional de la Arquidiócesis, tan poblada, y del trabajo eficiente de sus vicarios; del ensayo frustrante de un Seminario dividido en pequeños grupos de seminaristas y profesores que, si bien es cierto viven junto a los problemas de los cristianos, lo hacen separados entre ellos y sin gozar de esa unidad física que da fuerzas y se mantiene mejor bajo el alero de un núcleo central de formadores, preparados y bajo una misma orientación.

Poco antes ha escrito a un amigo:

“En materia de Seminario hemos tenido muchas y largas discusiones..., hemos llegado a un entendimiento que a mí me parece más una tregua que una paz definitiva. Estoy muy triste y preocupado por esta situación...”

Recordando esos días, el Cardenal dice:

“Yo no era partidario de dispersar el Seminario en pequeñas comunidades. Trataba de salvar los principios fundamentales y de que todo se hiciera en paz. Un grupo se estableció en la calle Dieciocho, cerca de la Iglesia de San Lázaro. Otro en Bernal del Mercado.”

En abril de 1969 había precisado esta misma situación al Canal 9 de Televisión:

“El Concilio Vaticano II ha pedido que los pastores se formen más en contacto con la vida, con la realidad que van a vivir, que no les sorprendan las situaciones en que se van a encontrar en el día de mañana...”

Hay mucha agitación en desmedro de las vocaciones y pronto los cien seminaristas se transforman en sólo sesenta. El clero nuevo ya no va a perfeccionarse a Roma sino a París y varios estudiantes y sacerdotes jóvenes chilenos han participado en las barricadas de la Ciudad Luz, en mayo de 1968; otros corren riesgos o sencillamente sucumben espiritualmente en esa heterogénea metrópolis.

Los tiempos siguen confusos.

En junio de 1973 el Cardenal parte a Europa. Tiene un compromiso en España, en Toledo, para dialogar sobre la Pastoral de Liberación. Sus palabras constituyen nuevamente un ejemplo lúcido de análisis de la situación chilena. Deja de lado la discusión doctrinaria. No habla como teólogo sino como pastor y narra “la experiencia de una Iglesia en América Latina, de la Iglesia chilena” en un momento en que el país se encuentra frente a un intento de cambio de estructuras, dirigido por corrientes política marxistas.

Su análisis, a modo de conversación, es descarnado: no deja pasar debilidades de los últimos gobiernos chilenos. El de la Democracia Cristiana le parece haber sido “un tanto paternalista”. Al de la Unidad Popular lo cataloga de “extraordinariamente ineficaz”, que ha llevado al país “al descalabro más grande de su historia”.

Luego precisa:

“Estamos en un diálogo con un gobierno que es marxista, que es ateo, pero que hasta este momento no ha sido contrario a la Iglesia. Esta es la verdad, la Iglesia tampoco quiere ser contraria al gobierno.”

Reconoce que el proyecto de la ENU, Escuela Nacional Unificada, copiado de Alemania Oriental, es un problema que se solucionó luego de una franca conversación con Allende, que resume así:

Cardenal: *“Presidente, yo siento, yo lamento mucho decirle que nosotros consideramos que este programa, como está elaborado, hiere derechos de la persona humana que nosotros defendemos y grandes valores cristianos”.*

Presidente: *“Si es así, señor Cardenal, yo retiro este programa y quiero que se haga un programa nuevo. Yo considero esto desafortunado y lo que quiero es que se haga un programa nuevo”.*

En esos días, Allende sabe que un paso en falso puede serle fatal y que la Iglesia Católica es demasiado poderosa para tratarla mal. Es la opinión de otro partido de gobierno, el comunista, y el Cardenal cuenta a sus auditores españoles que pocos días antes de su viaje le visitaron dirigentes marxistas para pedir su intervención y evitar así la guerra civil. *“¿Por qué la temen?”* —se pregunta—. *“¿Porque no están seguros de ganarla?”.*

Se lamenta el Cardenal de la falta de un clero chileno, cuya ausencia debe ser reemplazada por clero extranjero, desconocedor, en profundidad, de las realidades nacionales; es en el clero extranjero donde se recluta la mayoría del grupo “Cristianos para el Socialismo”.

De su larga intervención de Toledo, que será criticada por su espontaneidad, debería recordarse, ciertamente, una frase final de sometimiento anticipado a la voluntad de Dios en lo relativo al incierto futuro chileno:

“Sin saber qué es lo que va a pasar, sin embargo la Iglesia está consciente de cuál es su papel; tiene muy clara conciencia y muy claro el camino que debe recorrer. Está dispuesta a contar con cualquier realidad. Esperamos, con la gracia del Señor, si llegan a sucedernos cosas tristes, el saberlas soportar. A nadie

le gusta, evidentemente, sufrir persecuciones; esperamos en Dios sabernos comportar como cristianos y como nos han enseñado nuestros padres, si tal cosa sucediera.”

Una hora dramática para Chile

El Cardenal regresa precipitadamente de Europa. Estamos a comienzos de julio de 1973 y de ahí para adelante los sucesos tomarán la velocidad de un filme que se ha salido del carrete, de movimientos sobresaltados y borrosas imágenes, como en una pesadilla.

El 27 de junio, el comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats, se ve envuelto en un enojoso incidente y esto prende la chispa de las recriminaciones al más alto nivel institucional.

El 29 se subleva el Regimiento de Blindados N° 2 y sus fracasados movimientos frente al Palacio de La Moneda tienen un significado que entonces se capta a medias, como ejercicio preparatorio.

Unos días antes, la Comisión Episcopal ha advertido:

“Todos tenemos culpa y tenemos pecado. Pecamos por acción y mucho más por omisión. Hay cobardías. Hay silencios culpables... Parece un país azotado por la guerra.”

A ese Chile en guerra abiertamente declarada llega el Cardenal y tiene un gesto que, entonces, significa el último rayo de esperanza: propiciar un diálogo entre el gobierno y el principal partido opositor, la Democracia Cristiana. Es un proyecto que desde hace unas semanas se trata poner en marcha, pero hay negativas de parte de los partidos Socialista y Comunista y reticencia de algunas figuras de la Democracia Cristiana.

El prelado recurre a la Virgen, a María, y obtiene la ayuda pedida.

El 16 de julio, fiesta tradicional del Carmen, lee en las ceremonias religiosas de Maipú su documento “La Paz de Chile tiene un precio”. Las relaciones Democracia Cristiana-Allende están en su grado más bajo. El presidente de ese partido, Senador Patricio Aylwin, acaba de declarar que la institucionalidad democrática está quebrantada y que Salvador Allende no cumplió con el Estatuto de Garantías.

El Presidente Constitucional le contesta secamente que esta afirmación es una “insolencia”.

¿Qué pide, en esos momentos, el Cardenal Silva Henríquez? Un diálogo, una tregua, “un gran consenso nacional para lograr la paz”. “*La paz de Chile tiene un precio —dice—, necesita que todos cambiemos de actitud*”. Su voz tiene tonos de enorme sinceridad y dramatismo:

“Hablamos en una hora dramática para Chile. Lo hacemos por ser fieles a Cristo y a nuestra patria... No representamos ninguna posición política, ningún interés de grupo, sólo nos mueve el bienestar de Chile y tratar de impedir que se pisotee la sangre de Chile en una guerra fratricida.”

En esa oportunidad, el Cardenal declara como “Día de Oración por la Paz de Chile” el domingo siguiente, 22 de julio.

Entretanto, el llamado del prelado ha caído bien, en general, aunque queda todavía mucho para poder concretarlo. Luis Corvalán, líder del Partido Comunista, le escribe para manifestarle que ellos están dispuestos a hacer todos los esfuerzos a su alcance para evitar una guerra civil.

El 23 de julio visita al Presidente Allende en La Moneda y puede apreciar que aún son fuertes quienes impiden el diálogo. El Presidente, en cambio, ya tomó una decisión y le anuncia que al día siguiente hablará por cadena nacional de radio y televisión. El Cardenal responde a los periodistas: “*Conversamos como buenos*

amigos, deseando que mejore la situación de nuestra tierra". El discurso de Allende da las seguridades que la Democracia Cristiana ha estado pidiendo y en otra intervención del 26 del mismo mes, en la Central Única de Trabajadores (CUT), se manifiesta dispuesto al diálogo. La Virgen del Carmen ha hecho su trabajo.

El lunes 30 y el martes 31 de julio tienen lugar en los salones de La Moneda las esperadas reuniones Allende-Aylwin. Tres días antes, como un medio, quizás, de entorpecer este sincero esfuerzo de paz para Chile, cae herido de muerte el edecán del Presidente, oficial de la Armada, Arturo Araya. ¿Por quiénes?

En vísperas de esas reuniones intercambian cartas el Cardenal y el Senador Aylwin. Allí queda constancia de que la Democracia Cristiana acogió oportunamente el llamado a diálogo, a pesar de "legítimos sentimientos de duda y recelo".

La opinión pública sufre luego un penoso desencanto al saber que el contacto fracasa y el gobierno no ve otra posibilidad de mantenerse que obtener de las Fuerzas Armadas la entrada de sus comandantes en jefe al Gabinete de Ministros, lo que ocurre a principio de agosto.

El Cardenal alienta esperanzas, contra todo pronóstico, y a solicitud de Allende le pide a Patricio Aylwin considere otra reunión, esta vez en la residencia cardenalicia, para mayor tranquilidad y, asimismo, para no despertar falsas expectativas.

El Presidente de la Democracia Cristiana duda acerca de su participación en reuniones secretas, sin conocimiento de los otros jefes de partidos opositores. Con todo desea hacer un último esfuerzo y acepta. Después dirá: *"De no haberlo hecho habría quedado con un peso sobre mi conciencia"*.

Los tres cenan en la noche del 17 de agosto de 1973. Ninguno adivina que lo hacen juntos por última vez. En veinticinco días más Allende estará muerto. Recuerda Patricio Aylwin, según versión de Román Alegría:

“La conversación fue cordial y una cosa curiosa: Salvador Allende, en un momento dado, dijo con cierto orgullo: ‘Esto sólo ocurre en Chile. Un Presidente masón y marxista se junta con el jefe de la oposición en casa de un Cardenal...’ ”.

Después de la comida continúa la conversación en el escritorio, entre tacitas de café y unos tragos de whisky.

Esa noche Allende aparenta confianza en sí mismo y cree que maneja la situación. Hace unas horas ha culminado el alejamiento del gobierno del comandante en jefe de la Fuerza Aérea de Chile, general César Ruiz Danyeau. Sin embargo todo lo que se acuerda respecto de problemas agudos y sin solución que paralizan al país, y que él ordena llevar adelante, no es cumplido por los mandos medios.

¿Qué más puede hacer el Cardenal Silva Henríquez para detener el drama que se avecina?

En los días restantes de ese mes, varias declaraciones ponen de manifiesto que la crisis no tiene salida pacífica, luego de esfuerzos considerables para superarla. El presidente del Senado, Eduardo Frei, declara que el país no puede vivir de consignas cuando su estructura se deshace, lo que se entiende mejor al saberse que el costo de vida ha alcanzado un 323% en los últimos doce meses. La Cámara de Diputados aprueba un proyecto, el 22 de agosto, por 81 votos contra 47, que acusa al gobierno de “grave quebrantamiento del orden constitucional y legal de la República”. El Colegio de Abogados expresa una semana después que “los impedimentos de S.E. son tales que debe llamarse a una elección”.

El país está paralizado en vista de las numerosas huelgas indefinidas, siendo la de los camioneros una de la más importantes. Se recurre al Cardenal como mediador, pero él se excusa en vista de que el caso requiere “gestiones políticas contingentes”, en las que no puede entrar por propia iniciativa.

Cuando uno lee los diarios de la época cuesta entender el grado de intransigencia que impide la solución de los problemas de todo orden que dividen a Chile. En el estado de diaria desmoralización en que se vive ha aparecido una secuela de atentados criminales, desconocidos en Chile. Así hace su entrada en nuestro país el terrorismo, flagelo que nos habitará por años. El prelado advierte con angustia:

“El terrorismo es una de las formas más innobles y crueles de violencia... Es un crimen que, de no ser rápidamente contenido, amenaza ir desangrando el cuerpo y el alma nacionales.”

La última entrevista que concede el Cardenal sobre la situación es para “Chile Hoy”. Su fecha: 10 de septiembre 1973. Aunque, por razones obvias, no se alcanza a publicar, vale la pena “resucitar” uno de sus párrafos que explica muy bien algo que seguramente la historia tomará en cuenta: el país está enfermo no de una enfermedad súbita, sino que ha llegado a un estado comatoso, luego de males que se arrastran desde hace tiempo y que ahora sólo culminan. Estas son la pregunta y su respuesta:

“¿Cuál es, a su juicio, la cuestión central en debate actualmente en Chile?”

“El núcleo central de lo que en Chile se está debatiendo es decidir cómo se encauza, dentro de los márgenes de la democracia y de la convivencia nacional, sin intransigencias inútiles ni diferencias odiosas, el dolor de miles y miles de hermanos nuestros que recorren las calles de Chile sin meta y sin destino: los pobres, los desamparados, los débiles. Y es un dolor y un sufrimiento de todo pobre, y no sólo del grupo ‘escogido’ por algunos. Ayer y hoy, por estructuras antiguas y por estructuras recientes, carecen de pan y de techo, de salud y cultura; sus palabras son palabras huecas, están ausentes de toda

responsabilidad en la comunidad. Son, ayer y hoy, sólo piezas de un sistema, engranajes de una máquina, destinados a producir bienes para otros, que ellos nunca gozarán o porque un grupo acaparaba ayer el fruto de su trabajo, o porque una estructura anónima, hoy día, diluye su capacidad creadora...”.

En la mañana del 11 de septiembre se produce el golpe Militar que derriba, con más facilidad de la prevista, al gobierno constitucional del Presidente Salvador Allende. Las Fuerzas Armadas han resistido mucho tiempo la presión de elementos civiles que las urgen a intervenir. Sólo lo hacen cuando se dan cuenta de que no hay otra salida posible a la anarquía creciente y se convencen de que el gobierno trata por todos los medios de llevar al país al marxismo.

El 10 de septiembre el Cardenal está en la costa, Punta de Tralca, y vuelve esa noche a Santiago. A la mañana siguiente el Cardenal, terminada su Misa en la residencia, se ha recogido en un momento de acción de gracias, cuando la monjita encargada del arreglo de la capilla se acerca excitada al secretario del prelado, presbítero Luis Antonio Díaz, y le dice: “*Se armó la revolución*”. “¿Cómo? ¿Quién dice eso?”, le pregunta. “Es un recado urgente de Monseñor Santos; están botando a los UP...”.

Ambos se acercan a un aparato de radio y mientras suceden los comunicados y las declaraciones —incluso las del Presidente Allende—, una curiosa sensación de “esto no puede ser” les embarga. Luego, el Cardenal se va a sus aposentos privados y así transcurre la mañana, en profunda meditación, preocupado y rezando por un futuro incierto.

No puede negarse que la Iglesia, que los obispos, en su mayoría, han mirado en un comienzo el gobierno de Allende con una cierta esperanza, aun con una cierta simpatía por su deseo de favorecer a los más pobres y continuar con los cambios sociales y estructurales en el país, tímidamente iniciados en 1920 por

el Presidente Arturo Alessandri y continuados, con diversas alternativas, en 1938 por el Presidente Aguirre Cerda y luego por el presidente Frei. Pero a poco andar todo se ha desvirtuado, se ha desquiciado la economía y ha surgido la lucha entre los obreros promarxistas y los contrarios al marxismo. El desquiciamiento se ha propagado rápidamente a los campos político y moral y el Presidente Allende, sobrepasado, no ha podido reaccionar ni siquiera con la ayuda de representantes de las Fuerzas Armadas llamadas a diversos ministerios.

Aunque hace tiempo que el Cardenal ha disminuido su esperanza de arreglo acordado, no ha cejado en su afán de ayuda, y sus gestiones para lograr el diálogo en los meses de julio y agosto así lo demuestran. Pero ya no ve el objeto de seguir exponiéndose a interpretaciones erradas, tanto para él como para la Iglesia, por actitudes de quienes hablan de pacificación y en la práctica arrastran al país entero a la lucha fratricida.

En este contexto es útil recordar un párrafo de la carta que suscribiera el 1º de Mayo de 1973 a la Juventud Obrera Católica, para explicarles por qué no asistirá, como otros años, a la celebración pública del Día del Trabajo a invitación de la CUT:

“En años anteriores lo he hecho y lo habría seguido haciendo, porque con el gesto de mi presencia en la concentración quería significar mi respeto a las personas de los trabajadores, y mi respaldo a los intereses colectivos de la clase obrera, en su lucha por una mayor dignidad, por respeto a sus derechos y por la justicia que involucra su deseo de participar como gestores en la conducción de sus empresas y en la vida del país.”

“Este año no lo haré. Contemplo con angustia, tal vez la misma de ustedes, la división que se ha creado en el corazón del mundo obrero, lleno de injurias y de odios, donde son lanzados obreros contra obreros. Esto no lo puedo aceptar. Como Obispo y como Pastor debo ser, más que nadie, el centro de unidad de mi pueblo.”

Y no participó.

Chile ha quedado a oscuras y los chilenos caminan a tientas en busca de una salida.

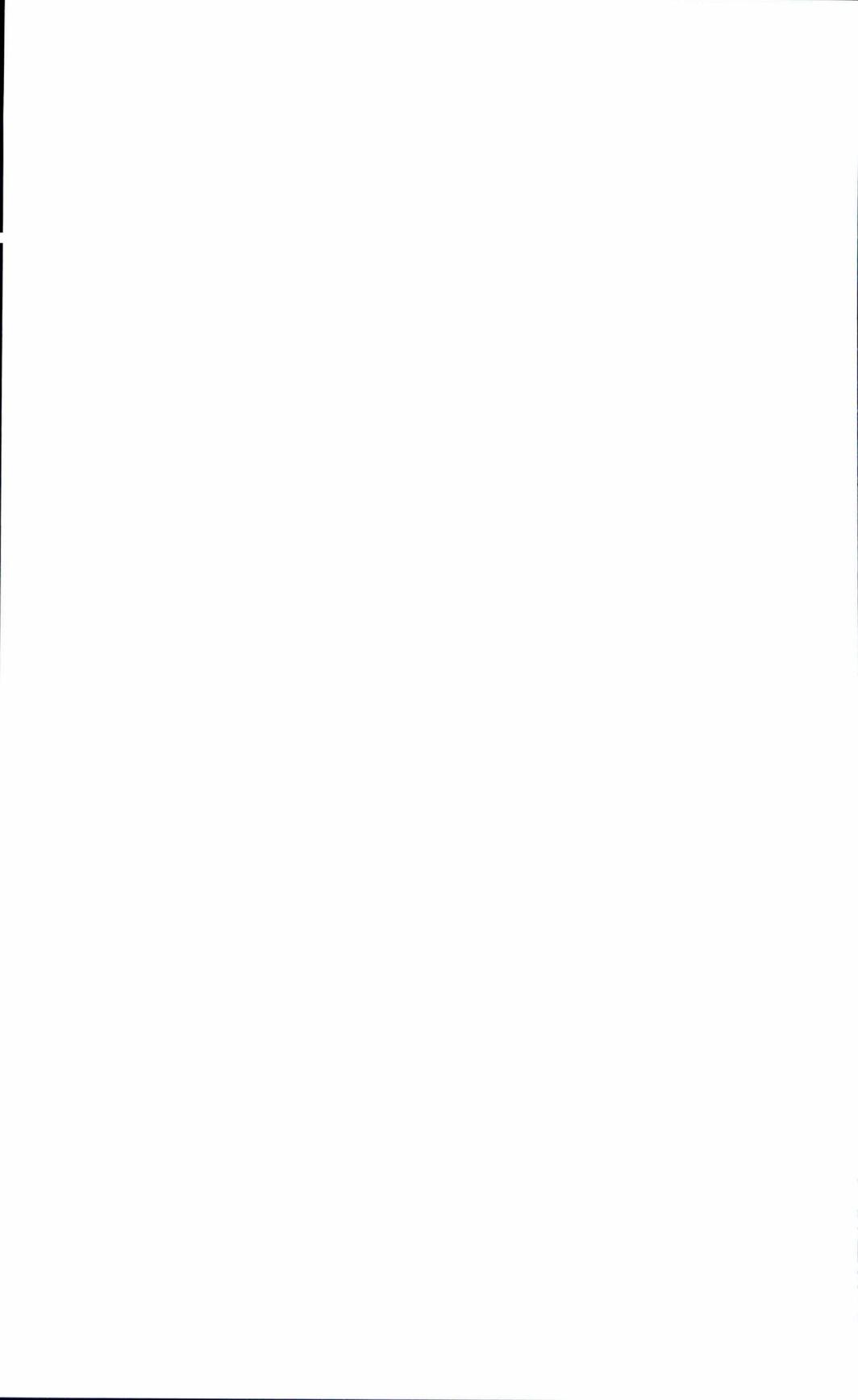
Este es, posiblemente, uno de los momentos más amargos en la vida del Cardenal Silva Henríquez. El lo recordará varios años después:

“Viví esos momentos con preocupación, con ansiedad, y después con honda pena y tristeza; porque lo que había anhelado y esperado, a mi parecer, no se cumplía. Realmente me he sentido decepcionado y entristecido. Lo que más me duele es que el pueblo, nuestro pobre y humilde pueblo, sea siempre la víctima de todo esto.”

CAPÍTULO SÉPTIMO

El Cardenal en medio de la violencia desatada

(1973-1975)



Nos duele la sangre que ha enrojecido nuestras calles

Mientras el Cardenal ora y reflexiona, en el centro de la ciudad, entre la humareda que desprenden los restos quemados de toda una parte del Palacio de La Moneda, el cadáver del Presidente Allende descansa en un sofá. A su lado está el arma que puso fin a su vida.

Las sombras caen sobre un Santiago extrañamente silencioso, salvo los disparos cada vez más distanciados. Hacia el barrio oriente, cinco kilómetros hacia la cordillera de los Andes, en el monumental edificio de la Escuela Militar, la Junta de Gobierno, que ha tomado el poder, da su primera conferencia de prensa ante una muchedumbre de periodistas chilenos y extranjeros. Ahí están el general Pinochet, el almirante José Toribio Merino, el general de aviación Gustavo Leigh y el general de carabineros César Mendoza. El famoso Bando N° 5 da respuesta a las inquietudes. En él se afirma:

“que el gobierno de Allende ha incurrido en grave ilegitimidad demostrada al quebrantar los derechos fundamentales de libertad de expresión, libertad de enseñanza, derecho de reunión, derecho de huelga, derecho de petición...”,

“que ha quebrantado la unidad nacional...”,

“que se ha mostrado incapaz de mantener la convivencia entre los chilenos...”,

“que existe en el país anarquía, asfixia de libertades, desquiciamiento moral y económico...”

“que están en peligro la seguridad interna y externa del país...”

Luego de otros considerandos, agrega:

“nuestro propósito (es) restablecer la normalidad económica y social del país, la paz, tranquilidad y seguridad perdidas”;

“... asumiendo el poder por el solo lapso en que las circunstancias lo exijan, apoyado en la evidencia del sentir de la gran mayoría nacional, lo cual de por sí, ante Dios y ante la historia hace justo su actuar”.

Más allá de todas las buenas intenciones hay una realidad humana insoslayable, y comienzan a llegar a la residencia del prelado las peticiones de ayuda y las noticias de muerte y persecuciones. La primera medida práctica que se impone es organizarse para dar esa ayuda. De la mencionada inquietud nace inmediatamente el entonces llamado Comité Pro Paz. Lo encabeza, por encargo del Cardenal, el Obispo auxiliar Fernando Ariztía, quien se hace secundar por el padre jesuita Fernando Salas Cruchaga; lo acompañan los abogados Jaime Irrázaval y José Zalaquett, el dirigente sindical Jorge Murillo, después sacerdote, una visitadora social y una secretaria. Es un equipo muy pequeño. Será la semilla de la ya histórica Vicaría de la Solidaridad. También se abrirán centros de refugiados políticos en varias casas de ejercicios de la Arquidiócesis, con extraterritorialidad reconocida por las FF.AA., que albergarán a chilenos y extranjeros perseguidos, mientras tramitan permisos para abandonar el país.

Los días 12 y 13 de septiembre los ocupa el Cardenal en reuniones con algunos obispos, más de una vez en la propia Nunciatura. De esos contactos sale la declaración de siete puntos,

publicada el día 14 de septiembre. La firman, además del Cardenal Silva Henríquez, el Obispo de Valdivia y Vicepresidente de la Conferencia Episcopal, Monseñor José Manuel Santos; Monseñor Bernardino Piñera, Obispo de Temuco; Monseñor Orozimbo Fuenzalida, de Los Ángeles, y Monseñor Sergio Contreras, Obispo de Ancud.

Se trata de un documento de gran objetividad, que lamenta *“el desenlace violento que ha tenido nuestra crisis institucional”*, se hace votos por que vuelva *“muy luego la normalidad institucional”*, se confía en *“la tradición de democracia y humanismo de nuestras Fuerzas Armadas”*.

Claro que hay una parte humana, de sufrimientos y dolores, especialmente en los más débiles, y la Iglesia no puede callarles su adhesión y levanta la voz del derecho y de la justicia:

“Nos duele inmensamente y nos oprime, la sangre que ha enrojecido nuestras calles..., sangre de civiles y sangre de soldados;

“Pedimos respeto por los caídos en la lucha, y en primer lugar, por el que hasta el martes 11 de septiembre fue el Presidente de la República;

“Pedimos moderación frente a los vencidos..., que se acabe el odio, que venga la hora de la reconciliación.”

Y una palabra de inquietud social:

“Confiamos en que los adelantados... de la clase obrera y campesina no serán desconocidos.”

¿Qué piensa el Cardenal de los sucesos? Lo que la mayoría de los chilenos: una situación insostenible ha roto sus diques y a través de una revolución se pretende volver a la “normalidad”. Todo esto, alentado abiertamente por algunos, y tolerado, como un trago amargo, pero inevitable por otros. La mayoría del país

cree, eso sí, en la buena fe de los miembros de las Fuerzas Armadas. El Partido Demócrata Cristiano, junto con “lamentar lo ocurrido”, ha publicado un día antes, el 13 de septiembre, su propio comunicado:

“Los propósitos de restablecimiento de la normalidad institucional y de paz y unidad entre los chilenos, expresados por la Junta Militar de Gobierno, interpretan el sentimiento general y merecen la patriótica cooperación de todos los sectores.”

En ninguna de las numerosas cartas que escribe el Cardenal en esos días se refleja con mayor exactitud su pensamiento que en aquella que dirige al Arzobispo de François Marty, el 11 de octubre. Veamos sus párrafos más significativos:

“La Iglesia de Chile observó con simpatía lo que en los albores del gobierno del señor Allende apareció como una política global de continuar los cambios sociales... Pero lo que parecía ser un camino original de socialización, con el transcurso del tiempo fue tomando un cariz claramente ideológico marxista. Ya no se trataba de transformar la estructura capitalista liberal, para que los trabajadores tuvieran acceso al poder, la cultura, a la gestión de sus empresas. Poco a poco el programa de liberación social se transformaba en una economía controlada absolutamente por el Estado, instaurándose un neocapitalismo estatal. Ya no era el conjunto de la clase obrera el que gozaría de la plenitud de sus derechos; era el pequeño grupo de “trabajadores” que se reconocían en los partidos autodenominados vanguardia del proletariado. Aparecía un sectarismo oprobioso. La clase obrera se dividía... El país se dividía en dos bloques irreconciliables. El espectro de la guerra civil aparecía más evidente... La experiencia de forzar la realidad en función de una ideología excluyente,

como la marxista, fue en el fondo la causa de la penosa situación a la que se llegó.”

El Cardenal añade que la Iglesia está vigilante respecto de la Junta de Gobierno:

“Nuestra misión es sólo servir a Chile, con un amor privilegiado hacia los más pobres y vigilar para que los derechos de cada persona humana sean respetados, no sólo de palabra sino también en los hechos.”

La declaración del Comité Permanente del Episcopado chileno, del 14 de septiembre, ha sido comunicada previamente, por deferencia, a la Junta de Gobierno. El enviado al Ministerio de Defensa Nacional es conducido a la asesoría de la Junta, donde, luego de leerse el documento se le comunica: hay que hacerle correcciones. Se explica, entonces, que el documento no está sujeto a correcciones y, con su redacción primitiva, sale unas horas después en los diarios chilenos.

“Es una puñalada por la espalda”, le expresa posteriormente un alto personero gubernamental al Cardenal, como reacción confidencial de la Junta, con la que el mensajero mantiene estrechos vínculos. El momento es de tensión. El Cardenal contesta: *“Nosotros hemos dicho delante de Dios y del pueblo lo que teníamos que decir”*.

Así parten las relaciones Iglesia-Junta de Gobierno. En vista de los problemas, el contacto mutuo es constante y desconfiado, y quizás nunca se sabrá en detalle todo lo que hacen miembros del clero y de la jerarquía para ayudar a los vencidos, para salvar víctimas de la revancha, para interceder por quienes, muchas veces, no tienen otro pecado que haber permanecido o haber adherido en sus barrios al gobierno de la Unidad Popular.

El Ministro del Interior, general Bonilla, quien ha sido estimado Edecán del Presidente Frei, es un nexo eficaz y mediante su

intercesión el Cardenal puede concurrir al Estadio Nacional, donde miles de chilenos temen ser juzgados o confían ser puestos en libertad. La primera vez que se acerca al recinto deportivo no se le permite entrar por carecer de una orden administrativa. La segunda vez les habla desde las graderías con ayuda de un micrófono. Su voz es escuchada con respeto, y lleva la esperanza a muchos. Luego visitará los hospitales de las Fuerzas Armadas para aliviar heridos de la batalla fratricida.

Dos días después de la declaración del Comité Permanente, el 16 de septiembre, el prelado, turbado por la lucha que continúa y las persecuciones que no amanan, se dirige a los fieles reiterándoles su llamado del día 14: *“pedimos a los chilenos que, dadas las actuales circunstancias, cooperen a llevar a cabo esta tarea”*. Luego agrega un párrafo que permite adivinar sus congojas y que anticipa otras:

“Vuestro Pastor sólo quiere servir a todos, y muy especialmente a los pobres, a los humildes, a los que sufren. Si logra enjugar una lágrima, mitigar un dolor, aunque esto sea a costa de grandes incomprensiones, se sentirá feliz. Sólo quiere amar y servir; humildemente pide para esta su actitud, comprensión y respeto.”

Difícil papel el suyo, preocupado de una Iglesia que ha visto llegar e irse tantas creaciones humanas; que ha soportado las presiones y las solicitudes de apoyo para empresas terrenales; que ha sufrido las incomprensiones, las calumnias y los insultos de quienes no han logrado aprobaciones incondicionales o han querido servirse de la Iglesia.

Que la Iglesia chilena haya guardado las naturales distancias con el marxismo ateo no significa que, desde el 11 de septiembre, deba avalar la cruenta persecución que el gobierno militar pronto organiza contra los adversarios políticos.

Desde el lunes 17 de septiembre el país, y especialmente la capital, vuelve a la normalidad. El Presidente de Junta, General

Pinochet, se manifiesta optimista. Dice al Canal 13 de Televisión ese mismo día: *“Chile volverá a su tradicional sistema democrático cuando vuelva a la normalidad”*. Y agrega a la francesa radio Luxemburgo: *“Dentro de unos días todo volverá a estar normal”*. Luego proporciona una cifra que calmará a muchos: *“Los muertos llegan a un centenar. Heridos sí que hay bastantes, unos 300...”*, para manifestar con un no disimulado orgullo:

“Neruda tiene el afecto y el respeto de todos nosotros porque es un valor nacional...”.

El gobierno está consciente de que debe exteriorizarse el control que, en realidad, mantiene sobre todo el territorio, y pide al Cardenal se celebre el tradicional Te Deum de Fiestas Patrias, pero no en la Catedral, sino, por razones de seguridad, en la Escuela Militar. El Cardenal se opone terminantemente a que se celebre un acto público y solemne de la Iglesia en un recinto exclusivo de militares, y ofrece cualquier templo de la capital que brinde la seguridad que la Junta de Gobierno busca. Es elegido así el templo de la Gratitude Nacional, en Alameda con Cumming. La ceremonia se efectúa el 18 de Septiembre, Fiesta Nacional, con la presencia de los ex Presidentes de la República Gabriel González, Jorge Alessandri y Eduardo Frei. Se suprime eso sí, y como era de esperar, la Parada Militar.

El Prelado chileno se da cuenta de que es la ocasión para reafirmar ciertas verdades, especialmente tratándose de una Junta de Gobierno que ha subido al margen de la Constitución.

“Venimos a orar por los caídos” —manifiesta— *“y sobre todo por el porvenir de Chile.”*

“Amamos la libertad —recuerda el Cardenal, dirigiéndose a los representantes de las Fuerzas Armadas—. *Durante los largos años de nuestra vida como nación hemos hecho enormes sacrificios para obtenerla, conservarla y acrecentarla... la verdadera libertad; luchar para hacerla patrimonio de todos...”*

Continúa el Cardenal:

“Existe en nosotros el amor y el respeto a la ley. Hemos creído que ella constituye la mejor salvaguardia de nuestra libertad..., hemos preferido el orden al desorden, la autoridad a la anarquía, el diálogo a la imposición, la justicia a la violencia, el amor al odio.”

Y termina con un acento especial:

“En toda autoridad hemos reverenciado la persona y la investidura, acatando sus legítimas decisiones, sin renunciar al derecho —también legítimo— de sentir de otra manera.”

¿Por qué tanto énfasis en algo que pareciera formar parte integrante, por las declaraciones oficiales, de la revolución del 11 de septiembre? *“El derecho legítimo de sentir de otra manera...”*. ¿Es acaso su gran experiencia de los hombres, ayudada por su intuición?

Sin embargo, más allá de cualquier duda legítima, el Cardenal Silva Henríquez está dispuesto a poner de su parte todo lo necesario para que la Junta de Gobierno y la población mantengan sus relaciones sin grandes dificultades ni roces. A comienzos de octubre la Conferencia Episcopal, de acuerdo con esa actitud, visita a los cuatro Comandantes en Jefe. El 9 de octubre, la Junta les devuelve la visita. En ambos contactos —el 7 de octubre— el Papa Pablo VI ha hecho declaraciones en Roma sobre la revolución chilena y ha deplorado “la represión sangrienta” en el país latinoamericano.

Indudablemente, las Fuerzas Armadas desean la intervención del Cardenal ante la Santa Sede para que atenúe su opinión. El Pastor desea ayudar y dice a la prensa ese mismo día: *“La imagen que el Santo Padre se ha formado es la que nosotros quisiéramos que tuviera de Chile en este momento”*. La Junta, por su parte, se compromete a facilitar la labor de la Iglesia en materia de prisione-

ros, de refugiados, de gente que comienza a desaparecer. Agrega el Cardenal en la misma conferencia de prensa:

“Esto lo hemos conversado, estamos de acuerdo, y la Junta nos ha prometido que facilitará nuestra tarea del buen samaritano que quiere restañar las heridas y disminuir los dolores.”

Claro que no debe haber confusión. Se trata de una labor humanitaria y nada más. El Cardenal precisa en tono que no deja dudas:

“La Iglesia no está llamada ni a poner gobiernos ni a sacar gobiernos ni a reconocer o no reconocer gobiernos. Nosotros aceptamos los gobiernos que este pueblo quiera darse y los servimos. Queremos realmente servir al pueblo de Chile y, por lo tanto, reconocemos el gobierno que el pueblo quiere.”

El Cardenal desea, ciertamente, presentar en el extranjero la “verdadera imagen” de los penosos sucesos de Chile y concede una entrevista al diario “Avvenire”, de Milán, el 17 de octubre; ahí precisa que:

“Las noticias internacionales respecto del pronunciamiento militar en Chile no se ajustan totalmente a verdad. Se han producido algunos hechos que para nosotros son lamentables. Sin embargo, el presente se explica por las causas que lo provocaron. Veíamos que el país se dividía, cómo se hería la unidad de la clase obrera, cómo un sectarismo ideológico se imponía...”

Y luego una afirmación sobre el gobierno de Allende que, años después, se podrá aplicar al gobierno militar:

“No se quiso renunciar por parte de los que detentaban el poder a la pretensión de creer que su verdad social era la única.”

Por esos días el Cardenal confía. Años después confesará dolorido:

“Creímos de buena fe que iban a restablecer el orden democrático...”. “Nos engañaron a todos...”.

A fines del mismo mes de octubre llega a Roma y el 3 de noviembre lo recibe el Papa Pablo VI. Larga conversación. Su Santidad lamenta el “derramamiento de sangre” que ha habido y espera se acelere el regreso a la “normalidad institucional”. Está dispuesto a decirlo públicamente con una carta al Episcopado chileno que nunca llegó a la luz pública. El Cardenal chileno declara a la prensa romana el 5 de noviembre:

“Ofrecí al nuevo gobierno de Chile la misma colaboración que la Iglesia dio en todas sus obras de bien al gobierno marxista del señor Allende. Al mismo tiempo, solicité la misma libertad de acción de que la Iglesia gozó con el anterior gobierno. Las autoridades han accedido a esta petición.”

Todo el que conozca a este hombre, profundamente sincero y deseoso de justicia, puede adivinar que son días y semanas de fatigosa conversación consigo mismo. El lo pone todo en la balanza y pesa más lo que ha descrito como su tarea de *“tranquilizar los espíritus, todo lo cual significa fortalecimiento y desarrollo de las conquistas sociales de los trabajadores”*.

Además —como escribe un Obispo—:

“Estaba tan fresca la situación de atropello del régimen derrocado, que para una gran mayoría de la población las nuevas condiciones, lejos de significar una grave crisis, parecían una liberación.”

Pero para la Junta de Gobierno pretender comparar un “régimen marxista” con éste que desea “reconstruir Chile dentro de un espíritu humanista y cristiano” es inconcebible, comenta uno

de sus personeros, sin olvidar que el gobierno de Allende trató de “implantar un sistema único de educación en forma arbitraria”. No, las declaraciones del señor Cardenal deben haber sido “tergiversadas por mala fe o errores de transcripción”, termina la declaración gubernamental.

Por supuesto que no hay mala fe, ni declaraciones tergiversadas ni errores de transcripción. Sería tan fácil escudarse en ellos. Hay la verdad que debe siempre decirse y que es como una luz demasiado fuerte para algunas retinas.

Y esa luz la reparte el Cardenal por el Viejo Mundo en visita a sus amigos los cardenales y los obispos. No se trata solamente de dar a conocer las causas de la revolución y el ambiente en que tuvo lugar, sino de poner en claro la posición de la Iglesia, mediadora en el conflicto Allende-Oposición, del fracaso de su intervención y de la llegada del temporal a pesar de esos esfuerzos pacificadores.

No siempre se entiende su posición conciliadora en Europa, y es así como, al entrar a la residencia del Cardenal en La Haya, un grupo de holandeses lo pifia. Él no pierde su compostura y le dice a su anfitrión: *“Me parece que es un número muy pequeño de opositores, tratándose de un Cardenal...”*.

El Pastor vuelve a Chile a comienzos de diciembre y se encuentra con un ambiente lleno de rumores por lo que a él respecta. Se ha dicho, incluso, que el Papa habría pensado en “relevarlo” y dos conocidos sacerdotes se han visto mezclados en una polémica cuyo tema es si el Cardenal debió o no debió estar “claramente” comprometido con el golpe revolucionario. A él le duelen estas divergencias, pero acepta las críticas con humildad, con esa humildad que es característica de su persona: *“Aquí me tildan de filomarxista, en Europa de filofascista”*, sonríe.

¿Está molesto el Papa con la actitud del Episcopado chileno? Nada de eso, por el contrario, y el Cardenal responde textualmente:

“Comparte sus orientaciones, mensajes y decisiones... y nos urge a continuar en libertad ante cualquier gobierno, defensa de los derechos humanos de todo hombre, impulsar y apoyar las conquistas sociales económicas de los trabajadores.”

Algunos le acusan de “allendista”, de haber promovido el diálogo con la Democracia Cristiana, incluso en su residencia. ¿Valía la pena tratar de salvar el gobierno la Unidad Popular cuando ya parecía sin vuelta?

Contesta —“Ercilla”, diciembre 12, 1973—:

“Queríamos evitar una lucha civil. Queríamos evitar la sangre. Queríamos evitar los dolores de Chile y de los chilenos. No conseguimos hacerlo... No teníamos una mira política partidista como algunos nos han supuesto.”

No sólo no está arrepentido de su iniciativa, sino que quisiera continuarla: *“Vamos a seguir promoviendo el diálogo”*. Y, entonces, una frase que lleva toda la preocupación que le embarga por esos días, a su regreso de Europa, luego de haber seguido reflexionando, de haber seguido oyendo, de haber comenzado a ver más y mejor: *“No se hará la paz de Chile sobre la base de la destrucción de una parte numerosa de los chilenos...”*.

En esa entrevista a su llegada a Chile hay por ahí una afirmación que parece perdida en el contexto, pero que es la clave para adivinar que una vieja duda del prelado ya es visible:

“No toleramos ideologías absolutistas que pretendan imponer una manera de pensar o esquemas monolíticos, vengan de izquierda, de derecha o de donde quieran...”

Ha luchado por la paz de los chilenos, a despecho de que se le crea “allendista” o “pinochetista”, eso no le perturba. Lo que

sí le ha perturbado es encontrar un Chile camino a la dictadura personalista, un Chile donde —ahora se sabe mejor— los muertos no son “un centenar” y los heridos “unos 300”, sino que aumentan día a día. Por eso se le ha escrito al gobierno, manifestándole “*la preocupación de los Obispos ante el desaparecimiento y maltratos de personas y los fusilamientos de que da noticia la prensa de cada día*”, y actitudes duras “*con entidades, organismos y personas de la Iglesia*”.

Son malos presagios; sin embargo habrá que confiar y seguir luchando.

Cristo no fundó a la Iglesia para ser comparsa de nadie

La vida del Cardenal Silva Henríquez está llena de acontecimientos de gran intensidad. Él no ha buscado esos problemas, ya lo hemos visto, pero, también se dijo, le ha tocado vivir una historia patria repleta de sucesos que más de una vez lo hacen aparecer, para algunos, como personalidad política.

Nadie podría acusarlo seriamente, por otra parte, de abandonar los problemas netamente arquidiocesanos. Y entre esos problemas está —en pleno “destape” de Allende— el de la intervención del clero en política y el de los “Cristianos para el Socialismo”.

La ducha fría que significa para Chile la revolución del 11 de septiembre de 1973 hace reaccionar al país en todos sus niveles. Es algo que la persona más contraria a las dictaduras no podría negar. También coincide con un endurecimiento de la Comisión Episcopal chilena que preside el Cardenal.

Entonces aparece el documento doctrinal “Fe cristiana y actuación política”.

Redactado en Punta de Tralca, en abril de ese año, y publicado los primeros días de septiembre, es el producto de serias reflexiones ante las iniciativas inconsultas de muchos sacerdotes, entusiasmados por una labor pastoral liberadora de los oprimidos, pero al margen de las normas tradicionales de la Iglesia. Varias veces nos hemos hecho la misma pregunta: ¿Qué habría sido de la inquieta cristiandad de la segunda mitad del siglo XX sin el Concilio Vaticano II y su ventana abierta a la vida contemporánea? Y otra más. ¿Hasta dónde influyó ese Concilio en los sacerdotes entusiastas por la solución global marxista para ir paso a paso más allá de lo permitido?

Sea como fuere, en Punta de Tralca, cuando ya el régimen de la Unidad Popular se hundía irremediablemente, los obispos chilenos acuerdan, serena, tranquilamente, poner coto a las exageraciones. Pero el documento no se da a conocer hasta el 16 de octubre, en plena actividad del régimen militar.

En él se descalifica, de una vez por todas, al movimiento de los “cristianos para el socialismo”, con estas palabras: “... *dirigido por sacerdotes, asume posiciones tan definidas políticamente, que ya no se distingue de los partidos políticos...*”. Critican su inspiración marxista-leninista y concluyen: “*Nadie tiene derecho a seguir llamándose cristiano con honestidad, si hasta tal punto ha llegado a desvirtuar su propia fe*”. Por eso condenan: “*Prohibimos a los sacerdotes y religiosos que formen parte de esa organización*”.

El documento es duro en su análisis y claro en su condena. El cristianismo, tan rico en verdades reveladas, historia, enseñanzas, no necesita de otras ayudas interesadas. “*Cristo no la fundó (a la Iglesia) para ser comparsa de nadie*”, afirman enseguida.

Recuerdo que estamos a mediados de octubre, un mes después del golpe militar, y que los “cristianos para el socialismo” han sido perseguidos y entrado en el silencio. Algunos sacerdotes de sus filas han salido al extranjero, otros actúan con extrema prudencia. Puede decirse que, en adelante, este grupo de avanzada, que

tantas preocupaciones ha causado a la Iglesia y, personalmente, al Cardenal, sale de las primeras páginas del interés nacional.

En buena hora, en cuanto al Cardenal, ya que Dios le va dando, uno tras otro, permanentes motivos de inquietud. Ahora son los derechos humanos —continuarán siéndolo por años— y significarán para el Cardenal Silva Henríquez una de las cargas más pesadas que ha tenido un hombre en Chile.

Y la defensa de ellos, uno de sus títulos más destacados.

El 25 de diciembre de 1973, tradicional día de paz y esperanza, el prelado debe escribir al general Óscar Bonilla para poner en su conocimiento desapariciones de jóvenes en la población La Legua y el posterior encuentro de los cadáveres respectivos:

“La existencia de estos hechos es para nosotros causa de una profunda amargura, e inquietud, que en nada colaboran en la empresa de reconciliación nacional, de restablecimiento de la fraternidad y que al conocerse en el extranjero dañan seriamente la imagen del país y de sus gobernantes.”

Cartas como ésta irán más de una vez rumbo al edificio Diego Portales, sede de la Junta Militar, y menudearán conflictivamente las reuniones del Cardenal con el Presidente de esa Junta, el general Augusto Pinochet. “Señor General, si ustedes tocan los derechos humanos tendrá a toda la Iglesia al frente para defenderlos”, le dice en una entrevista el Cardenal a Pinochet, según revelación de uno de los confidentes del Cardenal. Por lo menos al principio, las relaciones entre los jefes del poder religioso y del poder temporal son aparentemente normales. A mediados de 1974, según los términos de una entrevista hecha al Obispo Carlos Camus y transmitida por la agencia France Presse:

“La Iglesia chilena mantiene buenas relaciones con el Presidente Augusto Pinochet, menos buenas con su gobierno y francamente malas con algunos miembros del mismo.”

A través del Comité Pro Paz, la jerarquía eclesiástica se va imponiendo, entretanto, de un drama que avanza con ruido de río subterráneo; el de los detenidos que jamás vuelven a sus casas. Nunca se sabrá su verdadero número.

De unos seiscientos se tienen noticias documentadas. Se comprueba que fueron detenidos por las Fuerzas Armadas y de Orden. Cada día se filtrarán detalles de los terribles casos de Lonquén, de Paine, de Yumbel y del Laja, entre otros, y los obispos presienten que algo terrible ha sucedido y continúa sucediendo.

Entonces estalla la voz del Pastor:

“Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestras autoridades, que no se puede faltar a los principios del respeto al hombre, que los derechos humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Les hemos dicho en todos los tonos esta verdad. No se nos ha oído. Y por eso hoy día lloramos el dolor del Padre que presencia el desgarramiento de la familia...”

Es el 13 de abril de 1974, vigilia de Pascua de Resurrección.

“Vuestro Pastor, mis queridos hijos, tiene inmensas dudas, tiene una gran aprensión.”

Estoy seguro de que este hombre tan lleno de sentimientos, tan patriota, debe luchar para que las lágrimas no salgan de sus ojos.

Toma aliento. De la amargura pasa a la indignación:

“¿Creeríais, mis queridos hijos, que en este momento, según me dicen, vuestro Pastor, vuestro Obispo, que os habla, está amenazado de muerte y tiene que llevar una escolta para que lo defienda? Yo me pregunto: ¿Qué mal he hecho? Me pregunto: ¿Cómo es posible que los odios de mis hermanos lleguen hasta concebir la posibilidad de esta aberración? No lo puedo creer, no lo puedo creer.”

Yo no puedo creer que alguien pretenda levantar su mano contra un pobre hombre que no es nadie, pero que tiene sobre sus hombros la Cruz de Cristo y que su cabeza ha sido ungida por la gracia del Pontificado. No lo puedo creer. Yo tengo una esperanza: Amo a mi pueblo. Amo a mi gente y, realmente, si fuera necesario morir por ella, yo le pediría al Señor que me diera fuerzas para cargar con su Cruz hasta el extremo. Pero quisiera que mi pueblo viviera en paz, que los hombres de mi tierra pudieran levantarse todas las mañanas y ver ese sol que nos alumbra, ver las montañas, los valles, los mares, pensando que aquí nadie los persigue, que no deben tener temor, que la gracia de Dios lo llena todo. Y es de todos”.

(Homilía en la Catedral de Santiago.)

Chile vive una de las más penosas etapas de toda su historia.

El Cardenal no cesa. Algo se podrá conseguir con los militares, piensa, para que los chilenos no tengan que sufrir los rigores excesivos del gobierno autoritario. El 4 de septiembre de 1974 le escribe al general Pinochet y le expresa:

“Que se pueda llegar a establecer un gobierno militar democrático que dé garantías a todos los ciudadanos, en que los derechos fundamentales de la persona humana sean siempre respetados, en que haya tribunales de justicia que apliquen la ley...”.

¿Saben de estas gestiones sus detractores?

También le preocupa al prelado la actuación de las Fuerzas Armadas en labores que no les competen:

“Veo con pena —le escribe en la misma carta— que el Ejército está tomando actitudes policiales dolorosas

que lo hacen odioso ante la población, y sobre todo ante los más humildes... ”.

Unos días después el Cardenal no acepta conmemorar el 11 de septiembre, primer aniversario de la revolución, con ceremonias religiosas.

Con cada uno de los cuatro Jefes de Estado que le han tocado en su misión cardenalicia —Alessandri, Frei, Allende y Pinochet— este hombre de carácter que la Iglesia ha distinguido con las más altas responsabilidades, ha sabido llevar las relaciones con enorme sabiduría y conocimiento humano. Pero con el general Pinochet está sólo comenzando. Habrá que ver en qué dirección se encaminan los acontecimientos.

El Cardenal y el General... parece que hubieran sido creados para vivir al mismo tiempo en una difícil época.

El prelado sonríe al contar una anécdota:

“El Arzobispado arrendaba una pequeña propiedad de descanso cerca de Puente Alto y el agua para beber le llegaba de un pozo situado más arriba. Un día nos cortaron el agua, con las molestias que es dable imaginar, y pregunté qué habrá sucedido. Me dijeron que el General Pinochet estaba usando la parcela situada más abajo de la mía, también sin agua, y que sus ayudantes, para asegurar el indispensable líquido, tomaron el toro por las astas y “compraron” el sitio donde estaba el pozo... Me quedé, pues, sin agua —ríe el Cardenal—, y recordé lo que cuenta la Biblia sobre la Viña de Nabot...”.

Un mes antes de ese primer aniversario, el Cardenal ha recibido una nota del Jefe Supremo de la nación con diversas quejas relativas al Comité Pro Paz, a Caritas Chile, y sobre diversos sacerdotes en “actividades subversivas”, con panfletos cuyos “conceptos y forma de escribir establecen claramente la influencia sacerdotal

(sic)”, *“sacerdotes de ideología comunista”*, etc. El Cardenal contesta a todo, en la misma fecha de recepción de la nota, y termina así: *“Quedo con una penosa impresión. En realidad se inventan cosas para poner en contraste a la Iglesia con el Gobierno”*.

El año 1974 termina con un acontecimiento importante: el gobierno entrega a la comunidad cristiana, ya terminado, el Templo Votivo de Maipú. Digno momento para expresar deseos de reconciliación ante la multitud tocada por el espíritu religioso y el espíritu patriótico.

El Cardenal, siempre justo, exclama vehemente, en la ceremonia del 24 de octubre:

“Agradezco a nuestros gobernantes por esta profesión de fe. Y porque la fe es la victoria que vence al mundo, doy gracias al Señor por este templo como un triunfo de la fe.”

Un mes después, al terminar el Año Santo en el mismo templo, el Cardenal recuerda ciertas realidades nacionales que, como Pastor, no puede olvidar: el respeto a los derechos humanos, recientemente mencionados por el propio Pablo VI, un mes atrás, en reunión con los obispos chilenos:

“Recordaban los derechos humanos que aparecen más amenazados en el mundo de hoy: el derecho a la vida, gravemente violado en nuestros días por el aborto y la eutanasia, por la extensión de la tortura..., los derechos políticos y culturales..., el libre acceso a la información, la seguridad ante el arresto, la tortura y la prisión por razones políticas; la protección jurídica de los derechos personales, sociales, culturales y políticos.”

El gran Canciller de la Universidad Católica suspende el ejercicio de su cargo

Que el Cardenal controla su vehemencia queda de manifiesto el mencionado 24 de octubre, al recibir el templo de Maipú. Sus expresiones de agradecimiento a las autoridades son justas y sinceras. Quién dijera que unas horas antes, molesto por el alejamiento del Vicerrector de Asuntos Económicos y Administrativos de la Universidad Católica, Jorge Awad, no siendo el gran Canciller consultado, ha preferido suspender el ejercicio de su cargo de ese alto plantel de estudios. Sus palabras, como siempre, trasuntan verdad y energía:

“He llegado a la convicción de que, en las condiciones actuales, no es posible ejercer mi cargo de Gran Canciller, ni constituir la elevada autoridad moral que sirva como instancia de apelación para resolver los conflictos que en la Universidad se presentan...”

Así dice en carta a los Decanos y al Rector Delegado, Jorge Swett, Almirante en retiro designado un año antes por la Junta de Gobierno y aceptado por el Cardenal, y continúa:

“Tampoco me parece posible, por el momento, ser el nexo de unión normal entre la Iglesia y la Universidad, y ejercitar en ésta la influencia de la Jerarquía Católica, que debe hacer de la Universidad la casa de todos.”

La causa aparente de este alejamiento cardenalicio es el conflicto planteado entre el Rector y la Vicerrectoría de Asuntos Económicos y Administrativos. Pero el mal es profundo y toca todas las relaciones siempre más conflictivas con una autoridad impuesta por la Junta de Gobierno a la Universidad.

El Cardenal Silva Henríquez no está dispuesto a que el Gran Canciller sea sólo una figura decorativa, mientras las decisiones son tomadas fuera de la Universidad. Tampoco está dispuesto a que

continúe indefinidamente la intervención político-gubernamental en las Universidades Católicas chilenas.

El Rector-Delegado piensa, en cambio, que todo no pasa de ser *“un conflicto artificial... y un pretexto para tratar de obtener la devolución de la Universidad a la Iglesia”*.

Hay otras dos afirmaciones del Rector-Delegado que el prelado tampoco puede aceptar, *“una norma de elemental prudencia impide hoy en día efectuar elecciones en las Universidades, al igual que en el resto del país”*, y *“el Gobierno ha sido deferente en el trato de los religiosos y ex-religiosos que han debido abandonar el país por activismos políticos”*.

Dos meses después de la automarginación del Gran Canciller de la Universidad Católica, el Vaticano designa en calidad de Pro-Gran Canciller al sacerdote Jorge Medina Estévez y desliga la dependencia de la U.C. de la autoridad de la Conferencia Episcopal, reservándola para sí en Roma.

La misma preocupación que el prelado siente por la suerte del país, la extiende naturalmente a los centros de estudios superiores que dependen de la Iglesia. Con su habitual estilo flexible y negociador, el Cardenal ha tratado en un principio, luego de la revolución del 11 de septiembre, de cooperar con el mal menor que significa un Rector-Delegado, aprobando canónicamente su nombramiento, pero la organizada y programada acción reestructuradora intervencionista de carácter oficial gubernamental es un camino que aleja a las Universidades Católicas de sus fines propios. Y eso él no lo va a aceptar, porque toca un problema de fondo.

En julio de 1975, el Comité Permanente del Episcopado se entrevista con el Ministro de Educación y le manifiesta que la Iglesia posee el derecho de ejercer la función educacional, de que las Universidades Católicas están estrechamente ligadas por una vinculación jurídica con la Iglesia y su Jerarquía y que cuando —como un modo de presión— se habla del aporte presupuestario estatal, no debe olvidarse que los fondos vienen de la ciudadanía,

mayoritariamente católica e interesada en una educación coherente con sus principios.

Las relaciones con el gobierno se vuelven difíciles

Durante los dos primeros años del gobierno autoritario el Cardenal, la Conferencia Episcopal y la Iglesia chilena, en general, hacen todos los esfuerzos necesarios para evitar el endurecimiento de las relaciones y la consiguiente dificultad de mediar en ayuda de los perseguidos políticos.

La existencia de una crítica permanente en la revista jesuita "Mensaje" molesta a los miembros del edificio Diego Portales. La franqueza de que hace gala en sus declaraciones el Secretario de la Conferencia Episcopal, Obispo Carlos Camus, de la diócesis de Copiapó, irrita a las más altas autoridades.

De esas opiniones conviene recordar la reunión mantenida por dicho Obispo, el 15 de septiembre de 1975, con corresponsales de prensa extranjeros y con el compromiso del "off the record". En un tono suelto, irónico y franco, como corresponde a una reunión privada, el Obispo Camus pasa revista a la situación nacional, a las persecuciones, a la falta de libertad de prensa, a la intranquilidad, al miedo, a la desaparición de personas. Respecto del Comité Pro Paz, explica: *"Hay ahí muchos funcionarios que son de ideas marxistas, porque es lo lógico. Al principio y cuando recién se inauguró, nadie quería correr riesgos... Así es que muchos fueron en un comienzo de ideas marxistas..."*

Las consecuencias de esas declaraciones reveladas por un emisario son variadas y no se dejan esperar: al Obispo luterano Helmut Frenz, Vicepresidente del Comité Pro Paz, se le impide el regreso al país. Este organismo, nacido, como se vio, en septiembre de 1973, y transformado en ecuménico en 1974, está presidido en

esos días por Monseñor Fernando Ariztía; su secretario ejecutivo es el sacerdote Cristián Precht.

Otra consecuencia, y de mayor importancia: el general Pinochet pide al Cardenal Silva Henríquez, el 11 de noviembre de 1975, que disuelva el Comité,

“un medio del cual se valen los marxistas-leninistas para crear problemas que alteran la tranquilidad ciudadana y la necesaria quietud.”

Le contesta el prelado, tres días después: *“No me es asible compartir el juicio de V.E.”*. Sin embargo, con el objeto de contribuir al “afianzamiento de una relación positiva y de recíproca comprensión con el gobierno”, se acepta la “exigencia”.

“Se advierte, eso sí, que la labor caritativa y religiosa desplegada hasta ahora por el Comité continuará desarrollándose dentro de nuestras propias y respectivas organizaciones eclesiales.”

El problema del Comité Pro Paz da la tónica de una desconfianza recíproca que no hace sino crecer, situación que sería peor de no mediar el esfuerzo que hace el Pastor por evitar un rompimiento. Esto del “marxismo-leninismo” infiltrado en organismos de la Iglesia lo debate directamente con el conductor de la revolución militar y termina diciéndole: *“Muy bien, pídamle esta disolución del Comité Pro Paz por escrito”*, y sólo actúa cuando recibe la nota pertinente.

Antes de las declaraciones del Obispo Camus, del mes de septiembre —que causan preocupaciones al Cardenal— ha habido otros sucesos ese año. Vale la pena consignarlos como etapas de una relación que va de mal en peor. Los obispos tienen dudas y quejas y más de una vez las dan a conocer al Jefe del Estado mediante comunicaciones privadas. Ellos quisieran que se pasara rápidamente de la intervención de la justicia militar a la justicia ordinaria para juzgar a tanto chileno; que se viera la participación del pueblo en la

conducción de su propio destino; que no se acentuara una visible ideología nacionalista en lo político y liberal en lo económico; que se diera más intervención en la educación a los padres y a los alumnos. Todo esto sin olvidar la actuación del temido y tristemente célebre servicio de inteligencia denominado DINA, y el absoluto repudio que le merece tanto a la Iglesia como al pueblo chileno.

Los obispos saben que la mayoría de los chilenos tiene sentimientos cristianos y rechaza el marxismo, pero rechaza igualmente los métodos dictatoriales y crece su frustración al ver los sufrimientos innecesarios, los despidos, la angustia económica y la falta de participación.

Hay otro motivo de duda y es la insistencia del gobierno autoritario en justificar todos los sacrificios que exige hoy a la población, por la construcción de un mañana venturoso. El Cardenal se acaba de referir a esa pretensión con palabras claras en el *Te Deum* del 18 de Septiembre de 1975:

“El amor es servicio, servicio a la vida, y la vida pasa, declina, se extingue. El amor es servicio al hombre, y el hombre pasa por la Tierra sólo una vez. Por eso es que el amor apremia. Un ser humano no puede ser sacrificado a un mañana o a un ‘tal vez’. Tampoco, y mucho menos, una generación.”

En vísperas del viaje del Cardenal al Vaticano, en noviembre, como si lo anterior no fuera suficiente para ese movido año, se produce la huida del país del mirista Pascal Allende, la prisión de la doctora inglesa Sheila Cassidy, el asalto armado a la residencia de los Padres Columbanos, con una víctima, y la acusación en contra de varios que irían ayudando a escapar a perseguidos por la temible DINA.

Antes de tomar el avión, el preocupado Cardenal pide a sus fieles:

“Oren por su Pastor, para que nunca le falte la iluminación y el consuelo del Espíritu de Dios que le confió el ministerio de enseñar, regir y santificar el pueblo de Dios, hasta dar la vida por la Iglesia.”

No puede estar muchos días en Roma. Las noticias que llegan de la ya abierta persecución a sacerdotes chilenos le hace acortar ahí su permanencia. Vuelve a Santiago; conversa con los obispos, con los vicarios, con la gente que espera para pedir su ayuda, su intervención y él vuelve a escribirle al Jefe de Estado el 10 de diciembre:

“El hecho de que un número no escaso de sacerdotes haya sido arrestado en virtud de actuaciones directamente ligadas a su deber de caridad evangélica es considerado, por la opinión pública internacional, como expresión de animosidad, y aun persecución, en contra de la Iglesia Católica...”

Este claro lenguaje se precisa aún más:

“El Papa me ha encargado transmitirles (a esos sacerdotes) sus sentimientos de apoyo... Me dijo textualmente que los consideraba ‘mártires de la caridad cristiana’.”

El Cardenal ha hecho, lo hemos visto, todos los esfuerzos para evitar tener que llegar a este momento. Ahora es Juan Pablo II, decidido enemigo del marxismo, quien apoya el ejercicio de la caridad evangélica de esos sacerdotes, traducida en el amparo que prestan a los perseguidos.

Hay que tener en cuenta que es común en este tiempo que aparezcan noticias en la prensa de “enfrentamientos” sorprendidos, en los que sólo mueren perseguidos políticos, muchos de los cuales estaban ya detenidos. Para defender de casi seguras ejecuciones sumarias intervino siempre el clero, y las religiosas de la época ofre-

cieron ayuda a los perseguidos; como en los bullados casos de la Nunciatura, en tiempo del Nuncio Sótero Sanz.

Ahora se está indebidamente averiguando “la ideología, mentalidad y comportamiento” de los miembros del clero, y al Cardenal ya no le bastan los “asentimientos verbales” recibidos en tantas reuniones; ahora se necesita “la eficacia de remedios concretos y oportunos”.

Claro que un hecho nuevo ha apresurado el envío de la comunicación del 10 de diciembre: el 8 de diciembre, por medio de un bando, el gobierno ha prohibido la peregrinación en grupos o procesiones a Maipú, oficialmente organizadas por la Iglesia de Santiago, permitiendo el paso sólo estrictamente individual de los fieles. En vista de esto, la jerarquía eclesiástica suspende las ceremonias en honor de la Virgen del Carmen.

¿Qué teme la autoridad militar?:

“que elementos marxistas-leninistas procurarán infiltrarse, pretenderán proferir gritos encaminados a la propagación de sus ideas y elevarán plegarias (sic) que contengan evidente intención crítica a los actos del gobierno.”

Qué pronto se ha llevado el viento los buenos propósitos de los gobernantes contenidos en la oportuna entrega del grandioso templo de Maipú.

La Fundación para el Desarrollo acrecienta su actividad

Ya vimos cómo en 1967 el Cardenal crea la Fundación para el Desarrollo, a fin de que agrupe y coordine a todas las agencias sociales de la Iglesia. Ahora, al comenzar a vivir Chile un difícil

período lleno de sobresaltos en el campo social, la Fundación debe adaptarse a nuevas exigencias, abriéndose asimismo oportunidades que deben ser plenamente aprovechadas.

Las Fuerzas Armadas están primordialmente interesadas en mantener un orden rígido y la seguridad nacional es una de sus grandes preocupaciones. Si hay en ellas cierta inquietud social, la dejan ver con prudente paternalismo y enormes dificultades de recepción entre el pueblo obrero y campesino. Hay un “vacío social”, piensa el Pastor. Qué mejor para colmarlo que todas esas instituciones que ha creado su enorme inquietud, en algunos casos desde los años de batalla del Padre Silva.

Siete meses después de la revolución, en abril de 1974, se realiza una importante reunión que revitaliza la Fundación para el Desarrollo, y así el Cardenal Silva Henríquez puede contar con ese organismo y su Directorio de nueve personas que en esos años representarán para él un verdadero estado mayor en el campo social; es un centro para abordar proyectos más amplios que las instituciones que las componen, un cauce para facilitar la obtención de recursos.

Se proyecta un Banco de Fomento, se facilita la organización de empresas autogestionadas por sus propios obreros sobre la base de empresas estatales ofrecidas en venta, apoya a los sectores campesinos.

Toda esta actividad, para la cual el Cardenal cuenta con la ayuda de laicos tan destacados como Domingo Santa María, Raúl Paiva, Enrique Palet y Santiago Brurón, entre otros, es mal interpretada por algunas personas, incluso del orden sacerdotal y de alta jerarquía, y sus comentarios llegan al Vaticano. Se afirma por algunos que lo creado proyecta una imagen de “centro de poder económico”. Una vez más la eficiente diligencia es castigada con la ligereza del comentario y al Pastor le provoca el dolor de la incompreensión. Pero él tiene mucho que decir y sale a la palestra privada con palabras serenas que trasuntan congoja.

El 25 de julio de 1975 recuerda que los dos Cardenales chilenos —Caro y él mismo— llegaron a servir “pobres, sin tener un centavo”, con una pequeña ayuda del Arzobispado de Santiago, para poder subsistir: 50 dólares mensuales en su caso. Luego vienen unas líneas que deben ser conocidas, unas líneas que hacen comprender cómo la dignidad, la presencia moral indiscutible, la calidad de este Príncipe de la Iglesia Católica Romana, recibido y elogiado por las primeras autoridades del planeta, residen en algo más que en sus escuálidas rentas:

“En los 15 años que lleva como Arzobispo de Santiago ha debido buscar su subsistencia a través de las entradas personales que provienen por tener una jubilación de abogado, y a través de los donativos que le hacen sus amigos y la Congregación Salesiana, que han sido sumamente generosos con él.”

Y viene una curiosidad de este sacerdote maulino, unido a su tierra por lazos que jamás ha cortado.

Una de las acusaciones en Roma, para él más dolorosa, es la de “invertir bienes de la Iglesia en provecho personal”. La acusación llega hasta el Papa Paulo VI.

¿Qué ha sucedido?

El Arzobispo de Santiago, Monseñor José M. Caro, había dejado como único bien personal del Arzobispo futuro la casa habitación de la calle Mac-Iver frente a la Merced. El Cardenal Silva finiquitó con la Municipalidad la expropiación en curso y compró con ese dinero la casa de Simón Bolívar, después de una fugaz permanencia en Lota con Luis Thayer Ojeda. La intervención en la nueva casa de propiedad del Arzobispo de Santiago le permitió establecer un fondo para construir su “mensa episcopal”, es decir, la renta propia de libre disposición del Arzobispo, que consistió en la compra de la parcela plantada de uvas de exportación en la comuna de Talagante.

La renta de esa inversión, a veces buena a veces mala, según la cotización de la uva en el mercado, le permitió disponer de dinero efectivo para la mantención de su casa, para aliviar situaciones de enfermedad o de vivienda del clero, cuando las rentas del Arzobispado no daban abasto, y para generosas limosnas a necesitados.

A Paulo VI le llega la acusación de que esa viña es propiedad “personal” de Raúl Silva Henríquez, y no del Arzobispo de Santiago, quien la dejaba, canónicamente, como herencia a su sucesor. Cuando se aclaran los hechos, Paulo VI ofrece un donativo para extender a más pobres ese beneficio, que el Cardenal Silva delicadamente rehúsa insinuándole que Su Santidad tiene más pobres en el mundo que en Chile.

Pensar que por las manos de este eficiente administrador han pasado, en cuatro décadas, millones de dólares para miles de familias chilenas, como jamás ocurrió en nuestro país, y así, merced a su diligencia, ha habido techo, alimentos, medicinas, educación, vestido, asistencia técnica y financiera para los necesitados de Chile. Con millones de pesos recolectados merced a sus esfuerzos y sacrificadas jornadas de trabajo construyó iglesias, escuelas, postas médicas, casas, servicios comunitarios, cooperativas, talleres artesanales para cesantes, comedores populares y ¡hasta una garita de carabineros!

¿Qué culpa tiene el destacado Padre Conciliar del Vaticano II, el máximo defensor de los derechos humanos en Chile, el salesiano humilde seguidor de Don Bosco, de ser, al mismo tiempo, un excelente y desprendido administrador de los bienes de este mundo, que él ha hecho circular hacia los más necesitados?

Hay una frase suya que los católicos de este país recordarán: *“el día en que el Señor o el Santo Padre me llamen a dejar esta Iglesia, me iré con las manos vacías como entré a ella...”*.

Una Universidad libre en tiempos difíciles

El año 1975 no quiere terminar. La cosecha es larga en iniciativas del Cardenal-Arzbispo. Las reformas administrativas en la Pontificia Universidad Católica han dejado cesantes a muchos catedráticos de valor. Algunos piensan marcharse al extranjero. Lo mismo ha sucedido en otras universidades. El prelado crea entonces un centro de estudio de categoría superior donde poder hacer brillar la inteligencia que no se doblega, donde los investigadores puedan trabajar en libertad. ¿Qué dirán ahora quienes le han acusado de proyectar imagen de “poder económico” con sus iniciativas? ¿De qué le acusarán los que le siguen la pista, en la penumbra de sus espíritus, hurgando intencionadamente en todas sus actuaciones?

Nace la Academia de Humanismo Cristiano. Se tiene presente —como dice el decreto respectivo del 12 de noviembre de 1975— *“la necesidad de un organismo de alto nivel intelectual, destinado a la investigación de los grandes problemas de las ciencias sociales y humanas, que analice los aportes que la Iglesia entrega y que constituya un elemento de reflexión”*. La Academia queda bajo la directa dependencia del Arzobispado. La idea está basada en la Academia de Ciencias del Vaticano. Los primeros tiempos son de gran pobreza; no hay oficinas ni salas permanentes, mucho menos muebles. Todo se irá arreglando con el esfuerzo de muchos, en Chile y en el extranjero, entre otros de Enrique d’Etigny y de Duncan Livingstone.

Ante una Universidad intervenida, esta creación cobra inmediata importancia intelectual y recibe la ayuda de diversos organismos extranjeros. Su directorio se forma principalmente con académicos que han sido rectores y prorectores de universidades. Los programas de investigación y estudio, de conferencias y publicaciones, aumentan rápidamente y comprenden disciplinas como los derechos humanos, los estudios agrorregionales, los de economía del trabajo, las investigaciones agrarias, los internacionales, los de la mujer, los de la realidad contemporánea y otros.

Se editan revistas, se publican libros, se dan conferencias de prensa sobre problemas actuales. La Academia de Humanismo Cristiano llega a ser un centro renombrado que visitan importantes figuras de otros países, donde tienen lugar seminarios, clases y charlas, en momentos en que la actividad intelectual languidece y se habla de “apagón cultural”.

El destino del Cardenal es ser criticado. De la Junta de Gobierno se le hace saber que la Academia recluta profesores “socialistas”. Él explica nuevamente lo que ha dicho al funcionar el Comité Pro Paz. Lo repetirá después cuando se le ataque por la Vicaría de la Solidaridad:

“Yo he llamado a todos, pero los laicos católicos no siempre han comprendido la necesidad de cooperar para ayudar al caído, porque ellos han sido menos perseguidos. Entonces ha llegado la gente de izquierda, investigadores, en este caso, que se habrían marchado al extranjero, profesores, académicos, intelectuales que han encontrado en la Academia un sitio y una ayuda. Claro que —continúa el prelado— como se trata de divulgar el humanismo cristiano, las altas responsabilidades corresponden a cristianos y se prefiere realizar la investigación y la exposición a través de seminarios y foros-paneles, donde las ideas puedan presentarse debatidas, refutarse libremente, bajo la responsabilidad de los expositores.”

Una vez más el Cardenal ha reaccionado frente a los problemas en la forma imaginativa y apropiada que es ya la característica de su personalidad.

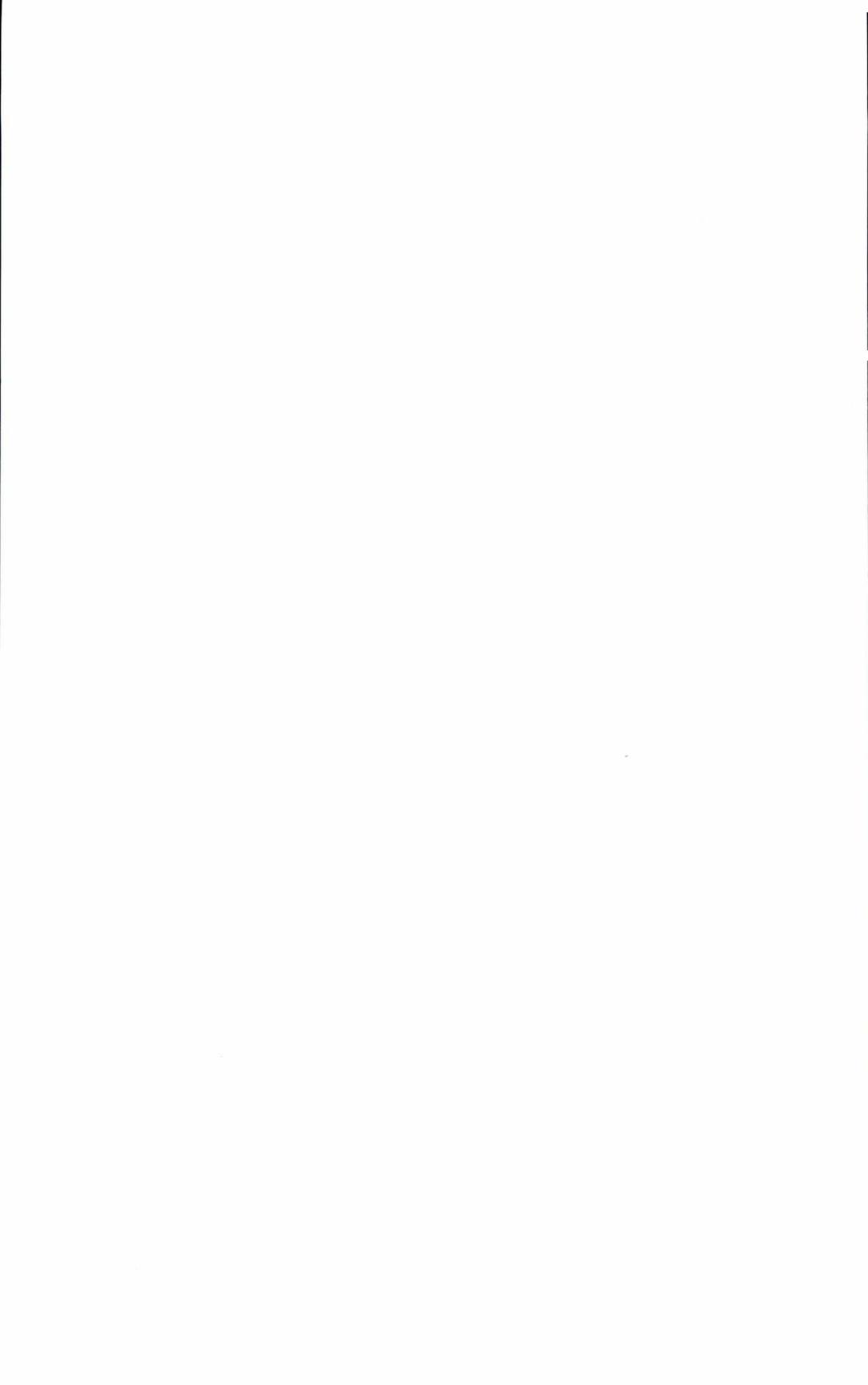
Termina el año 1975 y con él terminan muchas esperanzas de una rápida transición a la democracia. También se enfrían considerablemente las relaciones entre el Cardenal y el Jefe de la Junta de Gobierno. Un obispo le recalca en esos días: “Hay una desconfianza mutua (con el general Pinochet) y el señor Cardenal no lo disimula”. En realidad sería mucho pedirle eso de disimular,

algo que no ha aprendido nunca, y, en verdad, ya se va haciendo un poco tarde para aprenderlo. Tiene casi 69 años...

CAPÍTULO OCTAVO

**La voz de los que no
tienen voz**

(1976-1978)



La Vicaría de la Solidaridad

La Vicaría de la Solidaridad nace en momentos de gran tensión entre la Junta de Gobierno y la Iglesia. Recordemos que, en septiembre de 1975, el obispo Camus, en conversación “off the record”, que luego es conocida por todos, tiene apreciaciones sobre el gobierno y los gobernantes que producen indignación en el Edificio Diego Portales; en noviembre siguiente logran salvoconducto para salir al extranjero los jefes miristas Andrés Pascal Allende y Nelson Gutiérrez, refugiados en sendas embajadas, y se acusa a los sacerdotes Fernando Salas, Patricio Cariola, Rafael Maroto, Gerardo Whelan, John Philip Devlin y Fernán Donoso de haberles ayudado a refugiarse; ese mismo mes el general Pinochet pide la disolución del Comité Pro Paz, que es finiquitado por el Cardenal a fines de diciembre.

El 1° de enero de 1976 nace la Vicaría de la Solidaridad, perdiendo el carácter ecuménico de sus componentes, para ocuparse de los mismos asuntos que llevaba el Comité. El sacerdote Cristián Precht, Secretario Ejecutivo del primero, pasa a ser Vicario de la otra institución.

Los obispos agradecen a Precht y demás abnegados oidores del Comité con estas palabras:

“Gracias a ustedes y pese a inevitables limitaciones, millares de chilenos, en horas de angustia y aflicción, pudieron contar con una ayuda jurídica, económica y moral que les permitió ser defendidos en la mejor forma posible dentro de las prácticas vigentes...”

Deberán continuar su misión de servicio al hombre que sufre hambre, desnutrición, injusticia. Como dice una declaración de la época:

“La Vicaría busca comprometerse solidariamente con su dolor, compartir su sufrimiento, ayudarlo material y moralmente, reconfortarlo y acogerlo.”

Monseñor Precht hace memoria:

“Yo tenía 34 años y el Cardenal estaba inquieto por el término del Comité Pro Paz. Entonces me dijo: ‘Vamos a crear una Vicaría especial’. Luego me pidió que continuara en esas labores, ahora como Vicario.”

El gobierno se da cuenta de que el pequeño Comité se va a transformar en una organización mucho más importante y todo por culpa de una orden precipitada e inconsulta. El general Pinochet desea saber los alcances de la labor que desarrollará la Vicaría y el Cardenal concurre a visitarlo. De la conversación fluye que el nuevo organismo podría ser también disuelto y el Pastor de Santiago contesta con vehemencia:

“¡La Iglesia va a defender esto! ¡Ustedes no pueden impedir la Vicaría y si tratan de hacerlo, yo voy a poner a los refugiados debajo de mi cama, si es necesario!”

El Cardenal recuerda esos días y comenta:

“El Gobierno me respetó porque era jefe de la Iglesia, porque era el Cardenal.”

Talquino y, además, Silva, no era fácil doblarle la mano.

Con la experiencia ganada y con el aumento de solicitudes de ayuda de diferente naturaleza, la Vicaría no actúa únicamente como servicio asistencial, legal, material y moral de los afectados por la represión, sino que crea otros departamentos para otorgar

asesoría a los campesinos, defender los derechos básicos de los trabajadores y ofrecer a las personas necesitadas comedores, bolsas de cesantes y clínicas.

En los años 1976 y 1977 atiende, en Santiago y provincias, alrededor de medio millón de chilenos. Un éxito demasiado grande hace surgir inmediatamente, como pasó siempre con las iniciativas del Cardenal Silva Henríquez, críticas, en este caso por causa del personal contratado en la Vicaría.

Monseñor Precht, uno de sus colaboradores que mejor lo conoce, comenta:

“Al Cardenal le gustó siempre rodearse de personas con las que no era absolutamente necesario que se entendiera, pero que le daban la posibilidad de tener una representatividad completa del pensamiento, siempre que tuviera, eso sí, total confianza en su lealtad. Más de una vez lo oí decir: ‘Quiero que mis colaboradores piensen distinto, que sean gente representativa y diversa para hacer efectivamente una Iglesia.’”

Y añade el Vicario:

“Él siempre fue una personalidad muy fuerte, y muy grande, para entenderse con diferentes colaboradores, sin que se provocaran disensiones o dificultades. Él siempre ha sabido tratarlos con una mezcla de cariño y confianza, como arma final que convence y desarma.”

La opinión de Cristián Precht es valiosa y acertada. Todavía tiene algo más que decir y lo hace con lucidez:

“El Cardenal fue siempre un organizador audaz y visionario, de mucho impulso. Le dio eficacia temporal a las cosas que se estaban haciendo en el Arzobispado. Sus Vicarías fueron tremendamente originales, y hablo de la Iglesia Universal. Tiene un sentido especial para

escuchar lo que va haciendo el Espíritu en la historia, a lo que agrega algo fundamental: la audacia para ponerlo en práctica. Cuando el Cardenal siente, intuye, que algo es de Dios, aunque no le vaya totalmente cómodo con su personalidad, lo realiza sin dilaciones, convencido de que así se impone una voluntad superior.”

Termina monseñor Precht con unas frases que explican inteligentemente actuaciones del prelado que para algunos, más de una vez, fueron calificadas de “locuras”:

“Hay muchos casos en que el Cardenal rompe sus moldes, porque siente que hay algo poderoso que se le impone: el sentido de la historia, el sentido de la Iglesia, el sentido del hombre, y yo encuentro que esa característica suya es una de sus genialidades.”

La Iglesia no puede callar

El Cardenal Silva Henríquez es un Pastor que jamás callará las verdades que debe decir.

Ese mes de febrero de 1976 está en Cartagena, playa popular vecina a Santiago, y dice en una misa dominical:

“Cristo nos dice, tú tienes que hablar, tú tienes que proclamar la verdad..., tarea tan superior a las fuerzas humanas, llamar a un hombre que será contradicho, al que, como Pablo, le van a decir, tú decías ayer sí y hoy dices que no, tú eres chueco, tú atornillas al revés. Palabras que nosotros oímos, mis queridos hijos..., debemos ser también muchas veces perseguidos; es la

condición de ser el emisario de Dios; tal es la condición del que predica al Señor que viene a decirles a los hombres, cuando a veces no quieren oírlo, esto no es lícito... ”.

En otra capilla popular, en la de Puente Alto, el prelado insiste en abril siguiente:

“No tenemos ninguna misión política, se lo decimos a Chile entero, no queremos ser políticos; no es que la política sea un daño ni sea un mal, la política, mis queridos hijos, bien llevada, es bendecida por la Iglesia..., pero no le toca a la Iglesia dedicarse ella...”.

Luego un anhelo le sale de lo profundo de su corazón:

“Quisiéramos que en esta tierra existiera este ideal de justicia y de paz, de libertad verdadera...”.

Siguiendo estos contactos con los obreros, impedidos de organizar sus manifestaciones, el 1º de Mayo de ese año los reúne en la Catedral de Santiago para celebrar el Día del Trabajo Cristiano. Hay algunas cosas que aclarar, hay algunas verdades que decir. Desde hace dos años se usa y abusa del peligro comunista con fines de limitación de las libertades y de los derechos fundamentales:

“¡Cuántas veces —exclama— se ha acusado a la Iglesia de estar sirviendo o de haber sucumbido al marxismo, sólo por salir en defensa del derecho de los desvalidos...! ¡Qué inexplicable ceguera es la que no permite ver que así, tachando de marxista a todo aquel que lucha por el pobre, se arroja en brazos del marxismo a la gran masa de los desposeídos y desesperados!; la Iglesia no puede callar. Sería como traicionarse a sí misma...”.

El 22 de junio es una fecha que el prelado no puede dejar pasar en silencio: se cumplen diez años desde el fallecimiento del obispo de Talca, Manuel Larraín Errázuriz, la voz más clara del Episcopado chileno en materia de derechos sociales, la autoridad de la Iglesia Latinoamericana que más luchó por dar a conocer en el país y en el Continente las encíclicas que comienzan en 1891 con “Rerum Novarum”; el defensor y abogado de los jóvenes de la Falange Nacional a punto de ser condenados por la jerarquía; la conciencia crítica de la clase alta chilena, acostumbrada y satisfecha con el ejercicio de cierta paternalista caridad hacia los más necesitados, sin reparar, muchas veces, en los estrictos e insustituibles deberes de la justicia.

Vuelve a Talca en peregrinación algo melancólica. Pasan por su recuerdo los días de la niñez del muchachito tímido al lado de la mamá; del joven sacerdote; del Padre Silva y sus inquietudes y realizaciones. Se da vuelta un poco hacia el lado de la Cordillera y los ojos del sentimiento vuelan con imágenes del pueblo de San Clemente; hace lo mismo hacia el sur, más allá del caudaloso río Maule, por campos vecinos al Molino de Loncomilla, llenos de sol y de bordoneo de abejas. Se sobresalta un poco..., está frente a la hermosa Catedral de Talca construida por el obispo Larraín “con las promesas de los ricos y el dinero de los pobres”, como dijera alguna vez el mismo sacerdote de figura menuda y nerviosa.

“Don Manuel amó a la Iglesia apasionadamente. Y concretamente.”

La voz del Cardenal Silva Henríquez tiene el ligero temblor de los recuerdos que salen de muy adentro.

“La amó en el Papa, a cuya persona y autoridad profesó la más fiel adhesión. La amó en sus obispos, en su fraterna colegialidad, en la figura de Padre y Maestro, de Pastor y Pontífice que él encarnó ejemplarmente. La amó en sus sacerdotes y seminaristas, que lo sintieron siempre cercano y suyo. La amó en sus religiosos y religiosas, comprendiendo y estimulando su sed de Absoluto y su

testimonio profético del Reino de los Cielos. La amó en sus laicos, creyendo en ellos y llamándolos a participar, en comunión jerárquica con sus obispos, de la misión evangelizadora de la Iglesia. La amó, especialmente, en sus pobres, cuyo desvalimiento excitó, en su corazón de Pastor, un inagotable caudal de justicia y misericordia. La amó en su pasado, bebiendo cada día de su auténtica tradición. La amó en su presente, con esas miserias de hoy y de siempre, que duelen a quienes la aman, pero les corroboran también su origen divino. La amó en su futuro, contribuyendo poderosamente a anticipar su nuevo rostro y ofreciendo su vida para que fuera el rostro sin mancha ni arruga de la Esposa de Cristo. La amó trabajando, orando y sufriendo. La amó pensando y enseñando. La amó en su diócesis y en su patria, en Latinoamérica y Europa, solícito por todas las iglesias, con su corazón de las dimensiones del mundo. La amó, también y sobre todo, cuando la fidelidad a ella le pidió quedarse en la Cruz.”

Inspiradas palabras, justicieras palabras para recordar a quien muchos cristianos veían en 1961 como futuro Arzobispo de Santiago y Cardenal de Chile.

Hay un párrafo final de la homilía cardenalicia que acerca a estos dos hombres de Iglesia talquinos: uno de nacimiento, el Cardenal, el otro de adopción, el Obispo; que los acerca y une en una misma Cruz. Es el relacionado con la incomprensión y las críticas acerbas que ambos recibieron durante su ministerio:

“Don Manuel bebió de su cáliz amargo, fue acusado de hacer política y demagogia, de traicionar su ministerio pastoral. ‘Ante la majestad de la muerte —deja estampado en su testamento— afirmo que no he hecho ni lo uno ni lo otro. He cumplido con un deber de Iglesia: trabajar para que la clase obrera retorne al seno de su Madre que la aguarda. La Iglesia tiene

su doctrina social. Debe enseñarse con valentía. Debe aplicarse con decisión. Muchos no me han comprendido en esta posición'.”

Hay que volver al presente. El Pastor regresa a Santiago y se sumerge nuevamente en los problemas del momento.

¿Cómo van los acontecimientos nacionales? “Chile vive horas difíciles pero con esperanza”, afirma al diario francés “La Croix”, a mediados de julio.

Los sectores populares son los que más sufren la restricción de derechos, el hambre, la cesantía. Esto ha creado, como contrapartida, una corriente de solidaridad y un retorno a la Iglesia, un aumento de la confianza en sus Pastores. Es lo que sucede siempre en períodos difíciles. Los sacerdotes trabajan lejos del bullicio de jornadas anteriores y de las engañosas voces de la política contingente. Su labor atrae a los jóvenes y han aumentado las vocaciones. En octubre de ese año se inaugura el nuevo edificio del Seminario Mayor, en La Florida, con una capacidad de 80 alumnos, que pronto se copa.

Los caminos de la paz

“Horas difíciles, pero con esperanza”. Y qué difícil es cultivar la esperanza en medio de signos contradictorios, seguridades que a diario se reciben del gobierno —y se dan por el gobierno en los organismos internacionales— y de las realidades misteriosas de los desaparecimientos de personas que no han cesado desde el mismo 11 de septiembre de 1973.

La Vicaría de la Solidaridad, con todo su equipo, está alerta y en constante actividad, frente a una activísima policía secreta constituida en la CNI (Central Nacional de Informaciones),

organismo sucesor de la DINA, que no cesa en su persecución de eventuales o supuestos transgresores de la ley. Es así como recién en mayo de 1977 ha encarcelado al abogado de esa Vicaría, Hernán Montealegre, y en agosto ha expulsado del país a los juristas Jaime Castillo y Eugenio Velasco. Pero ese mes de agosto no va a terminar tan fácilmente. Tres obispos chilenos que han debido abandonar por “insólita” intervención de la policía una reunión celebrada en Riobamba, Ecuador, son vejados en Santiago al desembarcar en el aeropuerto de Pudahuel. Un grupo de personas, organizadas por elementos de la DINA, lanza piedras, insultos y apalea a los sacerdotes. El Comité Episcopal protesta enérgicamente, acusa a la DINA y recuerda que quienes ejercen violencia contra la persona de obispos o arzobispos incurrir automáticamente en ex-comunión.

De más está decirlo, las autoridades no encuentran “culpables” a pesar de la diligencia empleada...

La Vicaría recibe de los obispos casos de desaparición de personas, recopila antecedentes y presenta recursos ante los Tribunales de Justicia. Lo hace en agosto y septiembre de 1976; se ordenan investigaciones exhaustivas y luego, silencio, o se deniega la designación de Ministro en Visita. Y cuando en noviembre de ese año la Junta de Gobierno libera a algunos detenidos no figuran entre ellos los llamados “detenidos-desaparecidos”.

La opinión pública se conmueve. El Cardenal expresa en la homilía “Los caminos de la paz”, del 18 de Septiembre, en una Acción de Gracias Ecuménica:

“Siempre nos amenaza la tentación de creer más bien en el odio... El odio se hace así inseparable de la violencia y ésta le presta su forma atractiva y seductora, como si fuera el único o el mejor camino.”

Los miembros de la Junta de Gobierno oyen en silencio. El Prelado agrega algo más y su voz retumba en los muros del viejo edificio:

“La paz es la tranquilidad en el orden y no puede haber orden ni tranquilidad sin libertad... Un orden que se obtuviera a costa de la libertad sería un contrasentido. Y el pueblo objeto de ese orden ya no sería pueblo, sino masa.”

Sigue un silencio expectante:

“No es necesario inventar un camino: nuestra más pura tradición democrática y republicana es el camino. A nosotros nos toca reconquistarla y readecuarla a situaciones siempre cambiantes. Educándonos en el ejercicio de nuestra libertad, asentamos el cimiento profundo de la solidaridad y seguridad nacionales.”

Termina el Te Deum. Los cuatro miembros de la Junta de Gobierno saludan secamente y abandonan el recinto sagrado. El Cardenal vuelve al altar.

Un mes después, en octubre, Orlando Letelier, ex Ministro de Defensa Nacional y ex Embajador de Chile, es asesinado en las calles de Washington. Y en noviembre son detenidos y luego desaparecen doce dirigentes del Partido Comunista.

Detengámonos. Algo se ha quedado atrás. En mayo de 1976, el Cardenal Silva Henríquez ha vuelto a Europa. En su viaje hay otros dos puntos donde le espera un reconocimiento a su ya destacada labor en materia de defensa de los derechos humanos: Panamá y Estados Unidos de América.

El 5 de junio, el “Williams College”, de Williamstown, Massachusetts, lo distingue con el grado de Doctor Honoris Causa en una solemne ceremonia. Los diarios norteamericanos lo pintan como *“fornido, de regular estatura, con ojos oscuros que escudriñan bajo gruesas cejas”*.

Y este “hombrecito” se agranda cuando su voz suena enérgica para defender los derechos fundamentales de la persona:

“Liberar a los hombres de todas sus opresiones es la tendencia más fuerte que se observa en la humanidad moderna y es también la tarea más noble que se nos propone a hombres, instituciones y pueblos en el día de hoy.”

Es una soleada mañana de domingo, cerca del mediodía, y las hojas de los árboles se mueven levemente.

“Hay que rescatar la supremacía del hombre —continúa el purpurado venido del extremo del continente americano—, la inviolabilidad de toda persona humana, la intangibilidad de todos sus derechos...”

Luego, una queja, al primer país del planeta:

“Nos maravillamos, señores, de que en un mundo donde todo el conocimiento y la técnica han hecho tantos progresos, lo único que parece no está en el mismo nivel del adelanto científico y material son las relaciones humanas... Unir el desarrollo material con el desarrollo moral, hacer que la justicia sea tan buscada como la técnica o el avance científico, son los desafíos de la humanidad de hoy, son las exigencias de la supervivencia del hombre sobre la Tierra, son las bases de la paz.”

Los oyentes de esta tradicional región vecina a Boston ponen atención y recuerdan lo escrito por el Cardenal Joseph L. Bernardin, Presidente de la Conferencia Episcopal de los Estados Unidos:

“Defendiendo la dignidad de los derechos del pueblo, en palabras y hechos, el Cardenal Silva ha llegado a ser un símbolo de valentía y misericordia para los oprimidos, y los obispos de los Estados Unidos América lo acompañan solidariamente.”

Una Pastoral para los obreros

En el primer semestre de 1977 el Cardenal tiene otro de sus aciertos: crea la Vicaría de la Pastoral Obrera y la entrega a la responsabilidad del Vicario Alfonso Baeza.

En la década del 30 es evidente que la encíclica “Quadregesimo Anno” es el punto de partida de los intelectuales católicos para inspirar y basar en documentos pontificios sus inquietudes sociales y políticas. Pero esto, en general, no alcanza al obrero.

Aunque desde los tiempos del Cardenal Caro se nota en la Iglesia chilena una inquietud por catequizar a las familias obreras, por atraerlas, el avance es lento y los resultados, limitados. No se alcanza a la masa, sino a pequeños grupos cuando se celebra a San José Obrero y hay que llegar a la década del 60, con la presencia de sacerdotes en las poblaciones aledañas a Santiago, para que el pueblo comience a confiar en la Iglesia y en sus representantes.

La Vicaría de la Pastoral Obrera no es, pues, el inicio de un proceso, sino su culminación. El Cardenal recuerda:

“En un momento dado me di cuenta de que nada sacábamos con tener 200 a 300 personas en las celebraciones anuales del trabajo. Se necesitaba un organismo, una Vicaría, que se dedicara nada más que a los obreros, a colaborar con ellos, a ver sus intereses, a defender sus derechos, porque no son seres que no tengan derechos. Pienso que su creación fue un paso enorme que nos dio credibilidad en ese sector tan numeroso e importante del país. Nació de una necesidad pastoral evidente.”

Así se va creando una vinculación y en los días de problemas los trabajadores consultan, se dirigen en busca de apoyo a la Iglesia, como algo natural, poniendo fin a largos años de desconfianza, a la idea de que se trata de una Iglesia para la clase alta.

Porque, en realidad, hasta entonces, cuando un sacerdote habla al pueblo se le oye a la distancia y, en general, se piensa que habla con mentalidad burguesa, sin entender problemas que le son ajenos. No es habitual estar diariamente con los pobres, convivir con ellos, conocer sus necesidades, su pobreza, su miseria, sus luchas, y hacerlas propias.

Al crear esta Vicaría, el Cardenal se muestra nuevamente como una persona de gran intuición. Si la Vicaría de la Solidaridad llega cuando no existe otro poder que oponer la violación de los derechos humanos, la Vicaría de la Pastoral Obrera nace para dar unidad y fortaleza a una serie de iniciativas eclesiales dispersas destinadas a una masa obrera marginal, cesante, atropellada en sus derechos sindicales, con poblaciones recién creadas —La Victoria, Lo Valledor, La Bandera, João Goulart—, a veces mediante tomas de terrenos, con parroquias absolutamente desbordadas y sin los medios para encauzar fuerzas desatadas.

El Cardenal trata de disminuir la importancia de su actuación en esta materia:

“¿Yo un gran organizador?... No hay que exagerar las cosas... Nunca hice algo preestablecido, programado. Yo soy un trabajador, un pescador..., y tengo que hacer lo que puedo hacer. La idea que uno tiene es evidentemente de mejorar, pero nunca tuve un plan preconcebido para hacerlo... —y continúa—: Claro que el Concilio dice que tenemos que meternos en las cosas y llegó el momento en que alguien se metía o nos quedábamos afuera..., pero para eso no hacía falta hacer sindicatos cristianos.”

Este Príncipe de la Iglesia que a veces alza la voz, no tanto por orgullo sino por su carácter impetuoso, tiene esa cualidad de la humildad que no le reconocen aquellos que lo miran desde lejos, sin verlo.

Conviene recordar que la Vicaría de la Pastoral Obrera ha sido la primera de su especie en el mundo.

Y así llegamos, ese año 1977, a la oportunidad que el Pastor tiene cada año para decirles ciertas verdades a las autoridades: el Te Deum del 18 de Septiembre.

Una semana antes, el 11 de septiembre, y como lo ha estado haciendo últimamente, la Iglesia le advierte al gobierno que no desea se le incluya en los “actos litúrgicos” programados oficialmente por esa autoridad; que éstos deben celebrarse por capellanes de las Fuerzas Armadas en recintos militares.

El tema en la ceremonia ecuménica del 18 de Septiembre de 1977 es, como desde hace años, el mismo: la paz, los derechos fundamentales, la libertad. Y cada vez el prelado insiste en ellos, con una esperanza siempre renovada, con una fe en la bondad de su causa que debería conmover a quienes le escuchan, ablandar sus corazones:

“Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos que el hombre esté hecho para combatir al hombre, que las guerras sean inevitables, y que nuevas formas de convivencia y organización social deben o puedan levantarse sobre las ruinas de todas las anteriores. Nosotros no creemos, nosotros no aceptamos que la violencia homicida sea el motor de la historia.”

Diez días después, el 29 de septiembre, el Cardenal Silva Henríquez celebra su 70º cumpleaños.

¡Cómo han transcurrido rápido estos 15 años de Cardenal! ¡Cuántas cosas, cuántas situaciones difíciles, cuántas responsabilidades se han atropellado las veinticuatro horas de cada día para ocupar su sitio en ese corazón vehemente, en esa cabeza tranquila, en esos hombros ya caídos, hechos para cargar la Cruz!

Cada período de la historia patria tiene sus constructores. Mirados a través de la niebla del tiempo, unos aumentan su estatu-

ra, otros la disminuyen. ¿Qué irá a decir la historia —me pregunto— del septuagenario sacerdote vestido con dorados ornamentos que camina por el pasillo central de la Catedral, con ese paso algo cansino, un tanto lento, entre los vítores de su pueblo?

Él alza en las gradas del altar una voz que ya le conocemos, y nos dice, con un sentimiento que trata de contener:

“Desde esta altura de mi vida, mirando a los años pasados, siento el deber de recordar a tantos. No los voy a enumerar. Mi madre, mi padre, mis hermanos, mi familia, tantos que me han hecho el bien, tantos. No los voy a enumerar —repite— porque son una pléyade. Voy a orar por ellos y os pido a vosotros que oremos, oremos especialmente —su palabra se entenece— por la mujer que fue mi madre y de la que hoy se cumplen veinte años precisos del día de su fallecimiento.”

Se sobrepone. Es el Pastor quien continúa:

“Hoy nos encontramos en Chile en una situación difícil. Todos los pueblos, mis queridos hijos, pasan por situaciones semejantes. Nosotros no podemos rehuirla ni podemos lamentarnos, no podemos ponernos a llorar. Tenemos que afrontar el dolor, la prueba que el Señor nos depara.”

Pero el Arzobispo tiene setenta jóvenes años y una mirada siempre optimista hacia el futuro:

“Con la gracia bendita del Señor esperamos seguir caminando por el sendero que Él nos ha señalado. Nos sentimos orgullosos, nos sentimos alegres de caminar con Él.”

Y el pueblo sabe que está ante un hombre de Dios. Un hombre que poco después entrega un hermoso mensaje en el Día del

Anciano. Es el 15 de octubre; vale la pena recordar algunos de sus párrafos:

“La comunidad necesita a sus ancianos. Muchas veces son, en su pobreza, en su enfermedad, en su soledad, una presencia de Cristo el Señor que nos visita.”

Y continúa:

“Especialmente ellos tienen que enseñarnos el arte de morir en paz. De acercarnos, con santo temor de Dios, con serena confianza de hijos, a ese día improrrogable en que el Padre nos llamará a su Casa para que vivamos con Él.

“La ancianidad es un prelude de la eterna juventud. Cada anciano nos recuerda que el vigor del hombre es precario y finito. Pero los ancianos que saben morir en la dulce alegría de la fe, elevan nuestros corazones hacia un mañana infinito, donde gustaremos la vida de ese Dios que es la alegría de nuestra juventud.”

Para enseguida terminar solemne:

“Un pueblo que ama y respeta a sus ancianos es un pueblo que posee la sabiduría”.

En esos días se efectúan las elecciones de las nuevas autoridades de la Conferencia Episcopal. El Arzobispo de La Serena, Juan Francisco Fresno, que ha tenido la Presidencia en 1976 y 1977, la entrega al Arzobispo Francisco de Borja Valenzuela, por el período 1978 y 1979. Pero es Monseñor Fresno quien deberá compartir, en los dos meses que aún le quedan, con el Cardenal Silva Henríquez, varios problemas que se presentan en esos días finales del año 1977.

El primero es el allanamiento de la Casa de Ejercicios del Arzobispado de Santiago, San Francisco Javier, el 16 de noviem-

bre. Personal, con y sin uniforme, armado de metralletas, invade los departamentos propios de las religiosas sin exhibir documentos ni órdenes. Se manifiesta públicamente al gobierno “preocupación y dolor” por el atropello que sirve a la policía para fotografiar a líderes sindicales y profesionales, ahí reunidos con el permiso respectivo y el conocimiento de la comisaría vecina.

La Consulta Nacional de 1978 y una emergencia que se alarga

Cada año, mientras dura el gobierno surgido el 11 de septiembre, las Naciones Unidas lo acusan de violar los derechos humanos, en largas sesiones que comienzan en la comisión respectiva y terminan en la Asamblea General. La resolución aprobada en diciembre de 1977 parece especialmente grave a las autoridades chilenas y el 23 de diciembre, en forma sorpresiva, se resuelve convocar a una Consulta Nacional para el 4 de enero de 1978.

Se aprovecha, rápidamente, para incluir en ella una materia distinta que interesa muchísimo al general Pinochet: un juicio sobre su gestión de gobierno, envuelto en un solo SÍ o NO que también alcanza a un eventual agravio a la dignidad nacional por las Naciones Unidas.

El Comité Permanente del Episcopado, al que pertenece por derecho propio el Arzobispo de Santiago y Cardenal de Chile, pide al gobierno suspender o postergar el acto cívico, “hasta que se puedan crear condiciones más favorables para su validez moral”, lo que, por supuesto, no se consigue.

En carta a cada uno de los miembros de la Junta de Gobierno del 30 de diciembre, se resumen así las objeciones:

“Nos parece que la ciudadanía no se encuentra suficientemente informada, ni sobre el texto de la

condenación pronunciada por ese organismo, ni sobre las atribuciones propias de él. En segundo lugar, la formulación misma de la consulta es polivalente, al encerrar varias preguntas que, por lo mismo, pueden admitir respuestas diferentes. Su misma ambigüedad no permite prever a qué consecuencias podría llevarnos una respuesta mayoritaria en uno u otro sentido. En tercer lugar, la propaganda insistente y unilateral representa una forma de presión psicológica sobre las conciencias y desvirtúa, por lo tanto, el valor y sentido de la consulta misma. Y por último, el encontrarnos en estado de emergencia impide el libre conocimiento y difusión de todas las opciones, creando por lo mismo temores —fundados o no— para emitir el juicio con plena libertad.”

Es útil recordar estas razones. Ellas se repetirán en el plebiscito siguiente y los obispos chilenos se dan cuenta de que el gobierno autoritario ha mostrado sus verdaderas intenciones, muy diferentes a las que proclamara al subir el 11 de septiembre de 1973. Se advierte ya el deseo inconfundible de conservar el poder por un largo tiempo, sin relación directa con los propósitos primitivos. La preocupación es asegurar la discutida legitimidad del Gobierno.

El Cardenal ha conversado varias veces, en privado, con el general Pinochet. Una y otra vez ha vuelto a los mismos temas, que podrían resumirse en estos dos puntos: La situación del país mejoraría si los derechos humanos y los derechos sindicales fueran más respetados, condición indispensable para pacificar el país. Enseguida, un Estado de emergencia no puede durar indefinidamente y la normalización del país trae sacrificios que deberían ser compartidos por todos, sin llevar al atropello de las personas.

Este atropello ha continuado sin detenerse, especialmente en 1976 y 1977 con redadas de militantes socialistas en un caso y comunistas en el otro.

La Vicaría de la Solidaridad trabaja incansable y eso le trae dificultades con la CNI. Pero el Cardenal tiene confianza en su labor y la justifica con estas palabras a la televisión holandesa, en enero de 1978:

“La Vicaría de la Solidaridad tiene por fin mantener vivo y operante en la Iglesia el sentido de la caridad evangélica... Cuando un hombre sufre, yace desvalido, golpeado e impedido de salvarse a sí mismo, cuando necesita de misericordia y de amor solidario, la Iglesia no pregunta a qué raza, religión o ideología pertenece el que sufre... Es un hombre que sufre y la Iglesia sufre con él.”

Por supuesto que esto no lo entiende así la Junta de Gobierno, y la Vicaría seguirá siendo un constante punto de fricción.

Ese año 1978 se ha iniciado con una nota de pesar: el fallecimiento sorpresivo del Nuncio Sótero Sanz de Villalba, a mediados de enero, luego de siete años de permanencia en Chile y en el momento de haber sido trasladado a México. Para muchos es el período más crítico de la historia de Chile en lo que va corrido del siglo: tres años del Gobierno de la Unidad Popular y los primeros cinco años del Gobierno Militar.

En 1978 existe preocupación, además, por la situación económica y por diversas medidas, muy discutidas, que luego se revelarán perjudiciales para el país, en particular para su clase trabajadora. Así lo recuerda el Pastor el 1º de Mayo, en la festividad de San José Obrero:

“Nos inquieta el anuncio de algunas medidas económicas, en las que el grueso de la clase trabajadora percibe un desconocimiento o pérdida de conquistas laboriosamente adquiridas.”

Se producen quiebras, se habla de especulaciones lesivas al interés del país, se fomenta, sin aumentos de la riqueza, la adqui-

sición de bienes, especialmente suntuarios importados. El prelado no puede cejar de tocar el tema, en la misma oportunidad:

“Es difícil asegurar que la economía esté al servicio del hombre cuando ella se construye sobre el lucro como su motor esencial, sobre la competencia como su ley suprema, sobre un liberalismo sin freno en la concepción del derecho de propiedad.”

El Cardenal propone la incorporación de los trabajadores al proceso económico y un reforzamiento de la sindicalización.

La clase media también sufre y tiende a disminuir entre dos grupos extremos que se polarizan: uno pequeño formado por dueños de empresas, y de ejecutivos con altos salarios, y una masa cada vez más grande de pequeños comerciantes, industriales, empleados y obreros, cuyos hijos van quedando al margen de una educación superior pagada. Tiene razón el Cardenal: la política económica elegida no gira alrededor del hombre y de sus necesidades.

El año de los tres Papas

Entonces ocurre algo increíble.

En el curso de algunas semanas, el mundo entero contempla sorprendido a tres Papas que se suceden en el trono de Pedro: Paulo VI, muerto a principios de agosto de 1978, Juan Pablo I, Papa por 33 días, y Juan Pablo II, elegido al morir súbitamente este último a fines de septiembre. El prelado chileno debe concurrir, así, a dos cónclaves en repetidos y cansadores viajes al Viejo Mundo.

Ya conocemos su opinión sobre Paulo VI, el culto, inteligente y tímido intelectual que terminó con éxito el Concilio Vaticano II convocado por su antecesor Juan XXIII. A Pablo VI lo ha visitado,

en su lecho de enfermo, dos o tres meses antes de morir y relata así la entrevista:

“Ya él preveía su muerte cercana. ‘Son los últimos días que me quedan’, me dijo, y por el afecto que nos unía no pude contenerme y le di un beso en su mejilla y él prosiguió: ‘Usted me ha pagado con una muestra de afecto, yo le retribuyo con la misma muestra’, sentía que no nos íbamos a ver más en esta Tierra”.

De Juan Pablo I, el Cardenal Silva Henríquez se expresa así:

“Hijo de un obrero socialista y de una campesina, sencillo, directo, alguna vez desempeñó funciones periodísticas, con gran inquietud por los problemas obreros, de una humildad que queda reflejada en sus primeras palabras: elegí mis nombres de Juan XXIII y de Pablo VI, aunque no tengo el corazón del primero ni la cultura del segundo”.

La muerte de Juan Pablo I provoca en el purpurado chileno, como él dice, estupor e infinita tristeza. Nadie más que él lamenta esta desaparición y, además, por una razón especial: el Papa acababa de aceptar su intervención pacificadora entre Chile y la Argentina, en un conflicto limítrofe que amenaza con convertirse en guerra.

La idea de esta Mediación había nacido poco antes de ese mes de agosto de 1978, en el Episcopado chileno; consultada luego al Episcopado argentino y llevada enseguida a Roma. Todos recuerdan que, cuando los cardenales saludan a Juan Pablo I, la televisión muestra al Cardenal chileno más tiempo que los otros junto al Pontífice, con quien intercambia unas palabras justamente sobre el tema mencionado. Luego el Papa redactará una carta y a ella alude el Cardenal Silva Henríquez en sus declaraciones a la prensa ese 29 de septiembre:

“Precisamente hoy había de hacerse pública la carta que él escribió a los Episcopados de Argentina y Chile, alentando la obra de pacificación entre pueblos hermanos. Esa carta suya cobra hoy para nosotros todo el valor y compromiso de un testamento de paz.”

En octubre, los Episcopados chileno y argentino renuevan su petición, ahora a Juan Pablo II, el Cardenal polaco Carol Wojtyła, recién elegido Papa.

En el mes de diciembre de ese mismo año 1978, los episcopados de Chile y Argentina pedirán oficialmente la intervención papal, que es aceptada por Juan Pablo II y ofrecida a ambos gobiernos de Buenos Aires y Santiago. Estos la aceptarán inmediatamente, evitando así el conflicto bélico, y en Montevideo acordarán oficialmente la Mediación.

El 8 de enero de 1979 se firmará, en efecto, la llamada Acta de Montevideo, a fin de que el Pontífice *“guíe a ambos gobiernos en las negociaciones y los asista en la búsqueda de una solución del diferendo”*.

Las dificultades terminarán finalmente con un Tratado de Paz y Amistad entre Chile y Argentina firmado en Roma en octubre de 1984.

La excelente idea de la Mediación Papal fue llevada adelante con la tenacidad que le conocemos al Cardenal Silva Henríquez, desde que se propuso en Roma entre los cardenales argentinos y el nuestro, en medio del escepticismo, incluso en la Curia Romana, donde se temía exponer el prestigio del Papa en un asunto limítrofe que había durado casi ochenta años: *“¡Cómo vamos a pedir eso al Papa...!”*, decían algunos.

Un poema de amor y de humildad

El recuerdo de esta actuación propia de un estadista en servicio de su patria ha dejado momentáneamente atrás una celebración —el 3 de julio de 1978—, momento personal e íntimo, que muestra la faceta oculta de este hombre sentimental: el recuerdo de sus cuarenta años de sacerdocio.

Cuatro décadas han pasado desde que el joven diácono de treinta años fuera ordenado sacerdote allá en la lejana ciudad de Turín. Ahora, en la Catedral de Santiago, repleta, rodeado de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas y de la multitud de fieles que le sigue y le admira, él recuerda “la infinita delicadeza de parte del Señor” que todo previó a fin de prepararle el camino, desde el cariño de sus padres al afecto de sus hermanos, y las exigencias que en su juventud le fueron formando el carácter. El Pastor lee luego un verdadero poema de agradecimiento a Dios, que no puedo dejar de transcribir —excepcionalmente— íntegro, porque no cortaré este relato, y porque al resumirlo haría perder su ritmo creciente de emoción, de amor y humildad. Dice así:

*“Gracias por eso, Señor.
Gracias porque he respondido a tu llamado, con amor.
Gracias porque he respondido con algo de mi buena
voluntad.*

*No puedo decir, Señor,
que te he respondido con todo el afecto de mi alma
y con todas las fuerzas de mi espíritu.
No lo puedo decir. No quiero decirlo.
Pero, gracias por todo lo bueno que he hecho
a pesar de esta arcilla y de este barro que existe en mí.
Gracias, Señor.*

*Te doy gracias, también, por tu bondad infinita
que ha sabido perdonar todos los pecados
con que yo te he ofendido.*

*Gracias porque en esto, más que en ninguna otra cosa,
demuestras tu bondad, tu paternidad.*

*Gracias por todos los trabajos que me has dado:
en la vida religiosa, en el trato con mis hermanos,
en el abandono de mi familia,
en la dedicación a los niños pobres.
Gracias.*

*Todo esto, más de una vez me pareció difícil, doloroso;
y más de una vez sentí a mi lado tu voz que me daba
ánimos, que me decía:*

'No tengas miedo.

No seas cobarde.

Sigue.

*Yo quiero obrar por ti,
quiero hablar por tu voz,
quiero amar por tu amor'.*

Gracias, Señor.

*Gracias porque después me llamaste a la cumbre del
sacerdocio:*

me hiciste Obispo;

*y después me hiciste llegar a esta enorme ciudad,
a esta metrópoli, Santiago.*

Me honraste con el Capelo cardenalicio,

para pertenecer al Consejo del Santo Padre:

ser su consejero, ser su amigo, sentirme cercano a él.

Gracias, Señor,

*porque me has impuesto una carga tan superior a mis
fuerzas.*

Me he visto en situaciones tan difíciles:

*decirles a los hombres que se amen cuando el odio les
llena el corazón,*

decirles a los hombres que sean justos,

—que le den a cada uno lo suyo—
cuando la ambición los ciega,
decirles a los hombres que sepan perdonar,
cuando la venganza hierve en su corazón,
decirles que sean mansos
cuando quieren usar la violencia.

¡Qué difícil es, Señor, todo esto!
¡Qué difícil es entrar en la lucha de los hombres
para apaciguarlos,
para hacerles creer que amar es mil veces más hermoso
que odiar,
y que una vida, una ciudad, un estado, una nación,
no se construyen sino con el amor!

Gracias, Señor, porque mi débil voz
más de una vez ha hablado,
ha sonado, ha suplicado.

Ya no sé si he sido capaz de hacerme oír...
Ya no sé si en esta patria nuestra que todos amamos
—por la cual Tú has puesto en mi corazón
un inmenso amor—
mi voz ha sido capaz de sembrar
semillas de bondad, de paz y de comprensión.
No lo sé.
El fruto no se debe al esfuerzo.
te lo debo a Ti, Señor.
Haz Tú fructificar esta semilla,
te lo pido humildemente.

No soy nada.
Tú no puedes querer, Señor,
que todo el esfuerzo de este hombre
que Tú llamaste a tu servicio,
sea inútil.

*Por tu amor, por tu bondad,
haz que se cumpla la palabra
de tu sacerdote:*

*te pido que crezca el amor,
que llegue la comprensión,
que los hombres sean hermanos,
que se acabe la violencia,
que se termine la guerra.*

*Señor, te lo dice el pobre niño
que Tú llamaste hasta aquí,
y que ha dejado muchas cosas
por seguirte.*

*Tú no puedes dejar de responder a este llamado.
Tú eres mi Padre, Tú eres mi amor,
el único amor de mi vida.*

*Gracias, Señor,
por mi impotencia, por mi debilidad.
Te pido serte fiel siempre
a pesar de todo ello.*

*Te pido que me incline ante la verdad:
que yo lo manifeste;
que no me deje vencer ni aun por el afecto
que yo les debo a los más pobres,
y a los más humildes;
que no me deje vencer por no ver la justicia;
que la vea, que la sirva,
aunque a veces sea doloroso el servicio,
el estar siempre a Tu servicio.*

*Tú, Señor, eres el Camino, la Verdad y la Vida.
¡Déjame, Señor, seguir este Camino,
déjame vivir esta Verdad,
déjame llegar a esta Vida que me espera!*

*Te lo pido humildemente,
por el amor que yo siento.
Así sea.*

¡Qué don tan excelente es la libertad!

Es un grito que le nace del corazón.

Cada uno de sus períodos de Arzobispo y Cardenal ha llegado con preocupaciones especiales. Cuando recién se hace cargo de la Arquidiócesis de Santiago, debe ordenarla y modernizarla; luego viene el Concilio Vaticano II y sus inquietudes cobran dimensión mundial; la década del 60 ve a una Iglesia chilena desmoralizada en muchos de sus miembros, haciendo frente a novedades y peligros que llegan de todas partes; la década del 70 acelera la atracción de un socialismo entre fieles y clero que no puede terminar bien; la revolución del 11 de septiembre es un golpe muy fuerte que todo lo remece y la Iglesia se reconcentra, se repliega en sí misma, en espera de una nueva oportunidad para la palabra de Dios. Pero el péndulo ha ido demasiado lejos y el hombre ve atropellados nuevamente su libertad y sus derechos, aunque ahora con otro signo.

El Cardenal vive la angustia de la violación masiva de los derechos humanos.

Lo dice en su homilía del 18 de Septiembre de 1978 y comienza con la frase: *“¡Qué don tan excelente es la libertad!”* Se titula: “Las armas de la paz” y se le escucha en medio de un gran silencio.

Él es justo y sabe que los abusos no son sólo de Chile; se han generalizado en el mundo:

“En todos los continentes y bajo los más diversos regímenes, el hombre se pregunta, desolado, si su destino será yacer sacrificado a intereses estratégicos, económicos

e ideológicos que no alcanzan a sumar, todos juntos, el valor de una vida humana.”

Él busca la paz, bien supremo del hombre:

“Y todo el esfuerzo de la Iglesia en estos últimos años, su constancia en evangelizar la verdad, la justicia y la libertad, su perseverancia en defender los derechos consustanciales al hombre, su firmeza en denunciar los errores que presumen ignorarlos, las violaciones que pretenden suprimirlos, nacen de su pasión por la paz y de su anhelo de que ella se construya, en nuestra patria, sobre fundamentos sólidos e inamovibles”.

Él sabe que, sin embargo, se está lejos de la paz:

“¡Nos queda tanto por hacer para que Chile llegue a ser ese país de hermanos donde todos encuentren pan, respeto y alegría! ¡Quedan todavía tantas animosidades, tantas heridas!”

Y esto en pleno año de los Derechos Humanos.

El Cardenal ha leído con detención un informe de la Vicaría de la Solidaridad —del 15 de septiembre— relativo a la situación de los Derechos Humanos en Chile. El Vicario Precht sabe en detalle todo lo que sucede. Hasta tarde en la noche ha ordenado tantas cartas, tantas denuncias de gente humilde, con letras difíciles de entender, con enmiendas y borrones. La persecución continúa, la gente desaparecida luego de haber sido arrestada —613 entre 1975 y 1977— no vuelve jamás a sus hogares y nadie responde por ellos.

Continúa la violación de derechos fundamentales como el derecho a la vida, a la libertad y seguridad personal, a la integridad física, a un proceso regular.

Pero, hay que reconocerlo, en 1978 ya no desaparecen los chilenos. Un grupo de sacerdotes le escribe:

“Ya no se atreven, por el precio del descrédito ante la opinión pública nacional e internacional. Y creemos que la denuncia pública y concreta cumplida por la Iglesia ha jugado aquí un papel decisivo”.

Se ha fijado 1978 como el año de los Derechos Humanos, al cumplirse treinta años de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, y el Cardenal organiza un Simposio para el mes de noviembre. Ya en el mes de abril se refiere a los 15 años de la Encíclica “Pacem in Terris”, calificada por él de “*Carta Magna que la Iglesia ofrece a la Humanidad para obtener el pleno desarrollo dentro del respeto de los derechos de todos*”.

El 22 de noviembre inaugura el mencionado Simposio en la Iglesia Catedral de Santiago ante una numerosa asistencia que cuenta con más de cien personalidades extranjeras.

Hay quienes atacan de antemano la reunión y descalifican una “supuesta sistemática violación de los derechos humanos fundamentales”. El Cardenal aclara:

“Nuestro empeño por salvaguardar irrenunciables derechos puede ser interpretado como interferencia o complicidad política... Tales peligros no pueden inhibir nuestra acción”.

Vienen enseguida unas líneas de gran lucidez:

“La paz es fruto de la justicia... La paz es fruto del amor... La paz es fruto de la libertad: sólo puede haber orden y tranquilidad cuando los miembros de un cuerpo social saben que sus derechos fundamentales están jurídicamente protegidos contra toda arbitrariedad. La paz se identifica con la vida; la vida —ha dicho Pablo VI— es el otro nombre de la paz; la guerra es el otro nombre de la muerte.”

No son las palabras de un oportunista o de un demagogo, sino las de un hombre recto, conocido a todo lo largo y ancho del planeta por su valentía y su personalidad.

“Nosotros amamos el mundo —continúa—, este mundo, esta humanidad concreta, tal como Dios la ama, y nos sentimos comprometidos en la responsabilidad de purificarla del odio, de la violencia, de la desesperación.”

Termina el Pastor sus palabras entre el aplauso de los tres mil asistentes:

“Una convivencia pacífica y progresiva sólo puede estar basada en el respeto irrestricto a todos los derechos del hombre. Dicho respeto es el único camino que nos podrá apartar del fantasma de la guerra, de la violencia y de la opresión. Si la humanidad no se abre a esta verdad, su camino será doloroso, llevará a la muerte y a la destrucción; la violencia será el pan que habrán de comer nuestros hijos, y la injusticia tomará el lugar de la libertad, de la comprensión y de la coexistencia pacífica.”

En el documento oficial del Simposio —el Acta de Santiago— se hace un llamado para desterrar la violencia del terrorismo y la violencia institucionalizada y la tortura, como asimismo *“la irracionalidad de la guerra, en que prevalece la lógica de la eliminación del adversario”*.

Luego toma el avión y se va a Nueva York, donde las Naciones Unidas le entregarán, el 10 de diciembre, el Premio de la Defensa de los Derechos Humanos concedido a la Vicaría de la Solidaridad.

Quien haya seguido las alternativas de esta vida singular no podrá negar que se trata de una persona nacida para encabezar

grandes causas, más allá de apreciaciones justas o injustas, de simpatías o antipatías.

El sacerdote Miguel Ortega Riquelme, que bien lo conoce, lo trata de “hombre providencial” y ha escrito admirables palabras sobre él:

“Muchas veces el Cardenal resulta desconcertante. Es tímido y es extraordinariamente audaz. Es humilde y al mismo tiempo es capaz de una dureza increíble. Se sabe ‘personaje’ de la Iglesia, pero no puede borrar su amor al campo y a sus dichos pintorescos aprendidos en Loncomilla, cerca de San Javier. Defiende apasionadamente sus ideas. No le gusta imponerlas. Dialoga. Discute. Argumenta. A pesar de que se recibió de abogado en el año 1929, de que nunca ejerció, en realidad nunca ha dejado de serlo. No pierde jamás sus discusiones, sino que hábilmente sabe incorporar muy bien a sus argumentos las razones de su interlocutor.”

En esa Asamblea General de Naciones Unidas que ya termina, el Cardenal Silva Henríquez es el personaje del momento. También reciben el premio, entre otros, la viuda de Martin Luther King y un representante de Amnistía Internacional. Un compatriota de alta categoría le escribe luego a Santiago: *“Le debo reiterar mis felicitaciones sinceras por su discurso y su actuación en las Naciones Unidas. Usted ha tocado profundamente mi corazón y el de todos los chilenos”*.

¿Qué dice el defensor de los derechos humanos a los representantes de todos los países ahí reunidos?

“El alma de Chile, íntimamente unida a la fe cristiana, muestra desde su mismo nacimiento un sagrado respeto por la dignidad del hombre, cualquiera sea su raza y condición; y un extraordinario aprecio por su libertad, huella imborrable de su semejanza divina.

Nosotros no hemos hecho otra cosa —concluye— que procurar ser fieles a esta tradición, entendiéndola como un legado que nos compromete.”

Los aplausos no son solamente para el texto un tanto convencional. Van al valeroso defensor de los derechos fundamentales y a la Vicaría de la Solidaridad por él organizada. El espectáculo es solemne y lo relatará Gabriel Valdés en la revista “Mensaje”:

“Finalmente fue llamado el Cardenal de Santiago. Una cerrada ovación lo saludó al levantarse... Habló como Obispo de su pueblo... Representó a la nación chilena con la máxima dignidad y la más rotunda legitimidad. Honor para Chile, después de tanta mentira y vergüenza...”.

Los aplausos al Cardenal son también un repudio a quienes han ocultado sucesos que Chile recién revela a la conciencia moral de la humanidad: diez días antes de esta ceremonia se han encontrado en Lonquén los restos calcinados de quince personas, en unos hornos de cal. Algunos de esos cadáveres corresponden a miembros de la familia Maureira, declarados legalmente muertos o personas sin existencia legal, en esa misma gran sala de las Naciones Unidas, por un representante del gobierno de Chile, sólo cuatro años antes, en noviembre de 1975...

Mirando hacia atrás en ese año de 1978 es posible apreciar otro punto positivo en la gestión cardenalicia y es el referente a Radio Chilena. Fundada en el lejano año de 1922, es la más antigua del país y forma parte de la historia de nuestra radiodifusión. Desde 1952 está en poder de la Iglesia de Santiago y ha llevado una dura vida con diferentes alternativas, pero ha sobrevivido. El Cardenal Silva Henríquez, con esa visión que le hace apreciar más rápido y más lejos toda posibilidad de mejorar la difusión en el campo pastoral, se interesa por entregar Radio Chilena a la dirección y administración de la Orden Salesiana y ha logrado hacerlo en el curso de 1978. El prelado sabe, por la experiencia de Radio

Vaticano, que una buena comunicación es fundamental y que la radiodifusión es el mejor vehículo de informaciones y comentarios de los acontecimientos, especialmente en la base humilde de la población. Da énfasis, pues, a los programas de prensa y tiene como hábiles realizadores a dos periodistas fogueados: Guillermo Hormazábal y Jaime Moreno Laval, a las órdenes del activo Ernesto Corona.

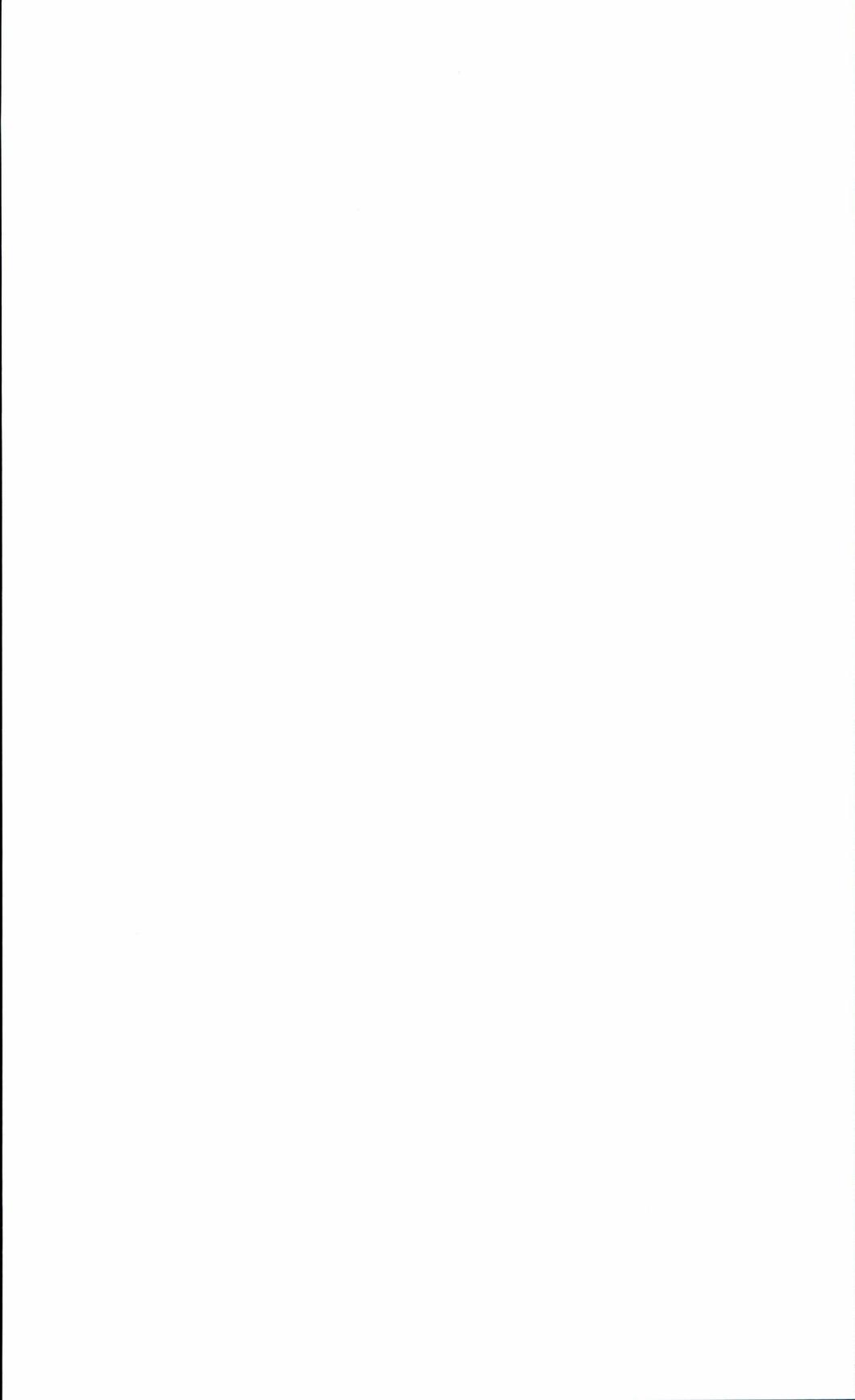
Más de una vez lo repite: Radio Chilena es mi mejor realización en el campo de las comunicaciones.



CAPÍTULO NOVENO

En el espíritu de Puebla

(1979-1981)



La voz de Dios en Puebla y dificultades en Santiago

La Segunda Conferencia del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín, Colombia, en 1968, tiene su continuación a comienzos de 1979, en Puebla, México, en la Tercera Conferencia. Esto es más que una frase, puesto que se toman como punto de partida las conclusiones de Medellín y se intensifica su línea.

El capitalismo liberal y el marxismo se denuncian como formas diversas de idolatría de la riqueza, en una de las reuniones eclesiales masivas más importantes en la historia del catolicismo continental.

Se enjuicia, asimismo, la doctrina de la Seguridad Nacional, como expresión de un absolutismo del poder del Estado que, según palabras textuales de Juan Pablo II, “institucionaliza la inseguridad de los individuos”.

La conferencia se desarrolló entre el 28 de enero y el 13 de febrero y una importante delegación de obispos chilenos, que por cierto integra el Cardenal Silva Henríquez, participa activamente en sus labores.

No es la oportunidad de analizar ni el desarrollo ni las conclusiones de Puebla, sino de recordar que América Latina vive entonces la etapa final de las dictaduras militares extendidas por todo el continente y que su sombra lamentable está siempre presente en las sesiones de los hombres de la Iglesia.

El Sumo Pontífice no puede dejar de ignorar este hecho y en su discurso inaugural toca varias veces, con la prudente firmeza que se le conoce, el tema de los derechos humanos. Uno de sus

párrafos vendrá de ahí en adelante en apoyo de los obispos y de sus reclamaciones a las diversas autoridades militares en esta materia:

“Esta dignidad humana es conculcada a nivel individual cuando no son debidamente tenidos en cuenta valores como la libertad, el derecho a profesar la religión, la integridad física y síquica, el derecho a los bienes esenciales de la vida... Es conculcada a nivel social y político cuando el hombre no puede ejercer su derecho de participación o es sujeto a injustas e ilegítimas coerciones o sometido a torturas físicas y síquicas.”

En febrero de 1979 regresa de México el Cardenal Silva Henríquez, satisfecho de la Conferencia, convencido de que *“Puebla anuncia una verdadera primavera para América Latina”*. Los 180 obispos, en presencia de S.S. Juan Pablo II, han dado una hermosa lección de unión y hermandad y sus orientaciones pastorales representan —resume el prelado al llegar a Chile—:

“Una línea de acción muy clara sobre el hombre latinoamericano, sobre su historia y su porvenir, sus esperanzas de una sociedad más justa y más fraternal, sobre su organización social y política, y esclarecen, también, la verdad, como nos pidió el Papa, sobre Jesucristo, sobre la Iglesia y sobre los proyectos de liberación que la Iglesia quiere impulsar para construir una Nueva Sociedad en nuestro continente, que ¡para el año 2000 tendrá la mitad de la población católica del mundo!”

Y a la revista *“Ercilla”* precisa algo más:

“Quizás la ventaja de Puebla por sobre Medellín ha sido la extraordinaria importancia que se le ha concedido a la devoción a María, y el valor de evangelización y unificación que la Virgen ha tenido en este último tiempo. Fue María —termina— quien realizó la unión de los cristianos en México”.

Cuando uno ve la actuación de tanta figura de avanzada en la Iglesia de Latinoamérica; cuando hay un Medellín y un Puebla muy claros en disponer la acción preferencial por los pobres y el respeto por los derechos humanos, se siente inclinado a creer en la existencia de una generación especial de obispos en el continente.

Contesta el Cardenal: *“Yo no sé si pertenezco a una generación especial de obispos en América Latina..., o será que el Espíritu Santo los va creando y piensan más o menos lo mismo”*. Reflexiona un momento y agrega: *“No nos conocíamos antes ni intercambiábamos correspondencia; sin embargo, con Cámara y Arns pensábamos lo mismo”*. Termina: *“Y en Chile no debe olvidarse al Padre Vives, a Manuel Larraín, al Padre Hurtado...”*

El presente ofrece al Cardenal otras preocupaciones, al iniciarse ese año 1979. Ellas se relacionan con las Universidades Católicas chilenas y los vínculos que éstas mantienen directamente con la Santa Sede, y no como antes, con la Conferencia Episcopal de Chile. Conviene recordar que, desde octubre de 1974, el Cardenal ha suspendido momentáneamente el ejercicio de su cargo de Gran Canciller de la Universidad Católica de Santiago y monseñor Jorge Medina Estévez ejerce el de Pro Gran Canciller.

El purpurado mantiene sus permanentes inquietudes respecto de esa alta casa de estudios y así lo manifiesta en una homilía del mes de junio pronunciada en la Facultad de Teología, durante la celebración de la Eucaristía con profesores y alumnos, en momentos de problemas en esa Facultad, que han significado la expulsión o suspensión de los alumnos.

Sus primeras expresiones son de alerta y de confianza para superar las dificultades diarias:

“Nuestra vida de cristianos, de sacerdotes, de obispos, nos exige enormes sacrificios y grandes renunciaciones. Nuestro Dios, el Señor, nos da el ejemplo y nos toma de la mano para que no desfallezca nuestro corazón ante los dolores, las persecuciones y las incomprensiones.”

Sus palabras siguientes suenan acongojadas:

“Más dolorosas nos parecen cuando ellas se deben a nuestra fidelidad al Maestro, al Señor, a su doctrina, a su Evangelio, a su Iglesia. En realidad sentimos entonces que la ofensa no recae sobre nosotros, sino que va mucho más lejos, al no querer aceptar lo que nosotros proponemos en el nombre del Señor Jesús, con el respaldo de su Iglesia, de sus obispos y del sucesor de Pedro...”

No quiere una Universidad politizada, pero sí quiere una Universidad libre, pluralista, en permanente diálogo, empeñada en la búsqueda de la verdad y del bien.

El problema es que existen dos posibilidades de dependencia de esa Universidad respecto de la Iglesia: a través de la Conferencia Episcopal o directamente con el Vaticano.

La dificultad concreta es, en esa oportunidad, como dije, entre los alumnos de la Facultad de Teología y la dirección de la Universidad. Y hay un importante cambio de comunicaciones con el Cardenal Garrone, de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, y con el Cardenal Casaroli, Secretario de Estado del Vaticano, y reuniones con el Pro Gran Canciller, Monseñor Medina, y el Rector, Almirante Swett. Finalmente el Vaticano comunica que el “Pro Gran Canciller es un representante directo de la Santa Sede”. Esto, según los obispos chilenos, cambia las normas de trato, ya que hasta ese momento, en su concepto, y según los Estatutos de la Universidad, era la Conferencia Episcopal de Chile, su Comité Permanente, el representante directo de la Santa Sede ante la Universidad Católica.

Todo esto apesadumbra al Cardenal.

El fracaso de sus gestiones, a través de la Vicaría la Solidaridad, para ubicar a los llamados detenidos-desaparecidos, lo apesadumbra aún más.

Ya ha pasado un año —junio de 1978— desde que los obispos, tomando en cuenta la buena disposición manifestada por el Ministro del Interior para recibir antecedente relativos a personas desaparecidas, han hecho llegar en forma totalmente documentada todos aquellos casos de detenciones efectuadas por las Fuerzas Armadas o servicios seguridad, seguidas de desaparición. En siete tomos que la Vicaría de la Solidaridad acaba de entregar al Gobierno constan esos casos y hay muchos otros cuya documentación se completa.

Resultado: ninguno.

El caso de los quince cadáveres encontrados en los hornos de cal de Lonquén es especialmente demostrativo del ningún deseo de esclarecer esos hechos: en agosto de ese año 1979 se sobreseerá definitivamente a los ocho carabineros culpables del hecho. Una ley de amnistía los está esperando y regresan a sus casas.

Esto no es todo.

Un mes después, en septiembre de 1979, los restos humanos son arrojados a una fosa común negándose así a los afligidos familiares el único derecho que les queda: enterrar a sus muertos.

El Arzobispo-Cardenal lanza herido su grito de pesar:

“Reclamamos enérgicamente por esta situación de insensibilidad e inhumanidad ante el dolor del prójimo... Este hecho se suma a las innumerables humillaciones sufridas por los deudos a lo largo de estos años... Ha sido violentada hasta el extremo la dignidad humana”.

De comentarios de la Vicaría de la Solidaridad se desprende que ha habido falta de diligencia de los Ministros en Visita, los funcionarios aprehensores no dicen la verdad en sus informes y declaraciones ante los tribunales, las autoridades no envían informes útiles a los tribunales de justicia, y en las pocas ocasiones en que

esos tribunales han adoptado resoluciones favorables a los detenidos desaparecidos, el gobierno no ha dado cumplimiento a ellas.

Los escritores y periodistas Claudio Orrego y Patricia Verdugo escriben por esos días:

“Es un tema (detenidos-desaparecidos) que no debe comprometer sólo a los familiares de las víctimas, ni a las autoridades gubernamentales y eclesíásticas. Es un problema que afecta a todos los chilenos por igual, porque afecta el alma de la nación... Ningún país puede vivir con su conciencia manchada.”

Las relaciones Iglesia-Gobierno llegan a un punto crítico y el Cardenal se queja a la Junta Militar en la ceremonia ecuménica de la Catedral, el 18 de Septiembre de 1979, en una homilía que contiene estas frases:

“Más de una vez esta cátedra, y muy claramente el Arzobispado de Santiago, ha manifestado su parecer, ha señalado los caminos para la paz, ha instado y querido que todos, autoridades y pueblo, nos pongamos en marcha generosamente para obtener este hermoso fruto de la convivencia humana que se llama la paz, basada en la justicia, la verdad y la libertad.”

“Humildemente debemos confesar que no siempre hemos tenido éxito en nuestras peticiones y nuestra voz no ha sido escuchada en muchas oportunidades. Aún más, ha sido motivo de críticas muy acerbas y de incomprendiones muy duras.”

No todas estas frases son leídas en la Catedral. ¿Hubo presión para que no lo hiciera? Contesta a la revista “Hoy”:

“Presiones propiamente dichas creo que no las he recibido. Me pareció, sin embargo que, dadas las circunstancias, debía tratar de decir... algo que no fuera conflictivo”.

El Cardenal mantiene la calma, pero los hechos indican otra cosa. Las esposas de los miembros de la Junta no concurren a la Catedral y no sólo se impide la transmisión del Te Deum al país, sino que Radio Chilena, del Arzobispado, es interferida y silenciada con cadena obligatoria de emisoras para transmitir música folclórica.

Vuelve a preguntar el periodista de "Hoy", ahora respecto de las relaciones Iglesia-Gobierno. El Cardenal contesta:

"Han arreciado los ataques y no creo que la situación de la Iglesia en este momento sea buena en sus relaciones con el gobierno... Nuestra tarea ha sido representar la vigencia de ciertos principios inderogables; la vigencia de ciertos derechos que nadie puede transgredir, ni tampoco la autoridad ni en tiempos de paz ni en tiempos de guerra. No siempre hemos sido oídos y a veces hemos sido mal interpretados..."

Para aquellos que creen en la intransigencia del prelado conviene recordar que unos días antes, en las ceremonias del 11 de septiembre, el Cardenal ha calificado el discurso del general Pinochet como de "bien inspirado". Y da su razón:

"Porque me parece obvio que S.E. cree honestamente en la eficacia y bondad del camino emprendido y desea con la misma honestidad lo mejor para Chile".

Y agrega con sinceridad:

"No quiere decir esto que yo tenga las mismas ideas".

Por supuesto que no las tiene. Él tiene las ideas de la Iglesia y eso significa en términos "maulinos" que va en muy buen caballo..., pues resulta que la Iglesia defiende antes que todo los derechos fundamentales del hombre.

Unas semanas más tarde, el Cardenal Silva Henríquez lo reiterará en Viena, al recibir el Premio Fundación Bruno Kreisky, “por su valerosa acción de reconocimiento de los derechos humanos”, en brillante ceremonia realizada en una de las más hermosas ciudades del corazón de la vieja Europa.

“Las palabras más llenas de significado para el hombre —justicia, paz, desarrollo, solidaridad, derechos humanos— quedan a veces rebajadas como resultado de una sospecha sistemática o de una censura ideológica facciosa y sectaria”.

Dice a las personalidades que se han congregado para oír a este latinoamericano, Príncipe de la Iglesia. Y agrega con la vehemencia que se le conoce, tocando otra sospechosa bandera de lucha del autoritarismo, la Seguridad Nacional:

“Una seguridad en la que los pueblos ya no se sienten implicados porque no los protege en su verdadera humanidad, es solamente una farsa...”

Al pan, pan, y al vino, vino.

Ante esta farsa, y ante las repetidas violaciones ¿agachar la cabeza? No es su política y dice a los muchachos que celebran en Santiago “Una Semana para Jesús”, en un mensaje que les ha dejado al partir a Europa:

“La Iglesia confía especialmente en ustedes. Luchen ardorosamente contra toda opresión, contra toda injusticia y contra toda mentira. La Iglesia los desea sinceros, valientes, imaginativos y auténticos. Sepan que en esta tarea los acompaña toda la Iglesia Universal.”

No cabe duda. Puebla ha reforzado su espíritu en este incesante afán, frente a un poder que tampoco pierde un minuto y que despliega toda clase de armas en su contra y lanza toda clase de acusaciones.

El Cardenal se agranda en la lucha y el 25 de noviembre, en una ya impresionante secuela de actuaciones de ese año, contesta así:

“No son cosa política estos derechos. El Santo Padre lo ha recordado. Y siguiéndolo a él, yo os lo recuerdo en esta tarde. Estos derechos nacen del alma espiritual del hombre. Son derechos espirituales y, por lo tanto, nos toca a la Iglesia de Cristo tutelar esos derechos y hacer, si fuere posible, que todos los hombres los respeten. Es nuestra tarea. No es que seamos políticos —repite con convicción—. No es que nosotros seamos sociólogos. No es que nosotros seamos empresarios. Nosotros somos enviados de Cristo el Señor.”

Y añade una frase que los muchachos reciben como un mandato de paz activa:

“¡No a la guerra! ¡No a la violencia! ¡No a la conculcación de los derechos del hermano! Eso hemos dicho; eso hemos pedido.”

¿Qué sucede realmente en Chile? ¿De dónde viene esta incompreensión entre gobierno e Iglesia? El Cardenal tiene una explicación que la mayoría de los chilenos comparte y la publica por esos días la Revista de los Padres Columbanos:

“El orgullo es siempre un obstáculo. Falta de entendimiento y de caridad; falta de respeto por el prójimo que nos impide escuchar al que piensa de manera diferente. Pero, por sobre todo, falta de amor por la verdad, por la bondad y por la justicia, que vienen de Dios, y constituyen una obligación para nosotros”.

Ver la luz dondequiera se encuentre

Difícil año 1979. Hay, sin embargo, por ahí, un rayo de sol que aparece y es la invitación de la Academia Chilena de la Lengua para incorporarlo como Miembro Honorario. Se continúa, así, una honrosa tradición: dar cabida en el más alto centro de las letras chilenas a un distinguido hombre de la Iglesia, como ha sucedido en otras ocasiones. Reunida en Junta Pública y Solemne, el 13 de agosto de ese año, lo recibe con conceptuosas palabras el Académico de Número y Director, Roque Esteban Scarpa. Contesta el Pastor y sus términos suenan como un paréntesis de tranquilidad en medio del vendaval de problemas que caracterizan su vida en esos tiempos:

“A la Iglesia no puede serle indiferente la creación artística ni el cultivo de las bellas letras —comienza—. Ella tiene la tarea de entregar a los hombres el Mensaje de la Verdad, del Bien y de la Belleza de Dios, Creador de cielos y tierras. La creación participa, en cierta medida, de las cualidades de su autor, contiene una huella de la divinidad y es, por lo mismo, camino de retorno a Dios para quien sepa mirarla en su profundidad y trascendencia.”

Recuerda enseguida:

“El Señor parece complacerse en la poesía, según se desprende de muchas páginas bíblicas. Poéticos son los relatos del Génesis y del Éxodo. Hondo lirismo encierran los Salmos de David y el Cantar de los Cantares. Patéticas son las protestas del justo Job y muchas imprecaciones de los profetas. ¿Y qué decir de la belleza de los Evangelios?”

El prelado es un hombre de letras. Él redacta o corrige, pule y da el visto bueno a sus escritos. Sigue con interés el movimiento literario de Chile y, ante la expectación de los asistentes al acto de

la Academia Chilena, da a conocer una primicia: un poema inédito que le dedicara el Premio Nobel Pablo Neruda, cuando lo visitó en su lecho de enfermo, poco antes de su fallecimiento:

“Es como su confesión, que depositaba en las manos de un amigo —comenta—. Evidentemente, no es una confesión hecha canónicamente. Es la confesión de un poeta”.

Neruda habla de un campanario en la provincia francesa y alaba: *“La rectitud divina de la flecha dura como una espada”*. Luego el gran vate universal hace una confesión, a punto de partir:

*“Así pude ser y no pude,
así no aprendí mis deberes;
me quedé donde todo el mundo
mirara mis manos vacías:
las construcciones que no hice:
mi corazón deshabitado:
mientras oscuras herramientas
brazos grises, manos oscuras
levantaban la rectitud
de un campanario y de una flecha.*

*“Ay lo que traje yo a la tierra
lo dispersé sin fundamento:
no levanté sino las nubes
y sólo anduve con el humo
sin saber que de piedra oscura
se levantaba la pureza
en anteriores territorios
en el invierno indiferente.”*

Una vez más, el Cardenal pone su énfasis en un justiciero reconocimiento de la verdad y la belleza allí donde se encuentren. Ya lo hizo cuando Pablo Neruda recibió el doctorado Honoris Causa en la Universidad Católica. Ahora lo repite:

“Es tarea del cristiano ver la luz dondequiera se encuentre, apreciar la belleza aun en la obra alejada de la ortodoxia y destacar los valores perennes de toda poesía. Ciertamente es el caso de muchos poemas de Pablo Neruda.”

Otro momento positivo que le ofrece 1979 es la visita Ad Limina que hace a Roma junto a los demás obispos de Chile —en octubre y noviembre— y que el Cardenal aprovecha para cumplir también con otros compromisos. Ya me referí a su viaje a Viena y al Premio de la Fundación Bruno Kreisky; asimismo, parte a Irlanda acompañando al Papa en visita oficial; luego a Bélgica, invitado por el Cardenal Suenens, para acompañarlo en el día en que el Santo Padre le acepta oficialmente su renuncia por razón de edad, permanencia en ese país que es aprovechada por los Reyes Balduino y Fabiola para tenerlo en Palacio. Luego, nuevamente en Roma, asiste a un Consistorio especial a fin de dar su parecer al Papa en delicados problemas de la Iglesia.

Como es ya tradicional, cada cinco años, el Papa desea tener una visión directa de la actividad de cada diócesis y, así, una visión global de la Iglesia en el mundo. Es asimismo una oportunidad para que los dignatarios manifiesten su obediencia y devoción a Su Santidad.

El 13 de octubre, en Castelgandolfo, luego de audiencias privadas tenidas con cada uno de los 26 obispos, Juan Pablo II les dirige la palabra en conjunto y algunas de sus expresiones son tomadas inmediatamente en Chile, por los diarios afectos al gobierno militar, como una amonestación, especialmente aquella frase por la que confirma:

“No sois un simposio de expertos ni parlamento de políticos ni un congreso de científicos o técnicos, sino que sois pastores de la Iglesia, a los cuales corresponde... ser maestros de la verdad, signos constructores de la unidad y defensores y promotores de la dignidad del hombre. Así podréis contribuir a la instauración de un

orden cada vez más cristiano y, por lo mismo, cada vez más justo”.

Todo esto en medio de felicitaciones por el trabajo que desarrolla su “plan pastoral para la conducta humana” y asimismo felicitaciones por esa nueva primavera que anuncia el aumento de las vocaciones sacerdotales en Chile.

Nada de política contingente, por cierto, en la diaria labor sacerdotal, que, sin embargo, debe abarcar la vida humana entera. De ahí la importancia de otra frase del Papa:

“Nuestra tarea evangelizadora no está exclusivamente dirigida a la inteligencia, como una doctrina teórica, ya que debe conducir a la profunda unidad de fe y vida en el quehacer cotidiano, personal, social e internacional”.

Esto lo confirma dirigiéndose a una enorme muchedumbre de fieles reunida en la Plaza de San Pedro, al felicitar públicamente a esos obispos de un Chile tan discutido:

“La creciente vitalidad de la Iglesia como consecuencia del impulso que le han dado los obispos..., el espíritu de fraternidad cristiana que tienen junto a su pueblo, que los lleva a comprometerse a fondo en el espíritu de su misión de Padres y Pastores; el auxilio múltiple que prestan a cuantos se encuentran en dificultad...”.

Juan Pablo II invita al Cardenal Silva Henríquez a un almuerzo privado; el Papa conoce perfectamente las dificultades que encuentra la Iglesia chilena para llevar adelante su misión de defensa del hombre; Su Santidad no ignora que esa Iglesia se ha convertido en el único baluarte capaz de reemplazar, de tomar el puesto, de otras instancias que, prohibidas, han ido desapareciendo, y colocan al ciudadano en desmedrada posición frente a un Estado

poderoso, militarizado y armado como nunca antes se conoció en la historia política de Chile.

Ante esta situación, el gobierno militar acusa al Cardenal de “hacer política”. El se defiende (“La Tercera”, 3-12-79):

“El Cristianismo debe evangelizar toda la existencia humana y eso incluye la dimensión política... Sin embargo, cuando el Evangelio juzga la política no lo hace desde el punto de la política misma, sino desde aquellos valores consustanciales al hombre..., que deben salvaguardarse inviolables, cualquiera sea el régimen político o las circunstancias imperantes. La acción política no puede sustraerse al juicio moral respecto de esos valores. Así se ve en los recientes discursos del Papa...”.

Hay otro momento de luz, de optimismo, en la dura vida de este hombre batallador, en 1979. Es el 29 de noviembre, cuando cumple veinte años de obispo. Ya hemos visto: en su larga vida, algunos lo han encontrado orgulloso; unos pocos, soberbio; ¿llegó a decir alguien, alguna vez, que era la persona más odiada de Chile? ¡Por algunos, sin duda!

Y esa tarde en la Catedral de Santiago, que lo conoce más íntimamente que los hombres vanos y presuntuosos, el Purpurado alza una voz plena de humildad y se dirige a su Dios junto al cariño de los fieles que le rodean:

“A pesar de mi debilidad, de mi pequeñez, de mi falta de talento, a pesar de todo eso, el Señor va realizando su obra. A veces siento un espíritu de dolor, de rebeldía. No quisiera tenerlos. El Señor acalla esos instintos, que siempre los hay en el corazón del hombre, y Él me va llevando por caminos de paz, de comprensión, de entrega al servicio de los demás.”

Hace rato que pasó la mitad de su vida y recuerda:

“Yo soñaba que con mi esfuerzo, con mi capacidad, tan pobre era, mis queridos hijos, yo podría transformar esta sociedad que Tú me confiabas, y hacerla más tuya, que te conocieran de verdad, que te amaran por sobre todas las cosas. Yo creía que podía hacerlo. ¡Qué ilusión! ¡Qué tremenda ilusión! Toda esta ilusión ha pasado... ¿Será mucho pedirte, Señor, que nuestros sacrificios el día de mañana, cuando nosotros no estemos y nuestra soberbia no pueda envanecerse de esto, Tú seas reconocido y amado por todos? Esto te lo pido humildemente. ¡Ven, Señor Jesús!”

Esta es la otra cara del Pastor; cuando el luchador, cuando el aplaudido en las más altas tribunas mundiales, baja al nivel de la creatura, mira su nada y no osa levantar la cabeza de ese polvo que le aguarda.

El Cardenal reconoce tener dentro de sí un “espíritu de rebeldía”, y él lo combate, y él no quisiera tenerlo. ¿Será por eso que algunos lo acusan de intransigente?

En la misma entrevista del diario “La Tercera” responde:

“Me acusan de intransigente y en cierto sentido es verdad. No se puede transigir con la mentira, con el error, con la injusticia, con la falta de respeto por los derechos del hombre.”

Reconoce, sin embargo, que existen otros casos en que se puede transigir:

“En cambio sí se puede transigir con la opiniones divergentes, cuando no afectan estos valores intangibles. También se puede, si no exactamente transigir, al menos dejar pasar, con el espíritu de Cristo, aquellos malos tratos y hasta improperios que pueda uno recibir

al intentar ser testigo fiel de la verdad. Jesús nos ha dado mandato y ejemplo de bondad, comprensión y perdón hacia aquellos que nos atacan. Si en esto no soy o no parezco haber sido obediente al Maestro, pido públicamente perdón.”

Sin un orden institucional estable

El año 1980 se inicia para Chile con un rudo golpe a su gobierno militar; el dictador de Filipinas, Ferdinando Marcos, deja sin efecto, mientras el general Pinochet vuela sobre el Océano Pacífico, tranquilo y confiado, la visita ya acordada. La razón que da Manila es: “un urgente y apremiante asunto interno”. Estamos a 22 de marzo.

Justo un mes después, el 19 de abril, el diario “Las Ultimas Noticias” de Santiago da a conocer en forma insólita y sensacionalista una pretendida afirmación del Gran Maestro de la Masonería, según la cual el Cardenal Silva Henríquez habría buscado apoyo en 1974 para derribar a la Junta Militar. Se menciona, como enlace para llevar adelante el plan, nada menos que a la esposa de Luis Corvalán, Jefe del Partido Comunista chileno. El prelado está en Roma y, aunque el asunto es infantil, no deja de causarle las consiguientes molestias y preocupaciones. Una semana después de publicado el libelo, el prelado está de regreso en Santiago y reitera que la información aparecida en el periódico es “falsa, inverosímil e injuriosa”. Al mismo tiempo, y coincidiendo con la muerte del carabinero encargado de la denominada Llama de la Libertad, suprime la celebración del 1° de Mayo, bajo la advocación de San José Obrero, por la denuncia que un personero de gobierno le hace acerca de eventuales riesgos para los fieles. *“Nos duele constatar que la paz no ha llegado todavía a nuestra tierra y que cada vez más se*

extremen los conflictos entre chilenos, haciéndonos temer un futuro peor”, agrega el Cardenal en un comunicado.

No hay Eucaristía, por razones de fuerza mayor, pero circula el mensaje que el prelado iba a leer en la Catedral de Santiago.

Las relaciones entre la Iglesia y el Gobierno militar continúan malas, a pesar de los esfuerzos del Comité Permanente del Episcopado, que designa una comisión de tres obispos para tomar contacto directo con el general Pinochet y otros altos personeros. Hay una entrevista y las buenas expresiones, los buenos propósitos abundan. Todo queda en compás de espera unos días después al saberse que la CNI ha instalado micrófonos en el comedor del Círculo Español, a fin de grabar las conversaciones mantenidas con el relacionador, general Jorge Court. ¿Por qué?

En agosto el Cardenal parte a Roma y la Conferencia Episcopal queda en importantes reuniones. El gobierno acaba de convocar a un plebiscito. Se advierte su deseo de perdurar y nada mejor que redactar y hacer aprobar una Constitución como una justificación jurídica del régimen. Se aprovechará, de paso, para conseguir apoyo popular.

Si la consulta nacional realizada en 1978 recibió reparos de parte del Episcopado, este plebiscito que se anuncia para el 11 de septiembre significa una grave preocupación.

Los obispos se reúnen en la casa de ejercicio de Las Rosas, cerca de Puente Alto, para tratar la delicada materia.

Para el Cardenal el asunto es muy claro y así lo consigna por escrito en vísperas de su viaje:

“Son los valores morales que están en juego, tanto en la convocatoria al plebiscito, en el contenido de la Constitución, en el período de transición de ocho años..., en la forma de realizar el escrutinio..., todo esto es digno de ser considerado a la luz de la moral y de la Doctrina Social de la Iglesia. Estimo que los obispos

debemos pronunciarnos claramente. No podemos dejar la incertidumbre sobre un problema que va a afectar por veinticinco años a nuestra patria y que va a influir en forma decisiva sobre las generaciones que vienen...”

Todos temen que si se refuerza una estructura totalitaria por un cuarto de siglo —algo absolutamente nuevo en este democrático país— esto podría traer, al alterarla, sangrientas repercusiones e incluso la lucha por el predominio comunista, como se vio más de una vez en América Central.

El momento es crucial; no hay alternativas permitidas, no hay registros electorales, no hay tribunal calificador de elecciones. ¿Cómo puede aceptarse en esas condiciones un plebiscito?

La Iglesia no puede callar, aun a sabiendas de que al hablar aumentará la tirantez de sus precarias relaciones con el gobierno militar, que en esos días se caracterizan así: bombas en las iglesias y casas eclesíásticas, allanamientos y violencia en parroquias, intimidación a los fieles que concurren a reuniones, violencia en oficinas eclesíásticas, detención arbitraria de personas que trabajan para la Iglesia, proyectos de expulsión de sacerdotes extranjeros.

¿Qué dice la Conferencia Episcopal el 23 de agosto de 1980? El resultado de las deliberaciones lo entrega su presidente, el obispo José Manuel Santos. Algunos de los párrafos más importantes del documento indican:

“La falta de claridad en las alternativas planteadas; la necesidad de responder con un solo NO a varias preguntas diferentes; el escaso tiempo y posibilidad de usar los medios de comunicación de carácter nacional, que son patrimonio de todos los chilenos; el temor de algunos y la falta de seguridad en los procedimientos que regulan los escrutinios.”

La conclusión de los obispos es la siguiente:

“Es deber de la autoridad el dar las seguridades suficientes para que el resultado del plebiscito no se vea objetado. Al no hacerlo, el resultado de la votación será de interpretación ambigua y no se podrán sacar de él conclusiones claras, ni construir sobre él un orden institucional estable.”

Pasan los días y el gobierno no da las seguridades pedidas. Se realiza, a pesar de todo, el plebiscito y, según el escrutinio del propio gobierno, el 67,06% de los ciudadanos vota a favor, y el 30,17% vota en contra. En la región metropolitana, que tiene más de un tercio de los votantes de todo el país, el 61,85% vota a favor y el 35,92% vota en contra.

De esta manera, desde ese mismo día, el resultado de la votación se interpreta “en forma ambigua”, no se pueden sacar de él “conclusiones claras” y, lo más lamentable de todo, “no se puede construir sobre ese plebiscito un orden institucional estable”. Es la opinión de una importante mayoría del país, muy luego, mayoría absoluta.

El gobierno militar lo interpretará de otra manera y fundamentará toda su proyectada organización institucional en el resultado del discutido plebiscito.

El Pastor habrá cumplido, en todo caso, con su obligación de advertir oportunamente al gobierno y pueblo chilenos:

“¿Qué tememos los obispos? Que no se pueda fundar sobre este plebiscito un orden institucional estable; que haya una inestabilidad, por lo tanto, en el orden social, cada vez más grave, y tememos por la paz en nuestra patria. ¿Qué sucederá después del plebiscito? La Iglesia ha dicho su parecer y el juicio sobre lo que sucederá en Chile le corresponde a la historia y a Dios. Pero, a lo menos, la Iglesia está tranquila de haber cumplido

con su misión profética, de haber querido ayudar en un momento difícil de la vida nacional a buscar los caminos de la paz y de la comprensión...”

“Misión profética...”, la de este hombre de Dios.

El tiempo demostraría que, lamentablemente, los obispos chilenos tenían la razón y que los males de Chile se alargarían sin objeto por no haberse escuchado su palabra.

A fines de 1980 y comienzos de 1981 hay todavía varias molestias para el prelado. Se le critica por haber celebrado el Te Deum del inicio del nuevo período presidencial, el 11 de marzo, y asistido al acto de ratificación de la nueva Constitución, organizado por el gobierno en el Edificio Diego Portales. No todos entienden sus explicaciones de que aunque el plebiscito para aprobarla no tuvo las condiciones requeridas, la Carta Fundamental, motivo de tanta controversia, rige de hecho en el país. Según ella, el general Pinochet se constituye desde esa fecha en Presidente de Chile y, siguiendo la tradición, pide a la Autoridad Eclesiástica la celebración del Te Deum por la nueva representatividad. El Cardenal contesta a los que se oponen al Te Deum:

“No lo he rehusado a Salvador Allende, que era marxista, ¿puedo rehusarlo a Pinochet que se declara católico? No le corresponde a la Iglesia juzgar la legitimidad de su mandato”.

Más grave es la pública controversia suscitada por un grupo de connotados católicos —varios de ellos relacionados con la Dirección de la Universidad Católica— que han atacado a la Conferencia Episcopal y a sus declaraciones relativas al plebiscito. Otros, por último, reprochan al Pastor la invitación que ha hecho al general Pinochet para asistir, como Jefe de Estado, a la ceremonia de clausura del Congreso Eucarístico Nacional, el 23 de noviembre, en el Templo Votivo de Maipú.

El aparentemente inflexible y terco Cardenal Silva Henríquez desconcierta a los superficiales, no es fácilmente comprendido por la totalidad de sus feligreses. Él se sabe responsable de todo el rebaño, de los que el mundo divide con sus controversias, de los que lo atacan e insultan, de los que lo apoyan. Son muchas las ovejas del rebaño chileno. En tales circunstancias, es imposible pedir que sus actuaciones, respecto de tantas materias diferentes, tengan siempre —tengan alguna vez— la unanimidad.

Sólo él y Dios saben los problemas de conciencia que todo esto le significa en su diaria vida.

El camino de la violencia puede llevar al desastre

Pero él sigue animoso y si los problemas van cambiando, el ánimo para resolverlos sigue igual.

Y, por supuesto, sigue combativo.

A fines del verano de 1981 le hace una entrevista la agencia italiana de noticias ANSA. En Punta de Tralca, frente a la tranquilidad del mar, tiene una respuesta clara, inmediata, certera para cada pregunta. Son respuestas que la mayoría de los chilenos comparte. La diferencia es que esos chilenos no pueden siempre darlas sin afrontar serias consecuencias. Veamos algunas (abril 12):

—Nadie creía que la lucha contra una dictadura, la del proletariado, terminaría con un régimen dictatorial de signo completamente opuesto...

—Para ellos (los militares) es más fácil comandar que pedir consenso o dialogar...

—Hay regímenes que creen que se puede gobernar a un pueblo solamente sobre la base de la violencia...

—*La injusticia institucionalizada, como la Iglesia latinoamericana lo ha dicho en Puebla, es la más desastrosa...*

—*Ningún totalitarismo puede ser un modelo de vida cristiana. Dicen que son cristianos, pero no creemos que lo sean...*

—*El camino de la violencia nos puede llevar a un desastre. Lo decimos y no nos creen...*

—*Nuestra mayor divergencia entre los obispos es la relativa a la actitud ante el comunismo... Algunos obispos creen eficaz la acción de los militares chilenos contra el comunismo, pero para la mayoría son justamente este régimen y la estructura social que se está creando, los que preparan el advenimiento del comunismo...*

—*El Papa conoce a Chile..., y sus juicios son muy similares a los míos...*

—*Deseamos que, apenas sea posible, esta situación termine, que el pueblo tenga medios y maneras de expresarse por sí solo, para defenderse en libertad...*

—*Espero que (el futuro de Chile) sea bueno; me temo que pueda ser malo...*

Verdades como éstas no pueden sonar bien en los oídos de las autoridades. Pero el haberlas llamado no habría hecho bien a Chile ni a la Iglesia. Los amigos del régimen rasgan sus vestiduras y le dirigen toda clase de epítetos. Un Arzobispo, por su parte, le refuta, reafirma su apoyo al gobierno, a su legitimidad, al carácter cristiano de sus gobernantes, etc. Con una gran calma, el prelado comenta a sus feligreses, en una pequeña iglesia, en su estilo campechano y un poco sorprendido, por lo menos en apariencia:

“Tienes que contestar lo que tú piensas, tienes que decir lo que tú crees, tienes que hablar de lo que tú estimas necesario decir. No puedes escabullir el bulto, no puedes negarte ni decir cosas que no sean claras. Y llamé al señor periodista y le dije: yo le doy la entrevista,

pero usted, antes de publicarla, me la va a mandar y yo la reviso. Entonces se hizo la entrevista que ustedes conocen y deben haber leído. Me la mandó y yo le dije: no quiero que haya ningún exabrupto, ninguna cosa que cause molestia. La verdad hay que decirlo fuerte y serenamente. La entrevista despertó gran entusiasmo. Incluso gente que no es de nuestras ideas decía: 'Bendito sea Dios, este caballero dijo lo que había que decir' ” (“La Tercera”, abril 25 de 1981).

Pocas líneas revelan mejor a este salesiano de la región agrícola de Maule, nacido para ver y decir las cosas claras, y para confirmarlas sin echar pie atrás, en medio de una verdadera batalla de acusaciones. Y valiente. Bien hombre. En lugar de aprovechar la oportunidad, tan chilena, de explicar y disminuir, de sacar el bulto, como se dice, él confirma su pensamiento, todo lo cual no tranquiliza, por supuesto, el temporal de prensa.

En la Semana Política de “El Mercurio” del 19 de abril de 1981 se le trata de “descolocado” y a su obra pastoral de “política” y de “hondo fracaso”, aludiéndose, además, a “el naufragio de una personalidad profundamente estimable”. Se reconoce que el gobierno militar “le ha prodigado amarguras” y se estampan frases sobre las que sólo la historia dirá la última palabra: “*El Cardenal... se ha equivocado en sus diagnósticos políticos. Ha minimizado a sus adversarios. Ha calculado mal la resistencia de éstos*”.

La reacción de los fieles es inmediata y el Arzobispado recibe enorme cantidad de cartas y adhesiones al Pastor quien, por supuesto, no pierde el ánimo ni lo perderá jamás.

Luego el Cardenal parte al África. En Abidjan, capital de Costa de Marfil, donde a comienzos de marzo se celebra un Congreso Mundial de la UNIAPAC, pronuncia un comentado discurso. Tema: Empresario y Hombre de Fe. La experiencia del Pastor latinoamericano es valiosa para pueblos que comienzan etapas que nosotros ya pasamos. La experiencia de los obispos de nuestro continente —sin olvidar las de Medellín y de Puebla—

es importante en cualquier parte de un mundo cada vez más interdependiente y más cercano.

Vuelve a Chile, comienza la Cuaresma. Es tiempo propicio para la reflexión, para el examen de conciencia. El aire está enrarecido; los católicos siguen divididos por razones políticas, las vocaciones, en aumento, son signos de que la palabra de Dios acrecienta su significado como remanso de verdad en medio de las contradicciones de los hombres.

El Papa ha puesto el mensaje cuaresmal bajo el signo de la verdad y de la caridad. La primera no es tan difícil de determinar, pero la caridad, el amor, no se advierten en este país de hermanos separados por rencillas que van a completar dos décadas.

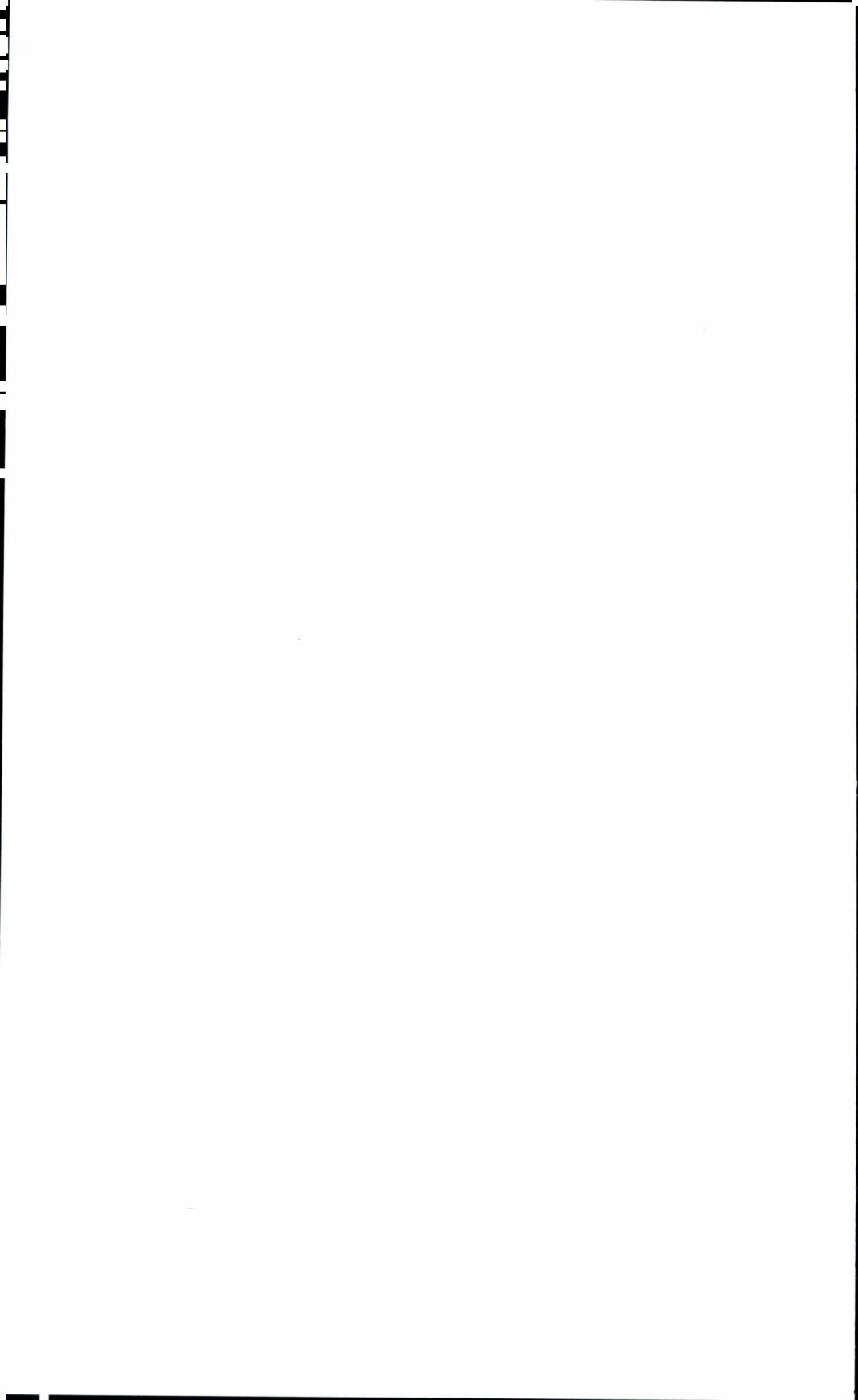
Como dice el Cardenal en su Pastoral de Cuaresma:

“Hay por doquier tanta confusión y tantos conflictos, tantos miedos y desconfianzas, tanta mentira y violencia... Muchos odios personales, nacionales, persisten y aun se intensifican. Se busca destruir al enemigo, encasillar y descalificar al adversario. Algunos se abandonan a la búsqueda y posesión febril de bienes de consumo..., mientras hermanos suyos conocen el dolor amargo de la cesantía, el hambre, la represión o el exilio..., la humanidad dedica más de la mitad de sus talentos y recursos de investigación a proyectos bélicos, gasta mucho más en equipar un soldado que en educar a un niño, como acaba de recordar el Papa en Japón...”

CAPÍTULO DÉCIMO

**Construyamos la paz
en la justicia**

(1981-1983)



Misterios de la muerte y de la resurrección

La muerte de Cristo es necesaria para su resurrección, y la de la humanidad. Esa Cuaresma ha terminado y la Pascua de Resurrección es de alegría, de optimismo. Luchar por la paz, establecerla en la sociedad, no es fácil. Dice el Pastor en esa Pascua: *“La paz hay que hacerla, hay que conquistarla, hay que sufrir por ella y hay que amarla como el supremo bien”*.

No existe nada mejor para su corazón de Pastor; de ahí que su pluma se inspire al continuar en la misma Pastoral:

“Buscar la paz, trabajar por ella, es actuar conforme a las exigencias del amor de Dios, del mensaje de Cristo sobre el hombre, de la dimensión ética de la empresa humana; es tomar el partido de la conciencia, de los principios de la justicia, de la fraternidad, del amor en contra de los intentos del egoísmo que mata la solidaridad y del odio que mata toda convivencia y hace imposible la paz. Construir la paz es sobrepasar la frontera y trabajar juntos, pues ninguna obra duradera y verdaderamente humana es posible si no está hecha por todos...”

Y termina este Académico de la Lengua, siempre cuidadoso en el escribir:

“Construir la paz es abrir el corazón y el espíritu para que la justicia, el amor y el respeto a la dignidad y a los destinos del hombre, penetren en el pensamiento e inspiren la actuación de todos, gobernantes y gobernados.”

Su tiempo para construir se le va haciendo escaso. Esos días escribe a su gran amigo el Cardenal brasileño Paulo Evaristo Arns:

“En un año más debo presentar la renuncia a la Diócesis, porque ha llegado la edad en que debo retirarme. Y —añade con sentido de la responsabilidad— debo poner en orden toda la administración de la Arquidiócesis de Santiago, para no dejarle problemas a mi sucesor...”

Ya ha pasado el temporal que levantara con sus declaraciones a la agencia ANSA y el 1º de Mayo lo celebra en la parroquia de San José Obrero, en un barrio popular: José María Caro. Su homilía está constituida sólo por citas relativas al trabajo y al derecho de los trabajadores, tomadas de documentos pontificios. No hay una palabra suya. El ambiente sencillo es tan diferente al sofisticado y proclive a las controversias de las iglesias de los barrios residenciales de la clase alta. La prensa lo pinta acertadamente así:

“Fue un oficio extraño, solemne y con mística. Para quienes crean en la fuerza que se puede originar en una reunión en que muchas mentes están concentradas, puede decirse que efectivamente había una gran fuerza reunida en esas señoras de cara lavada, con moño sujeto con una peineta, con chomba y zapatillas de género, o en esos hombres con el cuello de la camisa raído pero limpio, pulcros en su modestia, que no es de ducha diaria ni de agua colonia.”

Prosigue la descripción:

“Y había una concentración que ni siquiera interrumpieron los gritos de los niños que los acompañaban o el cuchicheo de las lolas de parkas a la moda y pantalones ceñidos, cosidos en casa. Hasta un perro pequeño de raza indefnida entró y se internó entre los cientos de pies casi inmóviles sobre las baldosas. Nada desarmonizaba con esta reunión cálida.”

La gente humilde, la que lo ha comprendido siempre mejor; aquélla con la cual el Pastor se siente más a gusto, dentro de su estilo, claro:

“Terminada la misa... todo fue rápido, con el prelado casi en andas; la gente acercándose, mujeres besándole las manos, tocándolo, y él con aire vago, confundido, saludando encogido”.

Si a algunos ha causado extrañeza su asistencia a las ceremonias del 11 de marzo, fecha de iniciación de un nuevo período del general Pinochet, no hay duda de que el pueblo lo sigue considerando su Pastor, el defensor de sus derechos, una de las dos figuras nacionales —la otra es el ex Presidente Frei— en que se puede confiar para que el país salga adelante de tan oscuro momento de su historia.

Este Cardenal —qué duda cabe— pasará a la historia, en la misma línea del Cardenal Caro, como defensor de los pobres. Su espíritu salesiano se ha impuesto siempre, dándole un punto de vista coincidente con inquietudes suyas nacidas en la provincia. Ha luchado y ha sufrido por los pobres: *“La mirada retrospectiva a estos veinte años registra abundantes motivos de dolor y no pocos de inquietud”*, recalca a mediados de junio de 1981, al recordarse sus dos décadas como Arzobispo de Santiago; luego menciona *“las molestias y verdaderas persecuciones que hemos sufrido por nuestro amor preferencial por los pobres y por la defensa de sus derechos”*.

Pero es en la ceremonia recordatoria de la Catedral de Santiago, del 24 de junio de 1981, donde lanza uno de sus apasionados gritos de sentimientos contenidos que le son característicos:

“Tienen que rezar por mí. Yo termino mi carrera. Sé a quién he servido. He luchado denodadamente, tal vez más de lo que debiera. Me remuerde el corazón no haber logrado que los pobres sean evangelizados con la buena nueva de la justicia, del respeto de sus derechos, del amor de sus hermanos. ¡Siento pena por esto! Siento

pena, mis queridos hijos, porque hay una parte de mi grey que no me comprende y porque no ha comprendido al Señor, porque no ha sabido lo hermoso que es dar, inmensamente mejor que recibir, inmensamente mejor que atesorar, porque no ha sabido hacer feliz a tantos hermanos nuestros. Yo siento pena por las lágrimas, las preocupaciones, los dolores de los pobres de mi tierra, de los pobres de mi ciudad. ¡He gritado! Pero soy una voz que clama en el desierto, al parecer. Sin embargo, yo sé que es necesario que el grano de trigo muera para que sea fecundo...”

Ha gritado por los pobres; también ha gritado contra la violencia. Tampoco se le ha oído. Al contrario, se le ha dicho que sólo ahora grita, que antes, en tiempos de la Unidad Popular, no gritó o gritó menos.

“La situación en nuestra patria es grave; no estábamos acostumbrados a esto” —afirma en la basílica de Lourdes unos días después, en el mes de julio—. “Nos encontramos ante actos de terrorismo y de violencia que nosotros condenamos... vengan de donde vinieren y háganlos quienes los hagan... desde hace más de diez años lo venimos predicando, no se nos ha oído... y quien dice que nosotros no hablamos a tiempo en épocas pasadas, miente, mis queridos hijos, ha olvidado lo que hemos dicho”.

En esa parte de su homilía lee palabras de los obispos del mes de abril de 1973. Su voz clama en el desierto. El hermoso y verde campo chileno de la mutua credibilidad del respeto mutuo es por esos días un seco y desolado desierto.

Y de esta sequedad no escapa, por cierto, el gobierno militar, cuyo énfasis en el orden y en la seguridad nacional choca constantemente con la tradicional manera de ser de los chilenos. El Cardenal tiene otra oportunidad, quizás última, de decirles

francamente a las autoridades en el Te Deum del 18 de Septiembre de 1981:

“Hay algo en nuestra alma que es como un componente esencial; el amor a la libertad y la costumbre de vivir en libertad. El chileno considera a la libertad individual y nacional como el bien supremo, superior incluso a la vida misma...”

Y mientras en el palco oficial se advierten movimientos diversos, el Pastor continúa:

“En Chile no tiene cabida ni vigencia ningún proyecto histórico, ningún modelo social, que signifique conculcar la libertad personal o la soberanía nacional...”

Luego de analizar otra tradición chilena, la primacía del orden jurídico sobre la anarquía y la arbitrariedad, el Cardenal continúa:

“Corolario de este respeto al derecho es la posibilidad de discrepar, nota que singulariza la convivencia chilena en toda su historia. Los desbordes de la intolerancia y del fanatismo sectario constituyen entre nosotros una excepción, un baldón. La persecución y la venganza política son injertos extraños al alma nacional.”

Y termina así:

“Todo el odio pasará y toda mentira será develada. Sólo quedará la patria...”

El Cardenal pasa el mes de octubre en Roma. Son varios los asuntos que le llevan a la Ciudad Santa. El principal es tomar parte en los trabajos de la comisión de revisión del Código de derecho canónico. En materia de mediación papal para el problema del Beagle y mar austral, luego de la reciente proposición del 12 de

diciembre de 1980, el proceso está prácticamente estancado y Argentina ha hecho contraposiciones. El Papa le invita a almorzar junto al Cardenal argentino Primatesta y al Cardenal Samoré, principal artífice de esa mediación.

Cuenta el prelado, a su regreso: *“El Papa elogió a nuestro gobierno por la pronta aceptación de su propuesta mediadora”,* sin embargo, asimismo *“manifestó su preocupación y tristeza por no haber podido lograr aún una solución en el diferendo limítrofe entre Argentina y Chile”.* Más adelante, la diplomacia chilena aceptará las contrapropuestas argentinas y terminará el diferendo.

El prestigioso Pastor de nuestro país es invitado esos mismos días por el Presidente Mitterrand, de Francia. La conversación es larga y amistosa. El tema se extiende de Chile al resto de los países latinoamericanos, que el Presidente francés desea conocer de boca de uno de sus prelados más distinguidos. Al ingreso y a la salida del Palacio del Elíseo se rinden al Cardenal Silva Henríquez los honores de estilo que le corresponden como alto dignatario visitante.

La voz de Eduardo Frei continuará resonando...

Se inicia 1982 con un rudo golpe para su corazón de Pastor y de amigo: Eduardo Frei fallece el 22 de enero. Chile entero se conmueve; uno de los mejores se va cuando más se le necesita.

“Pocas veces en mi vida de Pastor he tenido que celebrar una ceremonia para nosotros tan triste”, dice esa misma noche en la Catedral de Santiago. Está emocionado. Continúa: *“Hemos perdido un amigo ¡Qué digo! Hemos perdido un hermano...”.* Su voz se quiebra: *“Sentimos un dolor profundo...”*, pero reacciona y su voz resuena en el templo:

“No podemos dejarnos llevar por la tristeza. Hay una inmensa esperanza..., creemos que de las cenizas de Eduardo Frei se levanta una aurora, la aurora del bienestar, de la justicia y de la libertad para nuestro pueblo...”

El 25 de enero, en las honras fúnebres ante amigos extranjeros y chilenos, el prelado le da el último adiós y recuerda:

“Eduardo Frei fue un político cristiano. Su voz resuena aún hoy día proclamando con claridad y valentía las soluciones de los grandes problemas nacionales. Su voz continuará resonando y será como la conciencia de un Chile que ama la justicia y el derecho”.

En un momento en que se alzan voces para condenar a fardo cerrado la política y los políticos, el Cardenal recuerda lo que este político hizo desde la más alta responsabilidad de gobierno del país:

“Querido hermano: ante la majestad de la muerte oigo una voz que tú reconoces y que te invita a resucitar y a participar del Reino diciendo: Ven bendecido de mi Padre, yo tuve hambre y tú me diste de comer en los pobres de Chile. Yo estaba sin casa y tú me procuraste una habitación digna para mí. No tenía tierra para trabajar y tú supiste reconocerme en los campesinos. Yo me encontraba humillado y tú levantaste tu voz para defender mi dignidad. Hermano mío, entra en el gozo del Señor.”

Sus palabras terminan en un ambiente denso de congoja:

“Tenía el alma de un apóstol. Frei fue toda la vida un ejemplo de fidelidad que sobrevive a las pruebas más duras”.

A este motivo de pena se agrega otro de preocupación: el Papa Juan Pablo II ha decidido hacer de la organización católica Opus Dei una Prelatura Personal, es decir, una diócesis internacional sin territorio definido. Los obispos chilenos manifiestan sus temores al Sumo Pontífice —como lo hacen varios cardenales españoles— de que esta situación excepcional sea en el futuro fuente de confusión en el plano pastoral, ya que sacerdotes y fieles seculares del Opus Dei dependerán de un superior especial y del Obispo respectivo.

Antes de partir en otro de sus anuales viajes a Roma, el Cardenal se preocupa de que las organizaciones, producto de sus inquietudes, en el campo obrero puedan salvar los problemas creados por la situación económica en crisis. Debo recordar que a través de la llamada Fundación para el Desarrollo se han promovido e impulsado el Instituto de la Autogestión, el Sistema Financiero Campesino y la Financiera FINTESA. Se ocupa también de la situación de INVICA y de INPROA y de la descentralización de algunas actividades de la Vicaría de la Solidaridad. No desea el prelado que sus esfuerzos se menoscaben, sino que, por el contrario, su sucesor reciba organismos saneados y eficientes.

Motivo de optimismo es la iniciación de la Misión Joven, que se extenderá hasta 1983 inclusive, confiada a su nuevo Obispo Auxiliar, Monseñor Camilo Vial Risopatrón. El Cardenal es, ante todo, un maestro de juventudes, lo ha sido toda su vida, desde los ya lejanos años de profesor en diversos colegios santiaguinos. Desea, pues, que sus últimos esfuerzos como Pastor sean en el campo juvenil.

Y así, entre preocupaciones y agrados, llegamos a una situación que intranquiliza muchísimo al prelado: la abierta persecución que se ha abatido sobre el mundo universitario —sin escapar su querida Universidad Católica, que el Obispo Hourton ha llamado “intervenida y cautiva”—, es decir, sobre una juventud que el gobierno militar destinaba para ser depositaria y heredera de sus proyectos, y que se muestra reacia a aceptar las nuevas modalidades de vida nacional ofrecidas.

Esa juventud, al rechazar, mayoritariamente, el gesto benéfico, ha caído en desgracia y en 1982 se estrecha el cerco a su alrededor.

Es un trabajo extra para la Vicaría de la Pastoral Universitaria, otra de las visionarias iniciativas del Pastor en momentos de gran actividad eclesial. Un Obispo extranjero visita el país por esos días y escribe:

“Uno no puede sino impresionarse con la gran vitalidad de la Iglesia chilena..., la profunda fe, compromiso y sentido de misión que encontramos en todas partes”.

Luego de visitar al Papa en el mes de mayo, el Cardenal Silva Henríquez tiene la oportunidad de encontrarlo nuevamente en Buenos Aires, en circunstancias del viaje del Sumo Pontífice a la Argentina, en junio. Los momentos son de gran dramatismo y la guerra de las Malvinas, entre Argentina y Gran Bretaña, muestra claramente los extremos de insensatez que puede alcanzar una decisión militar precipitada, como la tomada por la dictadura existente al otro lado de los Andes.

En septiembre parte a presentar su renuncia al Sumo Pontífice, pocos días antes de cumplir 75 años, de acuerdo al Decreto Conciliar *Christus Dominus*. Antes de tomar el avión, en un programa especial de Radio Chilena, declara: *“Siento preocupación y siento también un poco de alivio...”*. Al preguntársele por algún momento de tristeza contesta: *“Hemos visto que en nuestra tierra nuestros hijos no se comprenden, hay luchas violentas, derramamiento de sangre y tristeza y dolor para muchos hogares”.*

Al momento de recordar alegrías, recobra su ímpetu dice:

“He sido salesiano, lo agradezco al Señor; he vivido y me he empapado del espíritu de San Juan Bosco, que considero extraordinariamente valioso para nuestro

tiempo y he aprendido a amar a los pobres y dedicar mi vida para ellos. Todo eso se lo agradezco al Señor”.

En octubre de 1982, luego de regresar del extranjero —mientras se mantiene en suspenso su retiro—, el Cardenal pronuncia sentidas palabras de agradecimiento a los fieles congregados en la Catedral. Este último tiempo, al acercarse el día de su retiro, el Pastor muestra con más facilidad que antes sentimientos que logran pasar la valla de su carácter retraído, para unos, terco, para otros. La edad avanzada, por otra parte, va haciendo aflorar fuentes de humanidad en ocasiones como ésta.

Y, siempre, su insistente llamado a la paz:

“Hago el llamado más sincero y más hondo del corazón, a todos los hombres de esta tierra de los cuales depende la paz, para que realmente sepan amar la justicia y construir la paz. Sería mi testamento, mi esperanza y la mayor gloria que yo podría tener, si realmente los chilenos pudiéramos encontrar los caminos de entendimiento y de paz”.

Ha luchado tanto por la paz basada en la justicia. Ahora le queda tan poco tiempo. A otros les tocará, piensa, cosechar lo que él ha sembrado: *“Mi tiempo de Pastor de la Iglesia de Santiago está contado”*, exclama con una voz cansada que luego se recupera:

“Pero no los dejaré nunca, el corazón estará con ustedes... Yo le voy a pedir al Padre esta gracia cuando me muera: que junto al Padre mi corazón tenga un solo latido y que sea para amar a todos los hijos de mi tierra...”.

Por primera vez ha hablado de morir. Dios sonrío..., aún no le ha llegado su hora... y ni la calidad de Príncipe de la Iglesia puede adelantar o atrasar el reloj del Eterno.

A fines de noviembre debe volar a Roma. Juan Pablo II ha convocado a un Consistorio de Cardenales para estudiar la nueva estructura de la Curia Romana, es decir, de las instituciones que cooperan con el Papa en el gobierno de la Iglesia.

En su informe anual al Vaticano sobre el estado de la Arquidiócesis, a pocos meses de su retiro, el Cardenal se muestra satisfecho de la labor realizada:

“Una mirada global a la Iglesia de Santiago me lleva a bendecir al Señor por lo que Él ha hecho entre nosotros en estos años. Sin duda alguna, la Arquidiócesis presenta una gran vitalidad espiritual y pastoral, que le ha permitido afrontar horas muy difíciles y responder a las esperanzas que especialmente los pobres ponen en la Iglesia.”

Horas muy difíciles están viviendo todos los chilenos, y los obispos lo dicen en los últimos días de diciembre de 1982: hay crisis económica, social, institucional y moral; Chile renacerá, continúan, si se respeta la dignidad humana, si se reconoce el valor del trabajo y, sobre todo, si se regresa a la plena democracia:

“Los abusos que haya habido —enfatisa— no justifican una interrupción tan larga de la vida normal del la nación... Los chilenos hemos sufrido bastante y no olvidaremos la lección.”

La política partidista está prohibida a los sacerdotes, pero jamás el interés por el hombre y por sus derechos, especialmente cuando se les viola y cuando se lo ha estado haciendo por años.

Es natural que la actitud de la Iglesia no guste al gobierno militar. Las autoridades saben muy bien su opinión sobre el régimen:

“Chile vive una realidad de autoritarismo político con control social y cultural, y con un modelo económico

(1980) de libre mercado que plantea serios desafíos a la acción pastoral de la Iglesia”.

Cuatro refugiados en la Nunciatura

El año 1983 se inicia muy mal para las relaciones entre el gobierno militar y el Vaticano; el 16 de enero cuatro personas armadas, opositoras al régimen, se refugian en la Nunciatura y el Nuncio, Monseñor Angelo Sodano, luego de desarmarlos y consultar con la Santa Sede, pide para ellos los salvoconductos correspondientes.

Comienza así un largo período de relaciones tirantes que, naturalmente, no hacen bien a las expectativas chilenas en la mediación Papal.

Son los últimos meses de gestión pastoral del Cardenal-Arzbispo Silva Henríquez, quien tiene otros motivos de preocupación: el gobierno de La Moneda cancela la visa de residentes permanentes en nuestro país a tres sacerdotes extranjeros. El Pastor y el Nuncio fracasan en sus gestiones ante las autoridades para revocar la decisión: *“La Iglesia no puede admitir —declara el Cardenal— que el poder político juzgue por sí y ante sí sobre las actividades pastorales de los sacerdotes”*. Y agrega: *“Es muy penoso tener que decir que en estos años ha habido actos de hostigamiento”*.

“En estos años...”. En verdad, cuando se sigue la vida del Cardenal Silva Henríquez, todo este último período pareciera ser una sucesión de dificultades con el gobierno militar, causada por la decidida defensa que de los derechos humanos de los chilenos hace el Pastor; y si bien es cierto que, mientras tanto, la vida normal de la Iglesia continúa, no puede negarse que toda ella aparece alterada —como la vida entera de Chile— por situaciones de anormalidad cuya importancia y trascendencia opacan su desarrollo.

Pero él no desatiende su misión espiritual y la Arquidiócesis vive intensamente y se renueva; los Obispos Auxiliares y los diferentes Vicarios llevan adelante sus tareas de paz y de ayuda fraterna; los Seminarios reciben, aumentada, su carga anual de vocaciones juveniles de quienes ya no manifiestan el interés de antes por otras actividades nacionales o universitarias; los organismos de cooperación y ayuda, sabiamente creados por el Cardenal, avanzan, con las vicisitudes económicas del momento, en favor de quienes no tienen otra asistencia. Todo eso es cierto y no se puede negar, pero, para qué ocultarlo: toda esa actividad diaria se realiza bajo el peso, ya demasiado prolongado en el tiempo, de un gobierno autoritario que muchos llaman directamente una dictadura y unos pocos, “dictablanda”.

Es un Pastor que ha sembrado abundantemente. ¿Verá la cosecha? Responde:

“La labor pastoral es de siembra; uno se siente satisfecho cuando queda sembrado. Es en la cosecha cuando uno se siente realmente satisfecho; pero ésa no la vemos, generalmente... La cosecha de vocaciones la tuve”.

Cuando se releen estas últimas páginas de la vida del Cardenal Silva Henríquez, se nota ahora el tono monocorde y hasta cansador de una situación por momentos intolerable por lo negativa y sin destino. Qué hacerle, los días; son así y el ya anciano prelado conserva, sino las fuerzas físicas, la misma energía y decisión que se le conocen para hacer frente a los problemas.

Y no pierde oportunidad para predicar la verdad.

En esa cuaresma de 1983, por ejemplo, su carta pastoral del mes de marzo precisa por enésima vez:

“Los acontecimientos de septiembre de 1973 han cambiado el rostro de Chile.”

Y luego inserta unos párrafos que conviene rescatar para una correcta historia del período y de la actitud de la Iglesia chilena:

“...un modelo económico inhumano que ocasiona grandes tasas de cesantía..., un modelo político autoritario, inspirado en la Doctrina de la Seguridad Nacional, hacía que miles de personas acudieran a la Iglesia en defensa de su dignidad o de sus derechos conculcados. Este modelo político, que acaba con el pluralismo, tiende a hacernos entrar en un ambiente de guerra interna que, presentándose como defensa contra la amenaza del comunismo, termina por perseguir a todos los que se le oponen...”

Siguen referencias a las medidas de represión a los disidentes y luego se consigna:

“Paralelamente a estos dolorosísimos hechos, hemos visto cómo ciertos desvalores han ido primando en la vida nacional, como el confort, el lucro, el individualismo, la tendencia excesiva a la privatización, conduciendo a una vida social donde fatalmente termina privilegiándose los intereses particulares y se destruye la solidaridad como valor fundamental de la construcción de una sociedad en fraterna convivencia...”

La mayor parte de esa pastoral denominada Cuaresma de Fraternidad está dedicada a examinar algunas características de la solidaridad cristiana y termina, como siempre lo ha hecho, con una palabra de paz:

“El Santo Padre nos llama en este Año Santo de la Redención a vivir un Año de Reconciliación, de encuentro con mi hermano y de poner las bases de la justicia y de la paz entre los hombres”.

Como siempre que debe reprender al hermano, finaliza imponiéndose en sus palabras la comprensión y el perdón del Pastor.

Llega la hora de la partida

Así entra su Eminencia Raúl Cardenal Silva Henríquez al último mes de su período: abril de 1983.

En vísperas de la aceptación de su renuncia como Arzobispo de Santiago, en una entrevista dada a Raquel Correa, de “El Mercurio”, deja ver su figura de siempre: rara mezcla de humildad y de personalidad fuerte; tratando de que la primera vaya siempre cerca de la segunda, como su necesaria compañera, para curar cualquier herida que pudiera haberse producido.

Algunas de sus afirmaciones categóricas:

“Un período de excepción no puede durar diez años. Ese no es un período de excepción.”

“Somos pastores y debemos buscar la unidad. Pero la unidad no se busca sacrificando la verdad.”

“La paz se debe defender; pero se debe defender sobre la base de la verdad y de la justicia.”

Y, luego, al develar sus limitaciones, emergen sus ansias de superación:

“Respecto del nuevo Cardenal, que fuera más humilde, más acogedor, más bondadoso, más entregado al servicio de los hombres. Y comprensivo con todo el mundo, más de lo que yo lo he sido.”

Y agrega que debió haber hecho más:

“En el terreno pastoral, en el terreno humano, en poder convencer a los hombres, ganarles el corazón...”

Ha sido Arzobispo de Santiago durante 22 años. Cuántas cosas ha realizado. Sin embargo desearía haber hecho más, haber cumplido sus sueños más optimistas en favor del prójimo, esos que tenía al asumir el gobierno pastoral de la inmensa Arquidiócesis: ahora de cinco millones de fieles. Ha perseguido, como todos los hombres, un gran ideal, un ideal inalcanzable: *“A veces me siento triste y abrumado”*, comenta y luego precisa:

“Pero hay una tristeza cristiana cuando se tiene esperanza..., siempre tenemos la esperanza de que el Señor nos ayude. Nunca el cristiano puede ser un hombre desesperado”.

El hombre ambicioso de grandes ideales; el realizador de difíciles empresas; el luchador infatigable que ha visto la victoria en vida, y ha tenido por recompensa el amor y el reconocimiento de los hombres, en Chile y más allá de Chile, y, por supuesto, la tranquila confianza en el Dios que ha inspirado su vida.

“A veces me siento triste y abrumado...”

Cristo también lo estuvo y él sabe mejor que nadie lo que significa ser cristiano: otro Cristo.

Pero eso es “a veces”. El resto del tiempo tiene esa reconfortante virtud que es la esperanza.

Si no la tiene él, ¿quién podría tenerla?

Raquel Correa traza un valioso cuadro de este chileno distinguido, en el mismo diario que, más de una vez, lo ha tratado duramente:

“A los 75 años conserva toda la fuerza espiritual que lo ha convertido en una de las figuras más importantes del país.

“Es de esas personas que se imponen por presencia, que intimidan... Que es autoritario, dicen. Que no tiene encanto. Que es terco y huraño. También dicen que es alegre y ocurrente, capaz de hondos afectos y mucha ternura... Unos dirán que es un político —un politiquero, también— y otros que es un hombre de Dios. Un pastor con mucho sentido político, sin duda, y ‘buena muñeca’ por añadidura.

“Franco, directo, sabe usar el más sutil lenguaje diplomático... En él se conjugan arrestos de huaso con el hombre de Derecho que pudo haber sido...”.

El 1º de Mayo, fiesta de San José Obrero, el Cardenal aprovecha para comunicar a sus amigos, los trabajadores, como representantes de todos sus feligreses de la Arquidiócesis, que ha terminado su período de Arzobispo.

Terminada la reunión, en medio de la emoción de los asistentes, regresa a su residencia en el ya fresco mediodía del otoño santiaguino. Su rostro trasunta la tranquilidad interior del que ha terminado su jornada y puede pensar en un merecido descanso.

La despedida final se la darán sus queridos hermanos salesianos.

El 17 de noviembre, en un solemne acto académico celebrado en Roma, en el Aula Magna de la Universidad Pontificia Salesiana, se entrega al Cardenal Silva Henríquez el Doctorado Honoris Causa en Ciencias de la Educación.

El Rector Mayor y Gran Canciller, Don Egidio Viganó, recuerda los méritos de este salesiano insigne y su vocación de profesor desde los días de juventud.

Luego menciona los últimos años de su vida y las vicisitudes sociopolíticas que lo llevaron a dar *“una valerosa educación para la paz: solidaridad, derechos humanos, justicia social, no violencia”*.

Viene enseguida una clase magistral del Cardenal chileno sobre el Humanismo Cristiano y la Iglesia Educadora de la Paz en América Latina. Sus conocimientos, su larga experiencia, dan a las palabras del prelado profundidad de conceptos y convicción.

Es una jornada de emoción en la Universidad Pontificia Salesiana.

Todo comenzó para el joven Raúl Silva Henríquez ese día en que lo recibiera en Santiago, en el colegio Patrocinio de San José, el Padre Panzarasa, en diciembre de 1926. Su despedida no podía hacerla ahora, en noviembre de 1983, sino por la puerta ancha de la Congregación Salesiana, en Roma.

Luego toma el avión y regresa a Santiago.

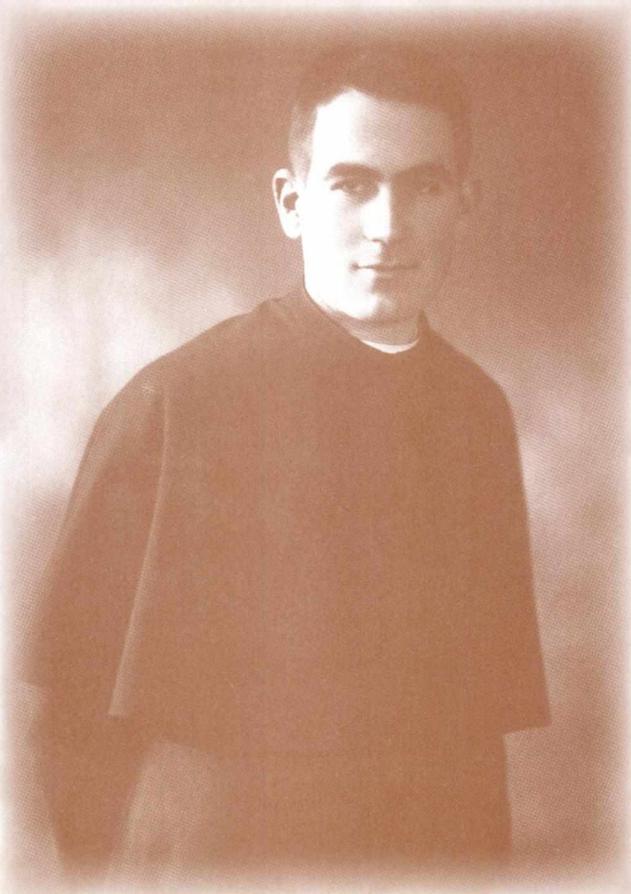
Comienza el verano de las hojas y de las flores y él dirige sus pasos no a la agitada calle Simón Bolívar, donde ha vivido tantos años, sino a la tranquila calle Los Pescadores, también en el barrio de Ñuñoa. Su nueva residencia, la de los arzobispos “eméritos”.

Él no ha elegido ni una ni otra por sus nombres, pero hay todo un símbolo que alguien colocó en su camino. Ya no va a arar en el mar, con la fuerza de sus ideales, ni la indomable terquedad de su voluntad, como lo hiciera el héroe de la Independencia americana; ahora, en la tarde de su vida, atraerá hacia sí, despacito, las redes que ha estado echando durante años. Él mismo lo repitió varias veces: *“Yo soy sólo un pescador...”*

Y de esas redes, lanzadas bajo la palabra de Cristo, él recogerá, brillando en el fondo, la serenidad, la confianza, la fe acrecentada y ese tesoro que su corazón de Pastor ansió toda la vida: la paz conquistada por medio de la justicia.



Doña Mercedes Henríquez y don Ricardo Silva, padres del Cardenal Raúl Silva Henríquez, que aparece en una de sus fotos de novicio salesiano.

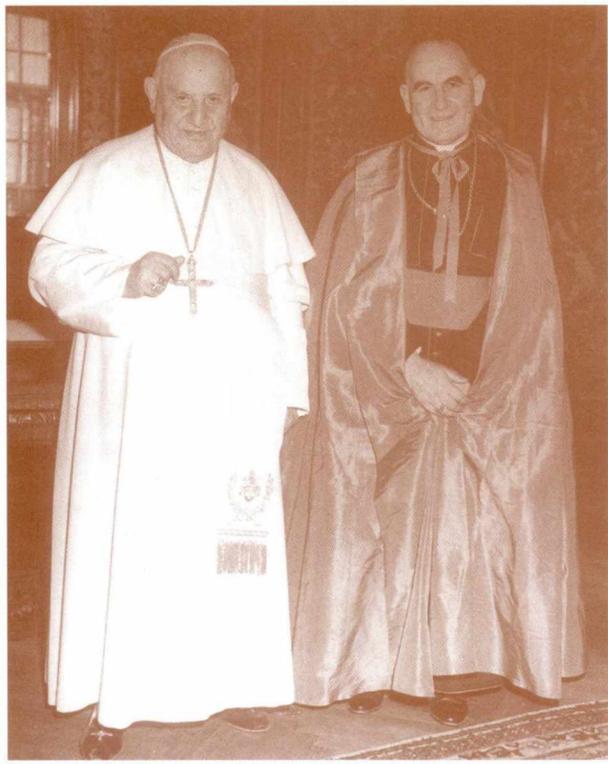




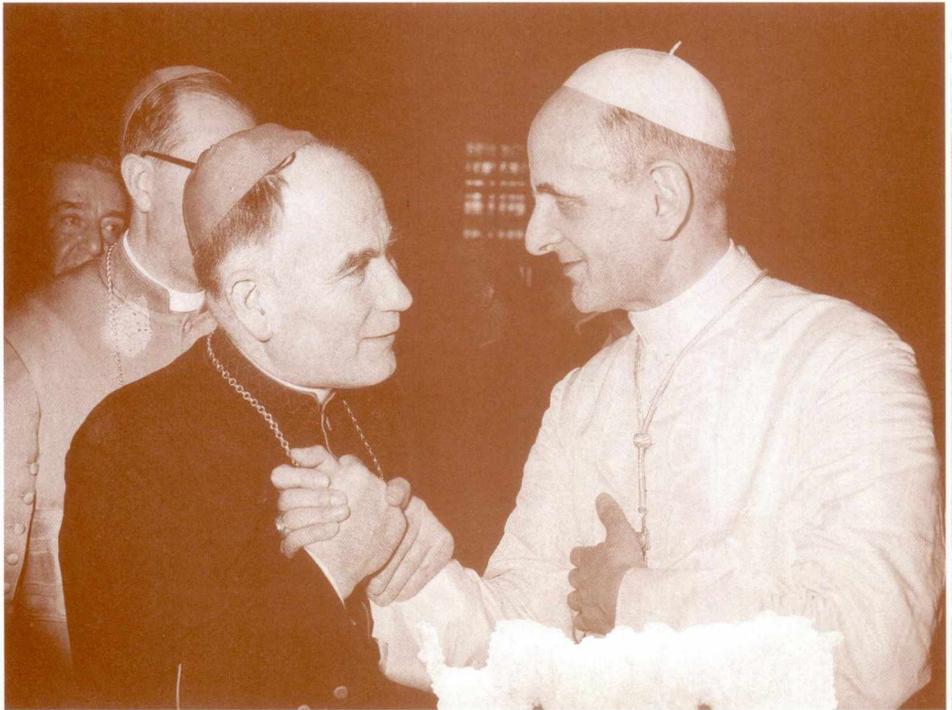
Con el Presidente Salvador Allende G.



*Con el Presidente
Augusto Pinochet U.*



Con los Papas Juan XXIII y Paulo VI, que encabezaron el Concilio Vaticano II.





Saludando a los Papas Juan Pablo I y Juan Pablo II, protagonistas de la intervención mediadora en el diferendo limítrofe con Argentina.



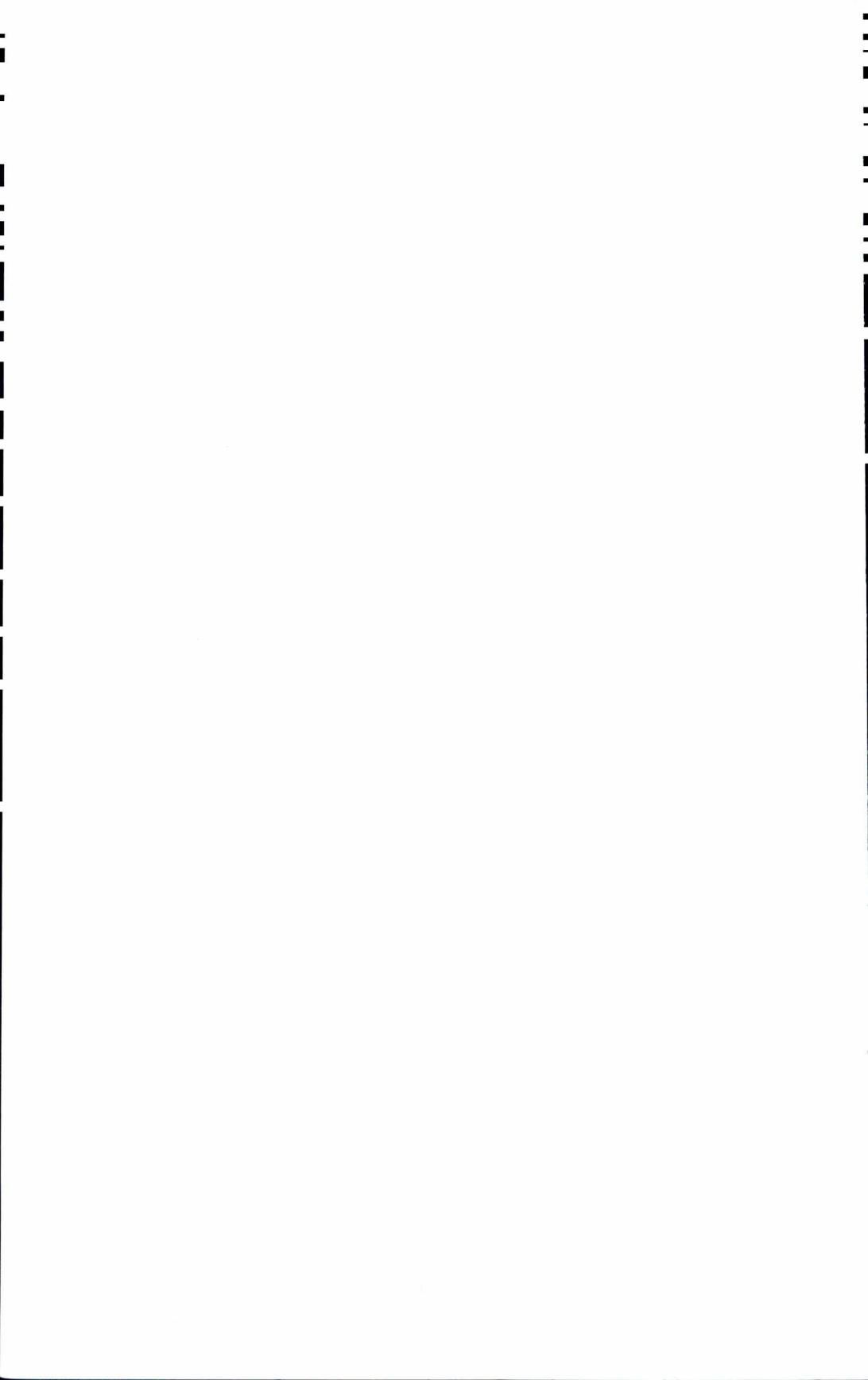
EPÍLOGO

Cuando el 11 de diciembre de 1985 la Congregación Salesiana me ofreció la redacción de este libro, no conocíamos una vieja historia que voy a relatar.

En 1905, mi abuela, doña Clementina Salgado Rodríguez, al quedar viuda con seis hijos pequeños, decide dejar el pueblo de Villa Alegre y dirigirse en tren a Talca. De mi abuelo, don Horacio Pinochet Espinoza, no le han quedado bienes, pero es animosa y se presenta con algún dinero a la boletería del ferrocarril, donde el empleado le dice: *“Señora, no se preocupe, hace un momento estuvo aquí alguien que le pagó los pasajes a usted y a sus hijos...”*. Ante la pregunta sorprendida de mi abuela, el empleado le agrega que fue don Ricardo Silva. Dos años después nacerá su hijo, Raúl Silva Henríquez.

Los misteriosos pasos de la vida han juntado, de nuevo, a esas familias. Al escribir estas páginas tuve siempre presentes los ojos húmedos de doña Clementina.

ÓSCAR PINOCHET DE LA BARRA



Anexos



Discurso de don Raúl Silva Henríquez el año 1991

Me preguntan por el país que sueño o que deseo. Y debo decir que mi deseo es que en Chile el hombre y la mujer sean respetados. El ser humano es lo más hermoso que Dios ha hecho. El ser humano es "imagen y semejanza" de la belleza y de la bondad de Dios. Quiero que en mi patria desde que un ser humano es concebido en el vientre de una mujer, hasta que llega a la ancianidad, sea respetado y valorado. De cualquier condición social, de cualquier pensamiento político, de cualquier credo religioso, todos merecen nuestro respeto.

Quiero que en mi país todos vivan con dignidad. La lucha contra la miseria es una tarea de la cual nadie puede sentirse excluido. Quiero que en Chile no haya más miseria para los pobres. Que cada niño tenga una escuela donde estudiar. Que los enfermos puedan acceder fácilmente a la salud. Que cada jefe de hogar tenga un trabajo estable y que le permita alimentar a su familia. Y que cada familia pueda habitar en una casa digna donde pueda reunirse a comer, a jugar, y a amarse entrañablemente.

Quiero un país donde reine la solidaridad. Muchas veces, ante las distintas catástrofes que el país ha debido enfrentar, se ha demostrado la generosidad y la nobleza de nuestro pueblo. No es necesario que los terremotos solamente vengan a unir a los chilenos. Creo que quienes poseen más riquezas deben apoyar y ayudar a quienes menos poseen. Creo que los más fuertes no pueden desentenderse de los más débiles. Y que los más sabios deben responsabilizarse de los que permanecen en la ignorancia. La solidaridad es un imperativo urgente para nosotros. Chile debe desterrar los egoísmos y ambiciones para convertirse en una patria solidaria.

Quiero un país donde se pueda vivir el amor. ¡Esto es fundamental! Nada sacamos con mejorar los índices económicos o con levantar grandes industrias y edificios, si no crecemos en nuestra

capacidad de amar. Los jóvenes no nos perdonarían esa falta. Pido y ruego que se escuche a los jóvenes y se les responda como ellos se merecen. La juventud es nuestra fuerza más hermosa. Ellos tienen el derecho a ser amados. Y tienen la responsabilidad de aprender a amar de un modo limpio y abierto. Pido y ruego que la sociedad entera ponga su atención en los jóvenes, pero de un modo especial eso se lo pido y ruego a las familias ¡No abandonen a los jóvenes! ¡Escúchenlos, miren sus virtudes antes que sus defectos, muéstréntenles con sus testimonios un estilo de vivir entusiasmante!

Y por último, quiero para mi patria lo más sagrado que yo puedo decir: que vuelva su mirada hacia el Señor. Un país fraterno sólo es posible cuando se reconoce la paternidad bondadosa de nuestro Dios. He dedicado mi vida a esa tarea: que los hombres y mujeres de mi tierra conozcan al Dios vivo y verdadero, que se dejen amar por Él y que lo amen con todo el corazón. Quiero que mi patria escuche la Buena Noticia del Evangelio de Jesucristo, que tanto consuelo y esperanza trae para todos. Este es mi sueño para Chile y creo que, con la ayuda de María, ese sueño es posible convertirlo en realidad.

Fechas importantes en la vida del Cardenal

- 1907, septiembre 27, nace en la ciudad de Talca, hijo de don Ricardo Silva Silva y doña Mercedes Henríquez Encina.
- 1914 a 1920, estudia en el Liceo Blanco Encalada de Talca.
- 1920 a 1923, estudia en Santiago en el Liceo Alemán de los Padres del Verbo Divino y se recibe de Bachiller.
- 1924 a 1928, estudia Derecho en la Universidad Católica de Chile.
- 1929, diciembre, recibe su título de Abogado.
- 1930, enero 28, entra como Novicio en la Congregación Salesiana.
- 1930 a 1934, estudia en el Noviciado de Macul.
- 1931, febrero, primeros votos en el Noviciado.
- 1934, septiembre, parte a Italia a continuar sus estudios.
- 1934, octubre, hasta 1938, julio, estudia en el Instituto Teológico Internacional de Turín.
- 1934, octubre, muere su padre don Ricardo.
- 1937, recibe el Subdiaconado.
- 1938, julio 3, es ordenado sacerdote.
- 1938, fines de diciembre, llega de regreso a Chile.
- 1939, marzo, profesor en el Teologado Salesiano de La Cisterna.
- 1941, enero 21, comienza la construcción del Liceo Manuel Arriarán.

- 1943, Director de ese Liceo, inicia luego la construcción del Templo de San Juan Bosco, en La Cisterna.
- 1948, Director del Colegio Salesiano Patrocinio San José.
- 1948, funda la Federación de Institutos de Educación (FIDE) y la revista "Rumbos".
- 1950, director del Teologado Salesiano de La Cisterna.
- 1952, se inaugura el Templo de San Juan Bosco.
- 1953, el Padre Silva organiza y dirige el Congreso de Religiosos de Santiago.
- 1954, organiza el Instituto Católico de Migraciones (INCAMI).
- 1956, se hace cargo de la filial en Chile de Caritas Internationalis.
- 1956, preside la delegación chilena al Congreso Internacional de Religiosos de Buenos Aires.
- 1956, crea el Instituto de la Vivienda de Caritas.
- 1957, muere su madre, doña Mercedes Henríquez Encina.
- 1957, director de las Escuelas Profesionales de la Gratitude Nacional.
- 1958, asiste en Turín, Italia, como representante de Chile, al Capítulo General de la Congregación Salesiana.
- 1958, diciembre, fallece el Cardenal José María Caro y lo reemplaza como Administrador Apostólico el obispo de Valparaíso, Monseñor Emilio Tagle Covarrubias.
- 1959, octubre 24, se le ofrece al Padre Raúl Silva Henríquez el Obispado de Valparaíso.
- 1959, noviembre 29, es consagrado obispo de Valparaíso en la catedral de esa ciudad.
- 1961, mayo 24, se le nombra Arzobispo de Santiago.

- 1961, junio 24, es consagrado Arzobispo de Santiago.
- 1962 y 1963, organiza la Gran Misión de Santiago.
- 1962, febrero 17, es nombrado Cardenal de Chile por el Papa Juan XXIII.
- 1962, recibe el Doctorado Honoris Causa de la Universidad Católica de Chile, y del Yona College, Estados Unidos.
- 1962, marzo 18, recibe el capelo cardenalicio en Roma.
- 1962, abril 14, triunfal recepción en Santiago.
- 1962, octubre 11, inicia sus sesiones el Concilio Vaticano II.
- 1963, lleva a cabo la Gran Misión.
- 1963, apoya al periódico católico "La Voz".
- 1963, recibe el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Georgetown, Estados Unidos.
- 1963, abril, se le elige por primera vez Presidente de la Conferencia Episcopal de Chile.
- 1963, junio, recibe el título de Doctor en Leyes Honoris Causa de la Universidad de Notre Dame, en Estados Unidos.
- 1963, junio 3, muere Juan XXIII.
- 1963, junio, crea el Instituto de Promoción Agraria o INPROA.
- 1963, junio 21, se elige al Cardenal Montini como Paulo VI.
- 1963, septiembre, inicia su segundo período el Concilio Vaticano II.
- 1964, septiembre, se inicia la tercera parte del Concilio Vaticano II.
- 1964, septiembre 4, Eduardo Frei es elegido Presidente de la República.

- 1964, septiembre 15, el Cardenal Silva Henríquez pronuncia su discurso sobre la Virgen María en el Concilio.
- 1965, delegado papal al Congreso Mariano de Santo Domingo.
- 1965, septiembre, se inicia cuarta parte del Concilio Vaticano II.
- 1965, julio, el Cardenal visita la sinagoga B'né Israel de Santiago.
- 1965, diciembre 8, se clausura el Concilio.
- 1967, agosto, el Vaticano pide al Cardenal Silva Henríquez intervenga en la solución de los problemas de la Universidad Católica, donde luego asume como Gran Canciller.
- 1967, septiembre y octubre, va a Roma al Primer Sínodo Mundial de Obispos.
- 1967, crea la Fundación para el Desarrollo.
- 1968, agosto, un grupo de laicos y sacerdotes ocupan la Catedral de Santiago.
- 1968, septiembre, asiste a la 2ª Conferencia Episcopal Latinoamericana en Medellín, Colombia.
- 1970, septiembre 4, Salvador Allende es elegido Presidente de la República.
- 1970, octubre, es asesinado el general Schneider, Comandante en Jefe del Ejército.
- 1971, junio, es asesinado el ex Ministro de Frei, Edmundo Pérez Zujovic.
- 1971, noviembre, visita de Fidel Castro a Chile.
- 1972, febrero, el Congreso Judío Latinoamericano le concede el Premio Derechos Humanos.
- 1972, abril, los Cristianos para el Socialismo inauguran su reunión internacional en Chile.

- 1973, junio 29, sublevación del Regimiento Blindados N° 2.
- 1973, julio 16, el Cardenal pide un diálogo entre gobierno y oposición.
- 1973, julio 23, el Cardenal visita al Presidente Allende.
- 1973, julio 30 y 31, se reúnen en La Moneda el Presidente Allende y Patricio Aylwin, presidente de la Democracia Cristiana.
- 1973, agosto 17, Allende y Aylwin se reúnen en casa del Cardenal Silva Henríquez.
- 1973, septiembre 11, un golpe revolucionario dirigido por el Comandante en Jefe del Ejército, general Augusto Pinochet, pone fin al gobierno constitucional.
- 1973, septiembre 14, se publica la declaración del Cardenal y miembros de la Conferencia Episcopal.
- 1973, septiembre 14, el Cardenal crea el Comité Pro Paz.
- 1973, septiembre 18, el Cardenal celebra un Te Deum en La Gratitude Nacional.
- 1973, octubre 9, la Junta de Gobierno devuelve la visita que unos días antes le han hecho el Cardenal y la Conferencia Episcopal.
- 1973, noviembre 3, el Cardenal Silva Henríquez explica en Roma al Papa Pablo VI la situación de Chile.
- 1974, abril, se revitaliza la Fundación para el Desarrollo.
- 1974, abril 13, Monseñor Silva Henríquez expresa claramente su aprensión por los hechos que están sucediendo.
- 1974, septiembre, el Cardenal no acepta la realización de un Te Deum para conmemorar el 11 de septiembre.
- 1974, octubre 24, el gobierno entrega a la comunidad el Templo Votivo de Maipú.

- 1974, octubre 24, el Cardenal suspende el ejercicio de su cargo de Gran Canciller de la Universidad Católica.
- 1975, noviembre 12, funda la Academia de Humanismo Cristiano.
- 1975, noviembre 14, se disuelve el Comité Pro Paz.
- 1976, enero 1º, crea la Vicaría de la Solidaridad.
- 1976, junio 7, el “Williams Collage”, de Williamstown, Massachusetts, Estados Unidos, lo distingue con un Doctorado Honoris Causa.
- 1976, agosto 13, tres obispos chilenos son apedreados en el aeropuerto de Pudahuel por grupos que incluyen personal de la DINA.
- 1976, octubre, Monseñor Silva Henríquez inaugura el nuevo Seminario Mayor de Santiago, en La Florida.
- 1976, octubre, es asesinado en Washington D.C. Orlando Letelier, ex Ministro de Allende.
- 1977, crea la Vicaría Pastoral Obrera.
- 1977, recibe el Doctorado Honoris Causa de la Universidad de Panamá.
- 1978, enero 4, se efectúa Consulta Nacional convocada por el Gobierno.
- 1978, pone a Radio Chilena bajo la dirección y administración de la Orden Salesiana.
- 1978, enero, fallece el Nuncio Sótero Sanz de Villalba.
- 1978, junio, los obispos entregan al Ministro del Interior antecedentes documentados de las personas desaparecidas (más de 600) luego de su detención por las Fuerzas Armadas.
- 1978, julio 3, el Cardenal celebra sus 40 años de sacerdote.

- 1978, agosto 6, fallece el Papa Paulo VI.
- 1978, agosto, los obispos chilenos y argentinos someten al nuevo Papa Juan Pablo I una proposición de Mediación en el conflicto de límites entre los dos países.
- 1978, septiembre 28, fallece el Papa Juan Pablo I.
- 1978, octubre 16, inicia su pontificado Juan Pablo II.
- 1978, noviembre, organiza un Simposio sobre los derechos humanos.
- 1978, diciembre, los gobiernos de Chile y Argentina acuerdan pedir al Papa su mediación.
- 1978, diciembre 10, Naciones Unidas le entrega para la Vicaría de la Solidaridad el Premio de los Derechos Humanos.
- 1979, enero 8, ambos gobiernos, chileno y argentino, firman el Acta de Montevideo sobre Mediación Pontificia.
- 1979, enero 28 a febrero 13, asiste a la Tercera Conferencia del Episcopado Latinoamericano en la ciudad mexicana de Puebla.
- 1979, agosto 13, lo recibe como Miembro Honorario la Academia Chilena de la Lengua.
- 1979, octubre 13, visita a Roma, Ad Limina Apostolorum.
- 1979, octubre 19, recibe en Viena el Premio Bruno Kreisky.
- 1979, noviembre 29, cumple 20 años de obispo.
- 1980, septiembre 11, plebiscito nacional sobre nueva Constitución y nuevo mandato de 8 años para el general Pinochet. A todo lo cual se refiere la Conferencia Episcopal el 23 de agosto anterior.
- 1981, marzo 11, Te Deum al comenzar a regir la nueva Constitución.

- 1981, abril 12, entrevista concedida por el Cardenal a la agencia italiana de noticias ANSA.
- 1981, octubre, lo pasa en Roma en reunión para modificar el Código de Derecho Canónico.
- 1981, octubre, el Cardenal chileno es invitado por el Presidente de Francia, François Mitterrand.
- 1982, enero 22, fallece el ex Presidente de la República Eduardo Frei.
- 1982, septiembre, visita al Papa Juan Pablo II con el objeto de presentarle su renuncia por cumplir en esos días 75 años.
- 1982, noviembre, participa en Roma en un Consistorio para estudiar nueva estructura de la Curia Romana.
- 1983, enero 16, cuatro personas se asilan en la Nunciatura Apostólica de Santiago.
- 1983, mayo 1º, el Cardenal Raúl Silva Henríquez comunica en el día de San José Obrero que la Santa Sede ha aceptado, a partir de esa fecha, la renuncia que presentara como Arzobispo de Santiago.
- 1983, noviembre 17, en el Aula Magna de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma se le entrega el Doctorado Honoris Causa en Ciencias de la Educación.
- 1999, fallece el 9 de abril. Durante sus funerales miles de personas corean en las calles: *“Raúl, amigo, el pueblo está contigo”*, como espontáneo testimonio del respeto y cariño que Raúl Silva Henríquez se ganó de los chilenos.

